MALDITA

CHUCK PALAHNIUK

Lectulandia

Me llamo Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer, y soy un fantasma. En otras palabras: ¡Bu! Tengo trece años y un poco de sobrepeso. En otras palabras: estoy muerta y encima gorda. Al finalizar el día de Halloween, los muertos que no regresen a tiempo al inframundo quedarán atrapados en el mundo de los vivos. Precisamente esto es lo que le ocurre a la adolescente muerta más mordaz y deslenguada del Infierno tras sus alocadas aventuras para enfrentarse al mismísimo diablo. Ahora, gracias a las confesiones sádicas y horripilantes de su blog personal en el limbo, descubriremos que Madison no llegó al Infierno por error o por casualidad, sino que fue condenada por las cosas terribles que hizo en vida. Y, por si fuera poco, Satanás, que desde el principio la tuvo en el punto de mira, pretende utilizarla para inaugurar con ella y sus célebres padres una era de condenación eterna en la Tierra. De la misma manera que en *Condenada* Chuck Palahniuk nos brindó, de la mano de esta intrépida adolescente, un Infierno magnífico y repugnante, en *Maldita* el provocativo autor nos ofrece su visión más oscura y retorcida del mundo donde vivimos y morimos.

Lectulandia

Chuck Palahniuk

Maldita

ePub r1.0
gertdelpozo 02.05.15

Título original: *Doomed*
Chuck Palahniuk, 2013
Traducción: Javier Calvo

Editor digital: gertdelpozo
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1 DE NOVIEMBRE, 12.01 HORA DEL PACÍFICO

La vida empieza antes de la concepción

Colgado por Leonard.empollon.del.Hades@masalla.inf

El bien y el mal han existido siempre. Y siempre existirán. Lo único que va cambiando son las historias que contamos de ellos.

En el siglo VI a.C., el legislador griego Solón viajó a la ciudad egipcia de Sais y se trajo la siguiente crónica del fin del mundo. De acuerdo con los sacerdotes del templo de Neit, habrá un cataclismo y las llamas y el humo venenoso arrasarán el mundo. En un solo día con su noche, un continente entero zozobrará y se hundirá bajo las aguas, y un mesías falso conducirá a la humanidad entera a su condenación.

Los videntes egipcios predijeron que el Apocalipsis empezará en una noche tranquila, en una colina elevada que dominará desde las alturas el reino de Los Ángeles. Allí, según dicen los antiguos oráculos, se abrirá una cerradura. Entre las casas de muros enormes de Beverly Crest se descorrerá un recio cerrojo. Tal como lo registra Solón, un par de cancelas de seguridad se abrirán de par en par. Por debajo de estas aguardan los reinos de Westwood, Brentwood y Santa Mónica, durmiendo, desplegados a lo largo de una telaraña de luces de farolas. Y cuando se apaguen los ecos del último tictac de la medianoche, en el interior de esas cancelas abiertas de par en par solamente quedarán oscuridad y silencio, hasta que despierte el bramido de un motor y un par de luces parezcan tirar de ese ruido hacia delante. Y de las cancelas saldrá finalmente un Lincoln Town Car que avanzará perezosamente para iniciar su lento descenso por las curvas muy cerradas de la parte alta del Hollywood Boulevard.

Hará una noche tranquila, según cuentan las antiguas profecías, sin una pizca de viento; y sin embargo, a medida que el Lincoln avance lentamente, en su estela se empezará a formar una tormenta.

En su descenso desde Beverly Crest hasta las colinas de Hollywood, el Lincoln se despliega tan largo y negro como la lengua de un ahorcado. Con las manchas rosadas de las farolas deslizándose por su bruñida carrocería negra, el Town Car reluce igual que un escarabajo escapado de una tumba. Y en North Kings Road, las luces de Beverly Hills y de Hancock Park se apagan de repente, no casa a casa, sino que se van quedando a oscuras manzanas enteras. Y a la altura de North Crescent Heights Boulevard, el vecindario de Laurel Canyon desaparece por completo del mapa; no solo las luces, sino también el ruido y la música de madrugada se esfuman. Toda evidencia reverberante de la ciudad es borrada mientras el coche discurre colina abajo, de North Fairfax a North Gardner pasando por Ogden Drive. Y así es como la oscuridad inunda la ciudad, siguiendo la sombra del esbelto coche.

Y también lo sigue un viento brutal. Tal como ya vaticinaron los sacerdotes de otras épocas, la galerna convierte las altas palmeras que flanquean Hollywood Boulevard en fregonas brutalmente zarandeadas, que restriegan el cielo. De su tumulto de frondas caen unas formas blandas y horribles que aterrizan en el

pavimento entre gritos. Con sus ojillos negros de caviar y sus colas escamosas de serpientes, esas figuras blandas y feroces aporrean el Town Car en marcha. Caen entre chillidos. Arañan el aire con las garras frenéticas. Sus estrepitosos impactos no rompen el parabrisas porque es de cristal antibalas. Y los neumáticos del Lincoln les pasan bramando por encima, convirtiendo su carne caída en pulpa. Y esas formas que se desploman entre chillidos y zarpazos no son otra cosa que ratas. Cuerpos convulsos de zarigüeyas precipitándose a su muerte. Los limpiaparabrisas limpian de sangre todavía caliente el cristal a través del cual está mirando el conductor, y las esquirlas de hueso no pinchan los neumáticos porque el caucho con que están hechos también es antibalas.

Y qué implacable es ese viento que barre las calles, arrastrando un cargamento de roedores mutilados, empujando la oleada de sufrimiento tras la estela del Town Car mientras este llega a Spaulding Square. Las fisuras de los relámpagos fracturan el cielo y la lluvia forma enormes cortinas que bombardean los tejados de tejas. Los truenos componen una estruendosa fanfarria mientras la lluvia saquea los cubos de basura del Ayuntamiento, liberando bolsas de plástico y vasos de poliestireno.

Y ya en las inmediaciones de la imponente torre del hotel Roosevelt, el bulevar está desierto y el ejército de basura se cierne sobre la ciudad sin resistencia alguna por parte de los semáforos ni del resto de los automóviles. Hasta la última calle y cruce se encuentran despoblados. Las aceras están vacías, tal como vaticinaron los adivinos de la Antigüedad, y las ventanas a oscuras.

Por el cielo en ebullición no se ve ni una sola luz de avión, y el desborde de las alcantarillas deja las calles inundadas de agua y cosas peludas. Calles cubiertas de viscosos despojos de animales. Para cuando el Lincoln llega al Teatro Chino de Grauman, este caos y esta carnicería ya se han adueñado de todo Los Ángeles.

Y, sin embargo, no muy por delante del coche, en la manzana de los números 6700 y siguientes, todavía brillan unas luces de neón. En esa manzana solitaria de Hollywood Boulevard, la noche es cálida y tranquila. La lluvia no ha mojado el pavimento y los toldos verdes del Musso y del Frank Grill cuelgan inmóviles. Encima de esa manzana las nubes se abren como un túnel para dejar ver la luna, y los árboles que flanquean las aceras no se mueven para nada. Los faros del Lincoln están tan velados de rojo que proyectan un sendero escarlata para que el coche lo siga. Y de pronto los haces rojos resplandecientes revelan a una joven doncella, plantada en la acera de enfrente del Museo de Cera de Hollywood. Y allí, en el centro mismo de la espantosa tormenta, la joven baja la vista para contemplar una estrella que hay moldeada en cemento e incrustada en la acera. De los lóbulos le cuelgan unos centelleantes cristales cúbicos de zirconio, del tamaño de monedas de diez centavos. Y tiene los pies enfundados en unos zapatos Manolo Blahnik falsos. Los suaves pliegues de su falda recta y su jersey de cachemir están secos. Sobre los hombros le cae una cascada de rizos pelirrojos.

El nombre que hay labrado en su estrella de color rosa es «Camille Spencer»,

pero esta doncella no es Camille Spencer.

Un pegote rosa de chicle masticado y seco, varios pegotes, de colores rosa, gris y verde, desfiguran la acera como si fueran cicatrices. Son chicles que llevan grabadas marcas de dientes humanos y también de los pasos zigzagueantes de los pies que caminan por la acera. La joven doncella se dedica a hurgar en los escabrosos chicles con la puntera de su falso Blahnik, a apartarlos a puntapiés. Hasta que la estrella queda, si no del todo limpia, al menos un poco más despejada.

En esta burbuja de noche inmóvil y plácida, la doncella se agarra el dobladillo de la falda y se lo acerca a la boca. Se escupe en la tela y se arrodilla para sacarle brillo a la estrella, bruñendo bien las letras del nombre, forjadas en metal e incrustadas en el cemento rosa. Cuando el Town Car se detiene junto a la acera, a su lado, la chica se pone de pie y da un rodeo a la estrella para no pisarla, con el mismo respeto con que uno evita pisar una tumba. En una mano lleva una funda de almohada. Con una mano de uñas pintadas de blanco descascarillado sostiene esa bolsa de tela blanca atiborrada de piruletas Tootsie Rolls, chocolatinas Charlestown Chews y trencillas de regaliz. En la otra mano tiene una chocolatina Baby Ruth a medio comer.

Mastica ociosamente con los dientes enchapados en porcelana. Un reborde de chocolate derretido le delinea los labios, inflados y con un mohín permanente. Los profetas de Sais avisan de que la belleza de esta joven es tal que cualquiera que la vea se olvidará de todo placer que no sea la comida y el sexo. Tan físicamente apetecible resulta su forma terrenal que quienes la vean quedarán reducidos a puro estómago y piel. Y los oráculos cantan que no está ni viva ni muerta. Que no es ni mortal ni espíritu.

Y aparcado allí en la acera, al ralentí, el Lincoln derrama luz roja. La ventanilla trasera del lado de la acera se abre un poco, emitiendo un zumbido, y una voz se manifiesta desde el mullido interior. En pleno ojo del huracán, una voz masculina pregunta:

—¿Truco o trato?

A un tiro de piedra en cualquier dirección, la noche bulle al otro lado de una muralla invisible.

La doncella contrae los labios en una sonrisa, unos labios lustrados con un pintalabios *más rojo* que rojo: de un tono llamado «Cacería de hombre». El aire permanece suspendido tan en calma que permite captar el aroma del perfume de ella, un aroma como de flores abandonadas en una tumba, prensadas y puestas a secar durante un millar de años. A continuación la joven se inclina para acercarse a la ventanilla abierta y dice:

—Llegas tarde. Ya es mañana… —Hace una pausa para dedicarle al hombre un guiño largo y lascivo, envuelto en sombra de ojos de color turquesa, y por fin le pregunta—: ¿Qué hora es?

Y resulta evidente que el hombre está bebiendo champán, porque en ese momento de silencio hasta las burbujas de su champán hacen mucho ruido. Igual que el tictac

del reloj de pulsera del hombre. Y desde dentro del coche, la voz masculina dice:

—Hora de que las niñas malas se vayan a la cama.

La joven suspira, repentinamente melancólica. Se relame los labios y su sonrisa flaquea. Medio tímida y medio resignada, dice:

—Supongo que he violado mi toque de queda.

—Que te violen —dice el hombre— puede ser una sensación maravillosa.

Y en ese momento la portezuela trasera del Lincoln se abre para dejarla entrar, y la doncella entra en el coche sin dudarlo. Y cantan los profetas que esa portezuela constituye un portal. Y que el coche en sí es una boca que engulle golosinas. Y ahora el Town Car la encierra en su estómago: un interior tan profusamente tapizado de terciopelo como un ataúd. Las ventanillas tintadas se cierran con un zumbido. El coche permanece con el motor al ralentí, con vapor saliendo de la capota y la bruñida carrocería reverberando, bordeada ahora por un halo de color rojo, una barba creciente de sangre coagulada. Unas huellas escarlata de neumáticos van desde el sitio de donde el coche ha venido hasta donde ahora está aparcado. Más atrás la tormenta ruge, pero aquí no se oye nada más que las exclamaciones amortiguadas de un hombre que gime. Los antiguos describen este sonido como un maullido, como de ratas y ratones muriendo aplastados.

A continuación se hace el silencio y se vuelve a abrir la ventanilla trasera. De ella asoman las uñas pintadas de blanco descascarillado. De ellas cuelga un pellejo de látex, una versión más pequeña de la funda de almohada blanca de la chica, una bolsita en miniatura dentro de la cual cuelga algo pesado. Su contenido: un fluido blanco y turbio. La vaina de látex está manchada del pintalabios *más rojo* que rojo. Está manchada de caramelo y de chocolate con leche. En lugar de tirarla a la alcantarilla, la chica, que sigue sentada en el asiento trasero del coche, acerca la cara a la ventanilla abierta. Se lleva la bolsita de látex a los labios y sopla en ella para inflarla. La infla y le hace un nudo con destreza. Igual que una comadrona ataría el cordón umbilical de un recién nacido. Igual que un payaso de circo ata sus globos. Le hace un nudo al pellejo inflado, sellando en el interior su lechoso contenido, y se pone a retorcerlo con los dedos. Dobla y retuerce el tubo resultante hasta que este adopta la forma de un ser humano con dos brazos, dos piernas y una cabeza. Un muñeco de vudú. Del tamaño de un recién nacido. Y por fin arroja la repulsiva creación, todavía sucia de caramelo de los labios de ella, enturbiada por su misterioso contenido viscoso y procedente del hombre, al centro mismo de la expectante estrella de color rosa.

De acuerdo con las profecías escritas por Solón, la pequeña efigie es un sacrificio de sangre, simiente y azúcar, todo dejado sobre la forma sagrada del pentagrama, una ofrenda hecha al lado de Hollywood Boulevard.

Esa misma noche, y con ese ritual, arranca la cuenta atrás hacia el Día del Juicio.

Y una vez más la ventanilla reflectante del automóvil se encaja en su marco. Y en ese mismo momento la tormenta, la lluvia y la oscuridad se tragan el coche. Mientras

el Lincoln se aleja de la acera, llevándose consigo a la joven doncella, los vientos se adueñan de su bebé-cosa abandonado. De esa vejiga anudada. De esa imagen esculpida. El viento y las lluvias pastorean su pletórica cosecha de alimañas aniquiladas y de basura de plástico y de chicles secos, empujándolo todo y arrojándolo en la dirección de la gravedad.

21 DE DICIEMBRE, 6.03 HORA CENTRAL

Como, luego existo

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Vale la pena aclarar por adelantado que siempre me he imaginado que mi mente era un órgano digestivo. Un estómago para procesar conocimiento, si quieres llamarlo así. En tanto que masa arrugada y serpenteante, el cerebro humano *se parece* sin duda alguna a unos intestinos grises, y es en el seno de esas tripas pensantes donde mis experiencias se descomponen y son consumidas para convertirse en la historia de mi vida. Los pensamientos me vienen igual que si fueran eructos sabrosos o vómito acre. Los huesos y tendones de mis recuerdos que no se pueden digerir son expulsados igual que estas palabras.

Escribir un blog sincero es la forma perfecta de des-vivir tu vida. Es como des-comerte una tarta entera de queso y manteca de cacahuete, e igual de sucio.

Las entrañas laberínticas y llenas de pliegues y arrugas de mi mente constituyen una especie de vientre del intelecto. Las tragedias causan úlceras. Los episodios cómicos nutren. Al final podéis estar tranquilos: vuestros recuerdos sobrevivirán a vuestra carne; yo soy testigo. Me llamo Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer, y soy un fantasma. En otras palabras: ¡Bu! Tengo trece años y un poco de sobrepeso. En otras palabras: estoy muerta *y encima* gorda. En otras palabras: soy una cerdita, una cochinita rechoncha, oink-oink.

Preguntadle a mi madre.

Tengo trece años, estoy gorda y me voy a quedar así para siempre.

Y sí, conozco la palabra «úlceras». Soy una muerta, no una cateta. ¿Habéis oído el término «crisis de la mediana edad»? Pues, dicho en términos simples, ahora mismo estoy sufriendo una «crisis de la mediana muerte». Después de alojarme unos ocho meses en ese llameante submundo que es el Infierno, ahora me encuentro atrapada en forma de espíritu en el mundo físico de los vivos vivientes, un estado que se conoce más comúnmente como Purgatorio. Que produce una sensación idéntica a ir volando a velocidad Mach 1 de Brasilia a Riad a bordo del Saab Draken de mi padre, solo para verme atrapada volando en círculos sobre el aeropuerto, esperando que nos den el permiso para aterrizar. Dicho en términos simples y llanos, el Purgatorio es el sitio donde des-escribes el libro de la historia de tu vida.

En lo que respecta al Infierno, no hace falta que me tengáis lástima. Todos le ocultamos secretos a Dios, y resulta agotador. Si alguien se merece morir en el insaciable lago de las llamas eternas, soy yo. Soy maldad en estado puro. No hay castigo lo bastante severo para mí.

Para mí, mi carne es mi currículum. Mi grasa es mi banco de memoria. Los momentos de mi vida pasada se archivan y se transportan en todas y cada una de las células obesas de mi grasa fantasma, de manera que para Madison Spencer perder

peso equivaldría a desaparecer. Es mejor tener malos recuerdos que no tener ninguno. Y quedaos tranquilos: da igual que sea por vuestra grasa, por vuestra cuenta bancaria o por vuestra amada familia, un día lucharéis contra esta reticencia de abandonar el mundo de los vivos vivientes.

Cuando uno se muere, confiad en mí, la persona a la que más cuesta dejar atrás es uno mismo. Sí, amable tuitera, tengo trece años y soy una chica y conozco el término «currículum». Y te diré más: también sé que ni siquiera los muertos quieren desaparecer del todo.

21 DE DICIEMBRE, 6.05 HORA CENTRAL

Cómo fui expulsada del sitio donde yo ya estaba expulsada de la Gracia de Dios

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

No estaría atrapada aquí, en estas islas Galápagos de piedra que son la Tierra, bebiendo esa cálida orina de tortuga marina que es la compañía humana, si no fuera por las joviales gracietas de Halloween de ciertas tres Zorrupias O'Zorring. En la noche de Halloween en cuestión, yo debía de llevar como mucho unos ocho meses muerta por estrangulamiento y con la sangre drenada del cuerpo. Había sido condenada, sí, por cometer un horrible asesinato que enseguida revelaré en estas páginas. Uno de los principales tormentos del Infierno es que todos sabemos, secretamente, por qué merecemos estar en él. Y si conseguí escaparme es porque, como es tradicional en la vigilia de Halloween, la población entera del Hades regresa a la Tierra para recolectar bolitas de frutos secos con caramelo y pasas recubiertas de chocolate, entre el anochecer y la medianoche. De manera que yo estaba enfrascada en plena operación lucrativa, peinar barrios residenciales en busca de chocolatinas Twix y barritas Almond Joy de coco con almendra y chocolate, a fin de enriquecer los tesoros del Infierno, cuando una brisa me trajo mi nombre desde la lejanía nocturna. Un coro de voces de chicas, voces aflautadas de adolescentes, estaba entonando mi nombre en cánticos:

—… Madison Spencer… Madison Spencer, ven a nosotras, Te ordenamos que cumplas con nuestro mandato.

Os lo digo a la gente premuerta: os guste o no, la gente posviva no somos vuestras putas. Los muertos tienen mejores cosas que hacer que contestar vuestras preguntas imbéciles vía ouija sobre números de lotería y quién se va a casar con vosotros. Siempre con vuestros jueguecitos de espiritismo y vuestros truquitos de inclinar la mesa y acosar a los fantasmas… Yo tenía, como mucho, cuatro horas de oscuridad para reunir barritas de Kit-Kat, y de pronto va y me invoca entre risitas una cofradía de señoritas Cochinas Cochinóvich. Se habían sentado en mi antigua cama, en la habitación del internado al que yo iba en Locarno, Suiza, y estaban recitando al unísono:

—Aparécete ante nosotras, Madison Spencer. A ver si aquel culo gordo que tenías se ve un poco más flaco después de muerta.

Y se rieron tapándose la boca con sus delgadas manos.

A continuación las muy Putis Vanderputas se chistaron las unas a las otras y se pusieron a declamar:

—Enséñanos tu dieta fantasma secreta.

Aquella provocación de patio de escuela las redujo a risitas y las hizo caerse de lado, con los hombros chocando entre ellos. Estaban sentadas con las piernas

cruzadas, ensuciándome las sábanas con los zapatos, dando algún que otro golpe con el pie en el antiguo cabezal de mi cama y comiendo palomitas mientras en un platillo ardían unas velas.

—Tenemos patatas fritas —dijeron para provocarme, y agitaron una bolsa de dicho producto—. Tenemos salsa de cebolla.

—Ven, Madison… —canturreó otra voz—. Ven, cerdita, cerdita, cerdita…

Y todas las voces se combinaron para cantar:

—¡Cuchicuchiiiiiiii…! —Y levantaron la voz para hacer sus llamadas de porquerizos en la gélida noche de Halloween—. Veeen, cerdita, cerdita, cerdita…

Gruñeron. Rezongaron. Exclamaron «Oink, oink, oink». Masticando ruidosamente, con las bocas llenas de aperitivos altos en calorías, se rieron a voz en grito.

No, amable tuitera, no las asesiné en pleno ataque de furia. En el momento de escribir estas líneas, siguen vivas, aunque les han bajado los humos. Baste con decir que llegué en un Lincoln Town Car negro y contesté a sus cantos tiroleses de palurdas. En la noche de Halloween de autos, hice que el infame trío antagonista de señoritas Pelanduscas Pelandúsquez vaciara el exiguo contenido de sus anoréxicas tripas. O sea que sí, soy pérfida. En mi descargo hay que decir que estaba un poco nerviosa y distraída por mi inminente toque de queda.

Demorarme ni que fuera un solo tictac del reloj más allá de la medianoche comportaría quedarme desterrada en la tediosa Tierra, de manera que me mantuve extremadamente alerta mientras la manecilla grande de mi reloj de pulsera ascendía minuto a minuto en dirección al doce. En cuanto las tres señoritas Cochinas O'Cochinick estuvieron bien rebozadas de varias capas de olorosa regurgitación y de caca pringosa, me largué de vuelta al Town Car.

Mi fiel medio de huida seguía en el mismo sitio donde yo lo había dejado: aparcado junto al bordillo congelado que flanqueaba los jardines nevados de la residencia universitaria. Las llaves colgaban del contacto. El reloj del salpicadero marcaba las once y treinta y cinco, lo cual me dejaba un lapso de tiempo razonable para mi viaje de vuelta al Infierno. Me senté al volante y me abroché el cinturón de seguridad. «Ah, la Tierra», pensé de forma un poco indulgente, hasta con nostalgia, mientras le echaba un vistazo al antiguo edificio en el que antaño yo me había arrastrado, mordisqueando galletas Fig Newton y leyendo *Los parásitos*. Esta noche todas las ventanas estaban intensamente iluminadas, y muchas permanecían abiertas de par en par en medio de aquel clima suizo invernal, con las cortinas ondeando bajo el viento gélido que bajaba de las laderas glaciales de los tediosos Alpes. En todas aquellas ventanas abiertas de par en par se veían caras de colegialas ricas, asomándose para vomitar largas banderolas de mejunje por la fachada de ladrillo rojo del edificio. La imagen era demasiado placentera para abandonarla, pero el reloj del salpicadero marcaba las once y cuarenta y cinco.

Despidiéndome con calidez de todo aquello, giré la llave dentro del contacto del

coche.

La volví a girar.

Pisé el acelerador con mi mocasín Bass Weejun, dándole un pequeño pisotón. El reloj del salpicadero marcaba las once y cincuenta. Volví a comprobar que la palanca de cambios estaba bien colocada en la posición de estacionamiento y volví a probar a girar la llave.

¡Por los dioses! No pasó nada. Debajo de la capota no reverberó ningún ruido de esos que hacen los coches. Y por si os lo estáis preguntando, metomentodos de la blogosfera que os creéis que lo sabéis todo, sobre todo en materia de coches, no, no me había dejado los faros encendidos ni se había agotado la batería. Y no otra vez: al coche no le faltaba jugo de dinosaurio. Desesperada, probé el contacto una y otra vez, mientras veía avanzar implacablemente el reloj hacia las once y cincuenta y cinco. A las once y cincuenta y seis empezó a sonarme el teléfono del coche, emitiendo un riiiing clásico detrás de otro, pero yo no le hice caso porque estaba intentando frenéticamente abrir la guantera, encontrar el manual de conducción y dar con la solución a mi crisis mecánica. El teléfono seguía sonando cuatro minutos más tarde cuando por fin, casi llorando, levanté el auricular de su soporte y contesté con un escueto:

—*Alors!*

Una voz dijo por la línea:

—«… Madison estaba casi llorando de frustración. —Una voz masculina y jadeante dijo—: Su dulce triunfo sobre las abusonas de sus compañeras se había convertido en pánico amargo nada más descubrir que su vehículo de huida no arrancaba…».

Era Satanás, el Príncipe de las Tinieblas, leyendo sin duda de su puñetero manuscrito, *La historia de Madison Spencer*, una supuesta biografía mía que él afirma que escribió antes incluso de que yo fuera concebida. Desde esas páginas él va dictando supuestamente hasta el último momento de mi pasado y mi futuro.

—«… La pequeña Madison —siguió leyendo Satanás— retrocedió horrorizada al oír la voz de su amo supremo por el teléfono del Town Car…»

Yo lo interrumpí para preguntarle:

—¿Me has mangoneado el coche?

—«… Ella sabía —dijo la voz por el teléfono— que su Gran Destino Maligno la esperaba en la Tierra…»

—¡No es justo! —grité yo.

—«… Pronto a Maddy ya no le quedaría más remedio que aventurarse en el mundo y desencadenar el final de los tiempos…»

—¡No pienso desencadenar nada! —le grité—. ¡Yo no soy tu Jane Eyre!

Ahora el reloj del salpicadero marcó la medianoche. La campana del campanario de *eine kirche* alpina se puso a repicar a lo lejos. Antes del sexto redoble, el auricular que yo tenía en la mano empezó a evaporarse. El Town Car entero estaba

desapareciendo a mi alrededor, pero la voz de Satanás continuaba hablando en tono monótono:

—«… Madison Spencer oyó la campana lejana de la iglesia y comprendió que ella no existía. Que jamás había existido más que como marioneta creada para servir al supremamente sexy y desquiciadamente atractivo Diablo…».

A medida que el asiento del conductor se disolvía, mi trasero de chica rechoncha se fue desplazando lentamente hasta el pavimento. La última campanada de la medianoche retumbó en los cañones y barrancos de la tediosa Suiza. Las ventanas de la residencia de estudiantes se empezaron a cerrar. Las luces empezaron a apagarse. Con las cortinas cerradas. El cinturón de seguridad, que únicamente un momento antes se me estaba clavando en la generosa panza, ahora se volvió tan insustancial como un jirón de niebla. Cerca, como si alguien lo hubiera tirado en medio de la calle, estaba el bolso de Coach falso que una amiga, Babette, se había dejado en el asiento de atrás del coche.

Con el repicar de la medianoche, el Lincoln había quedado reducido a un simple banco caliginoso de niebla, una nubecilla gris en forma de Town Car. Yo había quedado allí abandonada, sentada en la alcantarilla con el bolso sucio de cuero falso de Babette, a solas en la tempestuosa noche suiza.

En lugar de campanadas, ahora el viento únicamente traía un tema de baile sintetizado y enlatado. Era la canción «Barbie Girl», de la banda de europop Aqua. Un tono de llamada. Venía de una agenda electrónica de bolsillo que ahora me encontré sepultada entre los condones y chocolatinas del bolso. En la pantalla aparecía el código de zona de Missoula, Montana. Un mensaje de texto decía: «URGENTE: cuélate de polizón en el vuelo 2903 de Darwin Airlines de Lugano a Zurich; luego coge el vuelo 6792 de Swissair que va a Heathrow y de allí coge el vuelo 139 de American Airlines que va a JFK. Mueve el culo y ve al hotel Rhinelander. ¡Ahora mismo!». El remitente del mensaje era cierto rockero punk posvivo y de pelo azul que en la actualidad cumplía una dura condena en el Infierno: mi amigo y mentor Archer.

21 DE DICIEMBRE, 8.00 HORA ESTE

Mi vuelta a casa

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Si le preguntaras a mi madre, ella te contestaría: «Las religiones existen porque la gente prefiere recibir la respuesta equivocada a no recibir ninguna». En otras palabras: mis padres no creían en Dios. En otras palabras: mi familia no celebraba la Navidad.

Si mis padres se imaginaran a Dios, se lo imaginarían como un Harvey Milk enorme como una montaña, curando el agujero de ozono y rodeado de delfines alados en lugar de querubines. Y arcoíris, montones de arcoíris.

En vez de Navidad, celebrábamos el Día de la Tierra. Sentados en zazen, celebrábamos el cumpleaños del Swami Nijilananda. Tal vez hacíamos alguna danza de Morris, desnudos, alrededor de la base de una anciana secoya californiana, con las ramas profusamente engalanadas con las hamacas sucias y los cubos llenos de caca de los comedores de avena crujiente que cuidaban de los árboles y hacían de mentores de los búhos moteados por medio de sus técnicas de protesta basadas en la resistencia pasiva. Ya os hacéis una idea. En lugar de Santa Claus, mis padres me decían que era Maya Angelou quien vigilaba a los niños a ver si se portaban bien o mal. La doctora Angelou, me avisaban, llevaba su contabilidad en un largo pergamino donde tenía escritos todos nuestros nombres, y si yo no presentaba mi compostaje, me mandaban a la cama sin algas. Yo solo quería estar seguro de que alguien sabio y carbononeutral —la doctora Maya, Shirley Chisholm o Sean Penn— me estaba prestando atención. Pero nada de aquello era realmente la Navidad. Y ninguna de todas esas chorradas en defensa de la Madre Tierra sirve de nada cuando te mueres y descubres que esos fanáticos de la Biblia que manipulan serpientes y toman estricnina tienen razón.

Os guste o no, el camino al Infierno está pavimentado con suelos de bambú sostenibles.

Confía en mí, amable tuitera, sé de lo que hablo. En el año prácticamente que mis padres vivos vivientes llevan quemando velas con base de soja y rezando a John Reed, yo he estado muerta y aprendiendo la verdad real de todas las cosas.

21 DE DICIEMBRE, 8.06 HORA ESTE

Sola en mi propia fiesta de bienvenida

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Aunque nunca he sido de esas personas frágiles que extrañan a su familia, a la luz de mis circunstancias actuales sí que tenía ganas de regresar a mi vieja morada familiar. Desde que tengo uso de razón mis padres han sido propietarios de un ático de lujo en el hotel Rhinelander. Allí, sesenta y cinco pisos por encima de la avenida Lexington, justo delante de los almacenes Bloomingdale's, podría ceder al impulso de esconderme en mi viejo dormitorio, entre mis animales de peluche y mis novelas de Jane Austen, y de ver por televisión episodios en streaming bajo demanda de *Arriba y abajo* hasta el próximo Halloween. Tal vez me releería *La saga de los Forsyte*. No habría moros en la costa porque, según el *Page Six* del *Post*, mis padres están en alta mar a bordo de su yate de trescientos pies, el *Cruzado de Pangea*. En estos momentos se encuentran en el estrecho de Bering, intentando frustrar la matanza al por mayor a bordo de factorías flotantes de las orcas, del atún rojo o de alguna otra especie en peligro de extinción de pez pijo para hacer sushi. Y todo ese rollo lo están filmando para tener planos de recurso para la nueva película de mi madre, *Cachalotes en la niebla*, donde ella interpreta a una valiente bióloga marina tipo Dian Fossey a quien unos implacables pescadores japoneses arponean mientras duerme. El rodaje termina la semana que viene, y según el *Page Six*, el proyecto tiene todos los números para triunfar en los Oscar.

Créeme cuando te digo que para mi madre eso no es interpretar; la han arponeado en la cama más veces de las que puede contar.

Y sí, en respuesta al lascivo comentario que acaba de postear ahora mismo Leonard.empollon.del.Hades, en la trama hay tres escenas —otra revelación del *Page Six*— en las que los mundialmente famosos pechos de mi madre quedan completamente al descubierto mientras ella nada, desnuda y extasiada, rodeada por una resbaladiza manada de simpáticos cachalotes.

¿Sabéis cómo experimentáis vosotros, los futuros muertos, una película, como realidad visual plana provista de sonido pero sin olores, sabores ni sensaciones táctiles? Pues así es como los fantasmas percibimos el mundo de los vivos. Yo puedo moverme entre la gente mientras sus ruidos y acciones se arremolinan a mi alrededor, pero la gente viva no me puede ver a mí, igual que los actores de una película no pueden ver a su público. A riesgo de resultar demasiado cruel conmigo misma, siendo como soy una alumna gordita de séptimo con gafas y uniforme escolar, estoy más que acostumbrada a sentirme invisible en el mundo. Lo que requiere más paciencia es aceptar el hecho de que las barreras físicas ya no me limitan; puedo atravesar tranquilamente las puertas cerradas del lobby y a los porteros de hotel con la misma facilidad con que vosotros podéis pasear por entre el humo o la niebla, sin

experimentar nada más que un cosquilleo en mi garganta de fantasma o un escalofrío generalizado.

Lo malo es que los desconocidos no solo no te ven; también *pasan a través* de ti. No se limitan a establecer contacto físico topando contigo, o toqueteándote. Te penetran literalmente. Os mezcláis. Eres violada por la fisiología ambulante de esos cachos de carne animada que van de compras, comen y fornican. Tú te sientes sucia, confusa y llena de vértigo, y lo mismo le pasa al idiota premuerto que te acaba de atravesar por completo.

Y sí, tengo toda la intención de usar expresiones como «fisiología ambulante», así que ya os podéis ir acostumbrando. Puede que sea una foca muerta, pero no pienso hacerme la tonta solo porque vuestro vocabulario pueril os provoque Ctrl+Alt+Inseguridad. Y no, ni hablar, no pienso usar ni de broma jerga de internet. Si Jane Austen tomó la decisión consciente de no animar sus irónicas narraciones con emoticonos, entonces yo tampoco lo haré.

Repito: convertirse en fantasma es algo a lo que hay que acostumbrarse. Por ejemplo, cuando vas en el ascensor de un hotel. Los memos de los vivos vivientes no paran de apelotonarse dentro de la cabina del ascensor. En el Rhinelander subí hasta el ático medio metida dentro de una expatriada por razones fiscales hinchada de colágeno y medio dentro de su chihuahua tembloroso y de raza demasiado manipulada. Si la sensación física que produce esa experiencia se parece a algo, es a nadar o bucear en agua mineral contaminada con silicona. Hasta noto el sabor salado de su botox. Los amargos betabloqueantes que tienen en la sangre me marean, y estar sumergida en el baño cálido de sustancias químicas que componen un chihuahua… por los dioses. Después de subir sesenta y cinco pisos inmersa en la biología de un perro mexicano, me muero de ganas de ducharme y lavarme el pelo fantasma con champú.

Atravieso la puerta del pasillo marcada con la A de Ático —nada de vecinos, mascotas ni fumar—, y aparezco en el vestíbulo del ático. Desde que llegué a la tediosa Nueva York, es el primer momento en que me adentro en un silencio absoluto y sin contaminar. No se oyen bocinas de coches. No hay detestable gente premuerta farfullando a voz en grito por sus teléfonos móviles en todas las jerigonzas de las Naciones Unidas. La sala de estar del ático está totalmente amueblada, y todas y cada una de sus sillas, mesas y estanterías se encuentran cubiertas de fundas para el polvo de muselina blanca. Hasta las lámparas de brazos que cuelgan del techo tienen fundas de estopilla blanca, cuya tela se les acumula al fondo y les cuelga como si fuera un puñado de colas traslúcidas de ectoplasma. La impresión general que produce el lugar es de fiesta silenciosa a la que asisten numerosos fantasmas, pero fantasmas de tebeo, de esos que llevan sábanas puestas y siempre están a punto de aullar: «Uuuuuuuu». Esta sala llena de espectros parece una fiesta de bienvenida provista de un tema extraño y elegido para ridiculizarme. Una convención de fantasmillas y fantasmones. Para ser sincera, me siento bastante Ctrl+Alt+Ofendida por este recibimiento tan

poco sensible.

Por la pura fuerza de la costumbre, siguiendo las reglas oficiales de mi madre para comportarse en casa, de aplicación tanto en Tokio como en Managua, me quito los zapatos y los dejo dentro de la puerta del vestíbulo.

Al otro lado del ya mencionado guateque de falsos fantasmas, las ventanas amplias y altas del ático dominan la arquitectura de Manhattan. Las hileras de edificios apelotonados, de lúgubres rascacielos, recuerdan a un campo de lápidas grises. Las torres apelotonadas parecen columnas rotas, agujas y obeliscos, una colección de esos monumentos con los que los humanos marcan sus lugares de entierro. Al otro lado de las ventanas se extiende un cementerio de una escala descomunal. La Gran Manzana. Una fosa boyante para los muertos del futuro.

Por favor, entiéndeme, amable tuitera, no es mi intención ser una aguafiestas. Aguafiestas y encima muerta. Pero sospecho que estoy sufriendo alguna forma de depresión post mórtem. En cuanto a una se le pasa la novedad de acabar de morirse, en su lugar tiende a aposentarse una sensación de malestar.

En respuesta al post emocionalmente sensible que ha escrito CrestaPunkArcher666, sí, los fantasmas se pueden sentir solos. Si queréis saber más, me siento una pizca triste y abandonada, olvidada por el mundo entero. Si ahora viera a mis padres, si yo los viera a ellos pero ellos no me pudieran ver a mí, el corazón se me inflaría como si fuera un globo de agua lleno de lágrimas calientes, se me inflaría hasta explotar. Aislada, sin más compañía que mis ideas y sentimientos, en tanto que fantasma desprovista de medios para comunicarme, me he convertido en la marginada por antonomasia.

Y no solo me siento dejada de la mano de Dios, sino de la de todo el mundo.

Cojo un pasillo del ático, paso caminando sin hacer ruido con los pies enfundados en calcetines fantasma por delante del estudio de yoga de mi madre y de la sala de fumar puros de mi padre, y me encuentro con que la puerta de mi dormitorio está cerrada con llave. Claro que la puerta está cerrada con llave, y no cabe duda de que el aire acondicionado sigue puesto a temperatura cámara refrigeradora de carne, ni de que las cortinas siguen cerradas a cal y canto para proteger mi ropa y mis juguetes del desgaste de la luz del sol. Para preservar mi habitación como pequeña capilla a una querida hija muerta. Tengo un momento de idiotez en que intento adivinar la contraseña de mi madre para acceder al sistema de seguridad. La primera que me viene a la cabeza es: «CamilleSpencereslamejoractrizdelmundodemenosde40años». Mi segunda opción de contraseña de mi madre para el sistema de seguridad es: «No yonomateamidulcecielitodeniña!». Por fin se me ocurre: «Yohabriaqueridoasacoa Madisonsihubierapesadounoskilosmenos». Cualquiera de estas tiene muchos números de ser correcta, pero entonces me acuerdo de que puedo simplemente atravesar la puerta.

La sensación que produce atravesar una puerta o una pared solo resulta un poco menos desagradable que compartir moléculas con un chihuahua. Experimento un

hormigueo de serrín y la sensación oleosa de las capas excesivas de pintura de látex de color azul claro.

Mi dormitorio presenta un retablo parecido al de la sala de estar del ático: está ocupado por una cama, una butaca, una cajonera… todo ello enmascarado por fundas blancas para el polvo. Sin embargo, estirada a lo largo de mi cama, escondida bajo la sábana de muselina blanca, se ve la silueta de una persona tumbada. A los pies de la cama, la silueta se eleva sugiriendo la punta de unos pies que dan paso a unas piernas flacas. A continuación se ensancha sugiriendo unas caderas anchas, una cintura y un pecho; por fin la muselina desciende cuando llega a lo que parece un cuello y se eleva para cubrir una cara, tensándose sobre la punta de una nariz. Hay alguien tumbado en mi cama, en plan cuento de Ricitos de Oro. En la mesilla de noche cubierta de muselina yace embrollada una peluca abandonada de rizos rubios, formando un nido. Y colocados en el centro de ese nido rubio, como si fueran huevos, hay una dentadura postiza, un audífono que parece un langostino de plástico rosa, un paquete de Gauloises y un encendedor dorado. Desplegada junto a estos artefactos hay una portada enmarcada de la revista *Cat Fancy*, un retrato doble de mi madre y de mí abrazando a una gatita atigrada de ojos brillantes. En contraste con los rasgos sumergidos en botox de mi madre, mi sonrisa es un momento congelado de risa extasiada genuina. El titular dice: «Estrella de cine le da un final feliz a la gatita Cenicienta».

Y en respuesta a PattersonNumero54, sí, los fantasmas también podemos sentir tristeza y terror.

La muerte no es el final de los peligros. Más allá de la muerte hay otras muertes. Os guste o no, la muerte no es el final de todo.

Nadie quiere adentrarse deambulando en una habitación solitaria y completamente silenciosa de hotel y encontrarse a un cadáver, sobre todo si está tumbado en la cama de tu infancia. Debe de ser el cadáver abandonado de alguna desconocida desconsiderada, alguna camarera hondureña del hotel que ha elegido suicidarse en mi espléndida cama, rodeada de mis ositos Steiff de importación y de mis jirafas Gund de edición limitada, seguramente con la tripa llena de los diazepanes de mi madre, desparramando sus asquerosos fluidos corporales hondureños por mi colchón Hästens cosido a mano, estropeándome las sábanas Porthault de seiscientos hilos.

Cuando mi rabia por fin se impone a mi miedo, doy un paso adelante. Agarro el borde superior de la funda de muselina y empiezo a tirar de ella hacia abajo, revelando el cuerpo: una momia de la Antigüedad. Una vieja arpía. Sus encías se fruncen y se arrugan sin dientes que sujetar. Una aureola de cabellos grises y escasos le rodea la cabeza sepultada en la almohada. Retiro la tela blanca de un solo tirón y la arrojo al suelo del dormitorio. La anciana está acostada, con las piernas juntas y las manos cruzadas sobre el pecho, con espectaculares anillos de gran tamaño reluciéndole en todos los dedos huesudos. Yo reconozco su vaporoso vestido de

terciopelo de color aguamarina cargado de lentejuelas, piedras de estrás y aljófares. Una hendidura que tiene en la falda revela una pierna esquelética que va del muslo consumido al pie surcado de venas azules y enfundado en una sandalia de talón abierto de Prada. Las sandalias son tan nuevas que todavía se puede leer la etiqueta del precio que hay pegada a la suela de una de ellas. Tanto la peluca rubia como el vestido me resultan vagamente familiares. Los conozco. Los reconozco de cierto funeral que se celebró hace unos cien mil años. Y milagro de milagros: huelo el humo de los cigarrillos de esta anciana. No, lo juro, los fantasmas no podemos oler ni notar el sabor de nada que haya en el mundo de los vivos, pero aun así noto el hedor de los cigarrillos que mana de ella. Y, sin pensarlo, sin intentarlo de forma consciente, le digo:

—¿Yaya Minnie?

La anciana pestañea. Se le está cayendo la punta de fuera de una pestaña falsa de aspecto arácnido, lo cual le da una pinta un poco demente. La anciana parpadea, incorporándose hasta apoyarse en los codos y mirando con los ojos entelados y entrecerrados en mi dirección. Una sonrisa le hiende la cara arrugada por la mitad, y con las encías rosadas y ceceantes dice:

—¿Pastelillo?

En respuesta a EmilySIDAenCanada, esto es un golpe. Aunque estés muerta, te duele lo mismo que el corazón se te infle, dilatándose más y más como un aneurisma de lágrimas listo para estallar.

La mirada de mi abuela pasa de mí a la falda de su vestido, de mí a las lentejuelas y el terciopelo que se retiran para dejar al descubierto sus piernas ancianas, y ahora la mujer dice:

—Por el amor de Dios, pero ¿tú has visto con qué vestido de puta me ha enterrado tu madre? —Estira una mano temblorosa y cargada de joyas hasta la mesilla de noche y coge el paquete de Gauloises—. Ven a darle fuego a tu yaya Minnie, anda.

Se lleva la boquilla de un cigarrillo a la boca y sus labios distendidos y arrugados adoptan el mohín de un beso alrededor del filtro.

21 DE DICIEMBRE, 8.09 HORA ESTE

Un encuentro que da repelús

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Mi abuela está espachurrada sobre la colcha de satén de mi cama, con las piernas como palillos cruzadas a la altura del tobillo, ofreciéndome un vislumbre a través de la hendidura de su falda que no deseo para nada. Hago una mueca de asco y le pregunto:

—Pero ¿te enterramos… sin bragas?

—La idiota de tu madre —dice ella a modo de respuesta.

Como el vestido que lleva no tiene mangas, ahora mi abuela se queda mirando un tatuaje tribal de espinas que le rodea la muñeca y le sube por el brazo hasta el codo primero y hasta el hombro después. La tinta negra forma una serie de letras espinosas, como ramas de brezo, que componen la inscripción: «Yo [corazón] Camilla Spencer… Yo [corazón] Camilla Spencer», con una rosa tatuada floreciendo entre cada repetición de la frase. Yaya se escupe en el pulgar y se frota las palabras de la muñeca, diciendo:

—¿Qué es esta puñetera cursilada?

Ella no lo puede ver, pero las palabras le salen del hombro y le rodean el cuello como si fueran una gargantilla, terminando en una enorme rosa tatuada que le cubre la mayor parte de la mejilla derecha. Todas estas declaraciones repetitivas le han sido grabadas post mórtem a punta de aguja en su pellejo anciano y tostado por el sol, a insistencia de mi madre.

Con la cabeza apoyada en la almohada de la cama, la yaya Minnie se echa un vistazo a los pechos enormes que le abultan dentro del corpiño del vestido.

—Por el amor de Dios, pero ¿qué me ha hecho tu madre?

Con la garra retorcida de un dedo índice anciano se toquetea un pecho firme, que es obviamente otra de sus renovaciones post mórtem.

Se está fumando un cigarrillo fantasma, expulsando el humo de segunda mano en todas direcciones, y con la mano libre da unos golpecitos en la cama para que vaya a sentarme a su lado. Yo me siento, claro. El hecho de que esté amargada, resentida y furiosa no quiere decir que sea maleducada. Me limito a sentarme, sin decir nada y, desde luego, sin abrazarla ni besarla. El bolso Coach falso que he cogido prestado está en la cama, junto a mi trasero, y ahora meto la mano dentro y hurgo entre la sombra de ojos Avon de color turquesa, las chocolatinas Almond Joy y los condones. Saco una extraña agenda electrónica personal y me pongo a teclear mis pensamientos malignos en forma de palabras… frases… entradas de blog venenosas.

Si os soy sincera vais a pensar que soy simplemente el fantasma de trece años más desalmado que ha caminado nunca por la faz de la Tierra, pero es que ya le estoy deseando a mi querida y muy difunta yaya Minnie que coja cáncer de pulmón y se

muera por segunda vez.

Entre caladas al clavo de su ataúd, mi abuela me pregunta:

—No habrás visto a un espiritista merodeando por ahí, ¿verdad? Con una piel espantosa… Un tipo alto, grande y apuesto con el pelo largo y recogido en una trenza por detrás, como si fuera un chino…

Me echa un vistazo de ojos arrugados.

Te garantizo, BabetteBuenorraInfernal, que te estoy cuidando muy bien el bolso.

Mi yaya Minnie era la madre de mi madre, y en sus días más gloriosos, seguramente debió de ser una chavala descocada de la era del jazz que se cortaba el pelo a lo paje, se ponía colorete en las rodillas y bailaba el jitterbug sobre las mesas espolvoreadas de cocaína de los bares ilegales de la Prohibición en compañía de Charles Lindbergh y surcaba a toda velocidad West Egg a bordo de deportivos Stutz Bearcat, enfundada en abrigos de piel de mapache y engullendo pececitos vivos. Sin embargo, para la época en que yo la conocí, mi abuela ya estaba bastante hecha papilla. Seguramente criar a mi madre no la debió de ayudar precisamente a conservarse joven.

Para cuando yo nací, la yaya Minnie ya estaba coleccionando botones y cuidándose de la ciática. Y fumando sin parar. Me acuerdo de que cuando yo subía a visitarla al norte del estado, ella preparaba el té dejando un viejo frasco de conservas en una ventana soleada. Dejando de lado todas sus Norman Rockwell-idades, la casa de mi abuela olía a vacaciones en compañía de cavernícolas sucios, como si todas las comidas las preparara combinando ingredientes crudos que arrancaba de un huertecito y luego calentaba para crear comida *dentro de su casa*, en lugar de mandar mensajes de texto al Spago o al Ivy o al Grill Room o al Four Seasons para que le trajeran *moules marinières tout de suite*.

Cuando salías del cuarto de baño de mi abuela, después de ti no entraba discretamente ninguna doncella somalí para desinfectarlo todo y reponer los champús con aroma de *pamplemousse*. No es de extrañar que mi madre decidiera escaparse siendo adolescente, convertirse en estrella mundialmente famosa de Hollywood y casarse con mi padre multimillonario. Es imposible pasarse la vida haciendo de Laura Ingalls Wilder sin cansarse de todo ese rollo de los palurdos descalzos. Y mientras a mí me desterraban a la Elba del tedioso norte del estado, mi madre se iba de viaje con un equipo de rodaje de la UNESCO a enseñarles técnicas de sexo seguro con condón a los bosquimanos del Kalahari. Mi madre se dedicaba a orquestar la adquisición hostil de la Sony Pictures o bien a copar el mercado internacional del plutonio armamentístico, y a mí me dejaban allí colgada, fingiendo que me interesaban las llamadas de apareamiento rústico de las aves silvestres.

No soy ninguna esnob. No me podéis llamar esnob, porque ya hace mucho tiempo que perdoné a mi abuela por vivir en una granja del norte del estado. Ya la perdoné por comprar queso Havarti hecho en casa y por no saber la diferencia entre el sorbete y el gelato. Hay que decir en su descargo que fue mi yaya Minnie quien me

introdujo en las novelas de Elinor Glyn y Daphne du Maurier. Y para anotarme un punto a mi favor, yo toleraba su obsesión por cultivar sus propios tomates nativos cuando Dean & Deluca nos podría haber mandado por FedEx unos Cherokee Purple infinitamente mejores. Porque yo la quería *mucho*. Pero por muy sentencioso que esto parezca, todavía no le he perdonado el que se muriera.

Quitándose una hebra de tabaco de la lengua, usando las uñas largas como palillos chinos que mi madre le instaló para su funeral, mi abuela dice:

—Tu madre ha contratado a un tipo para que cace a tu fantasma, o sea que ándate con ojo. —Y añade—: Lo que yo te puedo decir es que es una especie de detective privado que encuentra a la gente muerta, ¡y está en este mismo hotel!

Sentada aquí en mi vieja habitación de hotel, rodeada de mis monos Steiff y de mis cebras Gund, lo único que veo es el cigarrillo encendido. Esa forma legalizada de suicidio. Y sí, en respuesta al comentario que ha subido Leonard.empollon.del.Hades, esto es muy poco generoso por mi parte. Permitidme que os sea sincera. No es que yo no tenga ninguna empatía, pero que yo sepa mi abuela me dejó sin nada. Me abandonó porque los cigarrillos eran más importantes. Yo la quería, pero ella quería más al alquitrán y a la nicotina. Y ahora que me la encuentro en mi dormitorio estoy decidida a no cometer la equivocación de volver a quererla.

Mi madre nunca le perdonó que no fuera Peggy Guggenheim. Yo nunca le perdoné que fumara, cocinara, cuidara del jardín y se muriera.

—Bueno, Pastelillo —me dice mi yaya Minnie—, ¿a qué te has estado dedicando?

Oh, le digo yo, pues a esto y aquello. No le cuento para nada que me morí. No se me ocurre mencionarle que me condenaron al Infierno. Sigo tecleando sin parar en mi agenda electrónica personal: las yemas de mis dedos gritan todo lo que yo no me atrevo a decir en voz alta.

—He estado ahí. En el Cielo —dice la yaya Minnie. Señala el techo con su cigarrillo—. Los dos nos salvamos, tu abuelito Ben y yo. El problema es que el Cielo adoptó una de esas normativas tan estrictas contra el tabaco.

Desde entonces, me cuenta, igual que los oficinistas tienen que hacer frente a las inclemencias meteorológicas y acurrucarse en la calle para chupar sus varitas de cáncer, mi abuela muerta tiene que descender en forma de fantasma para entregarse a su vil adicción.

Yo básicamente me limito a escucharla y a buscarle en la cara indicios de mí misma. Niña y vieja, creamos una especie de efecto de «antes y después»; su nariz ganchuda de loro es mi simpática naricilla respingona pero irradiada por los rayos ultravioleta de cien mil días estivales en el norte del estado. Su cascada de papadas de diferentes tamaños duplica mi delicada barbillita de niña, pero por triplicado. Yo desvío la conversación al clima. Sentada en el borde de la cama de hotel en la que ella sigue tumbada fumando, yo le pregunto si el abuelito Ben también está rondando por el hotel Rhinelander.

—Cielito —me dice ella—, deja de toquetear esa calculadora de bolsillo y sé sociable. —La yaya Minnie gira la cabeza fantasmal de lado a lado de la almohada. Expulsa una bocanada de humo en dirección al techo y me dice—: No, tu abuelito no está por aquí. Quería estar en el cielo para darle la bienvenida a Paris Hilton cuando llegara.

Por favor, doctora Maya, dame fuerzas para no usar un emoticono.

¿Paris Hilton va a ir al cielo?

No me cabe en la Ctrl+Alt+Cabeza.

Aquí sentada, mirando a mi abuela a la cara, me doy cuenta de que no le veo los pensamientos. Los pensamientos… las ideas… la prueba misma que René Descartes ofrece de nuestra existencia es igual de invisible que los fantasmas. Que nuestras almas. Da la impresión de que, si los científicos van a descartar la posibilidad de que exista el alma por falta de pruebas físicas, también deberían negar la existencia del pensamiento. Tras esta observación, me echo un vistazo al recio y funcional reloj de pulsera y me doy cuenta de que solo ha pasado un minuto.

Mi abuela me pilla con el codo ladeado y la muñeca retorcida para mirar qué hora es y me pregunta:

—¿Has echado de menos a tu abuelita, gatita mía?

Y expulsa otra bocanada de humo hacia el techo.

—Sí —le miento yo—. Te he echado de menos.

Pero sigo demostrando lo contrario, tecleando.

No se me pasa por alto que este es el conflicto central de mi vida: amo y adoro a toda mi familia salvo cuando estoy con ellos. En cuanto empiezo a disfrutar de la compañía de mi muy difunta yaya Minnie, me vienen las ganas de practicarle la eutanasia, a mi amada, medio ciega incesante fumadora abuelita.

La triste realidad es que la eutanasia médica es una solución que sirve para una sola vez como mucho.

Y es entonces cuando se oye un ruido.

Procedente del vestíbulo del ático: una risa.

Y yo le pregunto:

—¿Ese es el detective privado paranormal de pelo largo?

La yaya Minnie señala con el cigarrillo en dirección al estrépito y dice:

—Es por eso por lo que no tendrías que estar aquí, cielo. —Da unos golpecitos para dejar caer la ceniza de su cigarrillo fantasma y se vuelve a llevar la boquilla a los labios—. Yo simplemente estoy llevando a cabo una investigación de paisano —dice, dando otra calada—. ¿Te crees que me gusta estar aquí tumbada rodeada de tus roñosos juguetes? Maddy, cariño —me dice—, acabas de caer en una emboscada.

21 DE DICIEMBRE, 8.12 HORA ESTE

¡Se desvela un encuentro prohibido!

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Del otro extremo de la suite de hotel viene el ruido de una puerta, del cerrojo que se abre con un pesado ruido metálico. Nadie llama a la puerta a modo de aviso. Nadie anuncia educadamente «¡Limpieza!», ni «¡Servicio de habitaciones!». Se trata de la puerta que comunica el pasillo del hotel con la sala de estar. El pestillo hace clic. Las bisagras sueltan un pequeño chirrido y unos pasos amortiguados resuenan sobre las baldosas de mármol del vestíbulo de la suite.

Es triste decirlo, pero los muertos todavía podemos sufrir unos arranques brutales de vergüenza. Igual que vosotros los predescompuestos, nosotros los posvivos podemos sentirnos completamente mortificados por nuestras sórdidas confesiones.

Mirad, por ejemplo, la siguiente admisión: las mejores horas de mi infancia me las pasé con la oreja pegada a la puerta del dormitorio de mis padres. En las frecuentes ocasiones en que no podía conciliar el sueño en Atenas, Abu Dhabi o Akron, me encantaba espiar los jadeos carnales de mis padres. Sus gruñidos a coro eran para mí la más dulce de las canciones de cuna. A mis oídos infantiles, aquellos gemidos y ronquidos eran la garantía de continuidad de la felicidad familiar. Las exclamaciones bestiales de mis padres avalaban que mi hogar no se rompería igual que el de mis ricas compañeras de juegos. Las compañeras que yo no tenía.

Golpecitos. Toques. La cultura de los espiritistas está plagada de fantasmas que dan porrazos. Para las almas atrapadas en el mundo físico es una pura cuestión de cortesía. Para decirlo de forma sencilla, a nadie le gusta entrar en una habitación y sorprender a una persona premuerta haciendo caca o bien vigorosamente involucrada en hacer cochinadas con alguien.

Por consiguiente, los fantasmas siempre llaman antes de entrar en una habitación. Incluyéndome a mí. Yo más que ninguno. En el ático del hotel Rhinelander, sigo el ruido de la risa de mi padre, el inconfundible clip-clop de semental de raza que hacen sus zapatos, con el acompañamiento del tic-tac de bomba de relojería que hacen los zapatos Manolo Blahnik de tacón alto, y mi persecución me lleva hasta la puerta cerrada del dormitorio de mis padres en Nueva York. Cuando ya estoy a punto de atravesar la madera esmaltada, una voz procedente del interior dice:

—Date prisa, amor mío; llevamos un retraso terrible. Tendríamos que haber follado hace horas…

La voz, la voz de mi padre, me detiene cuando estoy a punto de entrar. ¿Qué se puede decir del célebre Antonio Spencer? Su cabeza recuerda por su forma a una roca muy apuesta. A un monumento natural. Normalmente habla con entonación impostada de la radio pública, pero hoy la voz le suena desnuda y peluda.

En lugar de atravesar la puerta y posiblemente presenciar una escena primordial,

echo a andar por el vestíbulo, agobiada por la culpa.

En el vestíbulo del ático, un enchufe eléctrico capta mi atención. Pronto nos detendremos más en esta práctica, pero de momento limitaos por favor a aceptar el hecho de que soy capaz de inocular mi ectoplasma fantasmal en los agujeritos de los enchufes de la pared y escurrirme por los cables de cobre que hay sepultados dentro de las paredes del hotel. Imaginaos a Charles Darwin navegando por el sistema fluvial cubierto de vapores del Amazonas. Cuando llego a una caja de empalme, encuentro el cable siguiente y lo sigo hasta otro enchufe. Pronto me encuentro con las clavijas de un cable de alargue. Voy dando brincos por el cobre y cubro de un salto la distancia de un interruptor abierto. Abriendo un túnel hacia arriba, me topo con un callejón sin salida, encerrado en una bombilla. Y no precisamente una espaciosa lámpara incandescente de las de Thomas Edison; es una bombillita fluorescente compacta e intrincada que hay instalada en la lámpara de una mesilla de noche. A mi alrededor, una pantalla de papel de vitela me impide ver la habitación de hotel. Me encuentro toda retorcida dentro de una bombilla apagada, una de esas bombillas ecológicas y diseñadas para ahorrar energía que mis padres elegirían, y el mercurio tiene un sabor Ctrl+Alt+Asqueroso. Rodeada por la pantalla de la lámpara, lo único que puedo ver es la superficie con grano de madera de una mesilla de noche. Allí, componiendo un tórrido bodegón moderno, lo poco que puedo ver incluye una agenda electrónica personal, la llave de la habitación engarzada a una leontina metálica, un despertador y el envoltorio roto de un condón ausente.

Oíd los reconfortantes ruidos mojados que hacen mis padres al ejercitar frenéticamente sus ancianos centros de placer.

Por favor, futuras personas muertas, fijaos en que cada vez que apagáis una bombilla fluorescente o un tubo de rayos catódicos y veis un resplandor residual de fotones verdes, ese resplandor es ectoplasma atrapado. Los fantasmas siempre están quedándose aprisionados en las bombillas.

Incluso ahora, retorcida dentro de una bombilla apagada, le concedo a mi yo fantasmal el capricho de escuchar a hurtadillas. Al estar rodeada por la pantalla, no los puedo ver, pero sí que capto las roncas expresiones de cariño de mi padre.

—Oh —lo oigo decir—, más despacio. —Mi padre dice—: Me encanta lo que haces, cielo, pero espera… —Dice—: Si no paras, no me voy a poder aguantar…

Y en ese momento aparece una mano reptando por debajo del borde inferior de la pantalla de la lámpara. Una mano parecida a una araña huesuda. Recubierta de trenzas de músculos lisos, más que una mano parece una serpiente, con la piel igual de lisa que las escamas de los lagartos. Tiene las uñas pintadas con esmalte blanco descascarillado, y de la base de la palma le salen unas rayas de color rosa que le recorren la parte interior del antebrazo, como surcos arados en un campo en barbecho del norte del estado. Unas líneas rosadas y paralelas que llegan casi hasta el codo. Irregulares, sugieren los dos o tres palmos de tierra dura que consigue partir un viejo granjero pobre antes de caer muerto de un ataque solitario al corazón.

Esas cicatrices, tan toscamente practicadas y tan recientemente curadas, identifican al que las lleva como alguien que ha intentado suicidarse. Amables tuiteras, yo reconozco esas cicatrices. Conozco ese brazo.

Conozco las deprimentes señales del despiadado estilo de vida en el norte del estado.

Debajo de cada uña se ve una fina media luna de color marrón. Es chocolate, claro. Cualquier experto en comida puede ver claramente que es chocolate con leche que se ha desprendido de la superficie de una chocolatina Baby Ruth. Los dedos toquetean los costados de cristal de la bombilla, manoseándome la cara, ensuciándome el pelo. Acariciando y molestando sexualmente a mi yo fantasmal que está encerrado dentro. Los dedos huelen a los calzoncillos de mi padre fermentados en una cesta de la ropa sucia recalentada en Túnez. Tienen el mismo olor que mi madre cuando soltaba risitas y se pasaba las mañanas enfundada en su albornoz. Aquellas mañanas en que mi madre servía con serenidad el zumo de germinado de trigo ecológico, con las mejillas ruborizadas y raspadas por culpa de la cara matinal sin afeitar de mi padre.

Pero esa mano que tantea no lleva el anillo de compromiso de color amarillo canario de mi madre, no es la mano de mi madre.

Detrás de los dedos arácnidos vienen un brazo parecido a una serpiente, un hombro flaco y un cuello esbelto. Una cara se acerca desde la cama y un par de ojos se asoman por debajo del borde inferior de la pantalla de la lámpara, mirándome directamente a mí mientras los dedos localizan el interruptor y lo accionan. Una cara de la edad aproximada de una guapa alumna de secundaria, bajo el resplandor de sesenta vatios que se acaba de encender; no es la cara de mi madre.

La desconocida tiene la boca manchada de pintura de labios. Tiene las mejillas raspadas por una barba sin afeitar que debería estar irritándole la piel de la cara a mi madre. Ahora mira por debajo de la pantalla de la lámpara como si estuviera asomándose por debajo de una falda. La lasciva desconocida sonríe dentro de mi iluminado escondrijo y susurra:

—¿Qué hora es?

21 DE DICIEMBRE, 8.16 HORA ESTE

Petición de refuerzos

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

En la muerte, igual que en vida, me traicionan mis coetáneos. Hasta hace muy poco, esa misma chica a la que ahora vemos besuquearse tan libremente con mi muy casado padre aseguraba ser mi devota amiga y mentora en el Infierno. Es probable que también haya violado su toque de queda de Halloween, pero no me explico que haya conseguido manifestar un cuerpo físico e interactuar carnalmente con un pre-muerto.

Hago una petición especial a los amigos que me quedan todavía afincados entre las llamas del Averno. Aunque no lo sepáis —Leonard el listillo, Patterson el atleta, Archer el misántropo y mi pequeña y querida Emily—, durante el curso normal de los acontecimientos en el Hades, me puse en contacto sin querer con mis padres vivos vivientes. Fue por teléfono, por accidente, y como es natural se quedaron trastornados por hablar con la hija a la que acababan de enterrar. Para acallar su llanto, lo que hice fue ofrecerles a mis padres unos cuantos consejos para vivir sus vidas. Y es más que probable que esos consejos los envíen al Infierno.

Por favor, amigos del submundo, si mis padres se mueren durante el año en que yo esté ausente, hacedme el favor de protegerlos. Haced que se sientan en casa.

21 DE DICIEMBRE, 8.16 HORA ESTE

Continúa el encuentro prohibido

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Buscando evidencia forense del deseo que sentían mis padres el uno por el otro, en mis años de niña premuerta, yo me dedicaba a hurgar entre su ropa sucia. El tufo y los fluidos que impregnaban las sábanas húmedas servían de evidencia física de que mis padres seguían enamorados, y aquellas manchas lujuriosas documentaban su romance mejor que ninguna poesía florida y manuscrita. Sus emisiones carnales demostraban que todo seguía estable. El chirrido de los muelles, los cachetes de la piel contra la piel desnuda, transmitían una promesa biológica más duradera que los votos matrimoniales.

En aquellas manchas repugnantes de fluidos corporales estaba la prueba por escrito de nuestro final feliz colectivo. Ahora, sin embargo, la cosa parece haber cambiado.

—Por el amor de Madison —dice la voz jadeante de mi padre—. ¿Estás intentando matarme a polvos, Babette?

Esos ojos familiares, enmarcados en sombra de ojos de color turquesa, flanqueados de pestañas pintadas con rímel, son los ojos rapaces de una planta carnívora. Los lóbulos de sus orejas se tensan bajo el peso de sendos cristales cúbicos centelleantes de zirconio, del tamaño de monedas de diez centavos. Convirtiendo su voz en un ronroneo de alcoba, sin dejar de mirar la bombilla donde estoy, la joven, Babette, le pregunta:

—¿La echas de menos?

Mi padre contesta con silencio. Su vacilación se prolonga durante una fría eternidad. Por fin pregunta:

—¿Te refieres a mi mujer?

—Te pregunto si echas de menos a tu hija, Madison —le apunta Babette.

Hosco, indignado:

—¿Me estás preguntando si yo le pegaba? ¿Si la *golpeé* alguna vez?

—No —dice Babette—. Que si la echas de menos.

Después de una larga pausa, y con voz cargada de disgusto, mi padre dice:

—Me quedé pasmado al enterarme de que el Cielo existía…

—Madison no mentiría —dice Babette, provocándome—. ¿Verdad que no?

—Esto va a sonar terrible —empieza a decir la voz de mi padre—. Pero lo que me sorprendió más fue enterarme de que habían dejado entrar a Madison. —Suelta una risita—. Francamente, me quedé atónito.

Mi propio padre cree que mi sitio es el Infierno.

Y lo que es todavía más extraño, creo que Babette me puede ver. Bueno, no lo creo, estoy segura.

Mi padre se apresura a añadir con sequedad:

—Me imagino a Madison entrando en Harvard… pero ¿en el Cielo?

—Pero es ahí donde está ahora —dice Babette, por mucho que me vea aquí, atrapada en la Tierra, flotando a menos de un metro de su conversación poscoital y adúltera—. Madison te habló desde el Cielo, ¿verdad?

—No me malinterpretes —le dice mi padre—. Yo quería a Maddy tanto como cualquier padre quiere a una hija. —La pausa silenciosa que hace llegado este punto es tan larga como enfurecedora—. La verdad es que mi niñita tenía sus defectos.

Como si estuviera haciendo un intento cortés de resolver el conflicto, Babette dice:

—Debe de resultarte muy doloroso admitirlo.

—La verdad —dice mi padre— es que mi Maddy era un poco cobarde.

Babette ahoga una exclamación de horror teatral.

—¡No digas eso!

—Pero es que es verdad —insiste mi padre, con voz agotada, resignada—. Todo el mundo se daba cuenta. Era una pequeña rata cobarde, débil y sin agallas.

Babette me mira con una sonrisita y me dice:

—¡Ni hablar! ¡No era ninguna rata!

—Son los hallazgos empíricos de todo nuestro equipo de expertos en conducta —afirma en tono afligido la voz de mi padre. Descorazonado—. Se escondía bajo una máscara defensiva de falsa superioridad.

La afirmación se arremolina en las tripas doloridas de mi cerebro. Las palabras «equipo» y «hallazgos» se me atragantan en los oídos.

—Siempre lo estaba mirando todo con aquellos ojos y juzgándolo todo —declara mi padre—. Especialmente a su madre y a mí. Madison condenaba todos los sueños, pero nunca tuvo ni el valor ni la convicción para intentar hacer realidad ninguna visión propia. —Y como si estuviera dejando sobre la mesa con tristeza el naipe que ganaba la partida, añadió—: Jamás vimos indicio alguno de que Maddy tuviera ningún amigo…

Eso, amable tuitera, falta a la verdad. Babette era amiga mía. Aunque yo no la llamaría precisamente una paladina de la amistad.

Demasiado deprisa y con demasiada amabilidad, Babette le dice:

—No hace falta que hablemos de esto, Tony.

Y con demasiado fervor, mi padre le contesta:

—En mi caso sí. —En tono de superioridad moral y al mismo tiempo derrotado, añade—: Leonard ya nos avisó. Hace décadas. Mucho antes de que ella naciera. Leonard nos dijo que costaría mucho querer a alguien como Maddy.

Entrecerrando los ojos y sonriendo en mi dirección, Babette le apunta:

—¿Leonard? ¿El televendedor?

Negando de forma casi audible con la cabeza, mi padre dice:

—Vale, era televendedor, pero nos hizo ricos. Él nos avisó de que Madison

fingiría que tenía amistades. —Mi padre se ríe en silencio. Suspira—. Hubo unas vacaciones de Navidad que Madison se pasó en la escuela completamente sola…

¡Oh, por el amor de Susan Sarandon, no soporto oír esto! Los sesos fantasmas se me inflan y me duelen, tensando dolorosamente el vientre inflado de mis recuerdos.

—A su madre y a mí nos dijo que se iba a pasar las vacaciones con unas amigas en Creta —sigue—. Y se pasó las tres semanas siguientes sin hacer nada más que comer helados y leer noveluchas sensacionalistas.

¡Qué vergüenza, amable tuitera! *Por siempre ámbar* no es ninguna novelucha sensacionalista. Y yo no soy ni débil ni cobarde.

Babette pone una vocecilla dulzona mientras canturrea:

—Una chica tan guapa como Madison… Eso es imposible.

Pero sus ojos del mismo tono que la orina sueltan una buena carcajada a mi costa.

—Pues es verdad —dice mi padre—. La estuvimos viendo durante todas las vacaciones por las cámaras de seguridad de la escuela. Menuda pobrecilla gorda y solitaria estaba hecha.

21 DE DICIEMBRE, 8.23 HORA ESTE

Una ex (?) amiga…

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Mi padre es un tío tan natural que a continuación nos deleita con sus abundantes gruñidos. Verdaderas erupciones volcánicas, sin filtro alguno de modestia ni puertas cerradas con pestillo de por medio. Tras salir de la cama y cruzar la habitación con un susurro de pies descalzos, se ha instalado a horcajadas en el retrete del cuarto de baño de la habitación, cuyas superficies cubiertas de azulejos amplifican ahora una hueste de sonidos húmedos.

En su ausencia, Babette vuelve a estirar el cuello para asomarse por debajo de la pantalla de la lámpara donde yo estoy refugiada.

—Madison, no te enfades —me susurra—. Aunque no te lo creas, te estoy intentando ayudar.

Mi padre levanta la voz:

—¿Estás diciendo algo, Babs?

Babette no le hace caso y me susurra:

—No te engañes. ¿Te crees que fue un accidente que el mecanismo de marcado automático te conectara con tus padres? —Vociferando por lo bajo, me dice—: ¡Nada de lo que te ha pasado es un accidente! Ni *El viaje del Beagle*. Ni el episodio del Centro EPCOT. —Exasperada, dice—: Y esa gente que tú crees que son tus amigos muertos… no son tus amigos. ¡Tanto el empollón como el deportista y el punk están en el Infierno por muy buenas razones!

Si hay que dar crédito a Babette, vosotros, Leonard.empollon.del.Hades, PattersonNumero54 y CrestaPunkArcher666, sois todos unos bellacos. Ella afirma que estáis decididos a subvertir la creación entera e imponer vuestros planes eternos. Que os hicisteis amigos míos en el Infierno. Que me pusisteis a trabajar al teléfono. Ella dice que todo forma parte de un gran plan que se remonta a varios siglos atrás.

—Ellos se hacen llamar «entidades emancipadas» —insiste Babette—. Y se niegan a tomar partido ni por Satanás ni por Dios.

De fondo se oye tirar de la cadena.

—No dejes que te engañen, Maddy. —Esgrimiendo hacia mí un dedo manchado de chocolate, me dice—: Chica, no te creerías las guarradas que tus supuestos amigos tenían en mente para ti…

Y me dice entre dientes:

—Yo todavía soy tu amiga. Es por eso por lo que te estoy avisando. —Mientras se acercan los pasos desde el cuarto de baño, me dice en voz baja—: Tú presta atención, Maddy. ¡Esta guerra la va a ganar Satanás! Satanás se va a llevar el gato al agua, y vas a tener que ponerte de su lado mientras todavía puedas.

21 DE DICIEMBRE, 8.25 HORA ESTE

El encuentro prohibido, tercera parte

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Suena música enlatada en la habitación del hotel. Son los Beastie Boys cantando «Brass Monkey». Es el anuncio de que ha llegado un mensaje nuevo a la agenda electrónica que hay en la mesilla de noche.

De vuelta en la cama, mi padre explica:

—Le pedimos a un panel de médicos que examinara los vídeos de seguridad.

Su mano peluda aparece ante mis ojos y se pone a tantear la superficie de la mesilla, en busca del teléfono que está sonando.

Me fallan las Ctrl+Alt+Palabras. Ni siquiera con emoticonos se puede transmitir el horror que me produce oír todo esto. ¡Como si yo fuera el sujeto de alguna crónica condescendiente y panocular sobre la iniciación a la vida en esos yermos interiores de Nueva Guinea donde la gente come tierra, mis excentricidades desnudas de infancia han sido observadas! ¡Mi ex fiel y ex devoto padre está engañando flagrantemente a mi madre y sin embargo me acusa a mí de tener defectos y de ser desagradable! Sí, amable tuitera, puede que yo reprima mis emociones y carezca de lazos sociales superfluos y superficiales, pero también me enorgullezco del hecho de no haber conseguido estimular mi chocho virginal para excitación voyeurística y antropológica de una panda de mirones asesores en materia de psicología infantil. La idea de que me estaban mirando unos desconocidos es monstruosa. Y hasta mis padres. No, *sobre todo* mis padres.

—¿Antonio? —pregunta Babette.

Mi padre murmura algo a modo de respuesta.

Con una sonrisita tonta, ella le pregunta:

—¿Por qué estamos aquí?

Mi padre coge por fin la agenda electrónica con la mano bronceada y peluda y le oigo decir:

—Vamos a acompañar al cazafantasmas de Camilla a la habitación sesenta y tres catorce. —El anillo de bodas dorado que le rodea el dedo parece un collar de perro en miniatura—. ¿Te acuerdas del tipo al que Leonard nos dijo que contratáramos? ¿El de la revista *People*? —dice—. ¿El que consume bidones enteros de ese tranquilizante para animales?

El ritmo de sus palabras se ralentiza, puntuado por los ligeros pitidos que emite al pulsar los botones de la agenda electrónica. Mi padre sigue hablando, pero ahora está distraído leyendo sus mensajes. A continuación procede a describir la sensación de estar fuera del propio cuerpo que producen los viajes de ese anestésico, la ketamina, una experiencia que el héroe de la contracultura Timothy Leary describió como «experimentar con la muerte voluntaria». A continuación explica que ese

cazafantasmas freelance se provoca voluntariamente experiencias de cercanía a la muerte ingiriendo sobredosis deliberadas de esa droga. Mi padre, amable tuitera, es capaz de enterrar cualquier tema a base de hablar y hablar. Ahora describe lo que los científicos llaman «fenómenos de emergencia», durante los cuales los consumidores de ketamina juran que el alma les abandona el cuerpo y puede entrar en comunión con el más allá.

—No me has entendido —dice Babette.

—Leonard nos ha dicho que contratemos a ese colgado y que acampemos aquí, en el Rhinelander.

—Pero ¿por qué estoy aquí *yo*? —le apunta Babette.

—Pues ligué contigo en Halloween…

—El día *después* de Halloween —lo interrumpe Babette.

—Ligué contigo por la misma razón que esta tarde he escupido en el ascensor de camino aquí —dice mi padre. Ahora habla todavía más despacio, como si estuviera dando órdenes a una doncella que solo habla somalí y es sorda como una tapia—. *Porque yo también quiero mi insignia* —dice—. Babs, cielo, solo te estoy follando porque me lo ordenan los preceptos del groserismo.

La cama chirría cuando él cambia de postura. A continuación empiezan una vez más los chirridos del colchón, unos arpegios agudos que recuerdan menos a gente haciendo el amor que a esos gritos sucedáneos de las películas en las que a alguien lo asesinan a puñaladas en la ducha de un motel.

Con voz jadeante, mi padre dice:

—Aunque mi hija no fuera perfecta, yo la quiero. —Dice—: Mentiría, haría trampas y mataría para recuperar a mi niña.

El mensaje que le ha llegado a la agenda electrónica es de Camilla Spencer. La canción «Brass Monkey» no da lugar a equívocos: es el tono de llamada característico de mi madre. ¿Y el mensaje? Consiste en dos palabras: «HA RENACIDO».

21 DE DICIEMBRE, 8.28 HORA ESTE

Turista entre muertos

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

A fin de sobrellevar sus penas, mi madre siempre recurrió a adquirir *maisons* en ubicaciones dispersas por el mundo. En Santiago de Chile, Sidney y Shangai, planes alternativos para todos sus planes alternativos; de esa forma, siempre tendría un refugio. Era su estrategia para evitar sorpresas desagradables: tener lugares de sobra a los que retirarse. Así, si en un país cambiaban las leyes fiscales, o bien la publicidad desfavorable la exponía al escarnio público, mi madre huía a sus santuarios de Malta, Mónaco o las Mauricio.

Para mi padre las novias desempeñaban la misma función. Igual que mi madre jamás se comprometía a vivir en un solo domicilio, mi padre jamás se decantó por una sola Libertina McDescoque. Pero el atractivo sutil y apenas reconocido que entraña tener casas y amantes extra se basa en *no* llegar nunca a usarlos. El mismo anhelo insatisfecho, la idea misma de una magnífica casa vacía o de una concubina sedienta de amor, es lo que sostiene la atracción del objeto. Imaginaos pósters centrales de la revista *Playboy*, o a aquellas ociosas damas de los harenes que pintaba Delacroix, o esas habitaciones vacías que aparecen en las páginas del *Architectural Digest*. Todos son recipientes vacíos esperando que alguien los llene.

Así pues, tras verme expuesta con gran horror a las travesuras extraconyugales de mi padre, me retiro. Me escurro hacia atrás por los cables de cobre del hotel Rhinelander. Descubierta, desando rápidamente mi ruta de regreso al vestíbulo del ático y emerjo como una burbuja de mi yo fantasma del enchufe por el que entré. El proceso requiere expandirme, inflando mi globo de ectoplasma hasta aproximadamente mi tamaño real de chica gordezuela de trece años. Mis rasgos faciales se solidifican, seguidos de mis gafas de pasta, mi chaqueta de punto del uniforme de la escuela y mi falda-pantalón de tweed. Los últimos en cobrar forma son mis mocasines Bass Weejun. Por fin, lo que queda de mi yo fantasma sale goteando del enchufe, intacta pero Ctrl+Alt+Desilusionada.

Y parece que no estoy sola. Hay un hombre de pie entre el mobiliario, entre todas esas sillas y mesas agazapadas bajo sus fundas blancas para el polvo. Plantado debajo de la lámpara de brazos con su sudario de estopilla. Los ojos fantasmales de mi yo fantasma se quedan mirando fijamente a los del desconocido. Tal vez sea el cazafantasmas sobre el que mi abuela me intentaba prevenir.

Amable tuitera, puedes tacharme de elitista estirada, pero todavía me sigue alucinando ver americanos en Estados Unidos. La mayor parte de la infancia me la pasé viajando de Andorra a Antigua y a Aruba, todos esos gloriosos paraísos fiscales, siguiendo el constante flujo migratorio de los exiliados por razones fiscales que buscan refugiar sus salarios descomunales en Belice, Baréin y Barbados. Yo estaba

bastante convencida de que Estados Unidos había mandado a todos sus ciudadanos al extranjero y que ahora estaba gestionado y habitado básicamente por inmigrantes ilegales.

Sí, de vez en cuando se puede ver a alguien con uniforme de doncella o bien conduciendo un Town Car, pero salta a la vista que el hombre al que me acabo de encontrar en el vestíbulo de nuestro ático no es ningún criado. Para empezar, está resplandeciendo. Irradiando una luz de color azul claro. No como si le brillara dentro una bombilla; parece más bien que tiene facetas, como una joya, y refleja la luz de ambiente. También me doy cuenta de que tiene la cara borrosa y difusa, porque le estoy viendo al mismo tiempo la parte delantera y trasera de la cabeza, le veo simultáneamente los ojos y el pelo. Es como sostener la página de un libro a un contraluz tan fuerte que se puede leer la letra impresa de ambos lados. Es deslumbrante, igual que esos diamantes que puedes ver desde todos los ángulos con un solo vistazo. A través de él puedo ver los edificios que hay al otro lado de la ventana, las vistas grises que dominan Central Park. El pelo le cae por la espalda en forma de una trenza tan larga y gruesa como una baguette mohosa. Se le ven los mechones igual de claros e iridiscentes que si fueran fideos asiáticos de celofán. También su cuello es de celofán tensado, con la piel surcada de tendones y venas. Su chaqueta de traje, las perneras de sus pantalones y hasta las zapatillas de atletismo sucias son igual de translúcidas que la saliva.

Allí plantado, con los brazos colgando a los costados, el tipo tiembla como si fuera una columna de humo. Cuando abre los labios, los tiene igual de tenues que el cuerpo ondulado de una de esas medusas que nadan por los asquerosos documentales de la vida submarina. La voz le suena amortiguada, como si perteneciera a un hombre que está susurrando secretos en otra habitación.

En respuesta a EmilySIDAenCanada, sí, antes de morirme, esta es la pinta que me imaginaba que tenían los fantasmas.

Demacrado y agotado, me dice:

—Tú eres la niña muerta, ¿no?

Me puede ver.

—¿Tú eres…? —le pregunto. Se me atraganta mi propia pregunta.

La silueta le tiembla un poco de lado a lado. Y justo cuando empieza a caerse en una dirección, va y se endereza de golpe, como si lo acabaran de zarandear para despertarlo. Entonces él compensa demasiado la caída y empieza a desplomarse en la dirección contraria. En vez de llegar a ponerse recto, su precaria postura se compone de una serie sostenida de caídas detenidas por los pelos.

Amable tuitera, puede que yo no conozca los tan cacareados placeres femeninos de la menstruación, pero sí que puedo reconocer a un yonqui cuando lo veo. Vivir con Camilla y Antonio comportaba alternar con una amplia variedad de personas dependientes de la química.

Trago saliva, atónita. Con la garganta seca, le pregunto:

—¿Eres Dios?

—Niña muerta… —parece susurrar él.

Se está disipando, y no de forma precisamente metafórica. Se está evaporando. Sus manos se disuelven igual que la leche cuando se diluye en agua. Con unas palabras más débiles que ecos, suaves como pensamientos, me dice:

—Búscame en la habitación sesenta y tres catorce. Encuéntrame. —Ya solo queda un ligero rastro de su voz cuando me dice—: Ven a contarme un secreto que solo conozca tu madre…

21 DE DICIEMBRE, 8.30 HORA ESTE

Mis padres mandan a un emisario

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Aquí y ahora, en el hotel Rhinelander, me dedico a seguir los cables eléctricos desde el ático de mis padres hasta la habitación 6314. Estoy haciendo caso al misterioso consejo que me ha dado la visión fantasmal, el hombre translúcido del pelo no precisamente limpio y retorcido a la fuerza en forma de coleta hippie no menos deprimente que la cola manchada de un jamelgo incontinente del norte del estado. Le agradezco a EmilySIDAenCanada que me lo pregunte, y sí, a un fantasma lo pueden acosar los fantasmas. Mi abuela, por citar un ejemplo que viene al caso, está en mi habitación del ático, fumando y holgazaneando, pero su presencia misma me recuerda a la casa que compartíamos en el tedioso estado de Nueva York, y a la miríada de horrores que iban a tener lugar allí.

Tras deslizarme por los circuitos eléctricos, dejando atrás conexiones sin soldar y equivocándome de dirección en no pocas ocasiones, por fin emerjo de los orificios de un enchufe de la habitación 6314. El escenario: una habitación de la parte de atrás del edificio, con vistas a los almacenes Barney's y al estanque del sur de Central Park, dos butacas tapizadas junto a la ventana, una cajonera y una cama, con todas las superficies, sin duda, infestadas de chinches enamorados de la sangre. Entre las dos butacas hay una mesilla con el tablero de cristal, surcado por una serie de caminitos de polvo blanco. Una maqueta a escala de los Andes. De los Apeninos. De las escarpadas islas Galápagos, pero hecha con cristalitos de polvo blanco. Al lado de los montoncitos hay una cuchilla de afeitar de un solo filo. Y despatarrado debajo de la mesilla de cristal se encuentra mi enigmático visitante, boca abajo, con la cabeza torcida a un lado. Tumbado sobre la moqueta y con toda la pinta de estar muerto. De uno de los orificios nasales le asoma un cilindro de papel enrollado. El cilindro también está todo sucio de los restos blancos de la mesa.

Amable tuitera, la vida con mis padres ex porretas, ex fumadores de crack y ex cocainómanos también me dejó perfectamente aclimatada para esta escena. Mientras mi yo fantasma se acerca al borde de la cama, el morador despatarrado de la habitación suelta un gemido. Le tiemblan los párpados. Su torso, brazos y piernas se podrían confundir con un montón rancio de ropa sucia y pringada de sudor, salvo por el ligero movimiento ascendente y descendente de su respiración. Ahora se apoya con las manos temblorosas en la moqueta de la habitación y el conjunto parecido a un espantapájaros de vaqueros remendados, camisa de franela a cuadros y chaqueta de ante con flecos se agarra a una silla y se incorpora hasta ponerse de pie. Despojado de su transparencia mágica, de su atractiva ausencia de carne, el tipo echa un vistazo a su habitación de hotel y pregunta:

—¿Niña muerta?

Es difícil calcularle la edad. Tiene la piel de la cara tan granulenta y ruborizada como si fuera una deliciosa *bombe* de natillas recubierta de un *streusel* de arándanos y queso ricotta hecho con forúnculos purulentos. Lo que a primera vista me parece un labio superior enorme resulta ser simplemente un frondoso bigote de color labio. Hasta la última pulgada de su cuello desnudo, sus brazos y manos está cubierta de una red de arrugas, como si lo hubieran doblado sobre sí mismo una y otra vez, como masa de *strudel*, y ahora ya no pudiera nunca más volver a ser liso. Recorre la habitación con los ojos inyectados de sangre y dice:

—Niña muerta, ¿estás aquí? ¿Has venido, tal como te dije?

Igual que le pasa a tanta otra gente dependiente de las sustancias químicas, al tipo se lo ve más viejo que a un cadáver.

Da la impresión de que no me puede ver. Sí, yo podría encender las luces o el televisor para confirmar mi asistencia, pero en lugar de eso me limito a esperar.

Se quita el papelito enrollado que todavía le sobresalía de la nariz.

—Mándame una señal —me dice.

Desenrolla el papel con las manos y lo alisa. Se trata de una fotografía en la que salimos mi madre y yo, ella abrazándome y las dos sonriendo a la cámara. Se trata de la portada de un número antiguo de la revista *Parade*. Amable tuitera, por favor, entiende que en el momento en que nos hicieron esta foto yo no tenía ni idea de que iban a imprimirle encima el titular: «Estrella de cine y su desgraciada hija luchan contra la tragedia de la obesidad infantil». Sí, ahí estoy yo, sonriendo como un sapo feliz, sosteniendo en los brazos gordezuelos un gatito anaranjado. El vagabundo desquiciado de la coleta gira sobre sí mismo, mostrando el papel arrugado en dirección al minibar, a la cama, a la cómoda y a la mesilla espolvoreada de blanco.

—Mira —me dice—. Eres tú.

El borde inferior de la foto se ve oscurecido por la humedad de su nariz. Pese a lo gorda que estoy, los brazos de mi madre me rodean por completo. Me viene a la memoria el olor de su perfume.

Intrigada, cedo y cierro lentamente las cortinas, tapando las vistas.

El vagabundo gira la cabeza tan deprisa para mirar cómo se cierran las cortinas que su asquerosa coleta traza un amplio arco en el aire.

—¡Lo conseguí! —grita, y da un puñetazo de piedra al aire—. ¡Te encontré!

Mientras traza un círculo con sus pasos tambaleantes, barre la habitación con la mirada. Tantea el aire con los dedos como si pudiera atrapar mi forma invisible.

—Tu madre va a quedarse entusiasmada.

No me está mirando a mí. Escruta hasta el último rincón pero no está mirando nada en concreto. Está hablando hacia todas partes, diciendo:

—Esto demuestra que soy *el mejor*.

Su atención recae en la mesilla, en las líneas blancas de polvo que hay trazadas sobre el tablero de cristal.

—Este es mi secreto —dice—. Ketamina. Ya sabes, keta. —Vuelve a enrollar la

foto en que salimos mi madre y yo, se la mete en un orificio nasal e imita el gesto de inclinarse para hacerse una buena raya—. Me defino a mí mismo como «cazarrecompensas» psíquico —dice—. Niña muerta, tu madre me paga un pastón por encontrarte.

Sí, EmilySIDAenCanada, lo has entendido correctamente. Este pillastre hecho polvo se acaba de denominar a sí mismo «cazarrecompensas psíquico». Ya me espero lo peor.

El tipo parpadea, vuelve a abrir los ojos y vuelve a parpadear, pero tarda demasiado rato en abrirlos otra vez, como si no parara de quedarse dormido. A continuación se despierta de golpe, con los ojos muy abiertos, y dice:

—¿Qué estaba diciendo? —Ofrece una mano al aire para que este se la estreche y dice—: Me llamo Crescent City. No te rías. —Los dedos extendidos le tiemblan, como si sufrieran daños neurológicos—. Mi nombre de verdad era peor. Me llamaba Gregory Zerwekh.

Se trata exactamente de la clase de emisario que contrataría mi madre integral y molida artesanalmente. He aquí el Mercurio alado que se supone que ha de facilitar que fluya nuestro eterno lazo maternofilial. Ahora está sonriendo, mostrando una pesadilla asimétrica y desigual de dientes huesudos. El esfuerzo hace que le tiemblen los labios tensados. Cuando se le disipa la sonrisa y sus ojos espasmódicos y amarillos de ictericia dejan de dar vueltas por la habitación, se desploma lentamente en una de las butacas y apoya los codos en las rodillas. Con el cilindro de papel todavía metido en la nariz, dice:

—¿Niña muerta? Necesito ponerme en el nivel donde estás tú.

Respira hondo y suelta el aire, vaciando el pecho de muñeca de trapo. A continuación se inclina sobre la mesilla de cristal, alinea el cilindro con un grueso sendero de polvos y empieza a sorber el veneno blanco cual oso hormiguero.

21 DE DICIEMBRE, 8.33 HORA ESTE

Ketamina: una breve visión general

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amables drogatas:

Si vuestros padres no cumplieron con su deber de introduciros a una amplia variedad de sustancias ilegales cuando erais niños, dejadme, por favor, que os ilumine. Mis padres, que eran muy progresistas, no dejaron nada a mi imaginación infantil. Ni lamer pieles de sapo secadas al sol. Ni esnifar plátanos asados al horno y molidos hasta quedar reducidos a un polvillo amarillo y suave. Mientras que otros padres luchaban por acostumbrar a sus melindrosas criaturas a la fabada de pasas o el estofado de colinabos al pimentón, los míos nunca paraban de decirme:

—Maddy, cielo, como no te bebas tu vaso de Rohipnol te quedas sin tiramisú de postre.

O bien:

—Te podrás levantar de la mesa cuando te hayas acabado todo el PCP.

Mientras que los niños del mundo entero le echan a hurtadillas las espinacas o el brócoli a la mascota de la familia, yo a la nuestra siempre le estaba echando mis tabletas de codeína. En lugar de internarla en una perrera, a nuestra pobre perra no paraban de llevarla a la clínica de desintoxicación. Hasta a mi chiribico, que se llamaba Albert Finney, hubo que ponerlo en tratamiento porque yo no paraba de tirarle oxicodona en la pecera. Pobre señor Finney.

«Ketamina», amable tuitera, es el nombre con que se conoce habitualmente a su hidrocloruro. Se trata de un anestésico que se acopla a los receptores opioides de las neuronas, y que se administra habitualmente para preparar a los pacientes humanos y animales antes de una operación quirúrgica. Es tan fuerte que se les da a las víctimas que están atrapadas en accidentes terribles de coche para reconfortarlas. Para adquirirla se pueden hacer dos cosas: se puede comprar ketamina a cambio de una suma enorme de dinero por medio de una red clandestina de laboratorios del Tercer Mundo dirigidos por sindicatos del crimen organizado afincados en México o Indonesia, o bien le puedes hacer una simple paja a Raphael, nuestro jardinero en Montecito.

La ketamina se presenta en forma de líquido transparente, pero la puedes verter en una bandeja para hacer galletas y hornearla hasta reducirla a unos polvos granulados. Ah, qué recuerdos… cuántas veces entré yo en la cocina de nuestras casas de Amsterdam, Atenas o Amberes para encontrarme a mi madre vestida con collar de perlas y delantal de flores, sacando del horno una bandeja aromática de keta recién horneada. A mí esa peste a meados de gato y ácido de batería que despiden los laboratorios de metanfetamina me evoca el mismo flujo de asociaciones reconfortantes que a mis coetáneos les pueden producir las galletas Tollhouse calientes.

En cuanto has machacado los granos para conseguir un polvillo blanco y fino, solo tienes que esnifarlo igual que esnifarías la cocaína y así consigues un colocón eufórico que te dura más o menos una hora. *Bon appétit*. No es que yo la probara. Nuevamente, nuestra pobre perra, Dorothy Barker, jamás conoció una semana entera de sobriedad.

En la habitación 6314, como si quisiera demostrar todo lo que acabo de explicar, el señor Crescent City se inclina sobre su alijo de keta en polvo. Con una de las manos se aguanta la coleta trenzada a un lado de la cabeza para que no le estorbe. Se cierra con la mano un orificio nasal mientras el otro absorbe la estela de polvo. Igual que un granjero del norte del estado arando un campo de tierra, acaba una línea y se pone con la siguiente. Cuando la nariz ha limpiado la superficie entera de cristal, y todavía inclinado hacia delante, el señor Crescent City se queda un momento quieto. Sin levantar la vista y sin incorporarse, dice:

—No tengas miedo, niña muerta… —Hablando desde cerca de la superficie de la mesa y con la voz apagada, dice—: Soy un *profesional*. Yo me dedico a esto… —Los brazos se le distienden. La coleta se le suelta de la mano—. Es irónico —dice—, pero para ganarme la vida me tengo que morir.

Y diciendo eso, el señor Cazarrecompensas Psíquico se desploma hacia delante, haciendo añicos el cristal con la cara.

21 DE DICIEMBRE, 8.35 HORA ESTE

Salve, Maddy

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

En la habitación 6314 hay un espantapájaros muerto y despatarrado en medio del desparrame de cristales de la mesilla de café rota. Por extraño que pueda parecer admitir esto, no es la primera vez que me veo a solas en una habitación con un muerto tirado a mis pies y rodeado de cristales rotos. Tened paciencia y pronto veréis que no es una simple coincidencia.

¿Cómo describir lo que sucede a continuación? Hasta la fecha, he sufrido en calidad de reclusa del Infierno. He batallado contra demonios y tiranos y he escalado altos acantilados que dominaban majestuosos océanos de fluidos corporales. En vida, fui transportada por los aires desde Brisbane hasta Berlín y Boston, llevada por la Corriente del Golfo mientras una cohorte de siervos postrados me llenaba sin parar la codiciosa boca de uvas peladas. He contemplado, aunque poco impresionada, cómo mi madre volaba a lomos de un dragón generado por ordenador hasta un castillo construido con rubíes simulados mientras se bebía una Coca-Cola light a cámara lenta para darle más dramatismo. Aun así, ninguna de esas experiencias me ha preparado para lo que viene a continuación. Esquivo el cuerpo caído del señor Crescent City y me agacho para verlo mejor. El suelo está cubierto de pedacitos de cristal reforzado parecidos a grava. El papelito enrollado, la cubierta de la revista *Parade*, se le ha caído de la nariz y ahora se abre lentamente, floreciendo sobre los cristalitos resplandecientes. Mi madre, el perfecto modelo de cabello, dientes y potencial humano para el mundo entero. Y yo, la lacra de su vida.

La naturalista que llevo dentro —o *sobrenaturalista*; podéis llamarme el Charles Darwin del más allá— no se pierde detalle de lo que está pasando. El montón de ropa sucia con yonqui de relleno empieza a resplandecer. Algo igual de tenue que un recuerdo reverbera en la superficie del cuerpo. Un resplandor tan insustancial como un pensamiento empieza a elevarse de la figura caída. Por favor, amable tuitera, date cuenta de que los recuerdos y los pensamientos son el material de los fantasmas. Porque las almas no son nada más que conciencia en estado puro. Y a continuación se eleva una espiral que va formando la silueta translúcida que he visto hace un rato en el vestíbulo del ático del Rhinelander. El cuerpo demacrado y arrugado sigue en el suelo, pero encima de él se ha erguido un doble reverberante. El doble me mira y sonríe, extasiado:

—Niña muerta…

Sentada en la cama, le digo:

—Me llamo Madison Spencer.

Señalo con la cabeza la foto de mi madre y de mí que hay desplegada en el suelo.

Sospecho que la figura es el espíritu del señor Crescent City. Las pruebas

circunstanciales sugieren que los consumidores de ketamina pueden abandonar sus personas físicas. La conciencia de la persona drogada se desprende. El alma sale del cuerpo sedado y puede viajar libremente, de acuerdo con el testimonio impreciso de numerosos consumidores colocados de keta.

El espíritu me echa un vistazo a mí, después a la foto y por fin a mí otra vez. Se deja caer sobre las rodillas fantasmales y toca con la frente la moqueta que estoy pisando, golpeándome los mocasines Bass Weejun con la trenza. Con la voz amortiguada por la moqueta, me dice:

—Niña muerta… ¡eres *tú*!

Por pura mezquindad, muevo un pie fantasmal hacia delante para pisarle la coleta asquerosa.

Un reventón asqueroso hiende el aire.

Seguido de un segundo petardeo.

El vasallo postrado se acaba de tirar un pedo.

—Oh, gran Madison Spencer —susurra—. Atiende mi plegaria. —Y suelta una nueva, y triunfal, salva de flatulencias—. Date prisa en aceptar mi tributo y mis loas, ¿vale? Tengo que hacer esto deprisa porque dentro de un par de minutos me toca volver a mi cuerpo, pero antes te quiero contar mi misión sagrada…

Y el vil monstruo se tira otro cuesco.

21 DE DICIEMBRE, 8.38 HORA ESTE

Groserismo: el Nuevo Desorden Mundial

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

El fantasma coletudo del señor Crescent City está haciendo reverencias en el suelo a mis pies, claramente perturbado. Se dedica a tocar la moqueta con la cara y a murmurar en voz baja:

—Meados. Mierda. Mierda. Joder. Coño. Tetas. Puta… —Un mantra de palabrotas. Y sigue susurrando—: Hijoputa. Ojete. Hostia, hostia, hostia…

Es como un síndrome de Tourette combinado con actitud de rezos. Y al compás de sus palabras obscenas se dedica a levantar las manos abiertas, con los dedos extendidos hacia mí, suplicante. Cerca yace el fardo inerte de su cuerpo terrenal, despatarrado como una estrella de mar en medio de un océano centelleante de cristales rotos.

Desde mi posición, sentada en la cama, estiro una pierna gordezuela y le empujo la cabeza suplicante con la puntera de un Bass Weejun. No es que le dé una patada en el cráneo, no exactamente, simplemente un empujoncito.

—A ver, ¿qué te pasa? —le pregunto.

A modo de respuesta, el señor Crescent City, o su maleducado fantasma, se tira un pedo. Un cañonazo, un verdadero estallido volcánico. En pleno trance, se pone a murmurar:

—Por favor, acepta el cántico reverencial de mi rancio ojete, querida Madison. Acepta las humildes loas de mi «Salve, Maddy…».

¿«Salve, Maddy»? Amable tuitera, estas palabras me forman una obstrucción instantánea dentro del cerebro. ¿Es que acaso mi nombre se ha vuelto sinónimo de tirarse una ventosidad?

—Déjame que confirme una cosa —le digo—. ¿Me estás diciendo que te ha contratado mi madre?

—Acepta la oración de mi culo —me dice—. Ángel sagrado Millicent Spencer, te suplico que me concedas tu divina guía.

—Eres asqueroso —le digo—. Y para tu información, me llamo Madison, gusano pestilente.

—Perdóname, oh, niña ángel cabreada.

Yo, un ángel. Y qué más. Le pregunto:

—¿Cuánto te paga mi madre? —Me levanto y me acerco a él, preguntándole—: ¿Qué te han contado mis padres?

Después de toda la propaganda pro-Gaia que mis padres han soltado en la revista *Vanity Fair*, ya no me imagino qué fe profesan ahora esos padres míos ex paganos, ex budistas y ex ateos. Chasqueo los dedos para llamarle la atención.

—Camille, gran Camille —dice el fantasma postrado—, madre de la pequeña

Mesías que guiará a la humanidad hasta el Cielo… —Eructa—. Atiende a mis plegarias.

Levanto un pie fantasmagórico y se lo planto en el pescuezo espectral y resplandeciente.

—A ver si lo entiendo. O sea que te metes un rayote de keta y tienes un viaje fuera del cuerpo. Tu alma abandona tu cuerpo durante, ¿cuánto? ¿Una hora, imagino? —Le aviso con los dientes rechinando—: Como te tires otro pedo, te arranco esa coleta piojosa de la cabeza.

—Unos treinta o cuarenta minutos —me dice, todavía boca abajo. Inclina una de las manos que tiene extendidas a un lado y al otro, en gesto aproximativo—. De esta manera he encontrado a Marilyn Monroe. He encontrado a Elvis —dice el espíritu, dándose unos golpecitos en el esternón, con una nota de orgullo en la voz—. Soy el mejor.

—Pues vaya montonazo de ketamina.

—Joder. Joder. Joder —dice.

—¡Para ya! —le digo yo.

—Pero es que es así como rindo tributo —gimotea él.

—¿A mí?

—No tenemos mucho tiempo —me dice—. He venido en peregrinación de parte de tu madre. Mi deber sagrado consiste en entregarte sana y salva en el *Pantages*.

—¿El cine?

—No, es un barco grande.

—¿Quieres decir el *Cruzado de Pangea*? —le pregunto.

—¿Y yo qué he dicho? —dice él—. Sea lo que sea, se supone que me has de seguir hasta él.

La figura traslúcida que tengo sujeta bajo el pie se empieza a esfumar.

—Después de que tu espíritu regrese a ese asco de… —Señalo el montón de carne y harapos—. ¿Se supone que te tengo que seguir?

—Sí —dice él—. Supongo.

Su atención empieza a divagar, afectada por los daños cerebrales. Su yo fantasma ya se está esfumando igual que hizo en el ático. Su alma ya está regresando a su cuerpo destrozado por las drogas.

Para retenerlo otro minuto prácticamente tengo que apoyar todo el peso de mi cuerpo en su cuello espectral.

—¡Dímelo! —le grito—. ¡Yo te lo ordeno, cucaracha inmunda! —Así soy yo. Así soy en realidad: imperiosa. Y le pregunto en tono autoritario—: ¿Qué tejemanejes anda tramando mi madre?

Las ventosidades. Los eructos. *La senda de la redención pasa por las palabrotas*.

Tengo una premonición terrible.

—Oh, glorioso ángel Madison, tú que moriste y fuiste enterrada en cuerpo, y aun así hablaste con tu madre desde más allá de la tumba… —Se está disipando, el señor

Crescent City, filtrándose de regreso a la vida—. Tú dictaste el camino para que los justos alcancen el Cielo. Tirándote pedos en los ascensores abarrotados… meándote en las piscinas… diciendo «joder»…

Amable tuitera, mi yo fantasma se queda helado de pavor.

—Desde que los visitó tu espíritu santo —dice—, tus padres han predicado tus enseñanzas ante millones de personas de todo el mundo. A fin de seguir tus pasos, chiquillones de discípulos tuyos están rezando «Salve, Maddy» igual que yo… —Y añade, entre dientes—: Mierda. Puta. Hostia… —Dice—: La madre suprema Camilla es nuestra ferviente celíaca…

—Zelota —lo corrijo yo.

Pero ya es demasiado tarde. El señor Crescent City ya no se encuentra debajo de mi zapato. Al otro lado de la habitación de hotel, su cuerpo de espantapájaros ya empieza a moverse.

21 DE DICIEMBRE, 8.40 HORA ESTE

Redención maleducada

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Los pedos. Los eructos. Hurgarte en la nariz y arrojar las pelotillas. Dejar el chicle masticado pegado a los bancos del parque. Estas son las oraciones de la nueva religión que ya figura entre las más importantes del mundo. Mi meta no era más que reunir a mi familia, aunque fuera en el Infierno. Les dije a mis padres que aparcaran en doble fila y dijeran «puta» y tiraran colillas de cigarrillo al suelo porque sabía que esos actos los mandarían seguramente al Infierno. Pero como no han sido capaces de mantener la boca cerrada, han acabado condenando a la miseria eterna a miles de millones de almas.

Amable tuitera, lo que les dije a mis padres *era una broma*, lo único que yo quería era animarlos.

¿Cómo es que las ideas impulsivas de alguien que quiere hacer una buena obra siempre se transforman en los ideales de la siguiente civilización? Puede que Jesucristo, Buda y Mahoma fueran tipos normales y corrientes que solo querían mandar un saludo a sus amigos vivos vivientes y ofrecerles consuelo. Es por eso por lo que los muertos no hablan con los futuros muertos. Porque la gente premuerta siempre malinterpreta todos los mensajes. Yo solo estaba haciendo un poco el tonto y mi madre va y funda toda una teología a partir de la broma que les gasté.

Por los dioses. Ahora tenemos el «groserismo», todo un movimiento religioso internacional fundado sobre las bases del humor escatológico y la conducta descortés.

¿Qué puedo hacer? Pues sacar a mis padres de su engaño. Eso, eso es lo que tengo que hacer. Así pues, en cuanto el señor Crescent City se vuelve a incorporar como puede, yo me decido a seguirlo hasta mi trastornada madre y poner orden en ese mundo terrenal y flatulento.

21 DE DICIEMBRE, 8.40 HORA ESTE

Un mundo de groseros

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Imagínate un mundo en el que la población entera vive con la certidumbre absoluta de que va a ir al Cielo. En el que todo el mundo tiene la salvación garantizada. Pues así es la Tierra a la que he regresado. Salgo de la habitación 6314 del Rhinelander siguiendo al despojo humano de mi guía. El señor Crescent City no lleva equipaje. Con cada uno de sus pasos arrastrados le caen de la ropa trocitos de cristal, y sin embargo, a pesar de haber roto la mesilla de café no parece tener ni un corte ni un arañazo. Cuando nuestro ascensor llega al lobby y las puertas se abren, un cliente del hotel que estaba esperando se hace a un lado para dejarnos pasar. El desconocido nos saluda con un gesto educado de la cabeza:

—Come mierda, gilipollas.

A modo de respuesta, Crescent hace una pequeña reverencia y dice:

—Que tenga usted también un buen chocho de mierda hijoputa.

Y le suelta un salivazo enorme en los zapatos al desconocido.

¡Todo esto es obra de mis padres! Tendría que haberme imaginado que no serían capaces de mantener la bocaza cerrada. Estoy completamente segura de que, nada más colgar el teléfono después de mi llamada a larga distancia, mi madre ya le dijo a su publicista que anunciara una rueda de prensa. Está claro que ella y mi padre se han dedicado a diseminar incansablemente el consejo que les di para ir al «Cielo». El lobby del Rhinelander, antaño un santuario de la conducta discreta y del hablar educadamente en voz baja, se ha convertido en unos vestuarios apestosos inundados de vapores rancios y de palabrotas inmundas.

Y todo el mundo sonríe de oreja a oreja, lo cual crea un contraste discordante. En mi vida había visto a tanta gente tan feliz. Los clientes del hotel, los conserjes, los porteros… a todos se les ven las mismas caras radiantes de niños soltando palabrotas. Cuando se miran entre ellos, tienen esas miradas tiernas y puras de los querubines del Renacimiento cuando están adorando al niño Jesús. La empleada de la recepción nos saluda con una sonrisa tan ancha que parece que le paguen por número de dientes. Los ojos le relucen de éxtasis genuino mientras dice:

—¿Cómo ha sido su puta estancia de los cojones, señor City?

Crescent le devuelve la sonrisa feliz y le dice:

—De puta madre, chúpame los cojones, zorra comepollas.

La empleada le confirma que la factura por su habitación le será mandada a Camille y Antonio Spencer. Se queda con su llave de la habitación y le pregunta en tono agradable:

—Parece que su puta mierda de coche y su puto negro de chófer le están esperando. ¿Le puedo ayudar con alguna otra jodienda asquerosa de maricón de los

cojones?

—No, gracias —dice Crescent.

Se mete la mano en el bolsillo lateral de los vaqueros raídos y saca como puede unos billetes. Con los dedos temblorosos por el efecto de las drogas sostiene un billete de cien dólares. Se lo pone doblado bajo la nariz y lo usa para sonarse los mocos como si fuera un pañuelo. Luego le entrega el billete pringado a la empleada que está al otro lado del mostrador, diciéndole:

—¿Por qué no te metes esto por el trasero?

La sonrisa de la empleada no puede ser más luminosa mientras acepta el dinero y dice:

—Te veo en el Cielo, subnormal.

—Judía de mierda —dice Crescent en tono jovial mientras se gira para marcharse.

Con un trino de pajarito, la empleada levanta la voz para despedirse:

—Que tenga un buen día, pedazo de mierda sodomita.

Un botones sonriente le aguanta abierta la puerta de la calle, se inclina la gorra con elegancia y nos transmite sus buenos deseos:

—A chuparla, hijo de la grandísima puta.

Crescent City le entrega al muchacho otro billete de cien lleno de mocos.

En la acera, un chófer de uniforme aguanta abierta la puerta de un Town Car reluciente y pregunta:

—¿Al aeropuerto, señor Comedor de Nabos?

Tal como la empleada de recepción ha mencionado, el chófer es de ascendencia africana. Se estrechan la mano amigablemente.

Aposentándose en el asiento trasero, Crescent le dice:

—Sí, a la terminal de vuelos domésticos, por favor, mi querido chimpancé de la selva.

Su conversación dicharachera y llena de risas sigue en la misma vena lamentable hasta que el coche se detiene en el aeropuerto. Nadie se ofende. Ningún insulto racial parece pasarse de la raya. Hasta la gente con la que nos cruzamos, tanto la que camina por las aceras como la que va sentada en otros coches, muestra sonrisas de oreja a oreja, como si fueran inmunes a los insultos. Si su mirada se encuentra con la de Crescent, sonríen y le enseñan el dedo en gesto obsceno. El ruido de las bocinas de los coches es ensordecedor. Las sonrisas deslumbran de tantos dientes que enseñan. Todo el mundo se dirige gloriosamente al Cielo, pero solo si dicen las suficientes palabrotas.

Al volante, el conductor suelta una nube de porquería intestinal, llenando al instante el coche del hedor fétido de sus tripas estancadas.

—¡Buen pedo! —dice Crescent City, respirando bien hondo—. El ángel Madison te debe de amar mucho.

—Es el olor de la salvación, hermano —responde el chófer—. ¡Trágalo bien!

En la terminal del aeropuerto pasamos junto a un quiosco. El titular de portada de

la revista *Newsweek* dice: «Revolución religiosa soez: ¡Llegan los groseristas!». La revista *Time* proclama: «La calle %&!? hacia la redención». En un monitor de televisión que hay instalado cerca del techo del área de espera, un presentador de las noticias de la CNN está diciendo:

—Ahora los groseristas afirman que su Mesías ha resucitado…

Mientras caminamos hacia nuestra puerta de embarque, mis jamoncillos gordezuelos de piernas se apresuran para seguirle el paso a sus largas zancadas de zombi. Por supuesto que no me puede oír mientras camina desgarbadamente, porque no se ha drogado, y sin embargo se dedica a parlotear conmigo sin parar. A todos los presentes en el aeropuerto les debe de parecer un esquizofrénico sin tratar, con su camisa sucia abierta y por fuera de los pantalones. Tampoco parece que a nadie le preocupe ver a un lunático vestido con harapos y rezongando él solo. No, ahora que a la humanidad entera le han asegurado un asiento permanente a la derecha de Dios, todo el mundo sonríe feliz. Todo el mundo tiene la mirada nublada por la superioridad moral.

—No podrías haber aparecido en mejor momento, niña muerta —dice Crescent—. Siempre hemos tenido leyes de mierda que prohíben conducir borracho, que obligan a llevar zapatos y a no tener boas constrictor gigantes, lo que no teníamos eran normas sobre lo más importante de todo: la salvación —dice—. Y la gente estaba ansiosa por conocer esas normas.

Esta nueva religión, el groserismo, hace que la muerte parezca unas vacaciones de lujo con todos los gastos pagados y hasta el fin de los tiempos.

—¡Has traído la paz mundial! Ya nadie es gay, ni judío ni viene de África. ¡Míranos! ¡Somos todos «groseros»!

Es muy sencillo, me explica Crescent City. Lo que ha sucedido es que mis padres montaron una campaña publicitaria enorme para anunciar que su hija muerta se había puesto en contacto con ellos desde la tumba. Le contaron a todo el mundo que ahora yo era un ángel del Cielo, que me codeaba con los hermanos Kennedy y con Amy Winehouse, y que yo les había otorgado un plan infalible y garantizado para alcanzar la salvación. A continuación emitieron un bombardeo relámpago de comunicados de prensa para anunciar a bombo y platillo que yo ahora vivía dentro de las Puertas del Cielo, montada en una nube y tocando un arpa. Por ridículo que parezca, ese fue el mensaje de Camille y Antonio.

—«Groserismo» no es el nombre verdadero de nuestra fe —dice Crescent—. No es más que una etiqueta artificial que los buitres de los medios de comunicación se han inventado para encasillarnos. Oficialmente nos referimos a nosotros mismos como los apóstoles de la Madilántida.

Siendo realista, no puedo hablar con desdén de mis padres por emocionarse tanto. Su anterior teología del «reducir, reutilizar, reciclar» debió de ofrecerles poco consuelo emocional cuando su hija única se les murió en mitad de su cumpleaños. Sí, fallecí el día de mi cumpleaños en una situación de autoasfixia erótica que me

avergüenza repasar en estas páginas.

Es el fin de la angustia existencial. Olvidaos de Nietzsche. Olvidaos de Sartre. El existencialismo ha muerto. Dios ha sido resucitado y la gente tiene un plano de carretera para alcanzar la gloriosa inmortalidad. Con el groserismo, a todo el mundo que había abandonado la religión se le abre un camino para regresar a Dios, y es una sensación… magnífica. Mirad los andares tranquilos y pacientes de la gente. A la luz de esta nueva salvación, la vida mortal parece el último día de la escuela.

Y lo que ha traído este éxtasis no es la amenaza del Infierno ni de ir a la cárcel ni del rechazo de la sociedad. Es la garantía total del Cielo. Eso hace que la inevitabilidad de la muerte resplandezca igual que el último viernes cósmico antes de un fin de semana de fiesta infinito en Mazatlán.

Mientras esperamos en la pasarela de embarque, Crescent dice:

—Lo primero que me voy a pillar cuando llegue al Cielo es un hígado nuevo. Y un cuerpo nuevo, y el pelo que tenía antes. —Con la tarjeta de embarque en la mano, añade—: Juro que en cuanto llegue al Cielo no pienso volver a tocar las drogas. Jamás.

—Amén —dice una voz. Es una mujer que está haciendo cola detrás de nosotros. Lleva una bolsa de tela al hombro y se dedica a pulsar los botoncitos de una agenda electrónica mientras dice—: Yo en el Cielo pienso comer filete con patatas fritas en todas las comidas, y nunca pasaré de los sesenta y ocho kilos, como mucho.

—Amén —dice otra voz que espera en la cola.

—En el Cielo —dice otra voz procedente de la parte de atrás de la pasarela de embarque—, voy a restablecer el contacto con mis hijos y a darles el padre que esos buenos chavales se merecen.

—¡Aleluya! —grita alguien.

Varias exclamaciones de «Alabado sea» resuenan en el estrecho espacio de la pasarela. Y a continuación todos los viajeros de la cola se ponen a anunciar sus aspiraciones para la eternidad.

—Cuando llegue con Dios, voy a terminar el instituto.

—En el Cielo voy a tener el coche más grande que hayáis visto en la vida.

—¡Cuando me muera, me voy a pedir una polla más grande que tu coche! —espeta alguien.

Ya a bordo del avión, en la sección de primera clase, Crescent City encuentra nuestros asientos.

—¿Quieres ventanilla o pasillo? —me dice—. He comprado dos billetes. —Se queda esperando, como si yo fuera a elegir—. Ahora vuelvo —me dice, y se va al lavabo.

Elijo ventanilla. La azafata hace un anuncio.

—Mientras nos preparamos para el despegue, por favor, abróchense los cinturones de los cojones y asegúrense de que los putos respaldos de sus asientos de mierda están en posición vertical y bloqueada…

Los pasajeros se ríen y aplauden. Antes de que la tripulación haya terminado su anuncio de seguridad, la familiar figura translúcida del espíritu de Crescent City viene caminando por el pasillo del avión y ocupa el asiento contiguo al mío. Su cuerpo debe de bordear la sobredosis de ketamina, ocupando todavía el cubículo cerrado con pestillo del lavabo.

Transparente y líquido como un prisma, pero sugiriendo todos los colores del espectro, el fantasma me sonríe y me dice:

—Me muero de ganas de ser un ángel como tú. —En la parte delantera de la cabina, la tripulación está aporreando la puerta cerrada con pestillo del lavabo. Sin hacer ningún caso, el fantasma de Crescent me pregunta—: En fin, ¿cómo es en realidad el Cielo?

21 DE DICIEMBRE, 8.43 HORA ESTE

Nace una abominación

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

¿Y qué fue del bebé-cosa de látex abandonado en medio de la tormenta? Pues según la crónica de Solón, los sacerdotes egipcios cantaron que el ídolo en miniatura iría adquiriendo vida de forma gradual. Manchado de pintalabios y de chocolate, en su cuerpo circulará la simiente ya fría emitida por un desconocido.

Y no se quedará mucho tiempo nuestro sucio bebé de la profecía en la estrella de color rosa de al lado de Hollywood Boulevard, puesto que el viento lo atrapará y cargará con él durante un trecho. Escribe el estadista griego que las aguas inmundas de la alcantarilla recogen al bebé y se lo llevan. La diminuta estatua, inflada con aliento y desprovista de cara, es arrastrada en compañía de ratas ahogadas y perros callejeros hinchados. Por los canales subterráneos de las cloacas de Hollywood. Y esos albañales subterráneos de Los Ángeles conducen al diminuto ídolo y se lo presentan a las botellas de lejía descarriadas y a los botes de ketchup gastados. Los túneles de canalización de lluvias y las esclusas gobiernan esta inundación de despojos de plástico, esta migración descendente de poliestireno. Y el bebé-cosa se adentra en las aguas, no dentro de una canasta de juncos tejidos, sino rodeado de legiones de jeringuillas usadas. Y envuelto en bolsas de lavandería, viaja por entre todos estos restos flotantes de peines sin púas y pelotas de tenis fugadas. Todos juntos se apelotonan, canalizados por tuberías soterradas y por colectores que no conocen el sol. Por aquí nadan misteriosas formas fantasmagóricas de objetos envasados en blísters, así como esas membranas fetales de plástico de los productos a los que los consumidores dieron a luz tiempo atrás. Y este acaba siendo el destino de todos los tesoros mundanos. Y a su debido tiempo, tanto el pequeño bebé-cosa como todas las recompensas terrenales que lo acompañan, todas esas ofrendas inmortales de los humanos mortales, se ven abocadas a las aguas del río Los Ángeles.

Igual que la luz de la luna atrae a las crías de las tortugas, e igual que cada generación de salmón se ve obligada a encontrar su destino… de esa misma forma se verán dirigidos nuestro bebé-cosa y su sucia hueste de fragmentos fabricados por el hombre. Y la marea en retroceso lleva a toda esta generación de náufragos informes e inservibles a adentrarse en el océano Pacífico.

21 DE DICIEMBRE, 8.44 HORA ESTE

Un depredador sexual en el reino animal

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

No es por jactarme, pero no existe mente adulta tan depravada y pervertida como la de una virgen inocente de once años. Antes de que absorban los tediosos datos de la anatomía reproductiva, mientras todavía carecen tanto de tacto como de conocimientos mecánicos, los niños son capaces de imaginarse tratos sexuales con erizos de mar… con cebras… con flamencos…

Cuando yo era una niña premuerta, soñaba que daba a luz a bebés con alas. Que seducía a una marsopa y que nuestros vástagos nadaban por el océano. La pubertad me sugirió la posibilidad de que mis hijos pudieran rugir con enormes cabezas de leones o correr sobre pezuñas. ¿Quién sabía por qué nadie había hecho esto antes? Yo me moría de ganas.

Gracias a la inspiración de mi surtido de peluches, en mi diario se amontonaban estas juergas carnales. No hace falta decir que se trataba de unas aventuras puramente ficticias. Que yo me las inventaba y luego las transcribía cuidadosamente y con caligrafía meticulosa para el consumo inevitable de mi madre.

«Querido diario —escribía yo—: Hoy me he untado el chichi de toxina alucinógena de medusa…»

En respuesta a EmilySIDAenCanada, sí, podría haber abierto un blog, pero mi plan solo funcionaría si mis padres creían que yo les estaba escondiendo los detalles de mis sórdidos vicios.

«Querido diario —escribía yo—: Mi madre no puede enterarse jamás, pero hoy he dado un sorbo de una absenta completamente *divina* usando como cañita una pija disecada de mono…» Yo guardaba aquel diario imaginario en una de mis estanterías atiborradas, entre las noveluchas del período de la Regencia, y mi padres iniciaron su hostil espionaje menos de una semana después de mi primera anotación.

No es que me anunciaran su campaña. Yo simplemente la adiviné porque, sin venir a cuento de nada, hablando un día mientras desayunábamos, mi madre mencionó que chupar pichas de mono era la conducta de alto riesgo perfecta para contraer el VIH.

—¿En serio? —pregunté yo, dando mordisquitos a mi tostada, secretamente emocionada al descubrir que ella había mordido mi anzuelo—. Pero ¿pasa con las pichas de *todos* los monos? —Me lamí la mantequilla de las yemas gordezuelas de los dedos—. ¿Incluyendo al *Saimiri sciureus*?

Mi padre escupió involuntariamente su café:

—¿Al *qué*?

—Al adorable mono ardilla —dije yo.

Pestañeé. Un rubor coqueto me tiñó las mejillas.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo mi padre.

Yo me encogí de hombros a modo de respuesta.

—Por nada.

En aquella época yo estaba tan obsesionada con los monos que me quería casar con uno. Primero iría a la universidad, claro, pero en cuanto estuviera licenciada en estudios de géneros marginados posmodernos comparados quería ser la mamá de un bebé monito suave y tierno.

Mis padres intercambiaron miradas angustiadas.

—¿Qué me decís de la atractivamente gruesa picha del *Callithrix pygmaea*? —les pregunté. Estiré los dedos untados en mantequilla de una mano y los conté como si estuviera recordando encuentros prohibidos del pasado—. El tití pigmeo…

Mi madre soltó un largo suspiro y le preguntó a mi padre:

—¿Antonio?

Lo dijo con una ceja enarcada, como si estuviera preguntando en tono imperioso: «¿Qué pasó en el Tiergarten, si se puede preguntar?». No querían imponerle restricciones a mi conducta, pero estaba claro que había actos que tenían que ser declarados prohibidos. Al final, después de toda la ideología del amor libre que me habían inculcado a la fuerza, el mejor consejo que fueron capaces de darme fue que practicara el sexo con protección, sin importar la especie. Con una ligera sonrisa, mi madre me preguntó:

—¿Quieres un diazepán, cielo?

—¿Qué me decís del…? —pregunté yo, fingiendo ansiedad—. ¿…*Chloropitecus aethiops*?

Mi padre me había llevado al zoo de Berlín el mes anterior y la excursión me había proporcionado una oportunidad excelente para investigar.

La expresión crispada que semidistorsionaba los rasgos saturados de botox de mi madre exactamente era la misma que había puesto en los Oscar cuando a Tom Cruise le habían dado un Premio al Logro de Toda una Vida y ella se había apartado a un lado y había vomitado dentro de la bolsa de obsequios de primera clase de Goldie Hawn, arruinando una pequeña fortuna en bombones de los caros y gafas de sol de Gucci.

Lo mejor que me pudieron conseguir fue un juego multiespecie de condones desechables de distintos tamaños y darme un sermón para decirme que les tenía que pedir respeto a mis compañeros sexuales simios.

Aquel día me convencí de que mis padres nunca confesarían que se leían mi diario. Sin embargo, ahora que había salido a la luz mi condición de sociópata sexual de once años, ellos ya siempre estarían *obligados* a leerlo. No podían correr el riesgo de *no* leer mi diario, y por medio de mis falsas y calculadas confesiones, ahora yo podía manipularlos a ellos. Eran mis esclavos.

«Querido diario —escribía yo—: Hoy he inhalado tanques enteros de maría hawaiana con una pipa de agua llena de semen de elefante cálido y burbujeante…»

Me entristece, ahora que rememoro todo esto, la facilidad con que mis padres aceptaron que mi descarriado bestialismo era real. «Querido diario —escribía yo—: Hoy he ingerido LSD y les he hecho unas cariñosas pajas a un rebaño de ñus…»

Sí, sobre el papel yo era una libertina. Sin embargo, mientras mis padres me creían enzarzada en pegajosos encuentros de pareja y tríos con burros y monos capuchinos, en realidad la esnob reprimida que yo era en secreto se encontraba acurrucada dentro de una cesta para la ropa sucia, leyendo novelas románticas de época de Clare Darcy. La mayor parte de mi infancia consistió en esta doble contabilidad de conductas.

«Querido diario, ¡menuda resaca! —escribía yo—. ¡Recuérdame que no me vuelva a inyectar nunca más orina de hiena con una aguja sucia! Me he pasado la noche entera despierta, de pie junto a mis padres dormidos con un cuchillo de carnicero Wusthof en la mano. Si uno de ellos se hubiera despertado, estoy segura de que los habría hecho pedacitos sanguinolentos a los dos…»

En fin. Ahora que lo veo con la distancia que da el tiempo, cometí el mismo error estratégico que Charles Manson. Tendría que haberlo dejado mientras solo era una adicta normal y corriente a las drogas y a la zoofilia, pero no, tenía que ascenderme a mí misma a la categoría de psicópata en potencia con cuchillo… No me extraña que poco después de aquella entrada de diario en concreto mis padres facturaran a esta criatura sexualmente incorregible de once años y la mandaran al tedio del norte del estado.

21 DE DICIEMBRE, 8.47 HORA ESTE

Preludio a mi exilio

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

No siempre fui una pequeña foca grasienta. A los once años estaba flaca como un palillo. Una verdadera sílfide, con un índice de masa corporal que era el justo para que los órganos principales no me fallaran y nada más. Sí, hubo un tiempo en que fui una esbelta bailarina de ballet en miniatura, con metabolismo de colibrí, y eso me confería un valor considerable. Mi trabajo era ejercer de equivalente infantil a una novia florero, prueba viviente de la fertilidad de mi madre y del glorioso legado genético de mi padre, sonriendo junto a mis padres en las fotografías de los paparazzi.

Y entonces me mandaron a vivir al norte del estado. El recuerdo lejano se me cuaja en el cerebro.

El norte del estado. El tedioso norte. Uno de los pocos sitios del mundo donde mis padres no tienen una casa. Imaginaos mil billones de árboles heridos derramando gotas de sirope de arce sobre la nieve y, tachán: eso es el norte del estado. Imaginaos cien mil billones de garrapatas infectadas con la enfermedad de Lyme y esperando para picaros.

Y no quiero decir generalidades poco amables, pero, gracias al portátil de mi madre, mi yo de once años encontró una foto hecha por satélite del lugar. Visto en su totalidad, el norte del estado es exactamente del mismo color verde sobre verde moteado que el camuflaje de la ropa usada del ejército. Seguí con la vista la línea de la carretera estatal no sé cuántos retratada desde el espacio, crucial vía de transporte entre ninguna parte y ninguna parte. Leí los nombres de los pueblos, en busca de alguno que fuera famoso, y fue entonces cuando descubrí la verdad… en aquel mapa estaba Woodstock.

Woodstock, Nueva York. El vil Woodstock. Perdonadme por lo que estoy a punto de admitir. Tiemblo solo de sacar el tema, pero mis padres se conocieron en el festival de Woodstock 99, aquel en el que todo el mundo participó en altercados por el precio de la pizza y del agua embotellada, en el centro de aquellos mil nocivos acres de barro superpoblado. Mi madre no era más que una chica desnuda criada en una granja, rebozada de sudor y de pachulí. Mi padre era un chaval desnudo y pálido con rastas largas y grasientas, que había dejado los estudios en el MIT y se había afeitado el vello púbico para parecerse más a Buda. Ninguno de ellos tenía ni un par de zapatos.

Se desplomaron en un charco y practicaron el mete-saca. Él le metió barro en el chocho con la picha, ella pilló una infección de orina y luego se casaron.

¿Quién dice que la magia no existe?

Hoy día cuentan la historia alternándose como un equipo de relevos, para hacer

reír a los desconocidos en las fiestas de fin de rodaje y en las salas de espera de los platós de televisión. Hacen hincapié en lo del barro porque le confiere verosimilitud humilde al sórdido episodio.

Y sí, sé qué significa «verosimilitud». Hasta sé escribirlo sin faltas de ortografía.

Como las maletas me las había hecho una doncella somalí, mi madre se puso a revisar mi ropa en busca de etiquetas de «lavar solo en seco». Al parecer la técnica para lavar la ropa de la gente del norte del estado consistía en golpear los corpiños de Vivienne Westwood entre rocas planas del margen del río. Tampoco tenían sashimi. Ni acceso a internet, me explicó mi madre. Por lo menos mis abuelos. Tampoco tenían televisión. Lo que hacían en cambio era alojar ganado. No animales en el sentido lejano y abstracto, como por ejemplo, el número rápidamente menguante de osos polares o focas pías bebés que retozaban en los témpanos de hielo del Ártico, listas para que los esquimales las mataran a golpes; no, lo que yo cuidaría como parte de mi régimen diario de tareas eran cabras lecheras y pollitos y vaquitas.

Por los dioses.

Todas mis súplicas no consiguieron impedir mi destierro, y fui colocada sumariamente en el asiento trasero de un Lincoln Town Car y sacada de allí, con una maletita entera dedicada a albergar mis amplias provisiones de diazepanes. Aquel verano, a la tierna edad de doce años, aprendí a tragarme mi miedo. A tragarme el orgullo y la rabia. Y aquella fue la última vez que mi madre pudo jactarse de tener una hija flaca.

21 DE DICIEMBRE, 8.51 HORA ESTE

Abuelito (1)

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Nada más llegar, mi abuelito me reclutó para su campaña abierta contra la biodiversidad. Su estrategia consistía en ponernos los dos en cuclillas bajo el duro sol del norte del estado y arrancar hasta la última planta nativa que se hubiera colado en cierta parte del huerto de mi abuela, dejando únicamente las judías verdes no nativas. Mientras estábamos trabajando codo con codo, arrancando, desarraigando y esforzándonos por crear un cuestionable monocultivo de legumbres, él me preguntó:

—¿Maddy? ¿Cielito? ¿Tú crees en el destino?

Yo no contesté.

Pero él insistió en el tema.

—¿Qué me dirías si te dijera que hasta el último detalle de tu vida ya estaba escrito antes de que tú nacieras?

Yo seguí evitando la conversación. Estaba claro que él quería enrolarme en alguna visión existencialista y demente del mundo.

Dejó de arrancar hierbas un momento y giró la cara arrugada para mirarme.

—¿Qué sabes de Dios y de Satanás?

Una brisa del norte del estado le alborotó los mechones de pelo gris.

Evitando su mirada, maté una mala hierba. Dejé vivir a una planta de judías. Me sentí Dios.

—Tú sabes que Dios y Satanás están enzarzados en una guerra, ¿verdad que sí? —Echó un vistazo a su alrededor como para confirmar que estábamos solos. Que no lo iba a oír nadie—. Si te cuento un secreto, ¿me prometes que no se lo dirás a tu abuela?

Arranqué otra mala hierba. No le prometí nada. Lo que hice fue preparar mis oídos infantiles para alguna revelación repulsiva.

—¿Y si te dijera —continuó él, impertérrito— que naciste para ser la persona humana más importante de todos los tiempos? —Y me preguntó—: ¿Y si te dijera que tu destino es arreglar las cosas entre Dios y Satanás?

21 DE DICIEMBRE, 8.53 HORA ESTE

Un festín políticamente incorrecto

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Por si te interesa, la granja solitaria que tenían mis abuelos en el norte del estado consistía en un salón con las paredes cubiertas de libros… dos dormitorios diminutos… una cocina primitiva… y un solo cuarto de baño. De los dos dormitorios, uno había sido de mi madre y ahora iba a ser para mí. Tal como ya me habían avisado, no tenían ni televisor ni ordenador de ninguna clase. Sí que tenían teléfono, pero era completamente rudimentario, de aquellos con dial giratorio.

Un día típico, a la hora del almuerzo, yo estaba sentada a la mesa de la cocina, plantando cara a un plato lleno de mis peores pesadillas de niña de once años. Ternera, por ejemplo. O queso procedente de trabajadores centroamericanos no sindicados y empleados en condiciones de esclavitud. Carne de cerdo criado en factorías. Gluten. Yo olía las esporas de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob. Cuando me aventuré a preguntar si el filete venía de vacas criadas en selvas amazónicas diezmadas con métodos de roza y quema, mi abuela se me quedó mirando sin decir nada. Se encendió otro cigarrillo y se encogió de hombros. Para ganar tiempo yo dejé caer el tenedor en el plato y emprendí una chistosa crónica de lo que me había sucedido el mes anterior en la fiesta en casa de Barbra Streisand, un percance chifladísimo en la lujosa mansión en la playa que tenía Babs Streisand en Martha's Vineyard.

Sonó el teléfono en el salón y mi abuela fue corriendo a contestarlo. Desde la sala contigua, con un hilo de voz tan fino como un olor, la oí decir:

—¿Diga? —Los muelles del sofá chirriaron cuando ella se sentó—. Bueno, es que yo no compro el algodón en bolas. Lo suelo comprar en *bastoncillos*. —Guardó silencio y luego dijo únicamente—: Azul. —Después de un momento de escuchar en silencio, dijo—: Menta. —Y después—: Casada, desde hace cuarenta y cuatro años. —Y después—: Una chica, nuestra hija, Camille. —Su voz fue un carraspeo—. Cumplí sesenta y ocho el pasado junio. —Y añadió—: La Asamblea de los Hermanos Cristianos.

A solas en la cocina con mi anécdota truncada de la Streisand, no probé bocado. Arrojé mi chuleta fruto de las torturas por la ventana abierta de encima del fregadero.

La cena, por su parte, consistió en un plato de estofado de atún no seguro para los delfines. El sabor pronunciado de las redes de arrastre japonesas era inconfundible. Cuando no llevaba ni diez palabras de mi hilarante historia sobre Toni Morrison, volvió a sonar el teléfono.

Mi abuela se fue a contestarlo y oí que decía en el salón:

—Babette, ¿verdad? Sí, no me importa en absoluto contestarte a unas preguntas…

Igual que antes, tiré la ofensiva comida por la ventana de la cocina, regalándosela

a algún mamífero rural menos escrupuloso que yo. El mundo estaba abarrotado de niños atractivamente muertos de hambre que mis padres podían adoptar, y yo no tenía intención de quedarme allí sentada sin más en el norte del estado, tragando salsa de carne y poniéndome demasiado gorda para ser nada más que un obstáculo para la imagen pública de mi madre.

Aquella se convirtió en la dinámica habitual de mis comidas. Mi yaya Minnie me servía crema de maíz de origen político turbio —obviamente atiborrada de mantequilla con ácido linoleico conjugado—, y yo contaba una larga anécdota chistosa sobre Tina Brown hasta que sonaba el teléfono y resultaba ser algún televendedor o alguien que estaba haciendo una encuesta. A la hora de la cena mi abuela se sentaba en el sofá del salón y yo le oía decir las palabras «radiación», «quimioterapia», «fase cuatro» y «Leonard» por el auricular del teléfono. Y mientras ella no me podía ver, yo me dedicaba a arrojar mi comida alta en calorías, albóndiga a albóndiga, champiñón a champiñón, por la ventana abierta. Y pensaba: «¿Leonard?».

El abuelito Ben casi nunca estaba en casa, siempre estaba haciendo algún recado que le tomaba más tiempo del esperado. A veces me daba la impresión de que mi abuela corría al teléfono porque tenía la esperanza de que fuera él quien llamaba. O mi madre. Pero quien llamaba nunca era nadie. Un simple esclavo de la investigación de mercado llamado Leonard o Patterson o Liberace, que llamaba desde Dios sabía dónde.

Solo una vez llegué al teléfono antes que mi yaya Minnie. Ella estaba fregando los platos, con los brazos sumergidos en el agua jabonosa del fregadero hasta los codos, así que me pidió que contestara yo. Yo solté un elaborado suspiro y dejé mi plato de tarta de pecanas no sostenibles y de comercio injusto para ir al salón. Me llevé al oído el auricular del teléfono, que olía a humo de cigarrillos, igual que la tos de mi abuela, y dije:

—*Ciao!*

Se hizo el silencio. Por un momento pensé que tal vez fuera mi madre, que llamaba para ver cómo estaba yo, pero entonces una voz preguntó:

—¿Madison?

Era una voz masculina. De un hombre joven, tal vez un adolescente. Obviamente no era el abuelito Ben. Medio riendo, me dijo:

—¿Maddy? ¡Soy yo, Archer!

Yo no lo conocía de nada y me mostré perfectamente fría. Mientras mi abuela me seguía hasta el salón, secándose las manos con un trapo raído y echándoselo al hombro, yo le pregunté por teléfono:

—¿Nos han presentado?

—Tú espera un par de años, figura —dijo el chico, y añadió, con el tono más profundo de un conspirador—: ¿Hoy le has arrancado la polla a alguien?

Y se echó a reír abiertamente. Se rió y se rió y se rió.

Y tan despacio como si estuviera haciendo tai-chi, le di a mi abuela aquel

auricular con olor a humo.

21 DE DICIEMBRE, 8.55 HORA ESTE

Abuelito (2)

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

En otra ocasión mi abuelito me alistó como cómplice suyo para saquear la descendencia no incubada de debajo de los traseros plumíferos de las gallinas domésticas. Recorrimos la choza destartalada donde los pollos estaban acuartelados y les robamos con crueldad implacable a sus futuras generaciones. Y durante todo aquel rato no paró de interrogarme:

—¿Nunca te has parado a preguntarte cómo es que tus padres se enriquecieron tanto y tan deprisa?

Cargando en mis manos la cesta de los huevos rapiñados, yo me limité a encogerme de hombros.

Él insistió en la cuestión.

—¿Cómo es que cada inversión que hacen les da ganancias? —Sin esperar mi respuesta, se puso a explicarme—: Pues mira, cielo, cuando tu mamá tenía tu edad se hizo con un ángel de la guarda llamado Leonard. Y él la llamaba por teléfono con la puntualidad de un reloj suizo. —Siguió hablando y saqueando nidos—. Ella vino a mí y me lo contó. No era más que una adolescente cuando me contó que su ángel le había revelado el número que iba a ganar la lotería. Y me pidió que se lo comprara. Un desconocido que la llamaba desde quién sabía dónde… ¿cómo la podía creer yo? Pero su madre sí que la creyó.

Impertérrito al hecho de que yo no dijera nada, él siguió hablando:

—Su ángel de la guarda, Leonard, la sigue llamando hoy día. Es un poder que tienen los ángeles. Da igual en qué parte del mundo esté ella; él la encuentra. La llama directamente. Y a tu padre también.

Yo fingí estar ocupada inspeccionando un huevo particularmente moteado.

—Ha sido ese Leonard —insistió mi abuelito Ben—. Ha sido él quien ha exigido que te mandaran con nosotros este verano.

Ese detalle, amable tuitera, consiguió captar mi atención de niña de once años. Yo le miré a los ojos legañosos.

—Se supone que no lo puedes saber —me dijo él. Bajó la voz hasta un susurro—. Pero este verano tienes un gran enfrentamiento con las fuerzas del mal.

Mis ojos debieron de revelar mi confusión.

—No lo sabías, ¿verdad, cariño?

Su tez daba fe de una vida entera de negligencia de los cuidados de la piel.

Pues no, no lo sabía. ¿Un enfrentamiento? ¿Con el mal?

—Bueno —tartamudeó él—. Pues ya lo sabes. —Sus manos nudosas hicieron una incursión en la paja de uno de los nidos y extrajeron otro huevo. Me introdujo aquel nuevo botín en el cesto y me dijo—: Es mejor que no le des demasiadas vueltas en tu

cabecita.

21 DE DICIEMBRE, 8.57 HORA ESTE

Embarcarse en un *bon voyage*

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

El verano que me esperaba en la granja de mi abuela en el norte del estado me prometía un jolgorio sin fin. Se podía encontrar la diversión, por ejemplo, en desenvainar guisantes o en sacarle las hojas al maíz. Una chispeante plétora de cerezas esperaba a que yo les quitara animosamente los huesos. Yo me quejaba con voz jadeante de que simplemente no sabía por dónde empezar.

Mi yaya Minnie, aquel cascarón bamboleante de pellejo humano curtido por los elementos, con la mandíbula y los brazos repletos de colgajos de piel arrugada, estaba plantada ante su cocina eléctrica. Se dedicaba a manipular los complejos controles térmicos de su cocina mientras la tapa de una olla dejaba ir tanto vapor que el aire reverberaba, igual de caluroso que el de unos baños turcos. Montones de frutos locales habían sido asesinados y desplegados por las encimeras en diferentes fases de desuello y sazón, y hasta la última superficie de trabajo estaba pegajosa por culpa de la sangre seca de su carne. Había un cuenco grande de porcelana lleno de melocotones destripados y deshuesados. También había manzanas, desmembradas y embalsamadas dentro de frascos de cristal para darles sepultura en el sótano. El ya mencionado vapor se condensaba en las paredes, formando arroyuelos. Ajetreada en medio de esta carnicería, mi abuela inspeccionaba con los ojos entrecerrados su torva tarea, y hablándome con el cigarrillo entre los labios blanquecinos, me dijo:

—Amor, cariño, aquí estás estorbando. Ve a entretenerte.

¿A entretenerme? Mi abuela debía de haber perdido la cabeza. Con toda la amabilidad que pude, cogiéndole las cintas sucias del delantal y dándoles un tironcito con mi suave mano de niña, le dije:

—Yaya, cariño, ¿por qué no te haces las pruebas de la demencia senil…?

¡A entretenerme! Como si yo pudiera usar los palos y las rocas sucias que había a mi disposición para montar un receptor de televisión y a continuación construir una red de repetidores y una emisora local afiliada y por fin levantar las compañías productoras y abastecer al sistema con una temporada entera de contenido programado. Semejante aventura empresarial, le dije a mi abuela, en manos de una chica preadolescente y en el curso de un único verano, no tenía muchos números de obtener éxito.

—No —me dijo mi yaya Minnie, sacudiéndose mi obstinada presa del delantal—. Me refiero a que leas un libro.

Y diciendo esto, abandonó sus cadáveres hirvientes de frutas. Mi abuela se giró para mirarme, me cogió de los hombros y me sacó de la cocina, llevándome por un corto pasillo hasta la sala de estar, donde los estantes repletos de libros se extendían del suelo al techo, llenando una pared entera. Allí me hizo elegir de entre los vetustos

tomos encuadernados en cuero.

Hay que señalar aquí que yo todavía no era una lectora tan apasionada como lo sería poco más tarde. Mi escuela suiza, aunque espantosamente cara, estaba orientada sobre todo hacia la conciencia de los problemas álgidos del medio ambiente y los derechos civiles aplastados de los pueblos indígenas oprimidos. Y en base a estas prioridades éticas, yo alegué que no podía ni siquiera plantearme leer unos libros que estaban encuadernados con los pellejos muertos de vacas criadas en factorías y sin duda víctimas de mucho estrés.

A modo de respuesta, mi abuela se limitó a encoger sus hombros fatigados y amarrados por su delantal de mujer granjera. Y me dijo:

—Haz lo que quieras, señorita. —Y salió del salón para regresar al sórdido pasatiempo de enlatar tomates o de encurtir ratones de campo. Al cabo de un momento levantó la voz para hablarme por encima del hombro enfundado en algodón estampado; y me avisó—: Puedes leer un libro o puedes azotar las alfombras. Tú eliges.

Pero mis valores morales no me permiten infligir ninguna forma de violencia, ni siquiera sobre una inanimada cubierta para el suelo. Ni tampoco me gustaron las demás formas de trabajo agrícola físico sobre el terreno que me sugería mi abuela: otro pogromo de malas hierbas… confiscar más óvulos todavía calientes de los nidos de las aves de corral… Así pues, y únicamente a modo de compromiso político, me decanté por escoger un libro. Reseguí con los dedos el cuero muerto de los diversos lomos. ¿*Moby Dick*? No, gracias. Por una vez di gracias a la famosa afiliación de mi madre a Greenpeace. ¿*Mujercitas*? ¡Por Dios, qué opción tan monstruosamente sexista! ¿*La letra escarlata*? ¿*La casa de la alegría*? ¿*Hojas de hierba*? Las estanterías de mi abuela estaban atiborradas hasta el hartazgo de títulos desconocidos y olvidados. ¿*Trópico de Cáncer*? ¿*El almuerzo desnudo*? ¿*Lolita*? Qué mal, no había nada subido de tono.

Amables tuiteras, a modo de respuesta a vuestras acusaciones de que era demasiado precoz para ser una niña de once años, por favor, aceptad que la gente no cambia con el tiempo. Los ancianos en realidad no son más que niñitos envejecidos. Y a la inversa: la gente joven son abueletes inmaduros. Cierto, puede que en el curso de nuestras vidas desarrollemos ciertas habilidades y formulemos ideas profundas, pero en términos generales a los ochenta y cinco años eres la misma persona que a los cinco. O se nace inteligente o no. El cuerpo envejece, crece y pasa por fases casi lunáticas de frenesí reproductivo, pero en esencia es la misma persona la que nace y la que se muere.

Y esa… esa es la prueba de que existe el alma inmortal.

De pie en el salón de mi abuela, finalmente decidí cerrar los ojos. Y cegada de esta manera, ejecuté tres gráciles rotaciones sobre mí misma y estiré un brazo invisible para mí en dirección a los estantes de libros. Recorrí con las yemas los lomos ribeteados y los títulos grabados en ellos, como quien lee braille. El grano

cuarteado del cuero era suave al tacto, casi como tela crepé, un poco parecido a la piel de las manos callosas de mi abuela. Después de acariciarlos todos, mi mano se asentó en el que yo pude notar que era mi destino. Allí estaba el libro que me iba a librar de mis paupérrimas circunstancias, de mis largas jornadas privadas de televisor, de mi tedio vital por falta de internet. Mis dedos ciegos se cerraron en torno al libro y lo extrajeron de entre sus hermanos. Abrí los ojos para contemplar aquel nuevo futuro.

En la cubierta desgastada estaba impreso con letras doradas el nombre del autor: Charles Darwin. Tenía en mis manos un libro que me iba a servir de cobijo. Una historia en la que me podría esconder durante meses.

Oí entonces la voz de mi yaya Minnie, que me llamaba desde los recovecos de la cocina de la granja:

—Ya es hora, amorcito. Esos guisantes no se van a desenvainar solos…

—¡Pero es que he encontrado uno! —le grité yo a modo de respuesta.

—¿Un qué? —me dijo ella.

Yo puse voz de sonrisa infantil feliz y grité:

—¡Un libro, yaya!

Hubo un momento de silencio, solo interrumpido por los gritos de apareamiento de las nauseabundas aves de exterior, que intentaban estimularse entre ellas para enzarzarse en sus jaranas sexuales aviares. Dentro de la casa, el aire olía a humo de cigarrillos y a los vapores procedentes de la incansable olla de torturas de mi abuela.

—¿Qué libro? —me preguntó mi abuela en tono fatigado—. ¿Cómo se titula?

Giré el libro de lado para buscar el título en el lomo.

—Trata de un perro —le dije—. Trata de un perrito muy mono que emprende una aventura marítima en barco.

La respuesta de mi abuela me llegó risueña, en tono mucho más distendido, casi de risa, la voz de una mujer más joven. Y con voz casi de chica me gritó:

—A ver si lo adivino. ¡Es *La llamada de la selva*! —me gritó—. ¡Cuando yo tenía tu edad me encantaba Jack London!

Yo abrí el libro con las manos y sus páginas me olieron a habitación en la que nadie ha entrado durante mucho tiempo. Aquella habitación de papel olía a algo enorme, provisto de suelos barnizados de madera, y a chimeneas de piedra llenas de cenizas frías, y a motas de polvo flotando en los haces de luz que entraban por las ventanas altas de la sala. Mis ojos eran los primeros que se asomaban al interior de aquel castillo de papel en varias generaciones.

No, el libro no se titulaba *La llamada de la selva*. Y, sin embargo, amable tuitera, mi yaya Minnie se quedó contenta. Me dispensó de desenvainar guisantes. Que era lo principal.

El autor no era Jack London, pero ¿a quién le importaba en realidad? Si yo lo leía lo bastante despacio, aquel libro me podría ocupar todas aquellas desoladas vacaciones de verano. Podría traer al tedioso y odioso norte del estado todo el placer

y la emoción de un universo canino de tiempos remotos. Yo ya estaba recorriendo con la mirada el volumen abierto, enfrascada en las palabras y las percepciones de un narrador difunto largo tiempo atrás. Estaba viendo un pasado desaparecido a través de la mirada ajena de aquel hombre muerto.

Abrí el libro por la página titular y leí el título impreso allí: *El viaje del Beagle*.

21 DE DICIEMBRE, 9.00 HORA ESTE

Abuelito (3)

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Para ayudar a aliviar mi tedio, el abuelito Ben me ha sugerido que construyamos una unidad habitacional para la vida aviar indígena. Una especie de versión para pájaros del Hábitat para la Humanidad, pero sin Jimmy Carter y los suyos. La planificación arquitectónica en sí desempeñó un papel muy pequeño en el proyecto. Aserramos tablones para construir unas paredes, un suelo y un techo rudimentarios y lo juntamos todo como pudimos con clavos. Un proceso vagamente satisfactorio. Por último, le aplicamos una capa de pintura de color amarillo soleado.

Brocha en mano, mi abuelito me preguntó:

—¿Te acuerdas de que te hablé de Leonard? El ángel de la guarda de tu madre.

Yo me hice la sorda y me concentré en mi técnica pictórica, evitando dejar brochazos y pegotes. Me preocupaba el olor a pintura, me preocupaba estar contribuyendo al equivalente en pajareras del síndrome del edificio enfermo.

Impávido, mi abuelito siguió a lo suyo:

—¿Y si te dijera que los ángeles también llaman a tu abuela?

Mojé la brocha y pinté un círculo amarillo alrededor de la puerta incitantemente redonda de la casita. Me pregunté si los pájaros que montaban una pajarera se dedicaban a emigrar, igual que mis padres, entre moradas similares situadas en Nassau, Newport y New Bedford. De la misma manera, ¿acaso sus patrones migratorios se verían determinados por los niveles de ingresos fiscales de cada ubicación?

Mi abuelito interpretó mi silencio como una señal de aliento.

—No quiero asustarte, pero ¿te acuerdas de que mencioné tu gran enfrentamiento? Por lo que le cuenta Leonard a tu abuela, las fuerzas del bien y del mal te van a poner a prueba.

Mi mono de trabajo corto de Chanel me apretaba un poco en las caderas.

—En una isla —añadió—. Tu gran prueba tendrá lugar en una isla.

A pesar de Ctrl+Alt+Lanzar la comida que cocinaba mi abuela por la ventana de la cocina, yo estaba ganando peso por ósmosis. Fuera por una cuestión de genética o de entorno, me preocupaba que mi porcentaje de grasa corporal se estuviera acercando a los dígitos dobles.

—Según tu abuela, alguien se va a morir muy pronto. —Mi abuelito mojó la brocha en el cubo y reanudó su trabajo—. Solo para que te andes con cuidado, la que muera puedes ser tú.

21 DE DICIEMBRE, 9.02 HORA ESTE

Trazando el rumbo a la gloria

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

A diferencia de lo que sugiere su risueño título, *El viaje del Beagle* no es un relato picaresco sobre un perrito valiente que se embarca en una delirante aventura marítima sobre las olas. Si me viera obligada a escribir unos de esos cuadernos de estudio donde resumen el argumento del libro, mi destilado sería como sigue: «Pez silvestre tonto… ave silvestre tonta… roca grande… ¡Serpiente! ¡Serpiente! ¡Serpiente!… animal sacrificado… otra roca… tortuga». Imagínate esta secuencia alargada lo bastante para llenar casi quinientas páginas y más o menos tendrás en mente el libro del *Beagle*. En medio millar de páginas apenas se menciona a ningún perro, y nada ocupa el centro de atención durante más de los diez segundos que dura el lapso de atención del señor Darwin. En lugar de la evolución, da la impresión de que Charles Darwin inventara el trastorno de déficit de atención, y es que no para en ningún momento de distraerse con un hongo distinto… un artrópodo novedoso… un pedrusco de colores vivos. Mientras lo estás leyendo, te vienen ganas de que aparezca de una vez una bella señorita y capte la atención del narrador. La lectora espera que florezca un romance en plena pampa seguido de una riña de amantes y de la introducción de un rival romántico, besos, peleas a puñetazos y espadas desenvainadas. Pero no es de esa clase de libros. No, *El viaje del Beagle* se parece más a mirar cinco años enteros de fotos de vacaciones que te está enseñando una persona con síndrome de Asperger que no puede dejar de narrar ni un segundo.

El título del volumen es un engaño flagrante. En realidad el *Beagle* al que alude es el barco en el que navegan el señor Darwin y compañía, aparentemente bautizado por algún amigo de los perros de antaño. Pese a todo, fue en el interior de aquellas frágiles y vetustas páginas donde encontré mi destino.

No hace falta más que una sola victoria notoria para cimentar la reputación de un aspirante a escritor. El favorito de mi abuela, Jack London, por ejemplo, solo necesitó seis meses de mangonear en los pueblos de buscadores de oro del Klondike. En el caso del señor Darwin, el episodio que le cambió la vida en las islas Galápagos duró como mucho cuatro semanas. Ambos hombres habían iniciado su aventura con resignación: London había sido incapaz de obtener un empleo que le diera dinero en San Francisco; Darwin había abandonado los estudios y no había conseguido licenciarse en teología. Los dos regresaron a sus vidas de costumbre siendo todavía jóvenes, pero de sus breves aventuras habían extraído una inspiración que les duraría para el resto de sus vidas.

No había necesidad de echar a perder el verano de mi undécimo año. Solo tenía que encontrar alguna especie todavía sin documentar de criatura asquerosa —mosca, escarabajo o araña— y ya podría escribir el relato que me granjearía un billete de

vuelta a la civilización. Obtendría el aplauso de la ciencia. Me reinventaría como naturalista de fama mundial a quien ya nunca más le haría falta besar ni abrazar a sus malvados e insensibles padres.

La mañana que yo había elegido para empezar mi trabajo de campo, me senté a la mesa de la cocina de mi abuela. La luz del amanecer reverberaba, de color marrón anaranjado, a través del frasco lleno de agua estancada y de bolsitas para el té reblandecidas que ella tenía en la repisa de encima del fregadero. Yo fingí que me comía a cucharadas unas gachas asquerosas, aunque el único sabor que notaba era el de la hormona del crecimiento bovina que había en la leche. Aun así, puse una sonrisa encantadora, con mi libro sobre el *Beagle* abierto junto a mi desayuno, y pregunté:

—¿Yaya *querida*?

Mi yaya Minnie apartó la vista de la tarea que la tenía ante los fogones —remover con una cuchara de palo un mejunje que hervía a fuego lento— y se me quedó mirando con expresión fría. Con los ojos entrecerrados de recelo, me dijo:

—¿Sí, mi pastelillo?

Con voz lacónica, y en tono simpático y despreocupado, le pregunté si había alguna isla tropical a la que se pudiera ir dando un paseo desde allí.

Sacó de su caldero de bruja la cuchara con que lo estaba removiendo y se la llevó a su boca chueca, donde una lengua veloz y furtiva probó el brebaje. Relamiéndose con enorme fruición, mi abuela me dijo:

—¿Has dicho «isla», nenita mía?

Con una sonrisa pegada a la boca, asentí con la cabeza. Isla.

Entre los dedos de la mano que le quedaba libre tenía encendido su cigarrillo de rigor. Aquella mañana, igual que todas las mañanas, la salida del sol encontró su pelo gris enrollado con rulos y bien sujeto con horquillas al cuero cabelludo rosado. El abuelito Ben seguía en cama. En el mundo de fuera de la granja resonaban el estruendo y los graznidos de las aves de corral, anunciando el éxito de sus ovulaciones.

Mi yaya Minnie siguió cavilando frente al producto burbujeante de sus nocivas recetas. Casi se podía oír el zumbido y el clic-clic de los mecanismos internos de su cabeza. El tic-tac de los engranajes resultaba casi audible mientras ella hacía memoria en busca de cualquier dato relativo a una isla cercana. Por fin soltó una tosecilla y un soplido y dijo:

—Una isla *de verdad* no. —Y añadió—: A menos que cuentes la isla peatonal que hay en el medio de la autopista.

Y lo que procedió a describir era un área de descanso para conductores que estaba embutida entre los numerosos carriles abarrotados de tráfico en sentido sur de una autopista de gran tamaño y los igualmente congestionados carriles en sentido norte. Yo la había visto: un edificio de bloques de hormigón achaparrado y encogido en el centro de un parterre de hierba quemada por el sol, de color limón y salpicada de

heces secas de perros domesticados. Solo la había vislumbrado de pasada, desde la ventanilla tintada del Town Car que me había llevado a mi exilio en la granja de mi abuela, pero aquella chabola de hormigón me había dado la impresión de reverberar por culpa del hedor acre de los excrementos humanos. Las plazas de aparcamiento que flanqueaban el césped maltrecho estaban ocupadas por un puñado de coches y camiones, abandonados allí por los diversos conductores que habían salido corriendo a vaciar los intestinos y las vejigas.

Aquel lugar se podía calificar de «isla» porque estaba aislada y separada de la campiña circundante del norte del estado por los ríos vertiginosos de vehículos que pasaban a toda velocidad. A falta de una isla más convencional, tal vez aquella sirviera a mis fines.

Yo remoloneé en la mesa del desayuno. Respecto a *El viaje del Beagle*, yo había leído hasta el punto en que Darwin se bebe la orina amarga de una marsopa. Estaba claro que yo no era la primera lectora a quien le causaba dificultades la idea de que nuestro héroe se engullera una jarra helada de pipí de tortuga, puesto que un lector o lectora anterior había subrayado el pasaje entero a lápiz. En el margen exterior de la página, otro lector o lectora había escrito con bolígrafo azul: «pervertido». De vez en cuando aparecían aquellos comentarios en las páginas del libro, igual de crípticos que los mensajes de las galletas de la fortuna. Ocluidos y codificados. Por ejemplo, en una columna que bajaba por el margen exterior de una página, había anotadas a lápiz las palabras: «Si algún día tengo una niña, Patterson me ha dicho que le ponga de nombre Camille». En otro lugar había garabateadas a tinta azul las misteriosas palabras: «La Atlántida no es ningún mito, es una predicción».

Aquellos dos compañeros o compañeras de viaje —el que garabateaba a lápiz y el vándalo de la tinta azul— se habían convertido en mis camaradas de lectura, siempre presentes para compartir conmigo el libro del *Beagle*. Sus comentarios sarcásticos y certeros aligeraban mi respuesta a las muchas descripciones por lo demás tediosas de lagartos y cardos.

Con caligrafía claramente infantil, otra anotación a lápiz decía: «Patterson me ha dicho que empiece ya a recoger flores para el funeral del marido que algún día tendré».

Un garabato a bolígrafo azul decía: «Leonard quiere que coja unas flores para mi padre».

Como para ilustrar aquellas notas, entre las páginas había ranúnculos prensados. Ranúnculos amarillos. Violetas de color púrpura. Evidencias de un tiempo ocioso pasado, de largos paseos vacacionales y de aire fresco. Briznas marrones de hierba vetusta. Un registro de la luz del sol. Fragmentos de evidencias físicas que documentaban un verano remoto. Y no solo los colores del verano… ¡estaban también los olores! Ramitos secos de romero, de tomillo y de lavanda. ¡Pétalos de rosa todavía impregnados de un aroma acre! Aquellas capas de papel y de palabras los habían preservado como si fueran una armadura. Cada prímula y cada campanilla

que me encontraba la dejaba cuidadosamente tal como me la había encontrado.

Desde su puesto a los fogones, mi abuela dijo algo, una serie de palabras con entonación ascendente, una pregunta.

—¿Disculpa? —le contesté yo.

Sacándose el cigarrillo de los labios, y expulsando una nubecilla de humo, ella repitió:

—¿Qué te está pareciendo *La llamada de la selva*?

Yo la miré con los ojos muy abiertos de perplejidad.

—La novela… —me apuntó ella, señalando con la cabeza el libro que yo tenía abierto sobre la mesa de la cocina.

Era obvio que mi abuela no había visto la portada lo bastante de cerca como para leer su título verdadero.

—¿Has leído hasta la parte en que al perro lo secuestran y se lo llevan a Alaska? —me preguntó.

Yo asentí con la cabeza. Devolví mi mirada a la página y me mostré de acuerdo en que aquel perro llevaba una vida muy emocionante.

—¿Has llegado a la parte… —me preguntó— en que al collie se lo llevan los marcianos en un platillo volante?

Yo volví a asentir con la cabeza y le dije que la escena en cuestión era muy emocionante.

—¿Y tuviste miedo —me apuntó mi abuela— cuando los extraterrestres fecundaron al setter irlandés con embriones de chimpancés radiactivos de la Nebulosa del Cangrejo?

Yo me mostré automáticamente de acuerdo. Le dije que no podía esperar a que hicieran la adaptación al cine. Levanté la cabeza un instante nada más para comprobar la sinceridad de su expresión, pero mi abuela seguía allí impertérrita, con su adusto cuerpo de campesina ataviado con el habitual delantal de algodón estampado por encima de un vestido largo y holgado de tela de cuadros, liberado de todo estilo y color por una vida entera de lavados. Tomé nota mental de que aquel libro de la selva debía de ser un verdadero portento.

Mientras ella probaba una segunda cucharada de la olla burbujeante, llevándose la cuchara a los labios fruncidos y soplando para enfriar sus contenidos humeantes, el teléfono se puso a sonar en el salón. Tal como había hecho incontables veces, mi abuela dejó sus utensilios goteantes y salió bamboleándose por la puerta de la cocina para alejarse por el corto pasillo. Los muelles del diván rechinaron cuando se sentó. Se detuvieron los timbrazos y ella dijo entre toses la palabra:

—¿Digaaa? —Su voz lejana bajó de volumen hasta convertirse en un susurro conspiratorio—. Sí, ha elegido el libro de la evolución. Esa Maddy es tremenda. —Entre toses, dijo—: Sí, le he dicho lo de la isla… —Asfixiada y sin aliento, dijo—: Tú no te preocupes, Leonard. ¡Esa chavalita está más que lista para batallar contra el mal!

Y en aquel momento, amable tuitera, pasé una página de mi libro sobre el *Beagle* y descubrí otra inscripción de otro tiempo. Escritas a mano en el margen con bolígrafo azul, las palabras decían: «Leonard me ha prometido que un día criaré a una gran guerrera como si fuera mi hija. Y me ha dicho que le ponga de nombre Madison».

21 DE DICIEMBRE, 9.05 HORA ESTE

¡Ahora, viajera!

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Así fue como, en aquel verano de mi exilio al tedioso norte del estado, en aquel soleado ayer ya distante, me encontré a mí misma plantada en el arcén de asfalto resquebrajado de la carretera estatal no sé cuántos, en el margen exterior de los seis carriles de tráfico en sentido norte atiborrados de camiones con remolque machacando la caja de cambios y haciendo sonar las bocinas. El aire matinal apestaba, cargado de grasa de ejes de ruedas, alquitrán, aceite recalentado y humo de jugo de dinosaurios en combustión.

Jamás un explorador se había aventurado a surcar mares más peligrosos.

Mi trayectoria me llevaría a contrapelo del flujo de los automóviles, de su impulso, del murmullo y el ronroneo de sus neumáticos radiales, del bramido entrecortado de los frenos de escape. Al otro lado de aquel letal desfile de metal lanzado a toda velocidad yo veía la otra orilla, mi destino: la isla donde los vehículos aparcaban para vaciarse de sus ocupantes, y a su vez esos ocupantes iban corriendo a los lavabos de bloques de hormigón para evacuar sus propios contenidos excrementales.

En cuanto diera un solo paso, ya me vería comprometida a cruzar la carretera entera. Un solo paso y ya estaría plenamente entregada a dar las cien zancadas adicionales que me llevarían a la seguridad de la lejana isla de los lavabos. Donde paseaban las mascotas perrunas, depositando ociosamente sus heces en montoncitos, con el mismo buen criterio con que una tortuga en peligro de extinción ponía sus preciosos huevos.

Qué extraña me debían de ver los conductores, una niña de once años con vaqueros y camisa de trabajo de tela de cambray azul, con los faldones llegándome a las rodillas y las mangas demasiado largas remangadas hasta los codos gordezuelos.

Yo tenía los brazos cruzados sobre el pecho, abrazando con fuerza el libro del *Beagle* y el pesado frasco para el té de cuatro litros que mi abuela guardaba en la repisa. El té turbio chapoteaba y hacía pesadas olas dentro de su frágil cristal. Antes de requisar el té, yo le había echado incontables azucarillos al líquido dorado, y ahora tenía las manos y los antebrazos pegajosos por culpa del líquido que se escapaba por la tapa mal ajustada. Los dedos se me adherían entre sí como si yo tuviera las manos palmeadas, como si estuviera evolucionando de cara a algún nuevo propósito acuático. Así pues, tenía el grueso frasco tan pegado que, aunque se me cayera de las manos, sospechaba que el cristal chapoteante se me quedaría soldado a la pechera de la camisa azul de cambray.

En cuanto me adentrara en el flujo del tráfico, la más pequeña pausa me dejaría en el mismo centro de la trayectoria de un impacto capaz de pulverizarme, para ser

lanzada por los aires caliginosos y bochornosos del verano, con todos los huesos rotos. O bien para ser aplastada, con mi sangre infantil exprimida y desparramada a lo largo de kilómetros y kilómetros de carretera, en forma de esas huellas zigzagueantes y parecidas a relámpagos que dejan los neumáticos gigantes de caucho negro. Cualquier vacilación comportaría mi muerte, y en aquella época lejana yo todavía estaba llena de prejuicios hacia estar muerta. Igual que tanta otra gente viva viviente, yo aspiraba a seguir respirando.

Y respirando hondo, muy posiblemente por última vez, me zambullí en el caos.

Mis mocasines Bass Weejun golpearon con suavidad el asfalto caliente mientras los camiones de basura pasaban retronando por todos los lados. Las sirenas aullaban y las bocinas mugían. Gigantescos camiones cisterna rebosantes de líquidos inflamables… camiones madereros rugiendo… aquellos colosos me pasaban retumbando a los lados, zarandeando mi cuerpecillo con tanta fuerza que me bamboleaba igual que un tapón de corcho en medio de la marejada. Arrastrando consigo sus oleadas de arena punzante, los gigantescos autocares Greyhound me rociaron de ráfagas de grava afilada. En la estela de los camiones de transporte, unos sirocos abrasadores me desgarraron la piel y el pelo.

La gente que vive feliz en su casa no se embarca con rumbo a Alaska ni a las Galápagos. No se separan de sus amadas familias a fin de recluirse en talleres y estudios solitarios. Ningún individuo psicológicamente sano se dedicaría a exponerse a rayos X, como hizo Marie Curie, hasta enfermar. La civilización es un estado que los inadaptados antisociales le imponen al resto de la humanidad, a toda esa gente popular, de trato fácil y orientada a la familia. Solo los desdichados, los fracasados y los parias se pasan días enteros en cuclillas observando los hábitos de apareamiento de la salamandra. O estudiando cómo hierve una tetera.

La vanguardia de todo campo de estudio consiste en gente solitaria y sin amigos a quien nadie invita a ninguna parte. Todo progreso es producto de la gente impopular.

La gente enamorada —la gente provista de unos padres cariñosos y atentos que no son estrellas de cine— nunca habría inventado la solemnidad. Lo único que lleva al éxito verdadero es la profunda tristeza.

Todas estas observaciones me dieron el coraje que necesitaba mientras los camiones con varios remolques me pasaban cagando leches al lado, a pocos dedos de distancia. Si mi madre hubiera tenido una vida feliz como Rebeca de la Granja del Sol, nunca se habría convertido en un glorioso icono para todos los cinéfilos del mundo. Si el sueño de mi vida fuera hervir albaricoques inocentes hasta convertirlos en un repulsivo condimento gelatinoso, como hace mi abuela, ahora no me vería a mí misma corriendo por los hostiles y congestionados carriles de la carretera estatal no sé cuántos.

Correteé con mis piernas gordezuelas, avanzando y retrocediendo en medio del revuelo de vehículos, esquivándolos para no acabar aplastada y con jirones de mi regordeta carne infantil adheridos a un surtido de parachoques cromados y rejillas de

radiador con rumbo a Pensilvania y Connecticut, con mi conjunto de tela vaquera y cambray reducido a unos harapos empapados y planchados contra el asfalto abrasador. Un solo tropezón y perecería. Un solo paso en falso hacia delante llevaba a dos pasos hacia atrás. El té que yo llevaba a cuestas se zarandeó y me hizo perder el equilibrio. Me tambaleé de lado hacia la trayectoria de un coloso de muchas docenas de ruedas que venía hacia mí. El camión hizo retronar su tremenda bocina neumática y sus ruedas gigantescas chirriaron y patinaron. El furgón que contenía el cargamento de ganado condenado me derrapó tan cerca que pude oler su almizcle bovino demasiado de cerca. Su millar de enormes ojos castaños de vacas se me quedaron mirando lastimeramente.

Más camiones se cernieron sobre mí sin pausa, haciéndome ir de un lado para otro, llevando a mis piernecitas cortas a corretear a un lado y al otro, con la mente cegada por el frenético instinto de supervivencia. Yo corría como el rayo. Con los ojos fuertemente cerrados, corría, esprintaba, revoloteaba y me encogía de miedo. Giraba, derrapaba y me abalanzaba sin tener una idea muy clara de en qué dirección estaba yendo, prestando atención únicamente a los aullidos de las bocinas y a los derrapes de los conductores que casi me atropellaban. Los vehículos que me perseguían hacían parpadear las luces largas indignadas de sus faros en dirección a la grasa bamboleante de mi panza.

Empapada de sudor, yo era perseguida. Agitando los brazos rechonchos de monstruo, era interceptada. Con mi avance interceptado, la celulitis de mis caderas iba rebotando al compás de mis cambios de dirección. Las arremetidas de los automovilistas iracundos consiguieron elevarme el ritmo cardíaco más de lo que lo conseguirían los próximos dos años de caros entrenadores personales.

Y por fin me tropecé. La puntera de mi zapato golpeó un obstáculo y yo me caí rodando, lista para ser aniquilada por el siguiente vehículo que se me echara encima. Tenía los brazos y el torso extendidos hacia delante y doblados para proteger el frágil frasco de cristal y el libro del *Beagle*. Pero no aterricé sobre el duro asfalto, sino encima de algo blando. Cuando por fin abrí los ojos, descubrí que el obstáculo con el que mi pie había tropezado era un bordillo de cemento. Y el sitio blando donde había caído era un parterre de hierba cortada. Había llegado a la isla peatonal. Y entre la hierba aplastada y de color amarillo mortecino, el colchón blandito en el que yacía ahora era un montón caliente de mierda pegajosa de perro.

21 DE DICIEMBRE, 9.07 HORA ESTE

Una vejiga torturada y no de marsopa es conducida al borde de la locura

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Para evitar ese ritmo a veces soporífero del diario de viaje del señor Darwin, evitaré describir hasta la última molécula de la isla peatonal del norte del estado. Baste con decir que la isla tenía forma ovoide y que estaba delimitada en todos sus lados por conductores maníacos que operaban sus vehículos a una velocidad suicida. Como es típico en la región del norte del estado, el terreno de la isla en sí era soporífero. No había vistas interesantes en ninguna dirección. La geología no tenía gracia ninguna. Estaba recubierta de una alfombra escasa de hierba, y todas las superficies —la hierba, el surtidor averiado de agua potable y los caminos de cemento— irradiaban un calor comparable al que reina en la superficie del sol. O, para ser más exactos: en la superficie del sol *en agosto*.

El objeto de mi búsqueda era algún insecto que al verse atrapado allí se hubiera adaptado específicamente a tan sórdido entorno. Lo único que necesitaba era recoger un espécimen y ponerle mi nombre a la nueva especie. Mi descubrimiento lanzaría mi nueva carrera de naturalista de fama mundial, y ya nunca más me haría falta ser declarada como persona dependiente en las declaraciones de la renta de Camille y Antonio Spencer.

Bueno, eso si mis padres hubieran pagado impuestos.

Erigiéndose enormes en el centro de la isla, como un volcán de los mares del Sur dormido y atiborrado de hedor gaseoso a azufre y metano, estaban los lavabos públicos de hormigón. A fin de atraer insectos exóticos, destapé mi frasco de té hiperazucarado y esperé. ¿Me atrevía acaso a esperar una mariposa de colores deslumbrantes? De aparecer una especie tan extraordinaria, sería mía: *Papilio madisonspencerii*. La ropa me colgaba empapada de sudor. Me picaba el cuello. Tenía cada vez más sed.

En lugar de venir mariposas únicas y aborígenes, me empezaron a acosar las moscas comunes. Elevándose en forma de niebla oscura, abandonando en masa los hediondos lavabos públicos, saciadas después de darse un banquete de defecaciones humanas frescas, humedecidas por los excrementos de los desconocidos, ahora emigraron directamente a mis dulces labios. Unas moscas negras gordas y zumbantes, grandes como diamantes de doce quilates, se arremolinaron en torno a mí formando una espesa niebla. El señor Darwin, mi mentor invisible, se habría avergonzado de mí, puesto que en aquel momento me vi incapaz de desarrollar ni la más pequeña curiosidad científica distanciada hacia aquellos bichos repulsivos que se me posaban en los brazos y en la cara sudada y que me caminaban por el cuero cabelludo húmedo y me manchaban con sus patas pringadas de caca. Acalorada y frustrada, las aparté a manotazos y di un trago sediento de té. La dulzura me provocó más sed y enseguida

volví a beber.

Además de las viles moscas comunes, la única evidencia de vida animal a la vista era la caca de perro. De la misma forma en que las aves marinas han depositado milenios enteros de guano en ciertas islas, creando enormes depósitos de fertilizante rico en nitrógeno que han enriquecido a países enteros, de la misma forma yo postulé que los futuros residentes del norte del estado podrían excavar un día sus islas peatonales para cosechar los gigantescos depósitos de caca de perro. Seguía sin llegar ninguna mariposa. Tampoco ninguna libélula de colores de neón. Frustrada por el calor asfixiante, bebí un poco más del té. Entre el calor y el vigoroso ejercicio físico necesario para mantener a raya a las moscas de la mierda, enseguida me di cuenta de que me había bebido la mayor parte de los cuatro litros.

Por culpa de la irrigación del té, pronto me vi obligada a hacer aguas menores. Dolorosamente obligada.

Por favor, amable tuitera, no consideres elitista lo que estoy a punto de decirte. Piensa una cosa: tú estás viva y lo más seguro es que te estés zampando una buena merienda con mantequilla, mientras que mi precioso cuerpo está haciendo de catering para los gusanos. Teniendo en cuenta nuestras situaciones relativas, yo no te puedo mirar por encima del hombro para nada. Pero, bueno, para no andarnos por las ramas, hasta aquel momento en el tedioso norte del estado yo nunca había usado un lavabo público. Tenía conocimiento de que existían, sí, aquellos espacios colectivos donde todo el mundo podía aventurarse a donar su pipí a una cloaca comunitaria, pero simplemente nunca me había visto obligada a ejercer una opción tan desesperada.

Con la vejiga constreñida y aullando de angustia silenciosa, abandoné mi frasco vacío de té, que ya tenía todo el cristal pegajoso recubierto de moscas negras. Cogí el libro de Darwin y fui a aliviarme. El paisaje no ofrecía cobertura alguna. No existían más opciones que los ominosos cuartos de baño de hormigón, con sus muros exteriores pintados de un color ocre apagado. Mi necesidad era tan acuciante, y mi vejiga estaba tan distendida, que ya no tenía esperanza alguna de retirarme con éxito al espartano aunque semihigiénico inodoro de mi abuela.

Los lavabos públicos, que ahora ejercían su atracción sobre mí, parecían contar con dos puertas, situadas en costados opuestos del edificio y pintadas de un marrón deprimente. Al lado de cada una de las puertas, al nivel de los ojos, había sendos letreros escritos con una alarmante tipografía de palo seco y todo en mayúsculas. Decían HOMBRES y MUJERES, respectivamente, lo cual sugería que en las expediciones a los lavabos públicos se practicaba la segregación por géneros. Esperé alguna confirmación de esto, confiando en poder seguir a alguna mujer por la puerta que pareciera adecuada. Mi plan era imitar la conducta de alguna desconocida, a fin de evitar deslices. Me preocupaba especialmente dar menos o más propina de la cuenta al empleado de turno. La etiqueta y el protocolo constituían parte importante de mi educación en el internado suizo, pero es que yo no tenía ni idea de cómo había que comportarse cuando una hacía pipí entre espectadores.

Hasta en la escuela yo evitaba usar los lavabos comunitarios, y siempre prefería regresar al excusado que había en mi habitación. Uno de mis peores miedos era sufrir el síndrome de la vejiga tímida y descubrir que mis músculos pélvicos eran incapaces de relajarse lo suficiente.

Mi talento como naturalista determinó mi curso de acción: esperé a que llegara una mujer con necesidad de ir de vientre. Al principio no llegó ninguna. Pasaron unos minutos de agonía y siguió sin llegar ninguna. Me exprimí los sesos en busca de enseñanzas sobre cómo funcionaba aquella clase de instalaciones. Por ejemplo, ¿acaso los clientes estaban obligados a coger un papelito con un número impreso y esperar a que les llegara su turno de ser llamados? ¿O tal vez hacía falta reserva? En ese caso, yo estaba decidida a llenar los bolsillos del maître a fin de asegurarme un alivio inmediato. La idea misma del dinero me atenazó de terror. ¿Qué clase de moneda usarían los nativos del fastidioso norte del estado? Una rápida inspección de los bolsillos de mis vaqueros arrojó como resultado euros, shéquels, libras, rublos y diversas tarjetas de crédito. Pese a todo, igual que no había aparecido ninguna mariposa, tampoco llegaba ninguna mujer agobiada por el pipí. Me pregunté si aquella clase de establecimientos públicos para cagar aceptarían el pago con tarjeta de crédito.

Al final una desconocida obviamente rebosante de boñiga salió de un sedán que acababa de aparcar y echó a correr hacia la puerta de las MUJERES. Yo me preparé para imitarla, ya casi patizamba por culpa del pipí que se me había ido acumulando. Cuando la desconocida agobiada por la caca estiró la mano hacia la manecilla de la puerta, yo estaba tan pegada a sus talones que podría haber sido perfectamente su sombra. Ella agarró la manecilla y estiró, pero sin resultado alguno. Apoyó el hombro contra la puerta, empujó y por fin estiró otra vez, pero aquella puerta pintada de marrón se negó a moverse. Solo entonces mi mirada siguió a la de ella en dirección a una tarjeta que había pegada a la puerta con cinta adhesiva. La tarjeta llevaba la leyenda NO FUNCIONA. Y mascullando un improperio genital, la mujer giró sobre uno de sus talones y regresó con disimulo al coche.

Incrédula, agarré la manecilla de la puerta, pero lo único que conseguí fue hacer traquetear un cerrojo invisible que la inmovilizaba con fuerza. ¡Por los dioses!

Durante mi vigilia, varios hombres habían entrado y salido del lavabo de HOMBRES que había en la fachada opuesta del edificio. Ahora, enfrentada a mis opciones —desaguar mi pipí como una vil mascota doméstica en medio de la hierba rasposa y llena de zurullos, amenazada por las moscas y a la vista de todos los lascivos camioneros y de las madres de familia con propensión al exceso de velocidad del tedioso norte del estado… o bien regresar caminando patizamba a la granja de mi abuela, con los vaqueros empapados como si fuera una niña pequeña… —, ante tan humillantes opciones, me decanté por una tercera. Mi alternativa sería abandonar hasta el último precepto de la civilización, renunciar a todo principio ético y moral que yo valoraba. Violaría el tabú más temible de la humanidad. Sentí que una

gota de pipí me resbalaba pierna abajo, dejándome una manchita oscura en los vaqueros. Así pues, abrazando mi libro sobre el *Beagle* como quien abraza un escudo para cubrir su vergüenza, me rebajé al nivel de una forajida, una hereje y una blasfema.

Yo, una niña de once años, me introduje a hurtadillas en el lavabo de HOMBRES.

21 DE DICIEMBRE, 9.00 HORA CENTRAL

Entrada al laberinto del rey Minos

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Sentada en el retrete de aquel remoto lavabo público del norte del estado, lo que más miedo me daba no era que me agarrara y me manoseara algún babeante Perverto McPervert. No, la razón de que se me contrajeran los pulmones y el corazón me diera sacudidas como si fuera un pinzón de las Galápagos atrapado en una red —aun mientras mi vejiga arrojaba su torrente de pis hirviente— era más bien el terror a que me arrestaran. Mi presencia en el baño de HOMBRES violaba unos tabúes sagrados de nuestra sociedad. Parecía seguro que me iba caer encima un severo castigo, y a cierto nivel, rezaba por que así fuera.

No me preguntéis por qué, pero aquel terror me resultaba igual de emocionante que estar en Nochebuena, y yo anhelaba mi castigo desconocido como si este fuera un poni de oro macizo.

Bueno, eso si mis padres hubieran celebrado la Navidad.

Pero en caso de que me pillaran allí, ¿realmente anhelaba verme en la picota? Algún magistrado con cara de esfinge me ataría a un poste en la plaza de una aldea del norte del estado. Mi cuerpo inmaduro de tierna infante sería despojado de sus prendas protectoras y a continuación me azotarían. Y el látigo no sería lo único que descendería sobre mi tierna piel. También la mirada lasciva de los palurdos babeantes violaría a aquella cautiva indefensa que sería yo, mientras ellos se manoseaban codiciosamente los órganos reproductores a través de los desgarrones de sus desgastados bombachos de campesinos.

Amable tuitera, si te he de ser sincera, aquella perspectiva me resultaba infinitamente excitante. Qué sensación tan gloriosa sería recibir un buen azote y regresar a mi internado suizo llena de verdugones inflamados y de contusiones amoratadas que les demostraran a aquellas niñas consentidas lo mucho que alguien me Ctrl+Alt+Amaba. ¡Oh, qué prueba de mi estoicismo!

En calidad de naturalista en ciernes, aquella era mi primera expedición al oscuro continente de la masculinidad. El ruido de los grifos goteantes arrancaba ecos de notas luminosas y subterráneas por la sala, como si alguien estuviera pulsando cuerdas de arpa al fondo de una profunda caverna. El mundo real existía en otra parte. Igual que los tuberosos cagarros de perro y los derrapes de los camiones. La dura y humillante luz del sol. Dentro de aquel recinto, en cambio, habitaba algo que escapaba por completo a mi ingenua experiencia de colegiala.

El lugar resultaba tan agradable como la peor de las prisiones turcas. Del techo colgaban guiñapos escamosos de pintura de colores inmundos. Los manchones leprosos de moho, parecidos a un empapelado de copos negros, trazaban sus arabescos por los bloques de hormigón. Allí dentro todo estaba sucio, corrupto y

oxidado. Agresivamente mancillado. De una pared colgaba una hilera de lavamanos, con los grifos goteando bajo un mural de pintadas amenazantes y números de teléfono grabados a navaja en la pared.

Delante de los lavamanos había una muralla de urinarios salpicados de meados. Cerca, un trío de endebles particiones de chapa metálica separaban tres cubículos para retretes que apestaban a popó, y era en el tercero de estos donde yo me había escondido para hacer aguas menores. Las particiones en sí no eran en absoluto opacas; una serie de rufianes, o tal vez pájaros carpinteros hambrientos del norte del estado, habían atacado las chapas metálicas y les habían abierto varios orificios de distintos tamaños. A través de aquellas sórdidas hendiduras, yo tenía una perspectiva limitada de mi entorno.

Sentada en aquel inodoro asquerosamente manchado y maltrecho, los pulmones se me encogieron para no inhalar el aire tóxico. Mis manos evitaron cualquier contacto.

Una compañera de estudios de mi internado suizo, una tal señorita Guarrilla von Guarrington, me había dicho una vez cómo hacían los católicos para olvidarse de sus pecados. Según ella, se sentaban a solas dentro de un pequeño cubículo a oscuras y le decían guarradas a Dios a través de un agujero en la pared. Yo ya podía imaginarme cómo lo hacían, allí sentados, encerrados dentro de un retrete. Más o menos a media altura de la pared de mi cubículo, alguien había perforado el metal, dejando un pequeño túnel abierto que daba al retrete de al lado. El agujero era del tamaño aproximado de un ojo, con unos bordes irregulares de metal desgarrado que parecían una boquita de dientes torcidos. Yo quería mirar a través, pero me daba demasiado miedo acercar el ojo a aquellas puntas metálicas afiladas como cuchillas. Hasta con las gafas puestas.

Fingiendo que buscaba el perdón divino, acerqué la boca a aquel temible agujero. Con la intención de poner a prueba el amor de Dios de la misma forma en que mi diario falso había puesto a prueba a mis padres, me puse a contar en voz baja los robos y asesinatos falsos que había cometido. Confesé los detalles inventados de mis falsos testimonios.

Cada bocanada de aire que cogía, citando a la mencionada señorita Guarrington, olía a un saco entero de sobacos sudorosos.

La sexualidad humana no se limita en absoluto a las funciones reproductivas de los genitales. No temo equivocarme si digo que Lo Erótico abarca un amplio espectro de conductas que crean, gestionan y finalmente resuelven la tensión acumulada. Incluso mientras dejaba ir mi pis acumulado, aquel placer chorreante era mi modelo de cómo sería algún día mi orgasmo. Mi madre había hablado sin tapujos conmigo de los orgasmos, y mi padre también, pero mi conocimiento de los asuntos sexuales seguía siendo fragmentario y puramente teórico.

Con el asiento del inodoro enmarcando mis nalgas infantiles, comprobé que la puerta del cubículo estaba cerrada con pestillo. Sentada con el libro del *Beagle*

abierto sobre el regazo, me puse a pasar ociosamente las páginas, escrutándolas en busca de los recuerdos manuscritos de mis predecesores. Anotadas en tinta azul en el margen de una página, vi las palabras: «… un día criaré a una gran guerrera…».

Un ruido interrumpió mi lectura. Un chirrido, el rechinar de unas bisagras oxidadas, me hizo saber que se estaba abriendo la puerta de los lavabos. Que ya no estaba sola. Como ya había terminado de mear, me embutí otra vez en los vaqueros y me preparé para marcharme; sin embargo, paralizada por el calor y el miedo, me quedé sentada en el inodoro, completamente vestida y derramando sudor por todos los poros de mi piel. Apenas pude distinguir nada a través de los agujeros de la partición: un mero destello de ropa sucia y un nudillo hirsuto. El desconocido se metió en el cubículo contiguo al mío y cerró de un golpe la endeble puerta.

Aquel bruto daba la impresión de ser enorme. Lo oí juntar un gargajo de saliva con el mismo ruido mojado de succión que hace un desagüe de bañera. Oí cómo le iba traqueteando desde los carrillos y la garganta hasta la boca, y cómo a continuación el proyectil de aquella bocanada enorme de robusta saliva reventaba contra el suelo. Unas motas de tabaco mascado de color marrón rociaron el suelo de mi lado por debajo de la partición, y yo aparté los mocasines Bass Weejun tanto como me lo permitió la escasez de espacio. Un ogro inmenso se había aposentado en el retrete contiguo al mío. Aquella idea impregnó mi miedo de hambre, pero no hambre de comida. Igual que el sol del tedioso norte del estado me había llenado de sed, la sensación de proximidad a un gigante peludo despertó una nueva y tenue necesidad física. Una verdadera científica dedicada a estudiar la naturaleza, razoné, se habría quedado inmóvil y en silencio. Mi cubículo constituía un perfecto «punto ciego» desde el que espiar; el señor Darwin había soportado cosas peores. Oí el zumbido de una gruesa cremallera al abrirse. A aquel ruido ominoso le siguió el estrépito metálico de una hebilla de cinturón al golpear el suelo de cemento.

Al estilo sigiloso del señor Darwin, me quedé dentro del retrete, pero doblé el cuerpo por la cintura para inclinarme hacia delante y fui bajando más y más, hasta poder asomarme por debajo del borde inferior de la partición. Lo que vi me dejó desconcertada: los pies de aquella bestia monstruosa estaban calzados con unas botas más bien sórdidas de esas que se denominan «de vaquero», y su gabardina *prêt-à-porter* de mala calidad se había desplomado y ahora descansaba en torno a sus tobillos enfundados en las botas. Las dos puntas del cinturón le colgaban de la cintura desabrochada de los pantalones, flanqueando la cremallera abierta como una boca, y la hebilla era un óvalo remachado de plata sucia con incrustaciones falsas de turquesa y la inscripción grabada EL MEJOR PAPÁ DEL MUNDO. Lo que picó mi curiosidad profesional, sin embargo, fue que las punteras de sus botas deberían haber estado apuntando hacia delante, pero no era así. Ambas punteras de las botas estaban orientadas hacia mí, hacia la pared de metal que nos separaba.

La endeble chapa de metal se abombó y crujió como si algún leviatán la estuviera presionando desde el otro lado.

Alarmada, me incorporé lentamente hasta quedar sentada otra vez. Y entonces vi el horror que se avecinaba.

Ahora, por aquel orificio parecido a una boca dentuda practicado en la partición de los cubículos, asomaba algo que parecía ser un dedo gordezuelo y sin hueso. El cilindro corto y grueso estaba cubierto de motas marrones, que iban de un marrón rojizo en la punta roma hasta un beige sucio allí donde desaparecía a través de la pared. La superficie esponjosa del dedo estaba cubierta de una infinidad de arrugas diminutas, y también tenía pegados varios pelos cortos y rizados. El dedo despedía un olor amargo y nada saludable.

Antes de que yo pudiera examinarlo más de cerca, por suerte, mis gafas eligieron aquel momento para caérseme de la cara resbaladiza por culpa del sudor. La montura de pasta repicó contra el suelo de cemento, resbaló por el charco de tabaco expectorado y se alejó girando hasta donde yo no alcanzaba a cogerla. Desesperada, di un manotazo al aire pero no agarré nada. El mundo entero se fundió en un único borrón. Sin mis lentes correctoras, nada tenía contornos. De entrada el sitio ya había estado igual de oscuro que si llevara puestos diez pares de gafas de sol Foster Grant y diez pares de Ray-Ban al mismo tiempo, y ahora encima todo se veía mezclado con todo.

Con los ojos entrecerrados, me acerqué tanto al dedo que noté su calor animal. Lo inspeccioné tan de cerca que mi aliento hizo que se movieran los pelos cortos y rizados. Lo olisqueé, vacilante. Mientras mi cerebro me susurraba que en realidad aquel «dedo» no era ningún dedo, me escandalizó la verdadera naturaleza de aquel encuentro. El aroma era inconfundible. Aquel aparente psicópata… aquel pervertido… estaba intentando amenazarme con una larga cagarruta de perro.

Me encontraba sentada a un metro de un donjuán degenerado que se había armado con un zurullaco de perro.

Un desequilibrado don Sátiro Satirinski, sin duda fugado de un manicomio, había viajado hasta aquel lugar con el propósito concreto de recoger una cacota de perro del suelo. Lo más seguro es que se hubiera demorado mucho en su elección, inspeccionando el terreno en busca de un cagarro seco de chucho lo bastante largo y maleable como para poder blandirlo, pero no lo bastante grueso como para que no le cupiera por el agujero practicado en aquella partición. Yo era simplemente la desafortunada destinataria de sus degeneradas atenciones. A un soplo de distancia de mi expresión de horror perplejo, el zurullo emergió del metal astillado y quedó colgando apuntando hacia abajo.

Era el mismo ángulo de descenso que el que adoptaba el cigarrillo de mi abuela cuando ella experimentaba una grave depresión emocional; sin embargo, mientras yo lo contemplaba, el estado anímico de aquel dedo colgante de caca empezó a mejorar. Y empezó a inflarse como un horrible milagro borroso. La repugnante cagarruta marrón se elevó hasta quedar sobresaliendo en ángulo recto del agujero irregular de la pared metálica. Su color rubicundo pasó del marrón rojizo al rosa mientras su ángulo

empezaba a elevarse. Antes de que yo tuviera tiempo de parpadear, ya estaba apuntando al techo. Ahora se encontraba tan hinchado, y empinado en un ángulo tan ascendente, que dudé que mi asaltante pudiera retirar en ese momento su hostil sonda de caca.

Pese a haberla visto de forma tan vaga y borrosa con mi vista defectuosa, la transformación había sido asombrosa. La naturalista en ciernes que yo llevaba dentro empezó a formular una estrategia.

Con cautela, levanté el pesado tomo del señor Darwin. Llevaba desde que tenía uso de razón siendo víctima de las matonas del patio de la escuela, de aquellas señoritas Zorrupias Zorrinheimer que siempre me estaban engañando y atormentando entre risitas. Ya no tenía ninguna intención de soportar más malos tratos degradantes. Tensando los livianos músculos de mis brazos adolescentes, apunté. Mi plan consistía en golpear con el pesado volumen y atizar al cagarro amenazante con fuerza suficiente para mandarlo volando a la otra punta de los lavabos. Después saldría pitando, a toda velocidad, y regresaría al luminoso mundo exterior antes de que mi lunático atacante se diera cuenta de que le había destruido su triste y ridículo juguete.

21 DE DICIEMBRE, 9.07 HORA CENTRAL

Vencer al Minotauro

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

En aquel momento de hace tantos años, sentada a horcajadas en un sucio retrete de unos lavabos públicos del norte del estado, agarré con fuerza el libro del *Beagle*. Levanté con ambas manos el grueso volumen encuadernado en cuero. Igual que un golfista que se prepara para asestar un drive por la calle 14 de Saint Donats, o que una estrella del tenis que coge impulso para ejecutar un servicio brutal por encima de la red en el Open de Francia, apunté lentamente con el libro hacia el ofensivo cagarro de chucho. La cagarruta mágicamente inflada se elevó ansiosamente hacia mí, sin esperarse para nada mi inminente acción violenta. En la sala de hormigón resonaban los ecos de las notas musicales como de arpa del agua que goteaba, pero por lo demás se había hecho el silencio, un silencio tan intenso que demostraba que tanto mi atacante como yo estábamos conteniendo nuestros alientos respectivos. Flexioné los músculos de mis frágiles hombros y mis brazos como palillos, rígida como el hierro, concentrando la fuerza que me habían transmitido los flipados de los gurús del yoga que tenía mi madre en Katmandú y en Bar Harbor. Un chillido salvaje de karateka cobró forma en el velo de mi paladar. Entornando los ojos miopes, me dije a mí misma: «Expulsa el aire». Me dije a mí misma: «Abalánzate toda en la dirección del golpe».

Me armé de valor y me convertí en Teseo a punto de batallar con el Minotauro en los húmedos sótanos de Creta. Me convertí en Hércules reuniendo coraje para luchar con Cerbero, el feroz perro guardián bicéfalo del submundo.

Y me dije a mí misma: «Ahora».

Blandiendo el grueso volumen por encima de mi cabeza, lancé un golpe que fue en diagonal, simultáneamente hacia abajo y un lado, arreándole tremendo porrazo al amenazante zurullo de perro. Sin vacilar, le asesté un segundo y resonante golpe de revés a la apestosa mierda, pero esta se negó a desprenderse y salir volando tal como yo había esperado. Atrapado por su mágico aumento de tamaño, el amenazador dedo de caca parecía estar aprisionado en el agujero dentado del metal. La espantosa caca se bamboleó y se sacudió salvajemente, agitándose y retorciéndose en todas direcciones. Al otro lado de la partición de chapa metálica, se oyó un grito ahogado seguido de un aullido en toda regla. Ahora la presión que había abombado la partición en mi dirección se invirtió, y una fuerza enorme pareció tirar de la chapa. La barrera arañada y mutilada se apartó de mí, arrastrada hacia atrás por los esfuerzos de aquella cagarruta atrapada que intentaba escaparse.

Arremetiendo con el libro de tapa dura, aporreé a la vil cacota de mi enemigo con un golpe salvaje tras otro. A modo de respuesta, mi invisible oponente chillaba y berreaba. Eran unos ruidos animales. Los aullidos que debían de tener lugar en el

recinto de un matadero. Unos alaridos que casi parecían más de caballo o vaca sufrientes que de ser humano masculino.

Infligiéndole una lluvia de golpes a la convulsa caca, me sorprendí a mí misma soltando también tremendos chillidos de furia. El mío era el alarido vengativo de todas las criaturas torturadas alguna vez por crueles matones, una combinación de furia, llanto y pura risotada histérica. El suelo de cemento parecía inundado, empantanado por las voces salvajes de ambos combatientes, y los ecos multiplicados hacían vibrar el aire fétido. Grité con tanta ferocidad que me cayó de los labios un hilo de baba espumeante.

Incluso en pleno arranque de furia, mis instintos de naturalista imperaron. Por muy borroso que viera, desprovista de mis gafas, me di cuenta de que el cagarro vapuleado había encogido. La fétida caca estaba reculando, empequeñeciendo, acortándose, hasta que pareció a punto de retraerse al otro lado del escarpado agujero. A fin de impedir su fuga inminente, abrí el libro del *Beagle* más o menos por la mitad y coloqué el volumen abierto de tal manera que el zurullo marchito quedara alojado en su surco central. Igual que mis colegas Lápiz y Bolígrafo Azul habían prensado muestras de hojas y de flores, preservando aquellos helechos y hierbas para la posteridad, yo me disponía a prensar también mi asombroso descubrimiento. Y un momento antes de que la cacota pudiera escaparse, cerré el enorme tomo de un golpe. El grito resultante hizo temblar el norte entero del estado. En Kuala Lumpur, Calcuta o Karachi, donde fuera que mis padres estaban tomando el sol y mirándose los ombligos llenos de sudor, debieron de oír el estruendo. La fuerza del aullido hizo temblar el mundo entero.

Así es como mantuve cautivo aquel excremento encogido y torturado, embutido en mitad del viaje de papel del señor Darwin, atenazado según mis cálculos en algún punto de su crónica de la Tierra del Fuego. Retuve la posesión de la caca malvada manteniendo el libro fuertemente cerrado y no cejé en mi empeño de arrancarla de allí, tirando a un lado y al otro, estirando con todas mis fuerzas. Las sacudidas que estaba experimentando significaban que la caca de chucho estaba siendo hendida y cortada sin piedad por los salientes dentados de los bordes del agujero. Llegado aquel punto, el endeble cubículo de chapa metálica del retrete ya se bamboleaba, con los remaches cayéndose, a punto de desplomarse.

Sucede en contadas ocasiones, amable tuitera, que tienen lugar fenómenos naturales para los que carecemos de explicación. El rol del naturalista es tomar nota y registrar descripciones de esos fenómenos, confiando en que finalmente esos eventos recalcitrantes cobren sentido. Y lo menciono justamente porque entonces pasó algo extrañísimo: yo tenía el libro agarrado con fuerza, con la caca bien apretada en su interior, tirando de él con el poco margen que tenía, cuando pareció que vomitaba. De entre las páginas salió disparado un chorrito de esputo repulsivo. Un vómito viscoso y blanquecino manó de las profundidades del diario del señor Darwin. Mi memoria ralentiza el momento, estirando los segundos a fin de reproducir los detalles más

pequeños: una ráfaga de esputo incoloro, seguida de otra, y de una tercera, brotaron del libro que yo tenía agarrado. No fue una cantidad grande, pero sí que surgió a una velocidad tal que no tuve tiempo de reaccionar. Antes de poder apartarme, la trayectoria de aquel mejunje lo hizo aterrizar en la pechera de mi camisa azul de cambray. Mi conducta profesional me había fallado. Con los salivazos de flema misteriosa todavía pegados a mi escaso busto infantil, abandoné la lucha. Dejé allí el libro del *Beagle* y el cagarro que seguía prisionero en su interior. Salí en tromba de mi cubículo y eché a correr chillando con toda la fuerza de mis pulmones.

21 DE DICIEMBRE, 9.13 HORA CENTRAL

Huyo de la escena

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Cuando salí por piernas por la puerta pintada de marrón de aquel infernal retrete público del tedioso norte del estado, ya era media tarde y el sol deslustrado estaba bajo. El frasco de cristal vacío seguía tirado en la hierba agostada, en el mismo sitio donde yo había saciado mi sed bebiendo demasiado té. Pronto mi demente atacante emergería tras de mí del lavabo de HOMBRES, tal vez nuestra lucha no lo hubiera disuadido, tal vez únicamente lo hubiera encolerizado y reafirmado en su propósito de arrancarme los miembros uno a uno y enzarzarse en un frenético acto sexual con mi torso muerto y decapitado, a la vista del millón de automovilistas que circulaban por encima del límite de velocidad del norte del estado.

El flujo interminable de camiones cisterna, camiones madereros y furgonetas pisándose los talones no paraba de rugir en torno a los márgenes de aquella isla peatonal solitaria. Vistos con la cara desnuda, dado que mis gafas seguían abandonadas en el suelo de los lavabos, los vehículos se superponían y se solapaban hasta convertirse en la simple muralla sólida del gruñido constante de sus neumáticos. No existía espacio alguno entre ellos. Me agaché para recoger el frasco de té de cuatro litros, distraída por mi inminente destino fatídico.

¿Tal vez mi reacción al dedo de caca sucia que el tipo me había ofrecido había sido grotescamente desmesurada? A fin de cuentas, en el norte del estado yo era una forastera. Tal vez meter cagarrutas por agujeros de las paredes de los retretes constituyera una costumbre local primitiva equivalente a un modesto coqueteo. Mi yaya Minnie me había dicho una vez:

—Los chicos solo les toman el pelo a las chicas que les gustan.

A modo de respuesta, yo había citado la frase de Oscar Wilde:

—Pero todos los hombres matan la cosa que aman.

Pese a todo, como el norte del estado era lo que era, no resultaba imposible que yo acabara de frustrar a un cariñoso pretendiente campestre. De ser cierto que blandir zurullos hacia las chicas era alguna clase de preludio rural al romance, entonces yo acababa de perder a un buen partido en potencia.

No sabía si había cortado de raíz un cortejo rústico o si había escapado de un asesino, pero el corazón me seguía dando vuelcos en la garganta, y el sudor frío del terror me caía a mares de la frente. La misteriosa eyaculación que había brotado del libro del *Beagle* colgaba ahora pesadamente, en forma de grumos coagulados, del regazo de mi camisa. Sin las gafas, todos los objetos se encontraban o bien demasiado cerca o bien demasiado lejos para que yo los viera con claridad. Yo no estaba en condiciones de lanzarme al caos mecánico del denso tráfico, pero como saliera del edificio de hormigón un loco blandiendo una mierda no me iba a quedar

mucho más remedio. Mi mirada borrosa recayó en el frasco de té de cristal que llevaba en las manos, cuyos costados parecían ahora estar tachonados —no, completamente rebozados— de moscas comunes negras, atrapadas por la gruesa capa de azúcar residual. Apartándome instintivamente de aquellos bichos, dejé caer el frasco y miré cómo rebotaba en la hierba. Igual que antes, la astuta naturalista que llevaba dentro formuló un plan. Con cautela, me volví a agachar y levanté el frasco vacío, evitando con cuidado su envoltorio de vida insectil pegajosa. Me alejé unos pasos y lo llevé hasta el punto en que el césped agostado daba paso al asfalto del aparcamiento; allí había un bordillo, con el cemento blanco reverberando bajo el calor de la jornada. Cierto, mi abuela necesitaba aquel frasco para que se le macerara el té en la repisa, pero mi supervivencia me parecía una prioridad mayor. En el futuro, si mi yaya Minnie echaba de menos su brebaje de fabricación casera, yo me limitaría a telefonear a Spago y hacer que le mandaran por FedEx una dosis individual del delicioso té que mezclaban ellos mismos. Por ahora, valiéndome de ambas manos, levanté por encima de mi cabeza el recipiente pegajoso y cubierto de insectos. Soltando un chillidito catártico, lo arrojé contra el bordillo, donde el cristal estalló en un millar de añicos. El más grande, cruel y parecido a un cuchillo de aquellos pedazos irregulares de cristal fue el que escogí como arma.

Si la estrategia que elegí os parece demasiado dramática, entended, por favor, que yo había escrito mi nombre en las últimas páginas del libro del *Beagle*. Por mucho que ahora huyera rápidamente de la escena, mi enemigo seguiría teniendo aquel libro, así como mis gafas. Aquel demonio psicótico iba a ver mi nombre. Un chiflado que blandía cacas iba a descubrir mi nombre y se iba a poner a acosarme para cobrarse su venganza. A fin de protegerme la mano, envolví la empuñadura de mi puñal de cristal con billetes de euros. Armada de esta manera para recuperar mi libro, eché a andar en silencio y con cautela de regreso a los inmundos retretes de hormigón.

Sobre la hierba que me rodeaba había desperdigadas unas boñigas de perro tan parecidas a la que el tipo había usado para atacarme que me di cuenta de que a partir de entonces, y hasta el día que me muriera, el corazón me daría un vuelco de terror cada vez que viera una. Ahora vería popós acechando en todas las sombras. Todas mis pesadillas futuras serían un simple eco del día de hoy.

Al llegar a la entrada del edificio giré la cabeza a un lado y pegué una oreja a la puerta pintada de marrón para escuchar. Del interior no salía ningún ruido. En aquella postura, mi defectuosa visión periférica abarcaba el aparcamiento del área de servicio, el césped tostado por el sol y las interminables contracorrientes del tráfico automovilístico. En todo el aparcamiento solo había un vehículo esperando a que regresara su ocupante. Se trataba de una camioneta llena de abolladuras y oxidada de esas que se conocen como «de carga». Una grieta dividía por la mitad el parabrisas en sentido longitudinal. Era posible que mi mala vista se equivocara, pero uno de los faros traseros parecía estar reparado con varias capas de cinta adhesiva de color rojo. Mi demente némesis, deduje, había llegado a bordo de aquella triste camioneta llena

de raspaduras y del color del barro.

«El mejor papá del mundo…»

Mi cerebro eructó algo cuyo sabor me negué a probar. Reprimí la mera posibilidad, el horror todavía no asimilado que se me alojó en la garganta. Aquella nueva idea era como ver a una persona asiática hablando español. Era un concepto demasiado imposible.

No cabe duda de que me encontraba en estado de shock. Convertida en una zombi andante, con mi cuchillo de cristal en la mano, empujé la puerta con el hombro y volví a entrar en el apestoso lavabo público. El paso de la luz del día a la penumbra del interior me dejó ciega, pero aun así pude oír el plink-plink del agua que goteaba. En aquella catacumba llena de ecos oí los jadeos de un hombre. Un parpadeo más tarde, mis ojos captaron una figura despatarrada en el cemento inmundo. Se trataba de un hombre con la cabeza apoyada en el suelo. La piel arrugada y el pelo gris se le habían apelmazado de tal manera que ya no se podía saber a ciencia cierta dónde le terminaba la cara y dónde le empezaba el cuero cabelludo. Al principio yo no habría podido jurar si estaba boca arriba o boca abajo, pero entonces vi que tenía las rodillas juntas y pegadas al pecho en posición fetal. Todavía llevaba los pantalones caídos a la altura de los tobillos, y el cinturón con la hebilla que decía EL MEJOR PAPÁ DEL MUNDO abierto. Los flancos de sus piernas desnudas eran tan blancos que resplandecían, igual que perlas, cubiertas por una neblina de pelitos negros. Entre sus rodillas rosas y nudosas se desplegaba la hamaca vacía de sus roñosos calzoncillos, y una de sus manos desaparecía en su entrepierna, donde parecía estar tapándose las vergüenzas. El otro brazo lo tenía estirado cuan largo era y su mano tanteaba en las inmediaciones de mi libro tirado en el suelo. Tan luminoso como una mancha de luz del sol en aquella isla peatonal parecida a una tumba de piedra, un anillo de oro le rodeaba la base del dedo anular. Mi visión de miope calculó que debía de tener nueve quilates como mucho.

Hasta con mi mala vista pude ver un arroyuelo de color rojo que manaba del regazo marchito del hombre. Aquel reguero rojo discurría por el suelo ligeramente inclinado, llevándose por delante el charco de saliva con motas de tabaco y dirigiéndose hacia el oxidado desagüe central. Allí, todos los fluidos diversos del tipo estaban desapareciendo en grandes cantidades. Yo seguí su mirada y su brazo extendido y vi confirmados mis peores miedos: estaba intentando obviamente examinar el libro.

Con el siguiente paso de mi pie calzado en un Bass Weejun, encontré mis gafas perdidas. Bajo mi peso de niña regordeta, ya no daban la impresión de ser mis gafas; de hecho, ya no eran unas gafas. Un ruido seco seguido del crujido del cristal y del plástico hicieron que el viejo girara la cabeza en mi dirección.

El libro del *Beagle* había caído al suelo boca abajo y abierto, de forma que ahora tenía sus preciosas páginas pegadas al repugnante suelo. Un lastimero surtido de flores y hojas secas se había desprendido de sus escondites en las entrañas del relato

del señor Darwin. Tras pasar décadas impecablemente conservadas, ahora aquellas florecillas diminutas estaban desparramadas sobre el cuerpo del pervertido desplomado. Dejándome llevar por un impulso aterrado, me abalancé hacia delante, salvé la breve distancia que me separaba de mi propiedad de papel y me agaché para recogerla.

En el mismo momento en que mis dedos se cerraban en torno al borde del libro, lo mismo hizo la mano del psicópata. Durante lo que pareció una terrible eternidad, el loco lo sostuvo con fuerza. Nos enzarzamos en un oscuro tira y afloja, aquel anónimo Otro y yo. Yo seguía sin poder verle la cara, cubierta como la tenía de pelo alborotado. Aunque a su brazo le fallaron las fuerzas, no soltó el libro, y mis esfuerzos acabaron arrastrando su cuerpo hacia mí. Era viejo, un viejo de mejillas demacradas y hundidas y ojos vidriosos y legañosos. Sus pómulos y barbilla eran igual de escarpados que aquellos tótems esculpidos que la gente tallaba con motosierras y vendía en los descampados contiguos a las gasolineras del norte del estado. Las flores secas, las vetustas violetas y pensamientos, las ancianas dedaleras, los ramitos de lavanda, las caléndulas secas y los frágiles tréboles de cuatro hojas, todos ellos todavía retenían sus colores de unos veranos ya lejanísimos. Unos veranos de antes de que yo naciera. Aquellas margaritas y ásteres preservados formaban unas andas debajo del cuerpo del hombre, y una última vaharada mortecina de su perfume de antaño endulzaba el aire fétido de aquel escenario profano.

Por fin mis brazos consiguieron soltar el libro y di un paso atrás, pero no pude reunir el valor necesario para huir. Tirada entre las flores y las lentes rotas de las gafas, había una mariposa de color escarlata, muerta y prensada. Era la misma mariposa de colores radiantes de mis grandes sueños de naturalista. Mi propia especie: *Papilio madisonspencerii*. Cuando la vi más de cerca, sin embargo, descubrí que ni era escarlata ni era una mariposa. No era más que una polilla blanca que acababa de empaparse de la sangre que le manaba a raudales a aquel desconocido.

Amortajado con flores, descansando sobre flores, el hombre levantó una mano temblorosa hacia mí. En los viejos labios se puso a temblarle una palabra, pero no le salió la voz. Volvió a mover los labios pálidos y esta vez dijo:

—¿Madison?

La mano con la que yo sostenía el cuchillo de fabricación casera —aquel pedazo alargado de cristal con la empuñadura bien enfundada en billetes de banco— se me relajó involuntariamente, provocando que se me cayera. Entre aquellas paredes endurecidas del lavabo, con sus capas de cicatrices pintarrajeadas, resonó el frágil tintineo de algo que se rompía en infinitos fragmentos. Los cristales rotos centellearon y los billetes cayeron revoloteando hasta aterrizar en la sangre derramada. Con la nariz olí un aire que no quería dentro de mi boca.

La camioneta de carga familiar y llena de abolladuras que había aparcada fuera. El mejor papá del mundo.

«Leonard quiere que coja unas flores para mi padre.»

Los viejos labios susurraron las palabras:

—¿Pequeña Maddy?

Mi corazón se impuso a mi cerebro y me acerqué un poquito, lo bastante como para ver que el viejo tenía los pantalones y la pechera de la camisa empapados de color rojo. Él estiró una mano temblorosa, y mi mano, ya libre del arma, se reunió a medio camino con ella. Nuestros dedos se entrelazaron, su piel estaba helada a pesar del calor estival. El desconocido era el padre de mi madre. El marido de yaya Minnie. Era el abuelito Ben, mi abuelo, y ahora sus labios maltrechos se movieron lentamente para decir:

—Me has asesinado, niña malvada… ¡No te creas que te salvarás del Infierno después de esto! —Dijo entre dientes—: ¡Quedas condenada para siempre al lago insaciable de fuego!

Su mano huesuda me aplastó los dedos. Y como el canto repetitivo de un pinzón… como las olas lamiendo una playa de las Galápagos, siguió diciendo:

—Eres una niña malvada y odiosa… —Dijo con voz ronca—: ¡Tu madre y tu abuela te odiarán por romperles el corazón!

Y así siguió maldiciéndome mi abuelo, con su último aliento.

21 DE DICIEMBRE, 9.17 HORA CENTRAL

Consecuencias de la emboscada del retrete

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Una cosa que mi madre odia de su carrera de actriz es posar para los fotógrafos. Las modelos de pasarela, me cuenta, son capaces de comunicarse con una expresión fija, pero las actrices necesitan el tono y el volumen de la voz, el movimiento de sus gestos. Limitar a una actriz a un plano fijo, a la imagen en silencio, es una reducción, igual de carente de sabor y aroma que la foto perfecta del más delicioso tofu asado a las algarrobas y con rebozado cajún. Pues así de absurda es la sensación que esto me produce a mí: reducir la muerte del abuelito Ben a una entrada de blog. Para haceros experimentar plenamente la escena, os tendría que embadurnar las manos de la sangre caliente de su agonía. En vez de leer esto, tendríais que sentaros junto a él en aquel suelo de cemento embadurnado de porquería, hasta notar que los dedos se le habían enfriado del todo. Necesitaríais coger el pedazo más grande de mis gafas y sostenerlo sobre sus labios entreabiertos mientras rezabais para que el cristal se empañara ni aunque fuera un poquito. Bueno, eso si mis padres me hubieran enseñado a rezar. Espoleadas por vuestro pánico gigante, vuestros pies os catapultarían a través de la puerta pintada de marrón de los lavabos, esprintando a través de los senderos abiertos en las matas blandas de hierba muerta, golpeando suavemente el aparcamiento con las suelas de vuestros zapatos hasta llegar al borde del tráfico de la autopista, y entonces poneros a agitar los brazos para llamar la atención de alguien. Todo sin dejar de llorar. Sin oír nada más que el estruendo de vuestros pulmones al coger aire y soltarlo para gritar. Sin pensarlo dos veces, os pondríais a hacer saltos de tijera entre los carriles de faros parpadeantes y bocinas neumáticas de camiones, y todos estos verbos los ejecutaríais sin ver nada con claridad. Os dedicaríais a agitar las manos pintadas con sangre como si fueran banderas para que se detuviera algún adulto.

Y luego os tocaría regresar, derrotadas, para ver un reflejo distorsionado y raspado de vosotras mismas en la hebilla del cinturón que le regaló mi madre en otra vida, antes de convertirse en estrella de cine. Para realmente haceros una idea de aquella larga tarde tendríais que ver cómo las flores secas se empapaban de su sangre. Ya no estaban descoloridas, ahora se mostraban radiantes. Aquellas margaritas y claveles revivían décadas después de haber sido arrancadas, se las veía regresar a la vida, volvían a florecer en distintos tonos del rojo y del rosa. Vampiras diminutas.

Aunque solo usara una cazuela para hervir agua, mi abuela lavaba esa cazuela antes de volver a guardarla en el armario. Así era mi yaya Minnie, en una sola palabra: frágil. Yo no podía contarle la verdad de nada.

Imaginaos ser la testigo de excepción de algo que no le podéis contar jamás a nadie. Sobre todo a alguien a quien amáis. Yo iba a ir al Infierno. Era por eso por lo que sabía que era malvada. Ese era el secreto que le había guardado a Dios.

21 DE DICIEMBRE, 9.20 HORA CENTRAL

La defensa de la caca de chucho

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Al final, los agentes de la policía de carreteras calificaron lo sucedido de «crimen de odio». A mí me vinieron ganas de corregirlos y explicarles con educación que en realidad la muerte de mi abuelito Ben había sido más bien una especie de *accidente* de odio. O hasta una simple *desventura* de odio. Pero no me atreví. Antes de que nadie calificara aquella muerte de ninguna manera, tampoco nos llamó nadie por teléfono a casa. Luego a mi yaya Minnie le tocó tratar con la avalancha inicial de preguntas telefónicas.

La primera noche tras la muerte de mi abuelito Ben, mi abuela se quedó despierta hasta tarde, esperando ver llegar su camioneta oxidada por el camino de entrada de la casa. Yo fingí que me iba a dormir, pero mi corazón permaneció alerta, escuchando los ruidos nerviosos que ella hacía en la sala de estar. Me dolía el estómago de los pensamientos, como resultado del hambre de no saber qué hacer a continuación. Sabía que podía resolver todas las preocupaciones de mi yaya Minnie, pero que eso requeriría contarle una verdad que la haría sentir todavía peor. Tumbada en aquella extraña cama del norte del estado que ni siquiera tenía cámaras de seguridad para vigilarme, yo me imaginaba la despensa de mi abuela y sus bodegas, donde había estanterías de madera repletas de frascos de encurtidos que habían vivido y muerto antes de que yo naciera. Sus etiquetas eran como lápidas de niños nacidos muertos, con un año escrito que contaba toda su historia. Pepinos flotando en salmuera, con la piel gomosa y transparente, como una barraca de feria hecha en casa. Se trataba de unos encurtidos tan traslúcidos que incrustadas dentro de ellos se veían las semillas muertas de las generaciones futuras. A fin de no quedarme dormida y revivir aquella jornada espantosa, me puse a imaginarme todas las hileras de frascos de conservas. Solo me hacía falta cerrar los ojos para ver otra vez a mi abuelo arrastrar su cuerpo ensangrentado y sin pantalones por el suelo de mi dormitorio, despotricando y gritando que yo era malvada y que me había condenado a mí misma para toda la eternidad.

Aquella misma cama había pertenecido a mi madre hacía un centenar de años, la diferencia era que ella se había tenido que pasar allí la infancia entera. Alrededor de mi almohada estaban sentados sus ositos de peluche raídos y fabricados por trabajadores chinos en condiciones de esclavitud. Los peluches olían a ella. No solo a su colonia Chanel n.º 5, sino a su piel verdadera, al olor que despedía cuando no estaba trabajando a destajo como gran estrella del cine. Yo casi esperaba encontrar con los dedos mechones sueltos de su pelo de chica granjera.

Al día siguiente me iba a tocar fingir que estaba destrozada. Teniendo en cuenta que tenía una madre actriz y famosa, ahora yo podría al menos fingir que dormía.

Más tarde ya fingiría horror y dolor por la muerte de mi abuelo. De todas maneras ya me tocaba todos los días fingir que no me sentía triste y abandonada, pero al menos aquella noche fingir que dormía me parecía un buen entrenamiento.

Tumbada en la cama, me pregunté si habrían trazado el contorno del cadáver de mi abuelo a tiza o con cinta adhesiva junto al desagüe donde se le había escurrido toda la sangre. Me imaginé una escena de película, protagonizada por mi madre en el papel de una valiente detective privada que sigue los pasos de una implacable asesina en serie. En mi versión imaginaria, la asesina en serie era yo, pero es que hasta ser una especie de Jeffrey Dahmer dejaba mejor regusto que ser una niña idiota que había desangrado sin querer a su abuelo rajándole descuidadamente su miembro amoroso con unos puñales de metal afilado. Con la mente dándome vueltas, y demasiado cansada para dormirme, me pregunté si sería capaz de matar otra vez. Me preocupaba la posibilidad de cogerle gusto al asesinato. Si mataba a una gama lo bastante amplia de víctimas, tal vez pudiera establecer un patrón y de esa forma parecer menos una aficionada recalcitrante cuando por fin me acusaran.

La alternativa era jurar que iba a decir toda la verdad y quedar como una mema cuando me juzgaran por un solo homicidio patoso y mal planeado. Cualquier señorita Fresca Frescúnez sabía distinguir un pene erecto de una caca de perro. Me imaginé a mis compañeras de internado suizo siguiendo en directo mi juicio por satélite. Hasta acabar en la silla eléctrica sería mejor que regresar al internado con todo el mundo riéndose de mí a mis espaldas. En Locarno, las chicas me perseguirían por los pasillos, sin dejar de amenazarme ni un momento blandiendo chocolatinas de aspecto fecal.

Nadie se creería mi versión de la historia. Mi explicación sería objeto de chistes infinitos y se conocería como la «Defensa de la caca de chucho».

Cada dirección en la que me planteaba ir me conducía a una pesadilla distinta.

Me llegó por el pasillo la voz de mi abuela, doblando un par de recodos, débil tras viajar desde el salón. Primero me llegó un ruidito eléctrico: un zumbido largo seguido de una salva apagada de clics cortos. Reconocí el ruido de un dedo marcando un número en el dial giratorio de su viejo teléfono. Sí, mis abuelos tenían teléfono, pero a duras penas. Era como el teléfono que debieron de usar los padres peregrinos para escuchar los mensajes que les habían mandado desde la roca de Plymouth, conectado a la pared por medio de un cordón que no se podía desenchufar. El traqueteo del dial se repitió siete largas veces y oí que mi abuela decía:

—Admisiones, por favor. —Me la imaginé toqueteando el cordón enrollado que conectaba el auricular con la parte del dial, atrapada en el sofá del salón por aquel breve tramo de cordón. La oí decir—: Siento molestarles… —Y lo dijo en tono ligero, cantarín, igual que uno pregunta la hora a un desconocido en una esquina de la calle. Y añadió—: Mi marido todavía no ha vuelto a casa, y me estaba preguntando si tal vez se había informado de algún accidente…

A continuación esperó. Esperamos las dos. Si yo cerraba los ojos, me imaginaba

mis huellas dactilares delineadas en un retrete sucio detrás de esa cinta fluorescente que se usa para las escenas de crímenes. En mi fantasía, los detectives de la policía de carreteras con sus sombreros de ala ancha al estilo de los de la policía montada del Canadá se llevaban walkie-talkies a las mandíbulas cuadradas y ladraban órdenes de búsqueda y captura. Tenían rayas que les bajaban por la parte de fuera de las perneras de los pantalones del uniforme y les llegaban a las botas bruñidas. Me imaginé a un experto forense vestido con bata blanca que levantaba una huella dactilar usando un trozo de cinta transparente; sosteniendo la huella entre su cara y la luna del norte del estado, examinaba las líneas espirales y decía:

—Nuestra sospechosa es una niña de once años, metro cuarenta de altura, rechoncha, un poco rolliza, vamos, una gordinflona más ancha que alta, con un pelo que nunca hace lo que ella quiere… —Asentía con cara de sabiduría y leía los detalles más pequeños—. Nunca la ha besado un chico y no cae bien a nadie.

En aquel momento un artista de la policía que estaba al lado, bosquejando algo con trazos enérgicos en un cuaderno de gran tamaño, decía:

—Basándome en las pruebas, creo que tengo a su asesina.

El artista le daba la vuelta al cuaderno y dibujado allí en el papel blanco aparecía un retrato de mí, con las gafas devueltas a la nariz, mis pecas y mi frente gigante y reluciente. Hasta mi nombre completo figuraría temiblemente a pie de página: «Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer».

En la otra punta del pasillo oí que mi abuela decía:

—No, gracias. —Dijo—: Ya me espero.

No se me había ocurrido ocultar mis huellas. Hasta que estuve acostada en la cama no me había acordado para nada ni del libro del *Beagle* ni de mi camisa manchada. Mi arma asesina. La luz de la luna proyectaba un rectángulo blanco en mi dormitorio, llevando su forma resplandeciente desde la repisa de mi ventana hasta casi llenar la pared opuesta. Bajo el escrutinio de la luna, me bajé del montón de sábanas y colchas y me puse mis gafas de repuesto. Me arrodillé junto a la cama y metí el brazo entre el colchón y el somier, palpando hasta sacar con los dedos el libro envuelto en la camisa inculpadora de cambray. Aunque no había más luz que la de la luna, se veía perfectamente que las manchas no se irían de la tela. Habían trazado formas irregulares de todos los tamaños en la pechera de la prenda, formando un caminito pero sin tocarse, como un mapa en tela de las islas Galápagos. En mitad del libro del *Beagle*, más o menos por la Tierra del Fuego, las páginas estaban pegadas entre sí. Les separé el borde con las uñas. Igual que un investigador forense que levanta una huella dactilar, cogí con las puntas de los dedos las dos páginas centrales y las despegué lentamente la una de la otra. El papel se notaba grueso, gomoso, y las páginas se despegaron haciendo un ruido parecido a cuando la esteticista coreana depila las piernas de mi madre a la cera, arrancándole todos los pelos de raíz. El ruido de un dolor increíble.

Desde la otra punta del pasillo, la voz de mi abuela dijo por teléfono:

—Ya veo. —Dijo—. Sí, señora.

Separé las páginas del libro con las manos igual que quien abre unas cortinas, y allí me encontré pintado un test psicológico a base de salpicaduras oscuras. Al cerrarse el libro de golpe le había dado una simetría aproximada, donde las partes oscuras parecían una mariposa… o un murciélago vampiro. Mientras mis ojos intentaban decidir cuál de las dos cosas, el resto de mí vio la silueta blanca que recorría la parte central del libro donde se juntaban ambas páginas. Allí, todavía en blanco y con la letra impresa de las reflexiones del señor Darwin encima, una silueta larga y estrecha me apuntaba directamente a mí. La luz de la luna permitía ver que los manchones oscuros se verían rojos bajo una luz distinta. La forma fantasmagórica de en medio, el vacío donde no había nada, era un contorno.

Todavía arrodillada junto a mi cama, oí una ráfaga de viento que en realidad era mi abuela ahogando una fuerte exclamación. Luego la oí decir por el teléfono, con el aire de aquella misma inhalación:

—Gracias. —Dijo—: Tardo veinte minutos en llegar.

La silueta que había en el corazón de mi libro era la polla muerta de mi abuelo. Oí que se acercaban unos pasos pesados por el pasillo y cerré el libro de golpe. En el tiempo que tardó mi abuela en dar dos pasos, sepulté mi camisa manchada en las profundidades del cesto de la ropa sucia. Tardé dos pasos más en esconder el libro debajo de mi almohada y meterme de un salto otra vez en la cama, entre aquellos ositos de peluche que olían a mi madre. Para el último paso yo ya tenía los ojos cerrados, y ya estaba fingiendo un sueño profundo y tranquilo cuando la verdad se puso a llamar a mi puerta.

21 DE DICIEMBRE, 9.25 HORA CENTRAL

Abuelicidio

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Aquella primera noche que mi abuelo pasó desaparecido, a mi yaya Minnie le tocó llevarnos a las dos en coche al hospital para ver algo que la policía se negó a revelarnos por teléfono. Algo que yo ya sabía. En el coche, mi abuela se iba encendiendo los cigarrillos con la brasa del anterior. Las colillas de los cigarrillos que se iba fumando las tiraba por la ventanilla, como pequeños meteoritos que salían despedidos dejando un rastro de chispas anaranjadas en la oscuridad. Igual que una estrella fugaz vaticina una muerte. Lo que más raro se me hacía a mí en aquellos momentos era ir en un asiento delantero, al lado de donde debería ir un chófer. Y así fue como dejamos que nuestros faros nos guiaran hacia un lúgubre futuro.

Yo quería hacerle entender a mi abuela el estigma social que tenían el humo de segunda mano y el tirar cosas por la ventanilla, pero decidí tragarme mi queja. Aquella mujer demacrada por el trabajo físico estaba a punto de convertirse en viuda. No cabía duda de que la melodramática revelación tendría lugar delante de una multitud de desconocidos, en la sala de autopsias de algún médico forense. Lo más seguro era que se cayera desmayada, todavía ataviada con aquel delantal de algodón estampado que ella combinaba con un vestido holgado de tela descolorida de cuadros, con una colilla encendida entre los labios preocupados.

Los campos de granjas flanqueaban la autopista por ambos lados, y nuestros faros barrían de vez en cuando a alguna vaca sucia del norte del estado, ataviada con un pellejo de cuero en mal estado y de baja calidad.

Para nuestra incursión nocturna, yo había elegido un pijama de franela rosa, combinado con mi abrigo de chinchilla de tamaño infantil hasta las rodillas. El atuendo me hacía sentirme sofisticada, como si me estuviera haciendo pasar por una señorita Puty von Puten, con los pies descalzos enfundados en pantuflas de pelusa rosa cosidas para parecer conejitos de orejas blandas y ojos hechos de botones negros. Mi abuela ni siquiera se había fijado en mi vistoso conjunto. Su atención ya se encontraba a muchos kilómetros de distancia y esperando con impaciencia en el área de urgencias a que nosotras la alcanzáramos.

Nuestra ruta rodeó por un lado la infausta isla peatonal, y al pasar vi varios coches de policía aparcados apuntando con los capós a los baños de hormigón, con todos los faros alineados para bañar de luz aquel edificio achaparrado y feo, como si fuera un escenario. Los agentes uniformados que estaban plantados bajo aquella luz parecían actores bebiendo café en vasitos de plástico y quitándole importancia al dramatismo de su escena. La camioneta de carga de mi abuelo, con su parabrisas agrietado y su faro trasero arreglado con cinta adhesiva, seguía en el aparcamiento, pero ahora estaba rodeada de vallas portátiles y guirnaldas retorcidas de cinta policial.

Al otro lado de aquellas empalizadas había gente mirando la camioneta como si fuera la Mona Lisa.

Mientras pasábamos con el coche, fingí que no miraba. Los pies no me llegaban al suelo del coche. Me puse a dar golpecitos en el suelo con mis pantuflas rosas de conejitos y traté de identificar al tipo que me había enseñado la picha en los retretes con el abuelito que me había enseñado a pintar de amarillo la pajarera. Mi memoria intentaba que el dedo de caca siguiera siendo un dedo de caca, pero mantener aquella mentira viva en mi mente me estaba agotando. La energía que hace falta para dejar de conocer una verdad la deja a una agotada. Tampoco ayudaba precisamente el hecho de que fueran las dos de la madrugada.

Aquellas vacaciones en el tedioso norte del estado, todo el mundo escondía algún secreto: yo había matado a alguien. Mi abuelito era un pervertido de los que rondan los aseos públicos. Mi abuela tenía un cáncer del tamaño de una cereza, de un limón y de un pomelo, creciéndole dentro como si ella fuera un huerto, aunque eso yo todavía no lo sabía.

Por si acaso la policía encontraba algún testigo, yo tenía planeado cambiar de aspecto durante una temporada. Esa fue una de las razones de que me pusiera tan obesa: el camuflaje. Volverme una foca resultaba un disfraz muy inteligente.

Aparte de mi abuela y de mí, aquella madrugada no había nadie en la autopista más que un puñado de conductores borrachos. Ella dejó atrás la isla peatonal sin echarle ni un vistazo.

Reprimí el recuerdo del contorno de aquella picha muerta y aplastada dibujado con sangre humana entre dos páginas de un libro. Me dije a mí misma que el fluido que había escupido mi libro del *Beagle* no podía ser esperma. «No pasa nada —me dije—. Ese libro es toda una hazaña literaria.» Dios sabía sobre qué estaba divagando. Estiré el brazo para encender la radio, pero mi abuela me apartó la mano del dial de una palmada. Aquella diminuta bofetada hizo que mi estómago se acordara de cómo el tomo de Darwin había golpeado a aquella arrugada y amenazadora… lo que fuera.

Ahora yo nunca iba a saber cómo terminaba la evolución.

Tal como hablaba mi abuela, con los labios cerrados en torno al filtro marrón de un cigarrillo, la parte blanca de su cigarrillo se le meneaba frente a la cara igual que un bastón de ciego. Con la punta roja y firme. Estaba tanteando el terreno con sus preguntas:

—¿Has llegado a la parte en que el collie ayuda a atracar un banco?

Por supuesto, me estaba hablando de aquel libro, *La llamada de la selva*. Las aventuras de un animal al que le habían implantado embriones de chimpancé radiactivo de la Nebulosa del Cangrejo. Si yo hubiera elegido aquel libro de Jack London, todos seguiríamos vivos. Hasta con los ojos cerrados yo había elegido mal.

—¿El atraco al banco? —le dije—. Me encanta ese capítulo.

La yaya Minnie levantó un poco la barbilla y apartó un momentito nada más la

mirada de la carretera. Se quedó mirando por el retrovisor, contemplando cómo la luminosa escena del crimen de los retretes perdía realidad al alejarse y se iba haciendo cada vez más pequeña, hasta convertirse en una estrella más de la noche.

—¿Y la parte en que el perro presencia cómo la loca asesina al anciano a sangre fría? —me preguntó—. ¿Has llegado a esa parte?

La luz de nuestros faros salió proyectada hacia delante, barriendo un tramo de autopista del norte del estado, y yo contemplé la firme línea del horizonte sin darle ninguna respuesta. Lo que hice fue imaginar melocotones, albaricoques, cerezas, tomates, judías y hasta sandías en conserva dentro de frascos de cristal transparente. Jugos de color rosa zafiro y rojo rubí y verde esmeralda. Un verdadero tesoro de alimentos, un botín fabuloso sumergido en un exceso de azúcar o bien un exceso de sal, a fin de evitar que se asentaran las bacterias. Mi yaya Minnie había escaldado, hervido y enlatado un largo futuro de comidas para mi abuelo y para ella, y ahora se acababa de quedar sola. La mejor forma de darle apoyo sería ayudarla a comer. Tal vez entre las dos podríamos justificar todos aquellos años de pelar y deshuesar.

—¿Sabes? —me preguntó mi abuela—. Ese pobre collie siempre me ha dado pena. Si pudiera haber dicho la verdad, ya sabes —me dijo—, la gente lo habría querido igual.

Yo no sabía de qué me estaba hablando, pero ciertamente no de ningún libro que yo hubiera leído. Así que en vez de contestar con más mentiras, me limité a dejar el cuello flácido e inclinar la cabeza a un lado. Me acomodé las manos en los bolsillos del abrigo de chinchilla. Cerré lentamente los ojos y dejé escapar un profundo ronquido como si estuviera dormida, pero me salió más bien como si estuviera leyendo la palabra «roncarrrrr» del letrero de un apuntador.

—Todo el mundo sabía que el collie solo se estaba defendiendo —dijo mi yaya Minnie, pero se tuvo que interrumpir para dejar paso a la tos.

Por mi parte, el coche estaba atiborrado de todas las cosas que yo no quería decir. Si alguien iba a hacer daño a mi abuela, ese alguien no iba a ser yo.

Yo no lo tenía más fácil para escupir mi secreto que ella para escupir su tumor.

Cuando llegamos al hospital, ella fingió que me despertaba y yo me hice la adormilada, a base de parpadear mucho e impostar bostezos. Un resultado no deseado de todo aquello era que obviamente íbamos a tener que celebrar un funeral y mis padres iban a tener que venir. Iban a tener que recogerme y llevarme con ellos, y solo por aquel rescate ya parecía que hubiera valido la pena matar. Caminamos cogidas de la mano por una acera del hospital, mi abuela y yo, hasta atravesar unas puertas correderas de cristal y adentrarnos en una luz intensa. El suelo de linóleo estaba tan encerado que se veía igual de luminoso que los fluorescentes del techo, y la sala de espera parecía encajonada entre aquellas dos formas de luz. Ella me dejó allí sentada con las revistas, en una butaca de plástico duro que en Oslo habría sido igual de chic que el aguacate, pero que en el norte del estado quedaba simplemente cutre. Entre las revistas había tres números antiguos de *Cat Fancy* en cuyas portadas salía yo

cogiendo en brazos a mi gatito, Rayas de Tigre. Pobre Rayitas. Empezando por *People*, *Vogue* y *Life*, me puse a hojear todas aquellas revistas en busca de escenas de mi otra vida. De mi vida real.

De pronto me alarmó la posibilidad de que mi abuelo pudiera estar vivo en una cama de hospital cercana, conectado por un tubo a una bolsa flácida y colgante de sangre de segunda mano, riéndose y comiendo gelatina mientras les contaba a las enfermeras que la gorda mimada de su nieta le había intentado cortar la picha cuando lo único que él había estado haciendo era intentar gastarle una broma. Luego oí que pasaba un agente de policía diciéndole las palabras «crimen de odio» a un médico y deduje que me había librado.

Lo bastante cerca como para que yo pudiera oírlo, el agente contó que a mi abuelo no le habían encontrado ni la billetera ni el reloj ni la alianza, y a mí me sulfuró que alguien pudiera robar a un viejo tirado en el suelo de unos lavabos. Era verdad que yo lo había matado. Eso no hacía falta ni decirlo. Pero yo era su cielito amoroso. Aquella era la diferencia. A juzgar por cómo hablaban, estaba claro que la policía no andaba tras la pista correcta. Me irritaba dejarles que tuvieran unas teorías tan desencaminadas, pero no había ninguna razón de peso para que mi abuela tuviera que verse viuda *y encima* saber que había sobrevivido a un pervertido sexual.

Nadie mencionó para nada que hubieran encontrado mis euros y rublos caídos y empapados de sangre, ni tampoco mis gafas rotas ni el puñal hecho añicos procedente de un trozo del frasco del té.

—Un perturbado que asesina por placer —dijo el policía.

—Mutilaciones rituales —dijo el médico.

Y yo confié en que estuviera sugiriendo una intervención extraterrestre.

—Culto satánico —dejó caer el policía.

Al principio pensé que estaban difamando a mi abuelito Ben, pero enseguida me di cuenta de que estaban hablando de mí. No dejaba de ser positivo que se estuvieran refiriendo a algún asesino demente que seguía suelto, pero es que hablaban de mí, allí sentada con mis pantuflas de conejitos y mi abrigo de piel. Por el mero hecho de ser un cadáver sin billetera, desangrado y con la picha medio arrancada, mi abuelo ya era la parte inocente y agraviada. No me parecía justo. Sí, me dolía que aquellas figuras de autoridad me llamaran «sádico cabrón», pero como intentara defenderme acabaría en la silla eléctrica, lo cual no iba a mejorar precisamente la situación de mi abuela. Ni tampoco la de mi pelo ya de por sí rebelde y alborotado.

21 DE DICIEMBRE, 9.29 HORA CENTRAL

Libro nuevo y novio nuevo

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Fue en el funeral de mi abuelo donde me di cuenta de que mi abuela empezaba a toser de una forma nueva y más indiscreta. Hay niños pequeños que lloran para obtener atención y amor y hay otros que tosen. Los hay que beben vodka y engullen drogas ilegales. Los hay que salen con maltratadores. O que comen demasiado. Hasta la atención negativa es mejor que terminar siendo un huérfano báltico desatendido en una cuna, aparcado en una clínica olvidada llena de niñitos pobres y abandonados. El hecho de toser durante todo el funeral del abuelito Ben, de pasárselo soltando toses de perro junto a la tumba, era la forma que tenía mi abuela de reclamar compasión. Jamás se me ocurrió que pudiera llevar su necesidad de atención emocional hasta el punto de coger un cáncer.

A pesar de mis súplicas, mis padres no subieron al norte del estado para asistir al funeral. Lo que hicieron fue contratar a un equipo de filmación con una camioneta provista de parabólica para que les retransmitiera el acontecimiento en exclusiva y a tiempo real a su casa de Tenerife. Los paparazzi, en cambio, asistieron en manada. El *New York Post* publicó el siguiente titular: «Encuentran al padre de una estrella de cine muerto tras ser torturado en un retrete».

En lugar de flores o tarjetas de condolencia, mi madre nos mandó a mi abuela y a mí sendas lujosas cestas de regalo llenas de diazepanes.

Cada vez que sonaba el teléfono, yo esperaba que fuera la policía que me reclamaba para ponerme la inyección letal. Para el funeral me puse un velo negro de Gucci combinado con gafas de sol Foster Grant negras. Llevé abrigo de visón infantil Blackglama vintage hasta las rodillas y también unos guantes negros, por si acaso algún astuto sabueso intentaba obtener mis huellas dactilares del comulgatorio. En respuesta a EmilySIDAenCanada: querida Emily, la iglesia en sí era una estructura rústica de tablones de madera donde un muerto no desentonaba para nada entre los platos de plástico llenos de galletas de manteca de cacahuete. Los congregados parecían genuinamente afligidos por la trágica defunción de mi abuelo, y me transmitieron su condolencia aborigen del norte del estado ofreciéndome un regalo: un libro. A diferencia del libro del *Beagle* o de *La llamada de la selva*, aquel tomo estaba recién impreso, era un título nuevo, encuadernado en un atractivo seudocuero. Parecía ser el libro de moda para leer en la playa aquel verano, puesto que todos los presentes tenían un ejemplar. Se trataba del megasuperventas del momento, *El código Da Vinci* o *Las cenizas de Ángela* de la temporada. Lo ojeé por encima y me encontré una obra posmoderna contada desde múltiples puntos de vista —una estructura muy Kurosawa—, provista de una buena trama, una epopeya de espadas y sandalias llena de magia, dragones, sexo y violencia. Yo acepté aquella rústica ofrenda de

condolencia con la misma elegancia con que mi madre aceptaría un Oscar.

Impreso en baño de oro sobre el lomo estaba el título: *La Biblia*.

Tan fantasiosa como una obra de Tolkien o de Anne Rice, aquella novedad literaria presentaba una elaborada crónica de la creación. No tendría problemas para reemplazar en mis afectos al libro de Darwin, con su aroma decimonónico vagamente didáctico. Dicha crónica describía la existencia entera como algo que solo iba a suceder una vez, una lucha desesperada para sobrevivir y procrear. No resulta precisamente agradable, cuando tienes la muerte delante, que te aseguren que no eres más que una variación defectuosa de la vida al final de su callejón sin salida evolutivo. Así como el libro del *Beagle* contaba una historia de muerte después de la muerte, un relato de adaptación y fracaso sin fin —donde la historia entera estaba literalmente cohesionada con esperma y sangre—, la Biblia prometía un final feliz y eterno.

La supervivencia de los mejor adaptados frente a la supervivencia de los que mejor se portaban.

¿Cuál de los dos autores te llevarías para leerlo en la cama, amable tuitera?

Aquella iglesia de fabricación casera incluso tenía un club literario que se reunía todas las semanas para comentar la nueva sensación literaria. A fin de presentar el libro, aquellos rústicos moradores del norte del estado obligaron a salir al estrado a un niño. Mientras yo salía de la iglesia con mi abuela, aquel rubito adorable salió tambaleándose de sus filas abigarradas. Llevaba en las manos la Biblia aquella, y a mis ojos de niña de once años hastiada de la vida se lo veía un chaval serio, ataviado con sus harapos recién lavados, un individuo de poca monta destinado a ordeñar vacas, engendrar trabajadores agrícolas como él y finalmente morir en un merecido anonimato, probablemente víctima de algún futuro accidente de cosechadora. Tanto aquel David Copperfield rural como yo, una sofisticada y trotamundos ilustración de moda, parecíamos tener la misma tierna edad. Una tosca matrona granjera lo empujó hacia mí con su mano encallecida.

—Dáselo a la pobre chiquita, Festus.

Así se llamaba, Festus. El chico me puso el libro en las manos enfundadas en guantes negros.

Aunque no caí inmediatamente enamorada, es cierto que Festus me picó la curiosidad romántica. Una chispa, probablemente producto de la electricidad estática, saltó entre su persona y la mía, tan fuerte que hasta noté la diminuta descarga a través de mis elegantes guantes. Afectando aflicción emocional, hice como que me desplomaba encima de él, obligando a sus rudos brazos de niño granjero pobre a atajar mi caída. Quedamos abrazados, con las manos preadolescentes de Festus sosteniendo mi cuerpo; únicamente la Biblia aquella impedía el pleno contacto de nuestras sensibles entrepiernas.

Sujetándome un momento, Festus me susurró:

—La Palabra del Señor la sostendrá, señorita Madison.

Y sí, amable tuitera: Festus era un zafio primitivo, que olía al estiércol de pollo que tenía incrustado debajo de las uñas, pero también usaba palabras como «sostendrá».

Por los dioses. Yo estaba emocionada.

—*Au revoir* —le dije en tono jadeante a mi tosco pretendiente—. Nos vemos en el grupo de estudio de… —le eché un vistazo disimulado al título del libro— la «Biblia».

Sus ardientes labios infantiles murmuraron:

—Magnífico reloj de pulsera…

Y a partir de aquel momento fui masilla en las manos encallecidas de aquel joven granjero. Mi fértil imaginación empezó enseguida a urdir situaciones románticas ambientadas en su mundo de agricultura de subsistencia. Juntos arrancaríamos el pan nuestro de cada día del mísero paisaje del norte del estado, y nuestro amor sería el objeto carente de sofisticación de un poema de Robert Frost.

Para reconfortarnos después del funeral, mi yaya Minnie había preparado tartas de manzana, pastel Bundt con llovizna de limón y flan de albaricoque. Tarta *streusel* con especias, barritas de arce, cerezas cocidas con hojaldre, pastel de melocotón, migas de pera, pasas al vapor con hojaldre, galletas de coco, tarta de manzana y nueces, tartaleta de canela, bizcocho borracho de ciruela y crema y avellanas confitadas a la crema. Erigió pirámides enteras de galletas de nuez pecana. Bandejas enteras de galletas de jengibre y mantecados. Mientras estaba ocupada glaseando magdalenas y rosquillas, no tenía tiempo de convertirse en viuda. Quién sabe qué complejos acuerdos alcanzan dos personas para permanecer casadas más allá de los primeros diez minutos. Era posible que mi abuela conociera los escarceos que tenía su marido en las áreas de servicio. En cuanto a mí, localicé el libro de Jack London en el estante del salón, me lo llevé a mi dormitorio junto con un plato de magdalenas y me puse a leerlo, esperando que aparecieran los embriones de chimpancé. Hacia la mitad de la novela llegué a la conclusión de que las cosas que dos personas no se cuentan forjan un lazo más fuerte que la sinceridad.

Las magdalenas de fresa de mi abuela me estaban sobornando para que no contara la verdad. Era posible que fueran el castigo por mis mentiras. En la granja de mi abuela no se veía más allá del próximo árbol. Eso dificultaba pensar en el futuro. En cualquier futuro.

Pasó el día del funeral de mi abuelo, y el día siguiente, y todavía *otro*, pasó una semana entera después del funeral y yo seguía comiendo. Mi yaya Minnie cascaba huevos, vertía la leche del cartón y cortaba un cuadrado amarillo de la barra de mantequilla que tenía en un plato en la nevera. Espolvoreaba harina. Tosía. Añadía cucharadas de azúcar. Tosía. Enseñándome todas las cosas terribles que componen la comida: aceite vegetal, levadura, extracto de vainilla. Regulaba la temperatura del horno y usaba un cucharón para llenar moldes de magdalena de masa espumosa, diciéndome entre toses:

—Cuando tu madre tenía tu edad, siempre estaba trayendo piojos a casa…

La yaya Minnie se dedicaba a contar hacia atrás su vida mientras trabajaba, recitando los detalles como si fueran ingredientes. El hecho de que mi madre se meaba en la cama, por ejemplo. El hecho de que una vez mi madre había comido caca de gato y mi abuela le había tenido que sacar del trasero una tenia igual de larga que un espagueti. Ni siquiera aquella imagen me hizo parar de comer.

Ella continuó dale que dale, contando que mi madre había comprado un billete de lotería y había ganado la fortuna que había invertido en su carrera como aspirante a actriz de cine.

Por las noches, yo no conseguía dormir por culpa del libro del *Beagle* que tenía encajonado entre el colchón y el somier. Me quedaba despierta con el bulto del libro clavándoseme en el espinazo, convencida de que el fiscal de nuestro distrito iba a llamar en cualquier momento a la puerta de mi dormitorio trayendo una orden de registro. Los detectives me interrogarían bajo una bombilla desnuda, insistiendo en que habían encontrado una serie de palabras impresas con letras invertidas en la picha muerta de mi abuelo, grabadas como si hubieran sido escritas con un espejo. Era obvio que aquellas palabras se habían borrado o bien habían sido transferidas del arma asesina. Aquellas palabras eran las huellas dactilares que ellos necesitaban para encarcelar a un sospechoso. Entre las palabras invertidas había: «Wollaston», «tipi», «guanaco», «fueguinos», «escorbuto» y, la más incriminadora de todas, «Beagle». Un equipo de matones policiales pondría mi dormitorio patas arriba y descubriría el libro escondido.

En el caso muy improbable de que me quedara dormida, el cadáver de mi abuelito Ben entraba en mi habitación empujando un carrito de vendedor callejero de perritos calientes y me servía salchichones ahumados, untados de chucrut y sangre. O bien un plato de caca de gato humeante infestada de tenias con salsa marinera.

Y como en una pesadilla, un día mi abuela estaba organizando la ropa sucia y entró en la cocina trayendo una prenda azul. Yo estaba sentada en la cocina comiéndome una tarta de queso. No una *porción* de tarta de queso: me la estaba zampando toda entera con tenedor, en mitad de un océano de tarta de queso, sin ser consciente ni del sabor, de tan deprisa que la estaba engullendo. Abierta sobre la mesa de la cocina tenía la Biblia aquella. Cuando vi mi camisa de cambray azul colgando de sus manos dejé de leer y de masticar en mitad de un bocado, y tuve que esforzarme mucho para no atragantarme.

Bueno, eso si yo masticara. Mi forma de comer se parecía más a vomitar al revés.

Delante de mis narices, a la misma distancia que el tenedor lleno de tarta de queso que estaba a punto de meterme en la boca, se encontraban las misteriosas manchas secas de esputo. Con cara inexpresiva e inocente, mi abuela me preguntó:

—¿Amor? —Dijo entre toses—: ¿Te acuerdas de qué son estas manchas para que yo sepa cómo prelavarlas?

En primer lugar, yo no estaba segura de saberlo. Y en segundo, estaba segura de

que a ella no le convenía saberlo. Apartando un poco mi sabrosa tarta de queso de aquellos manchones amarillentos y mohosos, le dije:

—Mostaza de Dijon.

Para mi horror, mi abuela se acercó la tela arrugada a la cara para verla más de cerca. Rascó una de las manchas acartonadas con la uña y me dijo:

—Pues no huele para nada a mostaza…

De la mancha que acababa de rascar se desprendieron unos copos finos como el polvo. Unos cuantos me cayeron en el tenedor. Otros en el plato de tarta de queso que yo tenía a medias. Mi yaya Minnie se arrimó la camisa roñosa a la cara y le acercó la punta de la lengua para probarla.

—¡No es mostaza! —le grité.

El tenedor se me cayó tintineando al suelo. Me puse de pie tan deprisa que mi silla metalizada se tambaleó y se desplomó hacia atrás. El estruendo hizo que mi abuela se me quedara mirando a la cara. Recobrando la calma, le dije:

—No es mostaza.

Ella se me quedó mirando, retirando la lengua de vuelta a la seguridad de su boca.

—Es un estornudo —le dije.

—¿Un estornudo? —me preguntó ella.

Le expliqué que me había tenido que cubrir un estornudo. No tenía pañuelo a mano, de forma que me había visto obligada a usar la camisa.

Mi abuela contempló el enorme archipiélago de las Galápagos de restos acartonados con los ojos muy abiertos y escandalizados.

—¿Todo esto son tus mocos? —me preguntó, como si fuera yo la que estaba a punto de morirse de una horrorosa enfermedad pectoral causada por los cigarrillos.

Me encogí de hombros. Dejó de importarme. Con tal de no hacerle daño a mi abuela, no me importaba que ella me considerara una bestia sucia y asquerosa. Tenía once años y me estaba poniendo como una vaca de primer premio.

Como a modo de respuesta, ella tosió, volvió a toser y siguió tosiendo, avergonzada y escondiendo la cara roja detrás de la camisa azul que tenía toda enredada en las manos. Sus toses resonaban igual que cuando el abuelito Ben hacía un gargajo de flema con tabaco desde el fondo de la garganta. Las venas del cuello se le inflaron como si fueran aquellos mapas que trazaba Darwin de los principales sistemas fluviales. Era una tos tan fuerte que no consiguió pararla ni siquiera cuando las dos vimos las gotas de color rojo intenso con que estaba salpicando las manchas ya secas de esputo.

Entre el jugo de rabo y la sangre pulmonar, me dio la impresión de que aquella camisa de cambray ya estaría para tirar.

Lo que aprendí era que nunca es tarde para salvar a alguien y, sin embargo, siempre es tarde. ¿Y qué posibilidad hay de que consigas prestar realmente alguna ayuda? Así pues, en vez de confesarle a mi abuela que su nieta era una mentirosa y que su marido era un pervertido y un invertido sexual, y que su hija estrella de cine

no le tenía demasiado cariño, lo que le dije fue que hacía la mejor tarta de queso con mantequilla de cacahuete del mundo entero. A continuación le di mi plato vacío y le supliqué que me lo volviera a llenar.

21 DE DICIEMBRE, 9.33 HORA CENTRAL

Mi cuenta atrás para la despedida

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

A altas horas de la noche, en mi cama del norte del estado, volví a ejercer de naturalista. Mientras me quedaba dormida, me sorbí unos restos de azúcar de debajo de las uñas y levanté la vista para contemplar la oscuridad que reinaba donde yo sabía que estaba el techo. Y me puse a escuchar. A escuchar y a contar. Siempre sabía dónde estaba mi abuela —en la cocina, en el salón o en su dormitorio— por el ruido de su tos, parecido a la llamada regular de un pájaro, un ruido que resultaba al mismo tiempo tranquilizador y terrible. Aquella tos. Que nunca paraba. Servía al mismo tiempo de prueba de que ella seguía viva y de que no lo estaría para siempre. Por las noches aprendí a aferrarme al sonido de cada arranque de expectoración, de cada volea de toses y resuellos, y a encontrar alivio en él. A pesar del bulto duro del libro del *Beagle* que se me clavaba en la espalda, al final yo me acababa durmiendo con la Biblia aquella abierta sobre el corazón.

Igual que la gente cuenta los segundos que separan el relámpago del trueno, yo contaba los segundos que separaban sus toses. Un cocodrilo, dos cocodrilos, tres cocodrilos. Confiando en que cuantos más segundos yo pudiera contar, mejor se encontraría mi yaya Minnie. Confiando en que por fin ella se pudiera dormir. Si yo conseguía llegar a los nueve cocodrilos, me decía a mí misma que ella no tenía más que un resfriado de pecho. Una bronquitis tal vez, pero curable. Si llegaba a los veinte cocodrilos, me quedaba adormilada, viendo a una versión pesadillesca de mi abuelito Ben, muerto y semidesnudo, tirándome de las mantas con las manos ensangrentadas. Pero al final la tos regresaba, los resuellos y el ahogo, tan rápidos que yo ni siquiera conseguía meter un solo cocodrilo de por medio.

Acostada en la cama, me relamía los dedos. Mi abuela y yo nos habíamos pasado el día entero haciendo bolas de palomitas, y la casa iba llena del olor del maíz frito. ¿He mencionado que al día siguiente era Halloween? Pues bueno, era la noche antes de Halloween y habíamos estado friendo bolas de palomitas para repartirlas entre los niños que hacían truco o trato. Como si fuéramos mano de obra barata de fábricas del Tercer Mundo, habíamos estado combinando las palomitas con jarabe de maíz y gotas de colorante alimentario de color naranja y luego habíamos usado las manos untadas de mantequilla para darles forma de nudosas calabazas en miniatura. Habíamos prensado triángulos de palomitas confitadas para obtener lámparas de calabaza de color naranja con ojos puntiagudos y dientes de vampiro. A modo de envoltorio habíamos usado papel de cera.

¿Y acaso he mencionado que les había inoculado en secreto a todos nuestros dulces de Halloween mi enorme suministro sin usar de diazepanes del funeral? «El que guarda siempre tiene…», pensaba yo.

Oí una tos procedente del dormitorio de mi abuela y empecé a contar: «Un cocodrilo… dos cocodrilos…», pero enseguida llegó la tos siguiente. Con desapego científico digno de Darwin, me puse a clasificar las toses por sus cualidades. Algunas eran secas. Otras borboteantes. Había un tercer tipo de tos que era poco más que un jadeo entrecortado. Casi como la primera tos de un bebé que aprende a respirar o el último intento fallido de respirar de alguien que se está muriendo.

Mientras escuchaba con atención, acostada en la cama, los dedos me sabían a tortitas con mantequilla untadas de sirope. Al llegarme la última tos, me puse a contar «Un Mississippi… dos Mississippi… tres Mississippi…», hasta que una nueva tos me hizo volver a contar desde cero.

Mis padres no celebraban Navidad ni la Pascua judía ni Semana Santa, pero su forma de celebrar Halloween compensaba por el millón de festividades de las que no hacían caso. Para mi madre el sentido de la fiesta eran los disfraces, adoptar personalidades alternativas arquetípicas, etcétera, etcétera. Mi padre todavía tenía ideas más aburridas sobre el tema, y siempre estaba perorando sobre la inversión de las jerarquías de poder y proponiendo reinterpretar a los niños subyugados como forajidos a fin de exigir tributo a la hegemonía dominante de los adultos. A mí me vestían de Simone de Beauvoir y me hacían desfilar por el Ritz de París para suplicar la paridad de géneros en el lugar de trabajo y chocolatinas Hershey tamaño mini, pero en realidad para hacer gala de su perspicacia política. ¡Un año me disfrazaron de Martín Lutero y todo el mundo que me veía me preguntaba si se suponía que era Bella Abzug, demonios!

En mi cama del norte del estado pasé tanto rato sin oír ninguna tos que llegué a contar dieciséis cocodrilos y crucé dos dedos pegajosos debajo de las sábanas, confiando en tener suerte. Aquel año me había planteado brevemente disfrazarme de Charles Darwin, pero no me apetecía tener que dar explicaciones en todos los porches de casas de palurdos de aquel vecindario tedioso de eslabones perdidos.

Llegué a veintinueve cocodrilos. Llegué a treinta y cuatro cocodrilos.

La puerta del dormitorio se abrió sin hacer ruido y una mano marchita se extendió hacia mí desde las sombras del pasillo. Una figura entró reptando en la habitación, reseca y esquelética, con una cara que era un cráneo de mirada maliciosa y manchado de jugo de tabaco. En lugar de cadenas de fantasma, arrastraba un cinturón con hebilla de plata. Con una mano huesuda extendida hacia delante me ofreció una cagarruta de perro larga y seca metida dentro de un panecillo para perritos calientes. El zurullo estaba engalanado con un garabato de mostaza de Dijon. Era el mismo monstruo que yo veía todas las noches, o por lo menos una versión de él, y últimamente era buena noticia verlo porque quería decir que por fin me había quedado dormida. Que ya no estaba contando. Estaba teniendo una pesadilla, sí, pero al menos estaba dormida. Y eso quería decir que mi abuela por fin se había quedado dormida.

La antigua cama de mi madre se notaba blanda y mullida. Mi abuela había

cambiado las sábanas aquel mismo día y las que había puestas ahora tenían un olor fresco y aireado resultado de haber pasado la tarde tendidas al sol. No me dolía nada.

El cadáver de mi abuelito Ben se arrastraba por el suelo, con los pantalones de tela de gabardina enredados en torno a los tobillos. El cráneo sonriente masculló:

—¡Asesina!

Y a medida que se acercaba a rastras, el cadáver iba dejando un reguero de sangre tras de sí en el suelo.

No me dolía nada.

La idea me vino a la cabeza con la velocidad de una tos: el libro del *Beagle*. No lo sentía. Aquel bulto doloroso. El monstruo sonriente de mi abuelito muerto desapareció y me desperté. Cuando salí de debajo de las mantas, no encontré sangre en el suelo. La puerta estaba cerrada. Metí los dos brazos debajo del colchón, hasta los hombros, y me puse a palpar. No encontré ningún libro. Gateé por el costado de la cama, palpando todo el espacio entre el colchón y el somier, pero seguí sin encontrarlo. Una pesadilla más allá de mi peor pesadilla. Me arrodillé junto a la cama y recé por estar todavía dormida y por que aquello no fuera más que un sueño. No es que yo creyera en Dios por entonces, pero había visto a mi madre interpretar a una piadosa monja en una película, y su personaje se pasaba la mitad del tiempo de pantalla de rodillas y murmurando exigencias con las manos juntas ante la boca.

Como fingir que rezaba no me funcionó, salí de mi habitación de puntillas, me alejé por el pasillo y llegué a la estantería del salón. En medio de la penumbra, fui pasando los dedos como si fueran dos piececitos por los lomos de los libros hasta encontrarlo: *El viaje del Beagle*. Su presencia allí hacía que el resto de los libros volvieran a estar prietos, devuelto al lugar en que yo lo había encontrado, dando la impresión de que allí no había pasado nada. De que hasta el último detalle sangriento de las últimas semanas había tenido lugar en un sueño. Tal vez fue por eso por lo que no lo pude sacar de la estantería, porque no quería abrirlo y encontrar la realidad de la sangre en forma de picha. Porque no quería pensar que mi abuela hubiera encontrado aquella misma realidad secreta.

Me quedé en el salón a oscuras hasta que llegó la medianoche y el mundo dio paso a Halloween, contando «Setecientos ocho cocodrilos, setecientos nueve Mississippi…», con la mano suspendida a medio camino del libro durante tanto rato que me empezó a doler el hombro. Mi brazo estaba extendido igual que lo había estado el brazo podrido de mi abuelo. Yo tenía los dedos teñidos de naranja por el colorante alimentario, y en las sombras aquel naranja se veía rojo oscuro.

Me puse a contar allí, evitando tocar la verdad hasta que algo rompiera el hechizo. Mi abuela tosió. Desde su habitación me llegó aquel ruido reconfortante y terrible, de toses superponiéndose a otras toses, tan deprisa que dejé de contar. Dejé el libro y me volví a la cama.

21 DE DICIEMBRE, 9.35 HORA CENTRAL

Halloween

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Lo único que convierte el otoño en una tragedia es nuestra expectativa de que el verano dure para siempre. El verano es el verano y el otoño es el otoño. Tampoco las abuelas duran eternamente. El día de Halloween, mi abuela Minnie abrió las maletas sobre la cama de mi habitación y se pasó el día haciéndolas. Al día siguiente, noviembre, un coche me recogería para llevarme a Boston, donde cogería un avión para Nueva York, después un avión para El Cairo, después un avión para Tokio, y así para el resto de mi vida. Mientras me hacía las maletas, se me ocurrió que mi vida era un viaje de vuelta a casa perpetuo, de Mazatlán a Madrid y de allí a Miami, pero un viaje sin llegada.

Mientras me planchaba y me doblaba la ropa interior, mi abuela iba recitando:

—Cuando tu madre tenía tu edad, se hurgaba la nariz y pegaba el moco debajo de las sillas. —Y recitaba—: Se mordía las uñas de los pies. —Y recitaba—: Tu madre escribía en los libros…

Aquel verano en el tedioso norte del estado había sido el lapso de tiempo más largo que yo había pasado en un mismo sitio. En cierta manera había viajado al pasado, había vivido la infancia de mi madre. Entendía por qué mi madre se había largado como alma que llevaba el diablo, se había escapado al mundo, a conocer a todo el mundo y a dedicarse a hacer todas las cosas mal.

Me planté junto a mi equipaje a medio hacer y pregunté:

—¿*Dónde* dices que escribía?

Mientras descolgaba mi ropa recién lavada de la cuerda de tender, mi abuela me repitió:

—Tu madre escribía en los libros.

El Lápiz y el Bolígrafo Azul. Los helechos, el tomillo y los pétalos de rosa.

No pregunté, amable tuitera, por el destino final de mi camisa de cambray estropeada por la eyaculación.

«Patterson me ha dicho que empiece ya a recoger flores…»

«Leonard quiere que coja unas flores…»

Todas aquellas notas eran los pensamientos de mi madre y de mi abuela cuando tenían mi edad. Escruté a mi abuela con la misma atención con que examinaba mi propio reflejo en el espejo. Porque allí estaba mi nariz, mi futura nariz. Los muslos de ella eran los míos. Su gesto de proyectar los hombros hacia delante al andar era la forma en que yo andaría algún día. Hasta su tos, rasposa y constante, formaría seguramente parte de mi herencia. Las manchas de la vejez que ella tenía en las manos algún día yo las encontraría en las mías. Parecía una tarea del todo imposible: envejecer. Me daba miedo pensar en cómo iba a conseguir yo todas aquellas arrugas.

Mi abuela jamás me preguntó por el frasco para el té que le había desaparecido. Tampoco pareció darse cuenta de que ahora yo siempre llevaba mis gafas de repuesto. Y encima yo pasé de no comer nada a zampármelo todo. En Toulouse, los cocineros dicen que la primera crepe siempre es *pour le chat*. Para el gato. La primera crepe siempre sale mal, quemada o rota, de manera que dejan que se la coma el gato. Pues yo decidí que podía hacer lo mismo con los defectos de mi abuela. Cuantos más platos y postres me cocinaba ella, más comía yo. Yo podía perdonarle los pecados comiéndomelos. Y aunque no se los perdonara, sí que podía asumirlos como mi carga y llevarlos puestos en las caderas.

Con cada mordisco yo me tragaba mi miedo y envejecía. Y engordaba. Con cada bocado me tragaba mi culpa biliosa.

El libro del *Beagle* me había aleccionado sobre los huevos de tortuga, pero la Biblia me había aleccionado sobre Jesucristo, y ahora Cristo parecía el mayor aliado con el que yo podía hacerme en mi batalla contra aquellos padres míos tan concienciados. Menudo verano había tenido yo. Me había puesto gordezuela… rechoncha… espantosa, de hecho. Me había empezado a apasionar la lectura. Y había matado a un hombre. Había matado a mi abuelo. Pero también había aprendido a ser discreta.

Sí, era posible que yo tuviera once años y fuera una asesina secreta de abuelos, una esnob pasivo-agresiva que odiaba el norte del estado, pero también había aprendido a ser *discreta*. Aquel verano aprendí a ser discreta, reservada y paciente: unas cualidades que mis padres ex hippies, ex punks y ex todo no adquirirían nunca.

El día de Halloween no dije nada cuando vi a mi abuela caminar de puntillas. Yo estaba fingiendo que dormía una siesta en el sofá del salón cuando ella se acercó con sigilo a la estantería y de la muralla de libros sacó uno en el que yo no me había fijado nunca. Mi yaya Minnie se escondió el libro en los pliegues del delantal y se lo llevó a mi habitación, donde me estaba haciendo las maletas.

Haciendo gala de una fuerza de voluntad enorme, yo no me comí la cesta de bolas de palomitas de color naranja que habíamos preparado para los niños del truco o trato.

Aprovechando un momento en que ella no miraba, eché un vistazo dentro de aquella maleta. Sepultado en el fondo, entre mis jerséis pulcramente doblados, estaba el libro *Persuasión* de Jane Austen. Un libro que yo amaría durante el resto de mi corta vida.

Mientras se ponía el sol de mi última jornada en el tedioso norte del estado, empezó a salir dando tumbos del crepúsculo una lenta comitiva de monstruos. Emergieron esqueletos. Aparecieron fantasmas. Venían cargados de fundas de almohada y bolsas de papel. Cobraron forma al salir de las sombras, con las caras manchadas de tierra del cementerio y la ropa hecha jirones. Con las manos manchadas de sangre, aquellos zombis y hombres lobo se acercaron tambaleándose a la entrada de la granja donde mi abuela y yo los esperábamos.

—¡Truco o trato! —gritaron aquellos cadáveres de pasos bamboleantes.

Y mi abuela les ofreció calabazas hechas de palomitas procedentes de una cesta de mimbre grande que sostenía delante de sí con ambas manos. En aquel momento le vino una tos, y menos de dos cocodrilos más tarde le vino otra. Me dio la cesta y se levantó el delantal para cubrirse la cara. Mientras los monstruos elegían sus bolas naranjas, ella regresó al salón y se acomodó en el sofá, luchando por recobrar el aliento. La cesta que ahora yo tenía en brazos cada vez pesaba menos.

Entre aquella primera oleada de trasgos había un angelito rubio, un niño cuya plácida cara se veía igual de lisa y suave que el pan recién horneado. Un bollito ligeramente pecoso. Su aureola vaporosa de pelo rubio tenía un resplandor de color amarillo pálido, como de mantequilla derritiéndosele sobre la frente. Atadas a la espalda con un cacho de alambre llevaba unas alas falsas, pero su cartón blanqueado había sido meticulosamente rebozado con plumones caídos de alguna oca indígena de las granjas vecinas. En las manos de querubín llevaba una tosca lira de tres cuerdas, y ahora la rasgueó mientras suplicaba:

—Truco o trato, señorita Madison. —Enseñó una funda de almohada ya atiborrada de regalices rojos y ositos de goma—. ¿La ha ayudado la palabra del Señor a sobrellevar el luto?

Plantado delante de mí en el porche estaba el jovenzuelo desaliñado al que yo había conocido en el funeral del abuelito. Mi David Copperfield particular del norte del estado. Igual que me había pasado la otra vez, ahora noté que mi carne llamaba a la suya. Aquella última noche en casa de mi abuela yo ansiaba encajar mi cuerpo de once años en el de él, pero subvertí el impulso carnal ofreciéndole una bola de palomitas. A modo de aliciente añadido, le susurré:

—Van cargaditas de diazepán. —Como el chico puso cara de no entender, añadí —: No es un rey del Antiguo Testamento, es una droga. —Y le dije en tono grave—: No manejes maquinaria agrícola mientras estás bajo el efecto de estas bolas de palomitas.

Mi rústico novio se sirvió varias. Entre bocados enormes y voluptuosos de aquellos dulces diazepanes, dedicó un momento a preguntarme cómo me iba el verano. Debatimos un poco sobre la Biblia. Por fin me dio las buenas noches y se marchó.

En respuesta a EmilySIDAenCanada, no, no le pedí su dirección de correo electrónico. Dudo bastante que tuviera. Pero mientras sus alas emplumadas desaparecían a lo lejos, haciéndose más y más pequeñas mientras se alejaba por el polvoriento camino rural, yo lo llamé:

—Festus, ¿verdad? ¿Te llamas Festus?

Sin darse la vuelta, él agitó su arpa por encima de la cabeza a modo de saludo risueño. Y con aquel gesto de despedida desapareció.

Mi yaya Minnie me dijo entonces entre toses:

—No te preocupes, amor mío. —Dijo tosiendo desde el sofá—: Todo va a ir bien.

Y yo la perdoné por decir la mentira más grande que había dicho nunca.

Me quedé a solas en el porche en medio de la penumbra crepuscular. Es por eso por lo que mi abuela no vio llegar a alguien más: una figura con pinta de espantapájaros. Un anciano demacrado se detuvo al pie del porche. Tenía los pómulos y la barbilla igual de escarpados que aquellos tótems esculpidos que la gente tallaba con motosierras y vendía en los descampados contiguos a las gasolineras del norte del estado. Mi peor pesadilla hecha realidad: allí estaba el abuelito Ben, plantado en el borde irregular de la luz del porche. Se me quedó mirando desde detrás de su pelo canoso y alborotado. Mientras las arpías y las brujas se arremolinaban a su alrededor y subían los escalones, él se quedó allí plantado sosteniéndome la mirada.

La naturalista que yo tenía dentro sabía que aquello era imposible. Los muertos no volvían a la vida. Sucede en contadas ocasiones, sin embargo, que tienen lugar fenómenos naturales para los que carecemos de explicación. El rol del naturalista es tomar nota y registrar descripciones de esos fenómenos, confiando en que finalmente esos eventos recalcitrantes cobren sentido. Y lo menciono justamente porque entonces pasó algo extrañísimo…

—¿Bolas de palomitas? —preguntó una voz jocosa.

La pregunta me sacó del trance. Plantado a mi lado había un adolescente disfrazado de alguien del antiguo Egipto. Señaló la cesta con la cabeza y preguntó:

—Otra vez *bolas de palomitas* no, por favor. ¿Qué pasa con esta casa?

Una María Antonieta del Antiguo Régimen, con vestido y peluca, subió los escalones del porche y preguntó en tono imperioso:

—Sí, ¿a qué vienen tantas bolas de palomitas?

Llevaba unos zapatos Manolo Blahnik falsos y un bolso de Coach también falso.

También acompañaban al egipcio un legionario romano… y un Sid Vicious punk con un imperdible atravesándole la mejilla… Los cuatro olían un poco a azufre y a humo. El punk llevaba en la cabeza una cresta teñida de azul eléctrico. Hundió en la cesta sus uñas pintadas de negro, sacó una calabaza de palomitas y me preguntó:

—¿No tienes nada mejor, Maddy?

Cubriéndome la boca con el costado de la mano, susurré:

—Están cargadas de diazepanes.

Yo no conocía a aquellos tipos, pero por alguna razón me resultaban familiares. No *conocidos*, más bien *inevitables*.

El legionario romano miró las bolas de color naranja con una mueca de dolor.

—¿Sabes cuánto valen estas bolas en el Infierno? —Cerró el puño, se golpeó la frente y dijo—: ¿Hola? Tierra llamando a Madison Spencer… No valen ni una mierda.

Indignada, le pregunté al grupito:

—¿Os conozco?

—No —dijo la chica. Llevaba sombra de ojos azul y tenía la pintura blanca de uñas descascarillada. De los lóbulos le colgaban unos centelleantes cristales cúbicos

de zirconio exageradamente grandes—. No nos conoces, pero nos conocerás bien pronto. He visto tu expediente. —Mirándome fijamente el reloj de pulsera, la chica me preguntó—: ¿Qué hora es?

Torcí el brazo lo justo para enseñarle que eran las once pasadas. Todas mis frases y todas mis palabras venían puntuadas con toses de mi abuela. Y cuando volví a buscar con la vista al abuelito espantapájaros, ya no estaba. Se había esfumado. Ninguno de los cuatro adolescentes cogió ninguna bola de palomitas. Mientras me daban la espalda y empezaban a bajar los escalones del porche, les pregunté:

—¿No sois un poco mayores ya para esto?

La tos se detuvo.

Sin darse la vuelta, el egipcio me gritó:

—Solo unos dos mil años.

Agitando el puño en el aire, y señalando el cielo con el índice, el punk me gritó:

—Acuérdate, Maddy. La Tierra es la Tierra. Y los muertos están muertos. —Adentrándose en la noche, me gritó—: Angustiándote no vas a mejorar tu situación.

Y mientras desaparecían en las sombras, me pareció ver a otra figura que se unía a ellos. La recién llegada llevaba un delantal de algodón estampado por encima de un vestido largo y holgado de tela de cuadros. Se estaba fumando un cigarrillo sin toser. El punk le tocó el codo y la mujer se sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del delantal y le dio unos golpecitos destinados a extraer uno para él. Cuando ella se golpeó el encendedor contra la palma de la mano y lo encendió, la llamita mostró su cara preocupada. La mujer me saludó con la mano y el grupo entero se alejó por el camino hasta fundirse con la noche de Halloween.

Cuando por fin volví a entrar en el salón, no quedaba más que el cuerpo de mi abuela en el sofá. Lo mejor de ella —su risa, sus historias y hasta su tos— se había marchado.

21 DE DICIEMBRE, 9.40 HORA DE LA MONTAÑA

La abominación cobra fuerza

Colgado por Leonard.empollon.del.Hades@masalla.inf

El gran Platón descubrió que el mundo se acabaría gracias a Solón. A su vez, Platón le enseñó el mito del Día del Juicio a su alumno Jenócrates, que se lo enseñó a su alumno Crantor, que se lo enseñó a Proclo y así es como el advenimiento del bebé-cosa fue vaticinado antes incluso de que se inventaran los polímeros sintéticos.

Todavía le quedan restos de saliva pegados, a nuestro ídolo inflado. Engalanado con sus pinturas de guerra a base de chocolate y pintalabios sucio, lidera a sus huestes de poliestireno y polipropileno por las aguas de la bahía de Los Ángeles. Tal como vaticinan las visiones de la Antigüedad, pronto le llegan refuerzos procedentes del norte, del río Yukón y de la bahía de Prince William.

Y lo que había sido una lenta comitiva de envoltorios de cacahuete de espuma de poliestireno, a la deriva por los afluentes del estrecho de Puget y de los ríos Skagit y Nooksack, se presentan para dar la bienvenida al bebé-cosa al océano Pacífico. Más constantes y numerosos que los salmones y las truchas arcoíris, estos emisarios de plástico convergen frente a la templada costa de Long Beach para esperar el nacimiento del bebé-cosa. Superando en número a las aves de cualquier bandada o a los peces de cualquier banco, estos objetos son cocidos por el sol y se degradan hasta convertirse en una espesa sopa de corpúsculos de plástico. De bolitas de plástico para embalar. De cristalitos pulidos por la acción del agua. De fluoropolímeros y malaminaformaldehído. Crean un caldo de cultivo no tan distinto del brebaje que hay aislado dentro de la piel del bebé-cosa.

Y así es como permanecen los fragmentos sin resolver del pasado, según Platón, y de esa forma se fusionan entre ellos para crear el futuro. Y frente a las costas de Long Beach, un copo infinitesimal de plástico entra en contacto con el bebé-cosa y se le queda pegado. Y un segundo copo de plástico se acopla a la estatuilla hasta que el niño-ídolo queda cubierto por una capa de copos similares. Y sobre esa primera capa se acumula una segunda, y el bebé-cosa empieza a hacer acopio de capas y a crecer. Y cuanto más grande se vuelve el conjunto, más copos atrae, hasta que deja de ser un bebé. Hasta que se convierte en una niña-cosa.

Y así es como Platón vaticinó que el plástico se alimentaría de plástico. Que una piel se acumularía sobre otra piel. Alimentado con una amplia dieta de cartones de zumo y pañales desechables, algo ordinario crece hasta convertirse en abominación.

21 DE DICIEMBRE, 9.41 HORA DE LA MONTAÑA

Santa Camille: una teoría

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Me pregunta EmilySIDAenCanada: «¿Los fantasmas duermen?». Mi experiencia como sobrenaturalista me enseña que no, que no duermen. Mientras los ocupantes de este avión dormitan, o bien ojean una amplia selección de películas protagonizadas por Camille Spencer —es imposible escapar de mi madre—, mi yo fantasma se dedica a actualizar este blog. A comprobar estos textos.

Cuanto más me planteo el nuevo rol de líderes religiosos globales que han adoptado mis padres, menos me sorprende este giro sacrílego de los acontecimientos. Llevo una década entera viendo a mi madre interpretar papeles en el cine en los que sufre el síndrome de China mientras investiga plantas de energía nucleares recalentadas y semifundidas… La noquean con el mango de un hacha unos matones rompehuelgas de la agencia Pinkerton que la odian por sus intentos de organizar a los trabajadores textiles de una fábrica del Sur profundo… La envenenan a lo Erin Brockovich con agua subterránea contaminada unos plutócratas cristianos republicanos aliados con el complejo de la industria militar. Incluso en pleno vuelo, los pasajeros del avión de línea que tengo a mi alrededor se dedican a pelar cacahuetes mientras miran cómo una banda de perros policía alsacianos y racistas del Ku Klux Klan le arranca la ropa a mi madre, desnudando sus senos perfectos.

Una carrera entera de martirios catárticos. De pelis para ir a verlas en pareja. Ha tenido que morir mil veces para que los miembros de su público puedan vivir felices y comer perdices.

Y, sin embargo, a pesar de las flechas que la atraviesan y de los lobos que la muerden salvajemente, ella siempre regresa a nosotros… todavía más deslumbrante. La misma mujer a la que vemos morir horriblemente reaparece en la alfombra roja de Cannes con un vestido de salón de Alexander McQueen que le queda divino. Renace como portavoz de los cosméticos Lancôme, engalanada de diamantes y rebosante de salud.

Lo que intento decir es que Camille Spencer es lo más parecido que nuestro mundo tiene a una mártir secular. Es la santa de nuestra era moderna —nada menos que nuestra brújula moral—, a la que sacrificamos ritualmente una y otra vez. Mi padre y ella son la conciencia moral de toda una generación, una conciencia que salva especies en peligro de extinción y cura pandemias globales. Las hambrunas no existen hasta que mis padres llaman la atención de la comunidad internacional sobre ellas y graban un single de éxito cuyos beneficios se destinan a ayuda alimentaria. Esta mujer a la que hemos visto sufrir todas las atrocidades imaginables, y sobrevivir a ellas, lleva años, junto con mi padre, decidiendo qué es bueno y qué es malo para el planeta entero. No hay figura política que ostente una autoridad moral mayor; es por

eso por lo que, en cuanto Camille y Antonio Spencer renuncian a su estilo de vida aconfesional y abrazan una fe única, el groserismo, es normal que tres mil millones de agnósticos recalcitrantes se pongan a seguirlos.

Aunque me emociona que el mundo entero me esté prestando atención, me gustaría que no fuera por una mentira fruto de la imprevisión. Los seguidores de mi blog que tengo en el submundo me avisan de que las condiciones de vida —¿condiciones de vida?— del Hades se están deteriorando a marchas forzadas. Mis peticiones de más palabrotas, más eructos y mala educación están provocando un repunte en el número de almas que ingresan. Y por lo que me cuenta EmilySIDAenCanada, toda esa gente recién muerta está llegando convencida de que va al Cielo. ¡Y no solo se quedan decepcionados, también se cabrean! Todo el mundo me echa la culpa a mí. Todo el mundo va al Infierno y todo el mundo me va a odiar. Y lo que es peor, el mundo entero va a odiar a mis padres en todos los idiomas existentes. Tal vez mi padre lo pueda soportar, pero mi madre va a odiar que la odien. Es una mujer delgada, preciosa y con el pelo perfecto; simplemente no está preparada para aguantar el odio.

Me rompe el corazón imaginarme que mis padres mueran arponeados por los japoneses o por culpa de la explosión imprevista de una pipa de agua y que encima los desuellen los demonios porque yo les hice convertirse en estafadores.

Al otro lado de mi ventanilla del avión, el sol brilla radiante, medio hundido en un mullido colchón de nubes. No hay ángeles. O por lo menos yo no los veo.

21 DE DICIEMBRE, 10.09 HORA DEL PACÍFICO

Ofrenda de cumpleaños

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

El trabajo de una sobrenaturalista no se acaba nunca. Mientras mi vuelo inicia su descenso final a Calgary o El Cairo o Constantinopla, me dedico a colar mi yo fantasma por el enchufe que hay incorporado en mi asiento para conectar los auriculares estéreo. Me filtro bien adentro de las entrañas electrónicas del avión. Siguiendo cables. Salvando relés. A través del satélite me dedico a infiltrarme en los distintos servidores que controlan las cámaras de seguridad que espían las remotas moradas de mis padres. Tampoco es que los espíe exactamente, no. Lo que hago es acceder a los archivos guardados del historial. Orientándome por las fechas insertas en la grabación, localizo unas imágenes en vídeo en las que aparezco yo celebrando mi décimo cumpleaños, aquella fiesta infantil donde la ropa era optativa y mis padres colgaron una pesada piñata llena de calmantes con receta y drogas alucinógenas recreativas. Ahí estoy yo, mi yo preadolescente, mortificada, agarrando servilletas de papel de colores pastel para taparme las carnosas vergüenzas desnudas mientras los adultos desnudos destripaban a manotazos mi piñata de cartón piedra en forma de burro. Y todos esos modernos ex punk, ex New Wave y ex grunge se retuercen en el suelo atiborrados de fármacos como una masa de anguilas sudorosas y ansiosas de drogas.

Es para reconfortarme con la perspectiva por lo que busco imágenes en vídeo de los episodios más degradantes y humillantes de mi antigua vida. Tomad nota, por favor, gente pre-muerta. Cada vez que os deprima estar muertos, recordad que estar vivos no siempre era un día de picnic. Lo único que permite disfrutar del presente es el hecho de que a veces el pasado era una tortura. A fin de regodearme todavía más, recupero los espeluznantes archivos de vídeo de mi yo vivo-viviente de seis años haciendo una danza de Morris, desnuda, alrededor de la base de un pino viejo. Reviso las imágenes de mi trasero a los cuatro años abierto ante la cámara mientras utilizo con cuidado la escobilla comunitaria de bambú del retrete de las colonias de medio ambiente.

Por los dioses, tuve una infancia atroz.

Examinando fechas de grabaciones al azar, diviso a mi madre. En Tashkent o en Taipei, le está diciendo a alguien por teléfono:

—No, Leonard, todavía tenemos que identificar al asesino adecuado…

En una fecha distinta, veo a mi padre hablar por teléfono en Oslo o en Orlando, diciendo:

—Nuestro último aspirante a verdugo se escapó con las tarjetas de crédito de Camille…

Los dos breves flashbacks se corresponden con los últimos meses de mi vida.

A fin de saborear la infelicidad de alguien que no sea yo, recupero el vídeo de mi hermano Goran en su último cumpleaños. Para que lo sepáis, Goran fue mi hermano durante unos quince minutos. Mis padres lo adoptaron de algún campo de refugiados sumido en la tragedia, básicamente a modo de ardid publicitario. Digamos que la adopción no fue precisamente un éxito. En el vídeo, mis padres han alquilado el Centro EPCOT de Disney y lo han poblado con los extravagantes intérpretes de una docena de producciones del Cirque du Soleil. Hay más miembros de los medios de comunicación que invitados, y es que la situación es óptima para reportarles a mis padres una publicidad inmejorable. Las cámaras y los micrófonos retransmiten hasta el último instante de magia mientras mis padres traen trotando orgullosamente su regalo de cumpleaños: un bonito poni de las Shetland. ¿Cómo podía interpretar aquella situación Goran, que acababa de llegar de algún oscuro régimen salido del Telón de Acero? Lo rodeaban multitudes de traviesos payasos francocanadienses y de bailarinas artísticas chinas con aspecto de ninfa. Estaba claro que él era el invitado de honor, y sus anfitriones le estaban ofreciendo aquel animal joven y tierno. La melena y la cola del poni tenían cintas de satén azul trenzadas, y su pellejo estaba espolvoreado con purpurina plateada. Mi padre guiaba al poni con las riendas de una brida plateada, y alrededor de su cuello diminuto el animal llevaba atado un lazo plateado del tamaño de un repollo.

Bueno, tampoco es que la heredera de una estrella del cine como yo haya visto nunca un repollo.

En el vídeo, a todo el mundo se le ve la mirada vidriosa de felicidad. O bien como resultado de los inhibidores de la recaptación de serotonina. A Goran le han entregado un recargado cuchillo de anticuario para que corte y sirva un gigantesco pastel de cumpleaños. Su cuerpo nervudo de prisionero de gulag está ataviado con trapos de Ralph Lauren, cumpliendo con las obligaciones legales de un contrato de acuerdo comercial. Como si fuera la máscara de un anarquista, el pelo tupido le cuelga escondiéndole la mirada despectiva y del color de la piedra. Los repartos de una docena de producciones de Andrew Lloyd Webber están entonando una conmovedora versión del «Cumpleaños feliz» cuando de pronto se desencadena el horror.

No fue del todo culpa de Goran. Hay muchas culturas en las que un animal presentado tan risueñamente se interpretaría como sacrificio de sangre. Es el equivalente de, por ejemplo, apagar de un soplido las velas del cumpleaños antes de desmembrar ritualmente el pastel y repartir las porciones entre los invitados. En las culturas más atrasadas y sensuales, la carne fresca constituía el mayor de los tributos. Reconociendo esto, no nos tendríamos que haber mostrado tan estupefactos al ver salir disparada hacia delante la hoja del enorme cuchillo. Haciendo el mismo esfuerzo que le costaría a un niño americano apagar todas las velas llameantes de un solo soplido, Goran agarró el mango del cuchillo y asestó una estocada digna de un robusto gladiador. Los payasos saltarines están congelados en sus actitudes de

chiflados. Mi padre tiene las riendas plateadas enrolladas con doble vuelta en torno a la mano. Con un mugido de cámara lenta, mi madre dice:

—Pieeensaaa… uuun… deseeeooo…

No se ve sangre, por lo menos al principio. Lo que sigue se ve en destellos estroboscópicos ralentizados de tragedia. Goran traza un arco amplio y centelleante con su arma y la punta del cuchillo atraviesa limpiamente la garganta peluda del sobresaltado poni. Y antes incluso de caer, antes de que una rociada caliente de sangre le salga despedida de la arteria cortada y de la tráquea seccionada, estallando en todas direcciones, al animal se le retraen las pupilas hasta quedarle los ojos en blanco.

Igual que la muleta escarlata de un torero, la cortina de sangre equina baña el enorme pastel de cumpleaños, derritiendo las flores esculpidas de azúcar y apagando las llamas diminutas de sus trece velas. El corazón frenético del poni emite unos gruesos grumos de sangre que salpican las lentejuelas y la licra multicolores de los payasos del Cirque. Con las cámaras de las televisiones todavía grabando, las entrañas calientes del poni rocían esas elegantes fachadas diazepanizadas que son las sonrisas plácidas de mis padres. Y mientras miro todo esto en vídeo, veo al pobre caballito desplomarse sobre la hierba y a mí misma de fondo. La multitud congregada levanta los antebrazos para taparse la cara y agacha la cabeza para protegerse; desmayándose o bien apartándose, la enorme extensión de espectadores parece estar postrándose en gesto de humilde pleitesía. Cuando el poni se desploma al suelo, todo el mundo se desploma también, todo el mundo menos Goran y yo. Mi hermano y yo somos los únicos que quedamos en pie. Los dos nos quedamos a solas en el centro de lo que parece ser un campo de batalla, una masacre de víctimas embadurnadas de sangre.

A pesar de todo lo que me habían dicho mi madre y Judy Blume, aquel potente chorro rojo era como yo siempre me había imaginado que sería mi primera menstruación. Por consiguiente, sigo adelante.

A juzgar por nuestras expresiones tranquilas, saltaba a la vista que tanto Goran como yo habíamos presenciado atrocidades peores en la vida. Yo, en unos lavabos públicos del norte del estado. Él, en el villorrio devastado por la guerra del que era originario. A ninguno de los dos le venía de nuevo la fría realidad de la guerra. A ninguno de los dos nos iba a detener. A pesar de ser tan jóvenes, nos habían templado unos secretos y un sufrimiento que aquellos ridículos payasos —me refiero a los payasos de verdad, no a mis padres— no se podrían imaginar nunca. El poni de las Shetland escupió las últimas gotas de su líquido vital sobre la hierba que teníamos a nuestros pies mientras nos rodeaban los reinos del mundo de la Antigüedad: Europa, Asia, África y las Américas, aunque en sus pintorescas versiones del microcosmo Disney.

Qué panorama tan atroz. Un retablo del Armagedón. Poblaciones incontables haciendo reverencias, subyugadas, bautizadas con sangre caliente, y en el centro de

todo unos jóvenes Adán y Eva flanquean el cuerpo de una bestia recién sacrificada, impertérritos, examinándose mutuamente los cuerpos bañados en sangre con una curiosidad y una admiración recién nacidas. A través de las lentes salpicadas de sangre de mis gafas de pasta, reconozco a un espíritu afín.

Yo nunca encajaría en el mundo, al menos con facilidad, al menos tal como el café encaja en su taza. Sin embargo, al ver la frialdad con que Goran analizaba su error, me di cuenta de que no estaba del todo sola. Hasta en aquella grabación de baja resolución de una cámara de seguridad se veía de forma clara e inconfundible que mi yo vivo-viviente se había enamorado.

21 DE DICIEMBRE, 10.15 HORA DEL PACÍFICO

Te presento al Diablo

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Haced el favor de tomar nota, personas premuertas: en calidad de ex nihilistas, ex cínicos y ex mordaces, lleváis años evitando cualquier forma de religión. Pobres de vosotros, porque eso os convierte en víctimas propiciatorias para los falsos profetas. Vuestra anorexia espiritual os ha dejado muertos de hambre, listos para zamparos con ansia cualquier teología más o menos nueva que os pongan delante. Fijaos ahora en mi acompañante, el «cazarrecompensas psíquico» al que han enviado para echarme el lazo y llevarme forcejeando de vuelta con mis padres. Mientras caminamos por el nivel de llegadas del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, el señor Crescent City se cree que me tiene abrazada a su lado, pero lo que tiene en los brazos es puro aire.

—Angelito muerto —me dice, dando zancadas—, primero tenemos que encontrar a nuestro chófer. Luego hemos de encontrar el helicóptero que nos llevará hasta el barco de tu madre.

Pasamos junto a una joven madre que está inclinada junto a su niñito, arrullándolo y persuadiéndolo:

—Di «puta», cariño. Di «puta» para que nunca te tengas que separar de tu mamaíta, ni en este mundo ni en el próximo…

No hace falta decir que yo sigo a mi acompañante a cierta distancia, bien lejos del alcance de sus manos roñosas. Hasta el más pequeño contacto con el señor Crescent City implica una mezcolanza de su forma terrenal con la mía espiritual, que es una unión todavía más íntima que los escarceos más apasionados de un matrimonio terrenal. Su contacto es, bueno… imaginaos dar una profunda calada de depresión vaporizada. O bien engullir un vaso largo lleno de pesar amargo.

—Cuando llegue al puto Cielo —dice Crescent—, les voy a enseñar a los niños que las drogas son una forma de esquivar el resto de tu puta vida.

Mientras Crescent me lleva por entre la multitud, el aeropuerto de Los Ángeles se ve más trágico de lo que yo recordaba. Entre las hordas que pululan por él, veo seres humanos tan atormentados por el hambre que se han visto reducidos a comerse hamburguesas con queso y con triple de beicon, de las que gotea una salsa idéntica al repugnante fluido que manó una vez de entre las páginas del libro del *Beagle*. Veo a familias enteras obligadas por la distribución desigual de la riqueza en el mundo a llevar ropa *prêt-à-porter* de Tommy Hilfiger. Un simple vistazo en cualquier dirección revela escenas semejantes de penuria y privaciones. Una cosa es saber que existe una pobreza así de atroz en el mundo moderno, pero aun así resulta desgarrador ver en persona a gente obligada a transportar su propio equipaje.

Una vieja desdentada, casi de la edad de mi madre, al menos treinta y dos años, pasa a mi lado llevando un conjunto de Liz Claiborne de la temporada pasada, y la

patética imagen hace que se me inunden los ojos de lágrimas fantasmales. Solo hace falta ver los daños que han infligido los tintes para el pelo caseros y los hidratos de carbono para sentir la misma apasionada clemencia que espoleó a gente tan progresista como Jane Addams.

Estas roñosas hordas de viajeros —que, a diferencia de mis padres, no cobran por llevar la ropa que llevan— deben de estar locas. O locas o bajo el efecto de las drogas. ¿Y por qué? Pues porque todos tienen en la cara la misma sonrisa enloquecida de payaso. Son pobres, tienen granos, llevan en la mano billetes de clase turista a Sioux Falls, y aun así van sonriendo. Se pasean por ahí como si se estuvieran dando una vuelta por los Jardines de Luxemburgo, escuchando el chapoteo de la Fuente Médici. Pero esto no es el distrito sexto de París. Aquí no hay más que moqueta de plástico recubriendo el cemento del aeropuerto. Y aunque resulta inexplicable, estos supuestos desconocidos se dedican a formar grupos. Se cogen de las manos mientras esperan sus vuelos y forman círculos improvisados de oración en las zonas esterilizadas de embarque. Una vez reunidos, cierran los ojos. Al unísono y en tono sombrío, entonan:

—Puta…

Cierran los ojos y ponen cara de estar en la iglesia.

Con la cabeza inclinada hacia atrás, cantan himnos del tipo:

—Puta… maricón… negro de mierda… zorra… judío de los cojones… —con unas palabras tan lentas y deliberadas como una cuenta atrás de la NASA.

Amable tuitera, qué paz produce un mundo en el que todo el mundo dice cosas ofensivas pero nadie se ofende. Hasta donde me alcanza la vista, todo el mundo está tirando porquería al suelo y escupiendo, pero a nadie parecen molestarle esos actos incívicos.

Y lo que es más, y tiemblo solo de pensarlo, hay gente gorda cogida de la mano de gente flaca. Lenguas mexicanas que comparten cucuruchos de helado con lenguas blancas. Homosexuales tratando amablemente a otros homosexuales. Negros que no tienen problema en codearse con judíos. Mi héroe, Charles Darwin, se avergonzaría completamente de mí. Mi intromisión ha destruido el orden natural de la vida en la Tierra.

—El puto mundo entero te ama, niña muerta, por mostrarnos el puto camino del bien.

El señor Crescent City dice esto mientras bajamos en un ascensor. No tenemos equipaje que recoger. Debajo de nosotros, nuestro chófer nos espera entre un rebaño de otros chóferes uniformados. Uno de ellos chasquea los dedos para llamarnos la atención. Lleva en la mano un letrero escrito a mano con el nombre SR. CITY. Aunque está dentro del edificio de la terminal, lleva gafas de sol de espejo y gorra de visera. No se le ve ninguna credencial. Lleva unas anticuadas botas negras de montar con pantalones de montar de lana gris. A pesar del calor de Los Ángeles, viste un abrigo cruzado, como si fuera un chófer salido de un libro de Agatha Christie y pasado por

la Western Costume Company alrededor de 1935.

—Somos nosotros —le dice Crescent al chófer, señalando primero a la nada y luego a sí mismo—. Vamos al helicóptero.

El chófer se gira para mirarme directamente con sus gafas de sol.

—Vaya, pero si es el ángel —dice con un aliento que huele a huevos duros. Se deja caer sobre una rodilla—. Nuestra muy gloriosa redentora.

Se quita la gorra con una mano enguantada y se la coloca delante del corazón. Con tonillo de burla en la voz. Y ese familiar hedor a metano en la voz.

Por mi parte, a mí no me hace falta ver credenciales. Cuando se me arrodilla delante, le veo las puntitas de los cuernos asomando entre el pelo rubio y tupido. La multitud de chóferes se adelanta para recibir a sus pasajeros respectivos, y un risueño Falstaff vestido con uniforme de sarga azul se tropieza con el que está arrodillado. Los dos conductores acaban de bruces en el suelo. Al nuestro se le caen las gafas de sol de espejo y yo acierto a ver unos ojos amarillos de cabra. El Falstaff torpón se vuelve a poner de pie como puede, mientras nuestro conductor maloliente y devoto echa a gatear para coger la gorra caída que se aleja rodando. Ya de pie, el Falstaff le ofrece una mano al chófer caído para ayudarlo a levantarse y le dice:

—Lo siento, colega. —Se ríe y le dice—: ¿Me perdonas, hostia?

Otro conductor se agacha para recoger las gafas de sol, pero las lentes están hechas añicos, rotas por el pisotón de un viajero que acaba de pasar correteando. Otro de los chóferes, sin embargo, recoge la gorra que se aleja rodando y se la devuelve al tipo que gatea, que se la encasqueta con firmeza en la cabeza y se la cala sobre la frente para ocultar sus extraños ojos. A continuación levanta el brazo para aceptar la mano solícita que le está ofreciendo el Falstaff. Sus manos se tocan, recordando la decoración del techo de la Capilla Sixtina o bien el suelo de unos lavabos públicos del norte del estado, y el hombre caído dice:

—Yo no perdono a nadie.

Y lo susurra entre dientes. Su cuerpo uniformado se mueve por la moqueta del aeropuerto como una serpiente.

Con la mano libre, el bruto causante de la caída ya le está sacudiendo el polvo a su víctima accidental. Usando el mitón, le sacude los hombros del abrigo de lana y le cepilla las mangas.

—No ha pasado nada —dice, pero mientras el tipo caído se pone de pie, el grandullón cae de rodillas—. Mierda —dice el Falstaff.

Le aparecen gotas de sudor en el nacimiento del pelo y le empiezan a caer como si su frente fuera un vaso de plástico biodegradable de fibra de maíz lleno de café con hielo y leche de soja. Su sonrisa bobalicona se convierte en unos dientes que rechinan, y la agonía le hace subir tanta sangre a las mejillas que parece quemado por el sol. Arañándose el pecho, se desploma hasta adoptar una posición fetal en el suelo, y las piernas le echan a correr lateralmente, sin suelo en el que apoyarse y sin destino alguno. Su boca de Falstaff se abre en una mueca que le contorsiona la cara roja,

mientras se tira de la chaqueta con ese mismo frenesí con que escarban los perros, como si no pudiera aguantar el impulso de arrancarse el corazón y enseñárnoslo. Le salen volando los botones metálicos del uniforme. Las uñas se le clavan en la piel, haciendo brotar la sangre, hasta que por fin sufre una convulsión y se queda quieto.

Y sí, amable tuitera, puede que de vez en cuando confunda los excrementos de perro con los genitales masculinos, pero me doy perfecta cuenta de si un hombre está sufriendo un ataque masivo al corazón en el suelo a mis pies. A estas alturas ya es una imagen familiar.

Con párpados temblorosos, el Falstaff agonizante echa un último vistazo a los curiosos que rodean su sufrimiento final, contemplándolo con unas miradas de admiración y envidia. Lo flanquean las dentudas cremalleras metalizadas de todas sus maletas con ruedas. La multitud de viajeros no se molesta en ocultar su envidia. Nadie llama al número de emergencias. Nadie se acerca para administrarle una ayuda heroica.

—*Mierda* —susurra el moribundo.

Y la voz de uno de los transeúntes congregados grita:

—¡Aleluya!

—*Joder* —susurra el moribundo.

Y todos los presentes, incluyendo al señor Crescent City, murmuran:

—Amén.

Una vocecita dulce como una campanilla dice:

—Adiós. —Se trata de un niñito con el puente de la nariz cubierto de pecas. Con el brazo entero extendido al máximo, menea la muñeca para agitar la manita. Y al mismo tiempo dice—: ¡Lo veremos a usted en el Cielo!

Siguiendo su ejemplo, otra gente se despide con la mano. Despedidas lentas. Despedidas de concurso de belleza. La vieja vestida con ropa antigua de Liz Claiborne le tira un beso. Un coro de esfínteres trompetea con tristeza, un coro de lastimeros «Salve, Maddy». Los espectadores sueltan eructos de respeto solemne.

El hombre jadeante se queda quieto. La sangre deja de manarle del agujero que él mismo se ha abierto en el pecho. Esta es mi oportunidad de arreglar las cosas, de devolver a la Tierra a su orden natural y feliz. Solo cuando llegan los paramédicos me pongo manos a la obra.

21 DE DICIEMBRE, 10.22 HORA DEL PACÍFICO

¡Devuelta a la vida!

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

A estas alturas ya estoy más que acostumbrada a que los hombres caigan muertos delante de mí. No puedo decir que me emocione ver a hombres hechos y derechos marchitarse y morirse a mis pies, pero tampoco me quedo paralizada.

Para entender lo que pasa a continuación en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, los futuros muertos necesitáis que alguien os explique unas cuantas cosas sobre vuestras personas físicas. Hasta ahora básicamente habéis considerado el cuerpo terrenal una simple herramienta con forma humana para tener relaciones sexuales. O para zampar golosinas de Halloween. Sí, vuestra persona de carne y hueso es la aplicación que os permite la interfaz con los volantes de los coches, los tiros de bueyes, los aros de bordar, los delfines adiestrados, la laca para el pelo, los bates de críquet, los termómetros rectales, los terapeutas que hacen masaje de piedras calientes, las galletitas saladas, el perfume Chanel n.º 5, la hiedra venenosa, las lentillas, las prostitutas, los relojes de pulsera, la corriente de la playa, las tenias, la silla eléctrica, las guindillas, los oncólogos, las montañas rusas, las camas solares, la metanfetamina y los gorros bonitos. Si no tuvierais existencia corporal, todo lo que acabo de mencionar perdería su sentido. Además, vuestro cuerpo es el lienzo que necesitáis para expresaros en el mundo. Como mínimo, es el único sitio donde os podéis hacer un tatuaje molón de verdad.

Además de ser una herramienta y un medio de expresión, la tercera función del cuerpo de carne y hueso es proporcionar sensación de seguridad, calidez y alivio. Imaginaos una armadura de lo más reconfortante, o sea, imaginaos que sois vuestro propio osito de peluche. El cuerpo es esa bolsa de Marc Jacobs que lleváis al hombro y que contiene todos los cachivaches que constituyen vuestra persona. Y en este mismo momento tengo tirado delante un cuerpo desocupado, en el suelo del aeropuerto. No, si tuviera que elegir un cuerpo este no sería el primero —un corpulento chófer del lumpen-proletariado, un hombre de mediana edad cuya última comida fue una ración de ternera al curry para llevar—, pero a caballo regalado no le mires el diente. Tirado en el suelo del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, el muerto lleva un uniforme de chófer de tela de estambre y da la impresión de que la causa de su defunción es haberle cogido la mano a Satanás. Está tumbado boca arriba y paralizado en esa fotografía fija de las víctimas de ataques masivos al corazón. Hace unos momentos tenía toda la cara del color de una lengua. Ahora su cara, sus manos y su piel entera son del color pálido del metal cromado. Con los dedos desesperados se ha abierto la camisa y la chaqueta y con las uñas frenéticas se ha infligido en el pecho una espectacular pizza margarita de piel desgarrada, mejunje rojo y vello corporal negro y enredado. Tiene la acreditación metalizada salpicada de

rojo hemoglobina y colgando junto a la axila. Dice: HARVEY.

Por desolador que sea su aspecto, no es peor que el que me quedó a mí al caer muerta en el suelo de una suite de hotel de Beverly Hills, rodeada de restos de comida del servicio de habitaciones. No te imagines que a ti te quedará mejor pinta, amable tuitera.

Contemplo cómo el espíritu se eleva del cadáver, pero no de la misma forma en que uno ve el humo o la niebla. Más bien de esa forma en que ves un olor con la nariz. Igual que notas por dentro una migraña con toda la cabeza. Por culpa de toda la sangre que le ha manado del pecho, formando un charco en el suelo, su alma asciende bañada en un azul tan espeso como líquido y se amontona en el aire de debajo del techo. Al principio el azul forma un grumo, una aglomeración, una nube, pero el grumo enseguida adopta forma de embrión de libro de texto y luego de feto. Y se queda ahí suspendido. El tono azul es el mismo que ve tu lengua cuando comes nata montada. Y al cabo de menos de un instante ya ha aparecido una versión azul y a tamaño real del hombre, contemplando su propio cadáver.

Se queda mirando boquiabierto sus restos mortales, moviendo la boca como si se estuviera atragantando con algo demasiado grande para tragarlo. Por su parte, la muchedumbre de desconocidos del aeropuerto que se ha congregado se dedica a estudiar sus últimos movimientos como si al cabo de un momento les fueran a poner un examen. Yo soy la única que ha visto cómo el fantasma le salía del cuerpo y se inflaba en el aire. Me lo quedo mirando y Satanás también. Satanás extiende una mano enfundada en un guante ajustado de chófer en dirección al desconcertado espíritu. Los espectadores siguen con la mirada la mano enguantada, pero no ven hacia dónde apunta. Todos oímos decir a Satanás:

—Harvey, ¿verdad? ¿Harvey Parker Peavey? —dice—. Si quieres venir por aquí, por favor…

La mirada del fantasma encuentra la mano extendida. Y sus oídos encuentran la invitación.

—Eres el que me va a llevar al Cielo, ¿verdad?

Satanás suelta un resoplido de burla. Con los ojos eclipsados por la visera de la gorra, me dice:

—Díselo, Madison.

El fantasma novato gira la cabeza hasta verme y me pregunta:

—¿Madison Spencer? ¿La *famosa* Madison Spencer? ¿Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer?

Y sonríe como si acabara de conocer a Dios.

—Háblale del Cielo, Maddy —me provoca Satanás.

Todos los presentes, todo nuestro público de fisgones vivos-vivientes, siguen la voz de Satanás en dirección a mí, pero no pueden verme. Mi acompañante, el señor Crescent, también mira y me dice en voz baja:

—¿Niña muerta?

Aparece un equipo de paramédicos, abriéndose paso entre la multitud.

Oh, amable tuitera, los parches improvisados y las soluciones temporales solo pueden acabar conduciendo a la perdición. Mientras la mano de Satanás se cierra con firmeza en torno a la fantasmagórica muñeca azul del hombre, yo digo:

—Sí.

Mientras el Diablo empieza a llevarse a rastras a su sonriente víctima, yo le aseguro:

—Puede que tardes un poquitín más de lo que esperabas, pero sí, te prometo que llegarás al Cielo, Harvey.

Satanás se pone a remolcar la forma azul y bulbosa como si fuera una carroza del desfile del Día de Acción de Gracias de los almacenes Macy's.

Y el pobre Harvey, mientras Satanás se lo lleva a rastras, va diciendo:

—¡Gracias, niña ángel!

Y se dedica a mecer alegremente la cabeza azul mientras va cantando mi nombre: «Madison, Madison Spencer». La Mesías que regresó de la muerte para llevar a la humanidad a su gozosa salvación.

Mi abuelo tenía razón. Soy un ser maldito y despreciable. Soy una cobarde.

Mientras los paramédicos se agachan junto al cuerpo, aprovecho la oportunidad. Mientras les quitan el envoltorio a los pegajosos electrodos y los adhieren al desastrado torso abierto a zarpazos, yo me acerco y me arrodillo junto a la cabeza. Le tapo los ojos vidriosos con mis manos infantiles. Imitando los gestos de esos curadores espirituales que manipulan serpientes y se atiborran de estricnina, toco con cautela la asquerosa piel de la frente del muerto desconocido. Y en ese mismo momento, uno de los paramédicos grita:

—¡Ya!

Futuros muertos, no intentéis hacer esto en casa. Si estáis familiarizados con la costumbre de decir «Jesús» cuando alguien estornuda, entonces entenderéis lo que está pasando. En realidad la descarga eléctrica de un desfibrilador no sobresalta al corazón parado para que regrese a la vida, sino que abre un portal para que regrese el espíritu remolón. Imaginaos que quitáis el tapón de una bañera en el hotel Danieli, y el remolino que hace el agua acumulada del baño veneciano al salir por el desagüe. Pues la descarga momentánea del desfibrilador abre una ruta parecida para que regrese el espíritu que se acaba de marchar.

En caso de que el alma se haya marchado de forma permanente —que es lo que está claro que le ha pasado a Harvey—, cualquier espíritu que haga contacto con él puede instalarse en el cuerpo. Así pues, cuando abro los ojos mi perspectiva es la de alguien despatarrado en la moqueta sucia del aeropuerto, rodeado de las miradas bovinas de los espectadores curiosos, flanqueado por el zumbido constante de las ruedecitas de las maletas que se arremolinan junto a mi cara cubierta de sudor frío. Ahora resido dentro del cuerpo maltrecho de un desconocido, con el sabor del curry todavía en mi boca nueva y extraña, pero estoy viva.

Por los dioses, amable tuitera, me había olvidado de lo espantoso que es estar vivo. Por mucho que una persona viva-viviente esté bien de salud, sigue experimentando el tormento de la piel seca, los zapatos que aprietan y el escozor de garganta. Cuando yo era una criatura en la cúspide de la pubertad, no me preocupaba demasiado lo que implicaba tener un cuerpo adulto. Ahora, sin embargo, ya me empiezan a picar los gruesos pelos de los sobacos. Me asfixia el olor acre de mis glándulas endocrinas, casi idéntico al hedor masculino de los retretes públicos del norte del estado. De niña, siempre me había imaginado lo bonito que sería tener picha: algo así como tener un mejor amigo y confidente, pero pegado a ti. La realidad es que no siento el rabo que me acaba de salir más de lo que siento el apéndice. Ahora tuerzo el cuello imposiblemente grueso y echo un vistazo a un lado y al otro. Una voz de mujer me pregunta:

—Señor Peavey, ¿me oye? —Inclinada sobre mí, una de los paramédicos, la que me ha administrado la descarga, me está iluminando los ojos con una linternita. Y me dice—: Señor Peavey, ¿puedo llamarle Harvey? No intente moverse.

El haz de la linternita me abrasa los ojos. Tengo la tripa toda revuelta y dolorida. El pecho que acabo de adquirir me duele allí donde la piel rasgada empieza a sangrar de nuevo, y me arden las costillas donde sigo teniendo adheridos los electrodos pegajosos. Mi intención no es más que apartar suavemente a la paramédica que me está atendiendo, pero el gesto que me sale, un robusto manotazo, la derriba hacia atrás. Imaginaos que sois agua veneciana sorbida por un desagüe y que adoptáis la forma de unas tuberías nuevas y desconocidas. No soy consciente de mi fuerza. Ni tampoco de mi tamaño. Estoy dentro de un robot colosal de carne, intentando hacer que le funcionen los brazos y las piernas. Pero son unos brazos y piernas enormes. Solo para levantarme ya hace falta una hábil gesta de ingeniería. Cojo demasiado impulso y me tambaleo un paso. Agitando los brazos para no perder el equilibrio, derribo a los paramédicos y al personal de seguridad como si fueran bolos. Me quedo erguido y tambaleándome, dando tumbos con las piernas rígidas. He aquí mi pesadilla: soy una recatada colegiala que se encuentra semidesnuda en uno de los aeropuertos de enlace más transitados del mundo. Cuando me doy cuenta de que tengo los pechos desnudos —y encima peludos y recubiertos de músculos—, suelto un chillidito y me pego los fornidos codos a las costillas para esconder mis mortificados pezones marrones y enormes. Agitando frenéticamente las manos enormes sobre mi cara rasposa, suelto un chillidito y salgo corriendo.

—Jolines, lo siento —digo con voz aguda, abriéndome paso por entre las multitudes horrorizadas del aeropuerto—. Perdonen ustedes —chillo mientras mi considerable chorro de sangre masculina rocía a los mirones en retirada.

A pesar de mi envergadura de jugador de fútbol americano, me alejo galopando como una muchachita, tapándome los senos y con los hombros pegados a las orejas peludas. Con las piernas muy abiertas. Con cada zancada choco contra una silla de ruedas, un cochecito de bebé o un carro para el equipaje. En mi esfuerzo para

andarme con tiento, me abro paso a empellones y voy barriendo a los estupefactos remolones del aeropuerto mientras un equipo de agentes de la ley se me acerca corriendo a toda velocidad, con los walkie-talkies emitiendo un crepitar de estática y de parloteo autoritario.

Me dedico a perseguir dando tumbos a Satanás y a su rehén más reciente, chocando contra los viajeros inocentes y diciendo con una vocecilla aguda:

—Caray, jolines, jopé… —Intento hablar con voz suave y jovial, pero me sale un bramido extraño y atropellado—. Lo siento… culpa mía… lo siento… ups…

Ahora noto algo que se me menea y se me bambolea dentro de los pantalones. La picha no me da precisamente la sensación de ser un fiel compadre, sino más bien algo asqueroso que me está cayendo del suelo pélvico. Como una hernia colgante y pendular. Una hernia estrangulada de diez o quince centímetros. ¡Por los dioses! ¡Pero si es como cagar por delante! ¿Cómo pueden los hombres aguantar esta sensación repulsiva? La vista se me empieza a nublar empezando por los lados, supongo que porque he perdido demasiada sangre. El corazón me late desbocado. Noto el corazón como si fuera del tamaño de un Porsche 950 al ralentí. Cerca de donde estoy veo a Satanás sacando a rastras a su prisionero por una salida de emergencia.

Me vienen a la cabeza mis años de formación en prevención de asaltos sexuales y me pongo a gritar:

—¡Violación! —Aporreando el suelo con mis zapatos de la talla 52, vocifero—: ¡Socorro, que me violan!

Me persigue una docena de fuertes brazos de policías, extendidos para agarrarme desde atrás.

Satanás contempla mi humillación, riendo tan en silencio como un personaje de Ayn Rand. El fantasma azul que lleva agarrado echa una mirada confundida hacia atrás.

Y grito:

—¡Que alguien lo detenga! —Grito—: ¡Es el Diablo! —Unas manos me agarran los brazos y me los apartan del pecho, desnudando con crueldad mis peludos y musculosos pechos preadolescentes, y yo grito—: ¡Madison Spencer no os ha dicho la verdad! ¡Os está mintiendo! —Mareado, con apenas sangre suficiente para ruborizarme recatadamente por mis tetitas desnudas, y con los pezones desnudos erizándose por culpa del aire acondicionado helado del aeropuerto, chillo—: ¡Por favor, que todo el mundo pare de decir esa palabrota que empieza con P!

Amable tuitera, mi agonía es atroz. Hasta la risa de Satanás huele a metano. Bueno, especialmente su risa. Por fin, y afortunadamente, el enorme corazón de gigante vuelve a fallarme y todo se sume en la oscuridad.

21 DE DICIEMBRE, 10.29 HORA DEL PACÍFICO

Un horrible contratiempo

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

La próxima vez que una persona sensible y con curiosidad te pregunte si crees que hay vida después de la muerte, tú sigue mi consejo. Esa pomposa pregunta, que los listillos de los intelectualoides demócratas usan para cribar a los idiotas de su propia gente: «¿Crees en el más allá? ¿Tus creencias personales incluyen la vida después de la muerte?»… Da igual cómo formulen su petulante examen, tú haz lo siguiente. Te los quedas mirando a los ojos, sueltas un resoplido de burla y replicas:

—Con franqueza, hay que ser un provinciano ignorante para creer en la muerte.

Por favor, permitidme que comparta una anécdota de mi antigua vida. Estábamos una vez de camino a un rodaje en Nuremberg, en Nagasaki o en Newark cuando la productora se equivocó y nos mandó un coche que no era para nosotros. En lugar de un elegante Lincoln Town Car negro, nos mandó una limusina Cadillac extralarga y tuneada, con toda la tapicería interior decorada con lucecitas púrpuras parpadeantes. La peste a ambientador Ozium que echaba la alfombrilla era directamente proporcional al número de señoritas que habían vomitado Long Island Iced Teas y semen en los asientos de atrás, y para empeorar las cosas a aquel coche en concreto le fallaba la batería o la vejiga o el alternador o lo que fuera que lo tenía que poner en marcha. Y para saltarme los preámbulos, mis padres y yo acabamos plantados en el arcén de una autopista del Tercer Mundo mientras un equipo de paramédicos automovilísticos llegaba a bordo de una ambulancia de una compañía de grúas e intentaba darle una descarga al corazón de la limusina usando unas pinzas para pezones de aspecto temible. Toda la desfibrilación del mundo no consiguió resucitar a aquel odioso autobús; tampoco deseábamos, ni mis padres ni yo, volver a penetrar en su interior tosco y lleno de peste a fluidos corporales expulsados.

Pues así es exactamente como me siento cuando contemplo el torpe cadáver del pobre Harvey Peavey. Traicionado una vez más por su corazón averiado, ahora yace en la poco higiénica moqueta del aeropuerto, ese inepto chófer cuya alma se marchó arrastrada por Satanás.

—¡Ya! —gritan los paramédicos, y le atizan otra descarga, pero ni de broma pienso volver a entrar en ese guiñapo.

—Tiene suerte —dice una voz.

El espíritu azul del señor Crescent City se me acerca y los dos nos quedamos mirando el cadáver de Peavey.

—¿Dónde está tu cuerpo? —le pregunto yo.

Echo un vistazo, pero no hay ningún espantajo con sobredosis tirado en ninguna de las butacas de plástico del aeropuerto. Una corta hilera de tres o cuatro personas se está formando delante de la puerta cerrada con pestillo de un lavabo para

minusválidos. Incluso estando posviva, la mera idea de usar un lavabo público me llena de terror. Le digo a Crescent City:

—Esos lavabos están reservados para las personas lisiadas.

Crescent señala el cadáver con la cabeza desgreñada y dice:

—¿Has oído lo que ha dicho? Justo antes de morirse te ha llamado mentirosa.

La verdad es que he sido yo misma quien me ha llamado mentirosa. Solo estaba usando la boca de Peavey.

—Lo he oído —digo.

Incrédulo, Crescent dice:

—Seguro que ya está en el Cielo.

Yo no digo nada.

En voz baja y entre dientes, Crescent City entona un cántico incesante:

—Puta… puta… puta…

En aquel viaje en el que nos mandaron la limusina extralarga y apestosa… en aquel mismo viaje a alguna localización desolada de rodaje en Angola, Argel o Alaska, el agregado cultural del gobierno infestado de moscas se nos quejó de que los envíos de excedentes de queso procedentes de Estados Unidos habían sido asaltados por los guerrilleros, y la pérdida de aquella fuente crucial de proteína multinutriente de alta densidad comportaba que ahora todas las aldeas de la región estaban pasando hambre. Y allí plantada, en el arcén de aquella autopista dejada de la mano de Dios, a mi madre le vino una idea. Sin perder ni un segundo, chasqueó los dedos con manicura perfecta y puso una cara boquiabierta que indicaba que se le acababa de encender la bombilla. Su brillante solución fue sacar el teléfono móvil y hacer dos millones de reservas para que los refugiados fueran a cenar al Ivy o al Le Cirque. Sonrió al agregado cultural y le preguntó si alguna de aquellas hordas famélicas tenía alguna restricción dietética.

Problema solucionado.

Y yo, amable tuitera, no quiero ser así. Mientras el fantasma de ketamina de este lunático que es el tal Crescent entona esa horrible palabrota una y otra vez, yo le digo:

—Para, por favor.

Su silueta azul ya se está dispersando. Se queda callado.

—Vete —le digo—. Ve a recoger tu cuerpo. Y llévame con mi madre. Tengo unas cuantas verdades que contar.

21 DE DICIEMBRE, 10.30 HORA DEL PACÍFICO

La abominación avanza

Colgado por Leonard.empollon.del.Hades@masalla.inf

Entre los discípulos de Platón se propaga el mito del bebé-cosa. De acuerdo con el logógrafo Helánico de Lesbos, los vasos de plástico y los frascos vacíos de medicina forman una flota abigarrada que emprende una misión maldita. Sometida alternativamente al sol abrasador y a las lluvias torrenciales, esa armada de basura emprende su arduo viaje a través del vientre ecuatorial del planeta, atravesando el océano Pacífico por su parte más ancha, un viaje comparable a los de Darwin, Gulliver y Odiseo. Y liderando esta campaña va la niña-cosa, macerándose en ese caldo de plástico en descomposición. Porque el sol fotodegrada todas esas bolsas del supermercado y de la tintorería. La acción del viento y de las olas las bate y las muele en forma de partículas cada vez más pequeñas. Y a medida que las partículas se adhieren, a sus brazos les crecen manos, y a esas manos les brotan unos dedos colgantes de plástico revoloteante. A las piernas de la niña-cosa les salen unos pies. Y esos pies tienen unos flecos de dedos flácidos. A la deriva en el centro del Pacífico, la pálida niña-cosa carece de vida, está tan inerte como un cadáver ahogado, pero sigue creciendo. A base de nutrirse de esa sopa de partículas de plástico, de la cabeza le salen unas hebras tan finas como cabellos. Se le inflan dos burbujas que florecen hasta convertirse en los contornos de unas orejas. Se le agolpan grumos de plástico y se le adhieren para conformar una nariz, pero la inerte niña-cosa sigue sin tener vida.

Fijaos en lo mucho que se parece el peregrinaje de nuestra niña-cosa al del Perseo niño. El héroe griego legendario que de mayor mataría a las Gorgonas y le puso el arnés al caballo alado Pegaso, de bebé fue encerrado en un baúl y lanzado a la corriente. Y no olvidemos lo mucho que se parecen las tribulaciones de Perseo a las del santo galés Canicio, que de niño fue metido en una cesta de mimbre y arrojado al mar nada menos que por el rey Arturo. Y a su vez, hay un eco de esta historia en el destino del bardo galés Taliesin, que de bebé fue metido dentro de una vejiga de piel inflada y arrojado a la corriente. Y en la historia del rey guerrero Karna, de la mitología hindú, cuya madre lo colocó dentro de una canasta y lo puso a merced del Ganges. Todos estos episodios de la historia y de la teología comparada navegan junto con el bebé-cosa y su armada de plástico.

Y en virtud de todos esos viajes, todas las religiones devienen la misma.

Y ahora el coloso está pasando en masa junto al archipiélago de Hawái. El mar zarandea las pelotas de playa y los cepillos de dientes en descomposición, deshaciéndolos en copos, motas y jirones indistintos. En cumarona-indeno y en ftalato de dialilo. Los fotones de la radiación infrarroja y de la luz ultravioleta desarticulan los lazos que mantenían unidos a los átomos. La hidrólisis provoca la escisión de las cadenas de polímeros. Y así es como todos estos encendedores desechables y collares antipulgas quedan reducidos a sus monómeros componentes.

Y así, suspendida en este espeso baño, de acuerdo con los neoplatónicos, la niña-cosa va engordando. Desarrolla unos labios y esos labios se separan para constituir una boca, pero la niña-cosa sigue sin estar viva. Y dentro de la boca le crecen unos dientes de poliarilato.

Por encima de la isla Wake, la marea de compuestos termoplásticos de poliéster y de óxido de polifenileno vira hacia el norte, demorándose frente a la costa de Japón a la altura de Yokohama. Allí un reloj de pulsera abandonado se cierra en torno a una muñeca que sigue creciendo. La cara de la niña-cosa aflora sobre la superficie de las aguas igual que un minúsculo atolón. El reloj de pulsera roto se pone a hacer tictac. El ídolo abre los ojos, unos ojos apagados que levantan la vista hacia los cielos del océano. Y en las despejadas noches del ecuador, esos ojos de poliestireno se maravillan al ver las estrellas.

Los labios recién creados tiemblan y pronuncian las palabras:

—¡Por los dioses!

Y, sin embargo, la niña-cosa sigue sin estar viva.

21 DE DICIEMBRE, 10.31 HORA DEL PACÍFICO

Lo que Dios une

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Hace años, después de que me vinieran a recoger al funeral de mi abuela en el tedioso norte del estado y me devolvieran a mi hábitat natural de Lincoln Town Cars y jets de alquiler, reanudé mi campaña de inventar entradas obscenas de diario.

«Querido diario —escribí—: Ahora entiendo que lo que antaño sentía por el acre miembro del alce no era más que una fascinación. Lo que inicialmente me atrajo hacia la aterciopelada picha del leopardo no era amor…»

Al llegar a este punto mis padres se veían obligados a pasar página, taquicárdicamente ansiosos por leer mi siguiente revelación sobre mí misma. Con el alma en vilo, seguían leyendo, desesperados por tener constancia de que yo había abandonado mi pasión por las pijas de lémur.

«Querido diario —escribía yo—: Viviendo en el norte del estado, entre gente simple y curtida, he descubierto a un amante que ha eclipsado a todas mis parejas animales anteriores…»

Y llegado este punto yo alteraba mi caligrafía y la volvía intrincada e indescifrable, a fin de representar la tensión de la introspección. El bolígrafo me temblaba como si las emociones fuertes me abrumaran.

Los fisgones de mis padres fruncían el ceño. Discutían hasta la última palabra ilegible.

«Querido diario —seguía escribiendo yo—: He formado una alianza más satisfactoria que ninguna de las que se me antojaron nunca posibles. Allí, en aquel templo toscamente construido del norte del estado…»

Mis padres habían estado en el funeral de mi yaya Minnie. Los dos habían visto cómo me consolaba el rubio David Copperfield, con aquella cara suya que parecía pan recién horneado y aquel pelo que parecía mantequilla, aquel pretendiente rural que me había puesto una Biblia en las manos y me había conminado a que sacara fuerzas de ella. Ahora, mientras leían mi diario, seguramente mis padres se debían de imaginar que yo estaba ejecutando algún Kamasutra tántrico en el norte del estado con aquel solemne y rubio pregranjero.

«Querido diario —escribí, tirando de la curiosidad de mis padres—: Jamás me había imaginado este nivel de satisfacción…»

Y escribí: «Hasta hoy mi corazón de once años no había amado nunca de verdad…».

Llegado ese punto mi madre estaría leyendo en voz alta. Con la misma voz elegante con que hacía las voces en off para los anuncios de televisión de Bain de Soleil, estaría diciendo: «Por fin he encontrado la felicidad».

Mis padres estarían admirando aquellas páginas como si fueran un texto sagrado.

Como si aquel humilde diario mío fuera *El libro tibetano de los muertos* o *La profecía celestina*: algo elevado y profundo procedente de sus propias vidas. Mi madre, con su voz formada en los escenarios y relajada por el diazepán, leería en voz alta «… y a partir del día de hoy le otorgo mi amor eterno a…», y la voz le fallaría. Para ellos, lo que venía a continuación era peor que la imagen de mí chupando cualquier verga de pantera o pezón de oso pardo. Tenían delante un horror todavía más violento que la idea de que su preciosa hija se casara con un rancio republicano.

Ni ella ni mi padre podrían hacer otra cosa que quedarse mirando las palabras con incredulidad.

—«Otorgo mi amor eterno… —continuaría mi padre— a mi señor y amo supremo…»

—Señor y amo —repetiría mi madre.

—«Jesucristo» —leería mi padre.

—Jesús —diría mi madre.

21 DE DICIEMBRE, 10.34 HORA DEL PACÍFICO

Mi coqueteo con la divinidad

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Jesucristo era el mejor novio falso de todos los tiempos. Daba igual adónde mi familia viajara, a nuestras casas de Trinidad, Toronto o Túnez, siempre sonaba el timbre y algún mozo de reparto aborigen aparecía frente a nuestra puerta, trayendo un enorme ramo de rosas de parte de Él. Una noche, cenando en el Cipriani o en el Centrale, mi padre me pidió un *lapin à la sauce moutarde* y yo esperé a que llegara a la mesa para contemplar mi plato con fingido desdén. Puse cara de asco, señalé al camarero y dije:

—¿Conejo? ¡No puedo comer conejo! Si supierais algo del Levítico Dos, sabríais que para poder comérselas, las bestias han de mascar hierba y *tener pezuñas hendidas*.

Mi padre me pidió la *salade Lyonnaise* y yo la devolví porque los cerdos no mascaban hierba. A continuación me pidió el *escargot bourguignon* y yo lo rechacé porque la Biblia prohíbe específicamente comer caracoles.

—Son impuros —les expliqué—. Se arrastran por el suelo.

La cara de mi madre era una máscara de serenidad diazepánica. Las coletillas de su vida eran «tolerancia» y «respeto», de modo que ahora se veía aprisionada entre ellas como si estuviera sujeta con un tornillo de banco ideológico. Con voz tranquila, me preguntó:

—A ver, cariño, ¿qué *puedes* comer…?

Pero yo la interrumpí diciendo:

—¡Espera! —Me saqué una agenda electrónica del bolsillo de la falda pantalón y fingí que estaba leyendo un mensaje que me acababa de llegar—. Es Jesús —los interrumpí, arrancándoles una mueca.

Aunque se les estaba enfriando la cena, yo les hice esperar. Si alguno de ellos intentaba protestar, yo le hacía callar mientras fingía que leía y contestaba. Sin levantar la vista, solté un chillido lo bastante fuerte como para que me oyeran todos los comensales del local.

—¡Cristo me ama! —Miré la pantallita de mi agenda electrónica con el ceño fruncido y dije—: Jesús no aprueba el vestido que llevas hoy, mamá. Dice que eres demasiado mayor para llevarlo y que te da pinta de guarra…

Mis padres… Yo me había convertido en su peor pesadilla. En lugar de enarbolar el estandarte de la ideología que ellos me habían inculcado con tanto orgullo, en lugar de aceptar el testigo de su humanismo ateo, me dediqué a repasar los mensajes de mi teléfono y a decirles:

—Jesús dice que el tofu es malvado y que toda la soja la hace el Diablo.

Mis padres… En el pasado habían puesto toda su fe en los cristales de cuarzo, en

las cámaras hiperbáricas y en el *I Ching*, de manera que ahora no tenían credibilidad para decir nada. Durante todo aquel punto muerto de la cena, el camarero había permanecido firme, plantado junto a nuestra mesa, y ahora me volví hacia él y le pregunté:

—¿Por casualidad sirven ustedes saltamontes con miel silvestre? —Le pregunté—: ¿O maná?

Antes de que el camarero pudiera responderme, bajé la vista a la agenda electrónica que tenía en el regazo y dije:

—¡Un momento! Jesús me está tuiteando.

Mi padre buscó la mirada del camarero y le dijo:

—¿Perry? —A mi padre hay que reconocerle que conoce el nombre de todos los camareros de todos los restaurantes de cinco estrellas del mundo—. Perry, ¿quieres dejarnos un momento a solas?

Mientras el camarero se alejaba, mi padre miró a mi madre. Enarcó las cejas de forma casi imperceptible y se encogió de hombros. Estaban atrapados. En calidad de ex cienciólogos, ex bahaístas y ex seguidores de los seminarios de Erhard, no tenían derecho a cuestionarme mientras tecleaba alegremente mi devoción al sistema de creencias que yo había elegido.

Resignado, mi padre levantó su tenedor y esperó a que mi madre hiciera lo mismo.

Mientras ambos se llevaban sendos bocados de comida a sus bocas respectivas, yo anuncié:

—¡Jesús dice que tengo que apoyar públicamente al próximo candidato republicano a la presidencia!

Al oír esto, los dos ahogaron una exclamación, inhalaron su comida y se atragantaron. Se pusieron a tragar vino pero seguían tosiendo, y todos los presentes en el restaurante se quedaron mirando cómo resollaban mientras a mi padre le sonaba el teléfono. Lo contestó sin aliento.

—¿Una encuesta comercial? —preguntó, incrédulo—. ¿Sobre qué? ¿Sobre los *mondadientes que compro*? —Casi a gritos, le preguntó a su interlocutor—: ¿Quién habla? —Escupiendo gotitas de saliva, exigió saber—: ¿De dónde has sacado este número?

Y por eso, ArcherCrestaPunk666, te doy las gracias de corazón.

21 DE DICIEMBRE, 10.37 HORA DEL PACÍFICO

Una pequeña sobredosis dorada

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Contaré ahora cómo llegó a mi vida mi precioso gatito Rayas de Tigre.

Después de lo del norte del estado y de mi abuela, mis padres y yo estábamos alojados en el siempre encantador hotel Beverly Wilshire. Estábamos desayunando en nuestra suite, es decir: yo estaba mirando comer a mis padres. Es decir: mi padre estaba jugando a sus juegos de desprogramación, negándome las galletas danesas de albaricoque y los pasteles de queso para obligarme a renunciar a mis tórridos encuentros con Jesús. A modo de venganza, yo mantenía el teléfono pegado al oído, prodigando arrumacos y haciendo caso omiso de las miradas fulminantes de mis padres mientras me deshacía en risitas.

—¡Para, Jesús! ¡Para de ser tan descarado! —Dejé que mi mirada de niña revoloteara por el mantel blanco, por entre las flores y el zumo de naranja, hasta posarse en la expresión sombría de mi madre. A continuación fingí que la examinaba con atención, escrutándole los labios y el cuello antes de detenerme en su escote y decir—: ¡Qué va, no lo son! ¡Ella nunca ha hecho eso!

Mi madre cambió de postura en su asiento, incómoda. Se levantó la servilleta del regazo y se limpió las comisuras de la boca. Con elaborada Ctrl+Alt+Despreocupación, miró a mi padre y preguntó:

—Antonio, cariño, ¿me puedes pasar el azúcar?

Mi padre le pasó el azúcar a mi madre y dijo:

—Maddy, cielo, no está bien hablar por teléfono en la mesa del desayuno.

Mi madre se puso, con tremendo Ctrl+Alt+Sadismo, a echarse cucharadas enormes de azúcar al café.

Con el teléfono todavía pegado al oído, le hice una mueca de ojos muy abiertos a mi padre y articulé en silencio las palabras: «¡No puedo colgar!». Y exclamé en silencio: «¡Es Jesús!».

¿Cómo rebelarse contra unos padres que aplaudían la rebelión? Si tomaba drogas y me liaba con un tren entero de moteros forajidos y practicantes del sexo en grupo infestados de verrugas venéreas, mis padres estarían absolutamente encantados.

Menudo hipócrita estaba hecho mi padre, fingiendo que el desayuno era un momento sacrosanto de reunión familiar. A su lado en la mesa tenía el habitual montón de dossieres abiertos de huérfanos, y entre ellos asomaba un retrato policial en papel satinado con unos ojos duros como el pedernal. Aquellos ojos del color de la piedra parecían despreciar hasta el último lujo ridículo que veían en nuestro suntuoso hotel. Durante lo que duró un grito ahogado, mi risita aguda de colegiala se vio sofocada y mis ojos hipnotizados por aquellos rasgos escarpados y por la expresión grosera de aquel huerfanito eslavo en particular. Aquella tosca mueca de burla de

matón me dejó en trance.

Por fin mi madre rompió el silencio diciendo:

—Cuelga ya, señorita.

Yo me volví hacia ella y la ataqué diciendo:

—Dice Jesús que eres tú la gorda.

—Cuelga ya —me dijo mi padre.

Y yo les dije:

—Eh, no disparéis al mensajero. —Y añadí por el teléfono—: ¿JC? Ya te llamo yo dentro de un rato. —Dije—: Mi imperioso y todopoderoso padre está siendo un capullo integral, qué te voy a contar. —Y a modo de golpe de gracia, añadí por el teléfono—: Y tienes razón en lo de la barriga de mi madre.

De forma exquisitamente Ctrl+Alt+Pausada, apagué el teléfono y lo dejé junto a mi plato del desayuno vacío.

Para que conste en acta, amable tuitera, en aquella comida a mí no me habían servido más que un pomelo cortado por la mitad, una tostada seca y un mísero huevo escaldado. Un huevo de codorniz, además. Aquellas raciones dignas de un campo de exterminio no me habían puesto precisamente de un humor radiante. Impostando mi mejor actitud de Elinor Glyn, miré desafiante a mi padre y anuncié:

—Ya que pareces tan decidido a hacerme sufrir… —y cerré los ojos al estilo de una verdadera heroína— ¡preferiría que te sacaras el cinturón y me azotaras!

Igual que otros preadolescentes anhelaban una cuantiosa asignación económica de sus padres o tener un cabello resplandeciente o muchos amigos, yo quería que mis padres me pegaran. Daba igual que fueran puñetazos o bofetadas. No me importaba si el golpe venía de mi madre o de mi padre, me valía cualquiera de aquellos dos seres concienciados, pacifistas, idealistas y no violentos. Daba igual que me dieran en la mejilla o en el estómago, yo ansiaba aquel impacto porque sabía que nada cambiaría con la misma eficacia el equilibrio de poder paterno-filial. Si conseguía persuadirlos para que me arrearan aunque fuera una sola vez, luego ya podría citar para siempre aquel incidente y usar su recuerdo para ganar cualquier discusión.

Ah, quién fuera Helen Burns, la compañera de infancia de Jane Eyre que fue obligada a comparecer delante de las alumnas de la escuela Lowood y recibir una somanta de palos a manos del señor Brocklehurst. O quién fuera Heathcliff para que el joven maese Hindley me tirara una buena pedrada a la cabeza infantil. Aquellos malos tratos en público eran mi deseo más intenso.

Con los ojos cerrados, ofrecí serenamente la cara y esperé con ansia el doloroso golpe. Oí que mi madre removía el café, con un delicado tintineo de la cucharilla dentro de su taza de porcelana. Oí el susurro que hacía mi padre al untar de mantequilla la tostada con el cuchillo. Por fin mi madre dijo:

—Antonio, no prolonguemos esto… Adelante, pega a tu hija.

—Camille —oí decir a mi padre—. No le sigas la *corriente*.

Seguí inclinada hacia delante, con los ojos cerrados, ofreciendo la cara como

diana.

—Tu madre tiene razón, Maddy —dijo mi padre—. Pero no vamos a empezar a romperte la cara hasta que tengas dieciocho años por lo menos.

Yo me imaginaba, querida EmilySIDAenCanada, que llevaba los ojos vendados y un Gauloise humeante colgando entre los labios. Rezaba por que me aporrearan como si fuera un saco de arena en forma de niña.

—Queremos ayudarte a procesar el dolor que debes de sentir por tus abuelos —dijo mi madre.

—Tenemos un regalo para ti, cielo —oí que decía mi padre.

Abrí los ojos y allí estaba el señor Contoneos. En mi vaso de agua nadaba un pececillo dorado, risueño y danzarín. Sus ojos protuberantes giraron para mirarme fijamente. La abertura pulsátil de su boca se abrió y se cerró, tragó y se cerró. Mi fachada de dureza se vino abajo al ver boquear a aquel diminuto duendecillo del color del sol, suspendido en el agua de mi comida que yo no me había bebido. En una sola palabra, me quedé encantada. El nombre de señor Contoneos me vino a la mente al instante, y de pronto me sentí radiante, una niña feliz, aplaudiendo y rodeada de mi sonriente familia. Y al cabo de un momento, trágicamente, dejé de estarlo.

Al cabo de un momento, el señor Contoneos zozobró. Le dio un patatús y se quedó flotando boca arriba en el vaso. Mis padres y yo nos quedamos mirando con cara de Ctrl+Alt+Incredulidad.

—¿Camille? —preguntó mi padre—. ¿Por casualidad no te habrás confundido de agua? —Estiró la mano hacia el otro lado de la mesa y levantó el vaso donde estaba el cadáver del señor Contoneos. Se acercó el borde a los labios y dio un sorbo con cuidado de no tragarse el pez muerto—. Justo lo que me temía.

—¿Le he dado tu GHB a Maddy? —preguntó mi madre.

—No —dijo él—. Me temo que se lo has dado a su pez nuevo.

Mis padres ex fumetas, ex yonquis y ex adictos a las anfetas habían matado a mi pez de sobredosis accidental al dármelo en un vaso lleno de GHB. En otras palabras: éxtasis líquido. En otras palabras: ácido gamma-hidroxibutírico. Impertérrito, mi padre siguió bebiendo mientras el cadáver diminuto de mi pececito mascota le rebotaba en los labios. Por fin lo cogió con dos dedos y le hizo entrega de la minúscula víctima a la doncella somalí.

—Al inodoro —entonó con solemnidad—, para que regrese al gran ciclo de la vida.

Mientras yo echaba mano de mi teléfono para llamar a Jesús con la marcación rápida y contarle los detalles de aquella última atrocidad, mi madre empujó la cesta de los bollos hacia mí y suspiró.

—Pues a la porra el pez… ¿Por qué no vamos hoy, Maddy, y adoptamos un lindo gatito para ti?

21 DE DICIEMBRE 10.40 HORA DEL PACÍFICO

Mi verdadero amor rescatado de las fauces de la muerte

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Mis padres nunca adoptaban nada sin emitir como mínimo diez millones de comunicados de prensa. Rayas de Tigre no fue ninguna excepción. Un equipo de rodaje documental nos siguió hasta un refugio no letal para gatos del este de Los Ángeles, donde mi padre y yo nos dedicamos a sopesar los méritos de los diversos gatos abandonados. Mi madre guió a la falange de cámaras hasta un marchito gato rayado que estaba solo en su celda de alambre. Examinó la ficha donde estaba impreso el currículum del animal y dijo:

—¡Oooh, Madison, este tiene leucemia! Le han pronosticado cuatro meses de vida. ¡Es perfecto!

Entre los criterios principales que mis padres buscaban en cualquier relación de dependencia se contaba la transitoriedad. Lo que a ellos les interesaban eran las casas, los empleados, los negocios y los huérfanos adoptados del Tercer Mundo de los que se pudieran deshacer de un momento para otro. Nada constituye mejor carnaza publicitaria que algo que puedes rescatar y querer intensamente durante un mes para luego enterrarlo ante las cámaras en un funeral de lujo.

Cuando rechacé al gato rayado moribundo, mi padre me llevó hasta un anciano macho tricolor. El personal del refugio calculaba que le debían de quedar unas seis semanas de vida.

—Diabetes —dijo mi padre, asintiendo solemnemente con la cabeza—. Que eso te sirva de lección, señorita, la próxima vez que quieras comerte un dulce.

Las cámaras del documental nos fueron siguiendo, de un minino condenado al siguiente. De los gatos con peritonitis infectadas a los que sufrían cardiomiopatías hipertróficas. Algunos intentaban con todas sus fuerzas levantar la cabeza agonizante mientras yo les rascaba detrás de sus febriles orejas. Más que un refugio para gatos, aquello parecía un hospital para felinos desahuciados. Viendo a todos aquellos mininos con tumores intestinales y piometra terminal, yo me sentí fatal. Cierto, todos querían amor y un hogar, pero yo no quería a ninguno de aquellos. Yo quería a uno que viviera el tiempo suficiente para quererme a mí también.

Había un siamés tumbado sobre unos pañales desechables para mascotas, demasiado débil para controlar la vejiga. Un persa gimoteaba lastimeramente y parpadeaba en dirección a mí con unos ojos pegajosos y nublados por las cataratas. Cuando mi padre vio la larga lista de medicinas que necesitaba día sí y día también, una sonrisa le iluminó la cara.

—¡Este no puede durar mucho, Maddy! —Tiró de mí hacia la jaula maloliente del animal y me dijo—: ¡Le puedes poner de nombre «Cat Stevens» y montarle el funeral más grande que ningún gato haya tenido nunca!

Mi madre sonrió para las cámaras y añadió:

—A los niños les vuelve locos de felicidad montar funerales para sus mascotas… ¡crear un pequeño cementerio y llenar todas las tumbitas! ¡Les enseña a ser conscientes de las formas de vida bacterianas del subsuelo!

No sé si mi madre les tenía algún respeto a las formas de vida, pero sé que a su propia madre no. Cuando mi abuela murió de derrame cerebral la noche de Halloween, por culpa de un coágulo errante que le había generado el cáncer, mi madre vino en avión desde Cannes al día siguiente trayendo consigo el infausto vestido de noche color aguamarina cargado de lentejuelas y aljófares.

—Alta costura —dijo al entrar en la oficina de pompas fúnebres de aquel lugar dejado de la mano de Dios, con el vestido sellado dentro de una bolsa de plástico transparente para transportar ropa y echado sobre el brazo.

El empleado de pompas fúnebres del norte del estado estaba deslumbrado: tenía sentados al otro lado de su mesa a Antonio y Camille Spencer. En tono servil, admitió que el vestido era precioso, pero luego les explicó con paciencia que era de la talla 34 y que el cadáver canceroso de mi yaya Minnie vestía una 40. Sin perder ni un segundo, mi padre se sacó un talonario del bolsillo interior de la chaqueta y preguntó:

—¿Cuánto?

—No entiendo —dijo el empleado.

—Por hacer que le quepa el vestido —le apuntó mi madre.

El pobre e ingenuo empleado de la funeraria preguntó:

—Pero es que es precioso. ¿Están seguros de que quieren que le deshaga las costuras?

Mi madre ahogó un grito. Mi padre negó con la cabeza con gesto de amarga incredulidad y dijo:

—Ese vestido es una obra de arte, colega. Como toques una costura, te pongo una demanda que te dejo en quiebra.

—Lo que queremos —explicó mi madre— es que haga usted unos pequeños recortes… un toquecito de liposucción por aquí y por allí… para que mi madre quede perfecta.

—Las cámaras añaden cinco kilos —le dijo mi padre, mientras escribía una vertiginosa cifra de seis dígitos.

—¿Las cámaras? —preguntó el empleado.

—Tal vez también pueda darle un tironcito detrás de las orejas… —dijo mi madre mientras lo ilustraba pellizcándose la piel de detrás de las sienes hasta que le quedaron las mejillas bien lisas y tensas—. Y un pequeño aumento de pecho, levantárselo un poquito, unos pequeños implantes para que el corpiño le quede bien.

—Y también unas extensiones —añadió mi padre—. Queremos verle una buena mata de pelo.

—Tal vez —sugirió mi madre— podría usted sacarle los riñones y subírselos un poco hasta aquí.

Se cogió sus pechos perfectos con las manos ahuecadas.

Mi padre firmó el talón con una floritura.

—Y hemos contratado a un tatuador. —Arrancó el cheque del talonario y se lo agitó frente a la cara con una sonrisilla—. Es decir, a menos que tenga usted alguna objeción a que Minnie se haga unos tatus…

—Ah —dijo mi madre, chasqueando los dedos—. Y nada de ropa interior, ni tanga ni nada. No quiero que el mundo entero esté mirando su funeral en directo por satélite y de pronto se le vean las líneas de las braguitas a mi queridísima madre muerta.

Llegado aquel punto de los planes para el funeral, me dio la impresión de que mi madre se iba a echar a llorar, sentada en la oficina de pompas fúnebres. Pero se giró hacia mí y me dijo:

—Maddy, cielo, ¿qué te pasa en los ojos? ¿Cómo se te han puesto tan rojos e hinchados? —Se sacó del bolso un frasco de diazepanes y me ofreció uno—. Vamos a ponerte unas rodajas de pepino para desinflártelos.

Amable tuitera, yo llevaba llorando sin parar desde Halloween. Aunque, claro, mi madre ni se había fijado.

Cuando me acuerdo de los besos de mi abuela, me viene a la boca el sabor a humo de cigarrillo. Los besos de mi madre, en cambio, sabían a medicación para la ansiedad.

En el refugio no letal para gatos, mi madre se puso ahora a intentar endilgarme más diazepanes para que yo aceptara un gato rabón con una tupida mata de pelo negro. No parecía que le importara demasiado el hecho de que el gato llevara ya un rato muerto. Mi padre sacó su cuerpo todavía caliente de su jaula sucia y trató de ponerme el cadáver rígido en los brazos gordezuelos.

—Cógelo, Maddy —me susurró—. En pantalla se verá como que está dormido. No tenemos todo el día…

Mientras él empujaba suavemente en mi dirección el cadáver maltrecho del gato rabón y yo retrocedía un paso, vi otra cosa. En la misma jaula, oculto tras el gato negro recién expirado, había sentado un gatito anaranjado y diminuto. Se trataba de mi última oportunidad. Si esperaba un momento más me vería en el coche de vuelta al Beverly Wilshire llevando un cadáver felino rígido en mi regazo infantil. Ante las cámaras, y usando de testigos al personal del refugio, señalé con el índice gordezuelo aquella nueva bolita de pelo de color naranja y dije:

—¡Ese de ahí, papá! —Poniendo voz cantarina de muchachita, dije—: ¡Ese es mi gatito!

El objeto anaranjado de mi afecto desesperado abrió unos ojos verdes y me devolvió la mirada.

Mi madre echó un vistazo rápido a la ficha pegada junto a la jaula. En una docena de líneas, despachaba la breve historia personal del minúsculo gatito. Aquella tarde en el refugio no letal para animales, mi madre se acercó a mi padre y le susurró:

—Que se quede el anaranjado —susurró—. Devuelve el muerto a la jaula y deja que Maddy se quede el gatito.

Sin soltar el cadáver maltrecho del rabón, mi padre hizo rechinar las fundas de los dientes y dijo:

—Camille, es un gatito pequeño. —Con una sonrisa tensa en la cara, dijo entre dientes—: Ese bicho de los cojones va a vivir una puta eternidad. —Zarandeó el cadáver peludo que tenía en las manos con una sonrisilla y dijo—: En cambio, a este tal vez el novio de Maddy le pueda hacer un numerito como el que hizo con Lázaro.

—Si este es el gatito que nuestra pequeña Maddy quiere de corazón… —dijo mi madre, metiendo las manos en la jaula de alambre y sacando la bolita temblorosa de pelo naranja— pues este es el gatito que tendrá. —Poniéndose de pie para que las cámaras captaran su gesto, volvió la cara para enseñarles su lado bueno y me puso al animalito caliente en los brazos. Al mismo tiempo, en un aparte en voz baja con mi padre, le dijo—: No te preocupes, Antonio.

Y le hizo un gesto para que se agachara y leyera la ficha.

Y en aquel momento, un fotógrafo que estaba allí en representación de la revista *Cat Fancy* se adelantó un paso, dijo «¡Sonrían!» y nos dejó a todos ciegos con el destello del flash.

21 DE DICIEMBRE, 10.44 HORA DEL PACÍFICO

Madre del año

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Jamás pensé que fuera terriblemente difícil ser una buena madre. Era por eso por lo que mi madre me resultaba una decepción tan grande. En serio, ¿qué onerosos esfuerzos requería una maternidad exitosa? Solo había que acumular un depósito suficiente de espermatozoides frescos dentro del útero y luego esperar que se produjera un óvulo viable. El parto en sí requería preparar una habitación esterilizada revestida de azulejos y con un equipo de rodaje al completo, los operadores de cámara, iluminadores y técnicos de sonido, los camarógrafos, ayudantes de dirección y maquilladores. He visto el resultado: mi madre drogada perdida con un gotero intravenoso de Dolantina, despatarrada sobre una especie de estrado de vinilo con estribos especiales para poner los pies. Se ve a una estilista tapándole con maquillaje el brillo de su pubis meticulosamente depilado a la cera, y, tachán, asoma el bulbo pringoso de mi coco de recién nacida. Capítulo 1: nazco. Ese milagroso momento cinematográfico resulta absolutamente repugnante. A mi encantadora madre se le escapa una mueca de asco, pero por lo demás su sonrisa deslumbrante permanece intacta mientras mi personita en miniatura pringada de limo abandona sus entrañas humeantes dando un giro de cintura. Y enseguida sale al mundo pisándome los talones una placenta igual de fea. Seguro que ya entonces yo confiaba en que el médico que asistía al parto me arreara un buen tortazo. Una verdadera paliza en público. Solo una niña criada con tanto amor y privilegio podía ansiar una somanta de golpes tan fervientemente como yo.

Normalmente mi madre ponía una copia de aquel vídeo cada vez que se juntaba gente para mi cumpleaños.

—Lo tenemos en una toma continua —decía siempre—. Madison estaba mucho más delgada por entonces, ¡gracias a Dios!

Y siempre les arrancaba a los presentes una buena carcajada a mis expensas. Aquellos ataques por el flanco eran la razón de que yo ansiara tanto que mis padres me dieran una buena hostia sincera en toda la boca. Mi ojo morado pregonaría los pequeños tormentos que yo soportaba a diario.

Amable tuitera, no hay duda de que has visto las imágenes sacadas del documental de mi nacimiento que publicó la revista *People*. Ciertamente las vieron mis despiadadas compañeras del internado suizo —yo cuando tenía el tamaño de un trozo de comida regurgitada, del mismo color rojo que los tomates maduros pringados de moco cervical con textura de queso y retorciéndome al final de un correoso cordón umbilical—, que se dedicaban a pegármelas furtivamente en la espalda del jersey con cinta adhesiva, o bien las publicaban en el anuario de la escuela en lugar de mi retrato anual.

Fue esta plena comprensión de la maternidad lo que me llevó a darle a mi gatito, Rayas de Tigre, una mejor infancia que la que yo había tenido. Me juré a mí misma que le enseñaría a mi madre cómo se hacía bien su trabajo.

—¡Poneos algo de ropa, por favor! —amonestaba yo a mis padres desnudos en las playas de Niza, Nancy o Newark—. ¿Queréis que mi gatito sea un pervertido cuando crezca o qué?

Yo localizaba su oloroso alijo de hachís y se lo tiraba por el retrete, diciendo:

—¡Puede que no os importe la seguridad de vuestra hija, pero a mí sí que me importa la del mío!

Cierto, como distracción de la religión, el gatito funcionaba a la perfección. Yo ya no le devolvía las llamadas a Jesús durante la cena. Lo que hacía era llevar a Rayitas a todas partes cogido con el brazo, sermoneándole en voz baja pero audible:

—Puede que mis papás sean unos zombis sexuales hambrientos de drogas, pero nunca dejaré que te hagan daño.

Por su parte, mis padres simplemente se alegraban de que Jesús y yo hubiéramos roto. Era por eso por lo que aceptaban que yo llevara a mi Rayas de Tigre encima a todas horas, ya fuera en Taipei, Turín o Topeka. Dormía encogido a mi lado en mis diversas camas de Kabul, El Cairo y Ciudad del Cabo. Sentada a la mesa del desayuno en Banff o en Berna, yo les decía:

—No *nos* gustan las salchichas de tofu sin grasa y de comercio justo y os agradeceríamos que no *nos* las sirvierais más.

En Copenhague anuncié:

—Si no *nos* dais otro palo de crema de chocolate, *nos* negamos a asistir esta noche al estreno de *La Bohème*.

No hace falta decir que Rayas de Tigre se reveló como el compañero perfecto para ir a la ópera, y es que básicamente se dedicaba a dormir, pero aun así su mera presencia bastaba para que mis alérgicos padres apenas pudieran contener su indignación. Un rastro de pelos de gato y pulgas saltarinas nos seguía a todos lados, a La Scala, al Met y al Royal Albert Hall.

Cuanto más me distanciaba yo en la compañía exclusiva de mi nuevo gatito, más expedientes de huérfanos miserables en vías de adopción ojeaba mi padre. Cuanto más me aislaba yo, más listados inmobiliarios visitaba mi madre en su ordenador portátil. Ninguno de ellos lo mencionaba, pero a pesar de sus conspiraciones derivadas de la soja, mi tutela de Rayas de Tigre tuvo como resultado un gatito muy gordo. Darle de comer parecía hacerlo feliz, y hacer feliz a Rayitas me hacía feliz a mí, y después de solo un par de semanas de darle de comer más de la cuenta, llevarlo en brazos ya era como cargar en brazos con un yunque de Louis Vuitton.

No fue en Basilea, en Budapest ni en Boise, pero una tarde me topé con la entrada de una sala de proyecciones a oscuras. Estábamos en nuestra casa de Barcelona, y yo iba caminando por el pasillo cuando vi aquella puerta ligeramente entreabierta. Oí entonces una combinación de maullidos procedentes del interior a oscuras, un dueto

carente de armonía como el que harían dos gatos callejeros expresando su ardor. Acerqué el ojo a la estrecha rendija que quedaba entre la puerta y el marco y vi un amasijo tembloroso y cubierto de mejunje en la pantalla de cine del interior. La que chillaba era aquella criatura gelatinosa, yo misma de bebé, claramente infeliz de venir al mundo bajo aquella luz inmisericorde y rodeada de gente del equipo de rodaje y de humo de salvia. Y sentada a solas en el centro del patio de butacas vacío estaba mi madre.

Tenía un teléfono pegado a un costado de la cara mientras contemplaba aquel tedioso vídeo del inicio de mi nueva vida. Le temblaban los hombros. Las convulsiones le agitaban el pecho. Estaba sollozando inconsolablemente.

—Por favor, escúchame, Leonard. —Con las mejillas reluciéndole, usó la mano que le quedaba libre para secarse las lágrimas—. Ya sé que es su destino morir el día de su cumpleaños, pero, por favor, no dejes que mi niñita sufra.

21 DE DICIEMBRE, 10.46 HORA DEL PACÍFICO

Mi amado sucumbe a una misteriosa enfermedad

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

A los pocos días de adoptarlo, Rayas de Tigre se infló tanto como si fuera una bola de palomitas y luego se infló hasta tener el tamaño de un brioche, igual de blando y esponjoso al tacto que el dulce de leche hecho en casa. Hacía días que había dejado de hacer pipí en su cajón. Además, había dejado de maullar lastimeramente, con lo cual yo me veía obligada a gimotear como si fuera un ventrílocuo, con los labios paralizados en un rictus congelado mientras impostaba alegres sonidos de gatito para que los oyeran mis padres.

En la comodidad de México DF, Melbourne o Montreal, desayunando sashimi de atún crudo, ceviche de gambas y paté de hígado de pato, mi minino no quiso probar ni un bocado. Mis padres observaron subrepticiamente mis esfuerzos fallidos por alimentarlo, echando vistazos disimulados desde detrás de sus respectivos ordenadores personales mientras yo colocaba a mi gatito repugnantemente inflado junto a mi plato sobre la mesa de desayuno y lo tentaba con exquisiteces suculentas. Para mí, Rayas de Tigre representaba mi oportunidad para avergonzarlos a los dos. Mi forma de cuidarlo sería una demostración de talentos maternales apropiados, no paganos, no veganos y no reaganianos. Yo eludiría todas aquellas vidas pasadas que mis padres habían puesto en juego en mi educación. Mi estrategia sería simplemente derrochar adoración por mi gatito y criarlo para que se convirtiera en un gato equilibrado y sin imagen corporal dismórfica.

Y en aquel momento fingí un «miau» para mis compañeros de desayuno.

¿Ves lo que he hecho, amable tuitera? ¿Ves cómo me he acorralado a mí misma? En Bangalore, Hyderabad o Houston, era obvio que mi amigo gatuno estaba enfermo, pero yo no podía admitir este hecho yendo a pedirles consejo a mis padres. En la mesa del desayuno de Hanoi, mi padre echó un vistazo a la bola de pelo inflada que resollaba tumbada de costado junto a mi plato. Fingiendo Ctrl+Alt+Indiferencia, preguntó:

—¿Cómo está Tigrecito?

—Se llama Rayas de Tigre —protesté yo. Lo cogí en brazos, me lo puse en el regazo y dije—: Está bien.

Sin mover para nada los labios, dije «miau». Y usando con sutileza las yemas de los dedos, moví la boca inerte del gato para que pareciera que decía «miau».

Mi padre le lanzó a mi madre una mirada con la ceja enarcada y preguntó:

—¿Rayitas no está enfermo?

—¡Está bien!

Mi madre posó su mirada Ctrl+Alt+Serena en la masa comatosa que ahora temblaba sobre mis muslos cubiertos por una servilleta y me preguntó:

—¿No necesitaría tal vez ir al veterinario?

—¡Está bien! —dije—. Está dormido.

No podía dejar que vieran mi miedo. La bola de pelo temblorosa que yo estaba acariciando estaba caliente, demasiado caliente. Tenía los párpados cerrados todos pringados de un moco pegajoso que también le borboteaba de las diminutas naricillas negras. Y lo que era peor, cuando le acariciaba los costados le notaba la piel toda tirante y la barriga hinchada. A través del suave pellejo, los débiles latidos de su corazón gatuno parecían estar a millones de millones de kilómetros de distancia. Existía la posibilidad de que le hubiera dado de comer algo que no debía. O de que le hubiera dado de comer demasiado. Ahora estaba jadeando, con la lengua rosada de gatito asomándole un poco, y cada una de sus respiraciones era un estertor. En demasiados sentidos, el pobre Rayas de Tigre estaba reproduciendo la lenta y dolorosa defunción de mi abuela. Sin pensarlo, busqué con los dedos el punto situado detrás de su pata delantera donde se le tendrían que notar más los latidos del corazón, y con las tripas pensantes de mi cerebro me puse a contar «Un cocodrilo… dos cocodrilos… tres cocodrilos…» entre sus latidos lentos e irregulares. Me di cuenta de que ninguno de mis padres estaba comiendo. El hedor de enfermería que despedía aquel gatito enfermo le quitaba el apetito a todo el mundo.

—¿Y si tú y Rayitas vais juntos a hacer terapia de duelo? —Tragó saliva, traicionando su Ctrl+Alt+Ansiedad, y dijo—: Podéis hablar de la muerte de tus abuelitos.

—¡No estoy de duelo!

Entre dientes, seguí contando… «Cinco cocodrilos… seis cocodrilos…» entre los latidos cada vez más apagados.

La mirada preocupada de mi madre recorrió la mesa hasta detenerse en el cesto de los bollos. Lo cogió para ofrecerme aquellos dulces deliciosos y me dijo:

—¿No quieres una magdalena?

—¡No!

Y conté: «Ocho cocodrilos… nueve cocodrilos…».

—Pero si te encantan las magdalenas de arándanos.

Y me escrutó, poniendo a prueba mi respuesta.

—¡No tengo hambre! —dije en tono cortante, contando… «Once cocodrilos… doce cocodrilos…». Los resuellos traqueteantes de mi gatito se habían detenido. Tanteando frenéticamente con los dedos, me puse a darle un masaje a su corazón felino inerte en un intento de devolverlo a la vida. Para esconder esta empresa de mis padres, envolví el cuerpo inflado de Rayas de Tigre con mi servilleta. De tan envuelto que estaba, me resultaba imposible encontrarle el pulso. Para ocultar mi pánico, dije —: ¡No tengo hambre! ¡Rayas de Tigre está sano y feliz! ¡No tengo hambre y tampoco le arranqué el cipote a nadie!

Cuando oyó aquello, mi madre puso una cara como si acabaran de Ctrl+Alt+Abofetearla. Extendió las manos sobre la mesa en lo que debía de ser algún

gesto maternal instintivo, algún intento de abrazo mamífero heredado de nuestros antepasados primates, y me dijo:

—Lo único que queremos es ayudarte, Maddy, cielo.

Apartándome de ella, con mi gato inmóvil y silencioso en brazos, repliqué con unas palabras que eran puro ácido:

—Tal vez podríamos abandonar a Rayas de Tigre en una granja perdida del norte del estado, ¿no? ¿Qué os parece? —Levantando la voz hasta rayar en la histeria, dije —: ¡O tal vez podríamos mandar a mi gatito a algún internado caro de Suiza, donde pueda vivir una situación de aislamiento social entre otros gatos ricos y llenos de odio!

Y entre dientes me dedicaba a contar: «Dieciocho cocodrilos… diecinueve cocodrilos… veinte cocodrilos…». Y, sin embargo, sabía perfectamente que era demasiado tarde. En Seúl, São Paulo o Seattle, ya estaba medio esprintando y medio cayéndome mientras abandonaba mi sitio a la mesa del desayuno y huía a mi habitación llevando a mi bebé gatito amortajado en la servilleta.

21 DE DICIEMBRE, 10.49 HORA DEL PACÍFICO

Incapaz de aceptar la realidad

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Aquella lejana Madison premuerta de once años cargó con el cadáver amortajado de su felino por Amberes, Aspen y Ann Arbor. Como si fuera el cadáver envuelto con una manta de la difunta abuela Joad, otra referencia libresca, pasé de contrabando al pobre Rayas de Tigre por diversos puntos de control de inmigración y aduanas. Lo llevaba sujeto a mi piel con correas, igual que mis padres habían llevado escondidos muchas veces sus narcóticos de contrabando. No hace falta decir que su olor desagradable no remitía; tampoco su fiel séquito de parásitos con alas, principalmente moscas comunes, pero también sus larvas adolescentes y gusanos, que aparecieron en escena como si los hubieran conjurado con magia negra.

Ya fuera porque la seguridad internacional era alarmantemente laxa, o porque mis padres habían sobornado con grandes sumas a los agentes de la ley adecuados, nadie descubrió mi triste cargamento. De vez en cuando yo soltaba un maullido silencioso y derrotado, pero siempre mantenía mi secreto enfundado en aquella servilleta original del desayuno. No pienses que estaba trastornada, amable tuitera, yo sabía que mi gatito estaba muerto. Nadie que estuviera en contacto con su pellejo menguante podía pasar por alto su constante goteo de fluidos fríos. Bajo mi jersey, pegado a mi barriga como si fuera un embarazo, yo sentía el amasijo de sus huesos deshechos.

En las horas transcurridas desde su defunción, se le había empezado a inflar la barriguita peluda. Y sí, puede que yo estuviera temporalmente enloquecida por la pena, pero era consciente de que mi gatito se estaba llenando de gas, producto excremental de sus bacterias intestinales en rebeldía. Y sí, puede que me aterrara en secreto el hecho de haberle dado algo de comer que hubiera causado su fallecimiento, pero yo conocía el término «excrementicio», y también sabía que mi amado estaba a punto de reventar y que aquella explosión reduciría a mi tesorito a una carcasa infestada de bichos. Yo notaba la servilleta pegajosa al tacto. Para las manos con que yo lo acariciaba, Rayas de Tigre no estaba muerto, pero aun así tenía cuidado de no acariciarlo demasiado vigorosamente.

En el momento presente estábamos compartiendo los tres una limusina extralarga, con mis padres sentados codo con codo de espaldas al chófer, lo más alejados que podían de mi infeliz circunstancia. El aspecto emocionalmente decaído de mis padres y sus voces sombrías implicaban que notaban la verdad. Pese a todo, en aquel trayecto en coche entre el aeropuerto y nuestra casa de Jerusalén, Johannesburgo o Jackson Hole, mi madre me preguntó:

—¿Cómo está el pequeño paciente? —Con los ojos inyectados en sangre. Impostando a la fuerza una voz Ctrl + Alt + Cantarina—: ¿Ya se encuentra mejor?

En el mullido interior de la limusina costaba pasar por alto las perennes moscas y

el hedor rancio, y mi madre extendió bruscamente uno de sus brazos moldeados por el yoga en busca de los controles del aire acondicionado. Sus dedos con manicura incrementaron la potencia del aire hasta convertirlo en un verdadero vendaval ártico, y a continuación se sacó del bolso un frasco de Xanax y se metió un puñado de pastillas en la boca. Por fin le entregó el frasco a mi padre por detrás de su periódico.

Yo llevaba mi corazón acurrucado en el regazo, todavía envuelto en la servilleta del desayuno, y era un corazón rígido y frío. Mi corazón era una bomba de relojería muerta que babeaba podredumbre líquida. A modo de respuesta a la pregunta de mi madre, solo pude soltar un maullido decaído. Por detrás de la sombra de las ventanas tintadas, la periferia de Lisboa, La Jolla o Lexington pasaba a toda velocidad y desaparecía. A medida que avanzaba nuestro coche, yo sentía que los jugos purificadores de mi alma gemela efectuaban una migración descendente para mancharme la falda pantalón. Si la alisara, la servilleta que yo tenía en el regazo mostraría un archipiélago irregular de costas llenas de filigranas. A base de salpicaduras y manchones de descomposición, la servilleta trazaría el itinerario tortuoso de la desintegración de todo lo que uno ama.

Es decir, lo contrario de un mapa del tesoro.

¿Mi padre? Apenas se daba cuenta de nada. En tan lujoso escenario, mi padre permanecía ocupado detrás de su periódico, las páginas de color salmón del *Financial Times*. Lo único que yo veía de su persona eran las piernas de las rodillas para abajo, las perneras arrugadas y con dobladillo de sus pantalones. Eso y los nudillos que sostenían el periódico abierto delante de él. Incluyendo su alianza de oro. Mientras mi madre luchaba con su propia empatía sedada, y yo me hundía más y más en la desesperación, mi padre se dedicaba a pasar ruidosamente sus páginas impresas. A hojearlas con una floritura susurrante. Has de saber, amable tuitera, que un hombre de negocios con su periódico es peor que cualquier heroína de Jane Austen andando afectadamente por la vida con un vestido de gala de tafetán.

—¿Maddy? —me preguntó mi madre. Con palabras chillonas de regocijo falso, me dijo—: ¿No le gustaría a Rayas de Tigre tener un hermano nuevo?

O sea: ¿estaba embarazada? O sea: ¿se había vuelto loca?

Desde el interior de su fortaleza de papel, mi padre dijo:

—Cariño, vamos a adoptar. —Desde detrás de su telón de guerras y precios de acciones y resultados deportivos, añadió—: Un chaval de un sitio espantoso.

O sea: yo no les estaba prestando suficiente atención. O sea: querían sentirse más apreciados.

—El papeleo ha tardado meses —dijo mi madre—. No es tan fácil como adoptar a un…

Y señaló con la cabeza la servilleta empapada que yo tenía enrollada en el regazo.

A modo de respuesta, solté un «miau» estrangulado por el llanto y casi inaudible.

Mi padre agitó malhumoradamente el periódico. Mi madre agitó el frasco de Xanax y se echó otra pastilla al gaznate. Me olvidé de tener cuidado con las manos y

rasqué con las uñas la blanda barriguita del gatito. Y en aquel momento, amable tuitera, en aquellos asientos espaciosos y en aquel interior cerrado de la limusina, a Rayas de Tigre le reventó el abdomen hinchado.

21 DE DICIEMBRE, 10.55 HORA DEL PACÍFICO

Por fin, un violento castigo

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Los restos terrenales de mi amado Rayas de Tigre iban a ser sepultados en un retrete del hotel Beverly Wilshire en una elegante y discreta ceremonia inspirada en la de mi pececito, el señor Contoneos. Mientras nuestro contingente de doncellas somalíes abría de par en par las ventanas y encendía velas aromáticas, yo llevé los despojos envueltos en la servilleta y en aroma a muerte hasta el cuarto de baño principal de la suite. Entre los asistentes al funeral estaban mis padres, de pie junto a la bañera de hidromasaje. Mi padre se dedicaba a dar golpecitos impacientes con el pie en el suelo, haciendo un ruidoso tictac con la puntera de su zapato cosido a mano sobre las baldosas del lavabo. El cortejo funerario consistía en una nube negra de moscas que nos iba siguiendo.

—Tira de la cadena —me ordenó mi padre.

Mi madre respiró a través de un pañuelo perfumado y dijo:

—Amén de una vez.

Me planté junto al orificio del inodoro, destrozada por dentro, incapaz de renunciar a algo que yo había amado tan intensamente. Estaba tan afligida que hasta rezaba por que Jesús me llamara por teléfono, olvidando que era todo un invento mío. En realidad Jesús no existía, y la doctora Angelou tampoco iba a tocar aquel amasijo apestoso de huesos y piel podrida y devolverlo a la vida.

—¿No deberíamos rezar? —les supliqué yo.

—¿Para qué? —dijo mi padre—. Maddy, cariño, rezar es para idiotas supersticiosos y para baptistas.

—¡Por el alma eterna de Rayas de Tigre! —supliqué yo.

—¿Rezar? —preguntó mi madre.

Yo les supliqué que invocaran a sir Bono o a sir Sting en busca de su intervención divina.

—Pero es que el *alma* no existe —dijo mi padre. Exasperado, soltó un breve suspiro con aroma a dentífrico Binaca y clonazepam—. Nenita, ya hemos hablado de este tema. No hay nada que tenga alma, y cuando te mueres te pudres para producir un saludable abono orgánico destinado a que se reproduzcan en él las formas de vida del subsuelo.

—Espera —me dijo mi madre. Cerró los ojos y se puso a recitar de memoria—: «Vete plácidamente, entre el ruido y el ajetreo…».

Una horda cada vez mayor de doncellas somalíes se había empezado a congregar justo al otro lado de la puerta del baño.

—«Muestra cautela en tus negocios —siguió mi madre, arrugando a medias con gesto de concentración el ceño atiborrado de botox—. Porque el mundo está lleno de

engaños…»

—Dios no existe. Y el alma tampoco. Nada sobrevive después de la muerte —me sermoneó mi padre. Poniéndose a gritar, me preguntó—: ¿Es que no te enseñaron *nada* las monjas de aquella escuela católica tan cara?

Mi madre seguía recitando con voz monótona:

—«Di tu verdad con voz queda y clara…».

—Tira de la cadena, Maddy —dijo mi padre, Ctrl+Alt+Chasqueando los dedos entre sus frases cortas e imperativas—. Tira ya. Tira ya. *¡Tira ya!* ¡Tenemos reserva para cenar a las ocho en el Patina!

Se tiró del puño de la camisa para mirarse el reloj. Se lió a manotazos con aquellos molestos bicharracos. Me refiero a las moscas, no a las doncellas somalíes que rondaban por allí, observando nuestro curioso rito funerario.

Cuando por fin me salió la voz, sonó débil:

—Perdóname, gatito mío. —Abracé bien fuerte aquel bulto reblandecido contra mi barriga fofa—. Siento haberte matado. —Me salieron unos sollozos del alma—. Siento haberte asesinado con mi negligencia maternal.

Había resultado ser peor progenitora que mis padres. Aquella terrible admisión me hizo mecerme ahora hacia delante y hacia atrás, sacudida por roncos sollozos, exprimiendo los últimos y rancios jugos mortuorios de aquel amado ser a mi cargo. Y, sin embargo, no conseguía consignar a mi Rayas de Tigre a las aguas de su último descanso.

Obedeciendo los susurros imperiosos de mi padre, mi madre se me puso al lado y me dijo con voz cariñosa:

—Maddy, cariñín… —me dijo en voz baja—, al gato no lo mataste tú. No lo mató nadie. —Me dio una palmadita en la espalda, dejándome la mano en el hombro, y me dijo—: Rayitas tenía una enfermedad genética llamada enfermedad renal felina poliquística. Quiere decir que sus riñones desarrollaban quistes, cielo. No es culpa de nadie. Se llenó de quistes hasta morirse.

Levanté la vista para mirarla, con las gafas empañadas y surcadas de lágrimas, con la nariz lívida y moqueando:

—Pero un médico de gatos…

Mi madre negó con la cabeza. Sus ojos apenados tenían la misma mirada expresiva que todas las abogadas defensoras de reos en el corredor de la muerte y que todas las enfermeras de moribundos que había interpretado en su carrera.

—Nenita, no había cura. El gatito estaba enfermo de nacimiento.

—Pero ¿cómo puedes saberlo? —le pregunté yo.

Y me sentí inmediatamente avergonzada de mi tono lastimero e infantil, de mis patéticas palabras pronunciadas gangosamente por culpa de los mocos y la tristeza.

—Estaba impreso en su ficha —me explicó mi madre—. Maddy, ¿te acuerdas de la ficha que había pegada con cinta adhesiva a su jaula en el refugio para animales? —Desplegados sobre el tocador del baño había un bote de color naranja de

diazepanes con receta, un florero que contenía un ramillete tembloroso de orquídeas de color púrpura y un surtido de jabones de Hermès amontonados dentro de un cesto —. Según aquella ficha, el señor Rayitas no podría haber vivido más de seis semanas. —Estiró el brazo para coger el bote de diazepanes y desenroscó el tapón—. ¿Por qué no te tomas una pastillita? —dijo—. Tu nuevo hermano llega esta tarde. ¿A que es emocionante?

—Tira el gato —ordenó mi padre. Levantó las manos por encima de la cabeza y dio una palmada, gritando—: ¡Tira el gato ya y vámonos de una vez todos!

Dándome la vuelta para mirarlos a los dos, y bajando la voz hasta convertirla en un gruñido arrastrado, les dije:

—¿Vosotros lo sabíais?

Se me secaron las lágrimas al instante. El cadáver que yo tenía en las tiernas manos estaba infestado de gusanos. Igual que una lejana avalancha suiza, mi voz les arrojó encima desde la puerta un millón de millones de toneladas de hielo y roca.

—¿Todo este tiempo sabíais que me habíais regalado un gatito que se estaba muriendo?

Empezó a sonar una campanilla amortiguada. Era el timbre de la puerta de la suite. La manada de doncellas somalíes no se movió de la puerta del baño desde donde nos estaba observando. Las cámaras de seguridad también nos miraban.

—¿Sabíais que mi gatito iba a palmarla y me dejasteis sufrir?

Con la cara casi morada del sonrojo y los dientes fuertemente apretados, mi padre le echó un vistazo ominoso a mi madre.

Con voz estruendosa, vociferé:

—¡Tendríais que haberme dicho que mi nene se iba a morir! —Acunando mi dolor, les pregunté en tono imperioso—: ¿Es que no lo entendéis? ¿Cómo podéis haberme dejado amar algo que se iba a morir?

Mi madre llenó un vaso de agua y me lo trajo. En la palma ahuecada de la otra mano me ofreció las pastillas.

—Bonita —me dijo—, solo queríamos verte feliz antes de que cumplieras los trece años.

Estaba tan afligida que de verdad esperaba que yo bebiera agua del grifo. *Agua del grifo en Los Ángeles*.

Sin mirarme a mí, y mirando en cambio a mi acobardada madre, mi padre echó los hombros hacia atrás y se irguió cuan alto era.

—Confía en mí, jovencita —dijo. Con voz fría, apagada y resignada, dijo—: Nadie quiere saber cuándo está condenada a morirse su criatura.

Por primera vez pude olerle en el aliento Chivas de cincuenta años. Mi padre iba taja.

Yo gruñí:

—¡Tal vez deberíamos hacerle una liposucción y unos cuantos tatuajes a Rayas de Tigre y vestirlo para que parezca una versión Puti von Putinski de Peggy

Guggenheim!

Aun antes de que yo pudiera asimilar la realidad de su conspiración, mi padre cruzó dando zancadas el cuarto de baño y me quitó de las manos los frágiles despojos. Los arrojó al orificio de la taza del retrete y tiró sumariamente de la palanca que vaciaba el depósito. Y no, amable tuitera, no se me escapa el hecho de que muchos de los acontecimientos dramáticos recientes han tenido lugar en cuartos de baño, ya sean aquellos infectos lavabos para hombres del norte del estado o los baños dorados del Beverly Wilshire. Y así es como mi precioso Rayas de Tigre desapareció. El agua hizo un remolino, chapoteó y se llevó su minúsculo cadáver. Para siempre.

Y, susurrándome al oído, la voz de mi madre dijo:

—A pesar de toda su farsa, su pesadez y sus sueños rotos, este sigue siendo un mundo hermoso.

Me los quedé mirando a ambos llena de muda indignación.

Pero ¿acaso Rayas de Tigre se había ido de verdad? A medida que aumentaba mi rabia, a medida que se me acumulaba la bilis por dentro, alimentada por la espantosa revelación quística, las aguas turbulentas ascendieron también en el inodoro. Mis ex afectivos, ex cariñosos y ex efusivos padres me habían tendido una trampa. Me habían regalado una mascota que ellos sabían que iba a perecer pronto. El remolino de agua del retrete ascendió mientras a mí me subían las emociones acres por la garganta. Rayas de Tigre ya no estaba con nosotros, pero su cadáver se había quedado atascado en algún punto de la garganta del lujoso sistema de desagüe del hotel, y ahora el agua enturbiada del retrete ascendió en espiral hasta coronar los bordes de aquella tumba de cerámica y desbordarlos, derramándose sobre el suelo de baldosas.

Volvió a sonar el timbre y, mientras mi padre se daba la vuelta para contestar, me interpuse en su camino. Plantada entre mi padre y el umbral del cuarto de baño, asesté un golpe; igual que en el pasado había golpeado con el libro del *Beagle* para diezmar un zurullo asqueroso de perro, ahora golpeé con la mano abierta, dando un salto, brincando a fin de poder atizarle una bofetada en toda la mejilla perfectamente afeitada a mi padre.

Su expresión fue de Ctrl+Alt+Horror. Empezó a manar agua del retrete. Obturado por el cuerpo de mi minúsculo gatito, ahora vomitaba y entraba en erupción a nuestro lado. Ya no era un simple inodoro, ahora era un caldero en el que bullían miembros podridos de gato y magia malvada.

No me pasó por alto, ni siquiera en plena agresión, que acababa de entrar en el cuarto de baño un chico desconocido, un pobre niño huraño cuyo ceño poblado sugería ruinas románicas y tejemanejes góticos. Lobos. Viejas gitanas de espalda encorvada. Al ver a aquel taciturno niño abandonado… así como la furia del retrete… y en respuesta a mi violento tortazo, mi madre soltó un chillido y, tan veloz como un eco de mi golpe original, mi padre me devolvió la bofetada.

21 DE DICIEMBRE, 10.58 HORA DEL PACÍFICO

Trágico desenlace de un gato

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Sí, amable tuitera.

Sí, mi padre me abofeteó.

Y sí, puede que yo fuera una engreída y romántica preadolescente con aspiraciones de convertirme en una sufriente Helen Burns, pero sé que recibir aquel guantazo en toda la fresca y descarada bocaza me resultó mucho menos divertido de lo que me había imaginado.

En el perfectamente equipado cuarto de baño del Beverly Wilshire, mientras las aguas heladas de aquel inodoro atascado por un gatito se desbordaban a nuestro lado, el golpe de mi padre descendió sobre mí, apenas lo bastante fuerte como para girarme la cara, pero su ruido seco generó una reverberación enorme en aquel espacio embaldosado. Me dolía más la mano de niña regordeta por culpa de haberle pegado en su cara rasposa que la mejilla como resultado de su contragolpe. La extensión del espejo nos mostraba a los dos: la huella diminuta de mi palma enrojeciéndole la cara a él y la furia oscureciéndome la mía. Mi madre estaba cerca, rodeada de doncellas, ayudantes personales y parásitos diversos, y se había llevado rápidamente los dedos biselados a la cara para proteger sus ojos de aquella brutal escena. Había mechones de pelo naranja flotando en la inundación, y todos —sin excepción— quedamos empapados. El único que se mantuvo lejos de la tragedia doméstica fue el inverosímil desconocido adoptado. Aquel hosco y joven granuja era un heraldo de desastres procedente de algún feudo lejano, arrasado por las guerras y ebrio de sangre. Aquel muchacho, con su resplandeciente semblante de jovenzuelo indudablemente amamantado por lobos rapaces, era Goran. Y aquel fue el tenso instante de nuestro primer encuentro.

En los días y semanas por venir, en Nairobi, Nagasaki y Nápoles, mi padre transferiría de forma nada sutil su afecto desde mí hasta aquel huraño niño abandonado y refugiado. Igual que yo había canalizado muy recientemente mi infelicidad a través de mi gatito, mi padre venía a hacerme declaraciones indirectas del estilo:

—¿Goran? ¿Puedes decirle a tu hermana que esta Navidad no espere ningún regalo? Como mucho, quizá una extensión para el cinturón de seguridad.

Bueno, la verdad era que no celebrábamos la Navidad. La verdad era que mi padre fingía que yo no existía. Yo era la hermana de Goran por parte de madre, pero para él me había vuelto invisible. Y, claro, como él ya no me veía, yo tampoco podía hablar con él. De manera que dejamos de existir el uno para el otro.

En Reikiavik, Río y Roma, yo ya me había convertido en un fantasma para él.

Después de aquello vino el desgraciado episodio en que Goran degolló al poni en el Centro EPCOT. Después Goran le robó a mi madre las estatuillas de los premios

People’s Choice y las vendió por internet. Para entonces mi padre ya había empezado a ablandarse, pero ya era demasiado tarde, porque muy poco después, muy poco, fue cuando me morí de verdad.

21 DE DICIEMBRE, 11.59 HORA DEL PACÍFICO

Llega la abominación

Colgado por Leonard.empollon.del.Hades@masalla.inf

Escribiendo en el siglo III, el neoplatónico Zótico predijo que un día una única nación investida de gran poder dominaría a todas las demás. Esa nación ocuparía una isla en el centro de un océano enorme. Acumularía rápidamente toda la riqueza del mundo entero y todos los reyes del mundo irían a vivir a ella. Escribiendo en el siglo V, el neoplatónico Proclo describió esa ciudad del futuro como un hermoso espejismo. Y es que, según los jeroglíficos egipcios, el lugar flotaría en el horizonte.

Será allí donde la niña-cosa alcance la costa. Y caminará por las playas del color de las nubes sin ser más consciente de su desnudez que los primeros seres humanos.

Será allí donde todo el plástico encuentre por fin su descanso. Allí el centro permanecerá en calma, en ese mar de los Sargazos de plástico. El giro del Pacífico Norte, tal como se denomina ese cementerio.

Y a esa escena llega paseando una madre humana, deambulando por esa misma playa, sumida en su enorme dolor. Y la mujer está básicamente sola, acompañada únicamente de una estilista, una publicista, cuatro guardaespaldas armados, un instructor de yoga, dos asesores de estilos de vida y una dietista. La mujer ve a la niña-cosa: una figura delgada como una sílfide y con una piel tan perfecta como solo lo puede ser el plástico. Una cara tan lisa como solo lo puede ser una fotografía. El cabello, una mata enorme de hilo dental peinado hasta la perfección por las infinitas olas del océano. Y todas las apariencias externas apuntan a que la niña-cosa es, efectivamente, niña.

Y la niña tiene una belleza imposible.

Y afirma Platón que, cuando vea a la niña por primera vez y desde lejos, la mujer solitaria la llamará. Allí plantada, paralizada por la imagen, ahogará una exclamación. La mujer dará unos cuantos pasos tambaleantes, levantando los brazos involuntariamente para dar un abrazo a la visión, y exclamará:

—¿Madison?

Porque aquí, a los ojos de una madre desconsolada, ese regalo del mar parece ser una resurrección. Y la mujer que va paseando por la playa no es otra que la reina nominal de ese reino de abundancia.

Y así es como una criatura perdida parece reunirse con su afligida madre. Un milagro presenciado por todo el séquito que la acompaña.

A la mujer le vienen lágrimas a los ojos. Lágrimas por la desconocida que está plantada desnuda en esa playa resplandeciente… una desconocida delgada y enigmáticamente tranquila… ni rechoncha y cascarrabias ni obstinada y huraña; pero en todos los demás sentidos, el parecido es total. Se trata de la niña asesinada, en estado de gloria. Y escribe Platón que, antes de que pueda llamarla por segunda vez, a la mujer la atragantará la emoción.

Y así es como el mal plantará a su hija en el nido de un ave inocente.

Y así es como la bondad será burlada, según los papiros de Sais. Y la maldad intentará ponerle un par de cuernos a la bondad.

Porque esta belleza de otro mundo, esta niña engendrada por el plástico y criada por el mar, le abre sus encantadores brazos a la mujer humana. Y con su dulce voz le dice:

—Madre.

La niña se acerca a la mujer para abrazarla y le dice:

—Camille Spencer, he regresado a ti. —Abrazando a la desconsolada mujer, le dice—: Regreso a ti como prueba de la vida eterna. Y te traigo noticias del Cielo.

21 DE DICIEMBRE, MEDIODÍA, HORA DE HAWÁI

Fata Morgana

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

En última instancia, esta es una historia de tres islas. Igual que la historia de Lemuel Gulliver. La primera isla fue Manhattan. La segunda fue una isla peatonal del norte del estado. Y la tercera estamos a punto de descubrirla.

Después de nuestra humillante debacle en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, he acompañado a mi pastor psíquico hasta un helicóptero CH-53D Sea Stallion, el *Viento de Gaia*, para llevar a cabo un largo transbordo sobrevolando a baja altitud el océano. Gracias al sol vespertino que brilla sobre el Pacífico y al aire cristalino de diciembre, la cosa resulta bastante emocionante.

Mientras volamos en dirección oeste, lo primero que veo es un leve resplandor en el horizonte. A plena luz del día, y en el punto cardinal que no corresponde, parece estar saliendo un sol extraño y prematuro. Un resplandor azul y reverberante. Poco más de tres horas después de despegar del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, el *Viento de Gaia* acaba de avistar una nueva costa. Tal como hicieron antes Gulliver y Darwin, estoy avistando una nueva masa continental extranjera. Transportados por el fuop-fuop-fuop de las anchas hélices del helicóptero, nos aproximamos a ese extraño e imposible territorio de altas montañas luminosas y escarpadas. El sol ilumina unas llanuras enormes. Las sombras de las nubes que pasan motean la superficie de la tierra, y a través de la niebla se levantan unas cúspides de altura sobrecogedora. Más que de tierra firme, este paisaje fantástico tiene aspecto de montañas y espirales de nata montada, todo ello ampliado a una escala gigantesca y coloreado de ese blanco cristalino y reluciente de la sal de mesa. Aunque, claro, siendo ex hippies y ex practicantes de la dieta macrobiótica, mis padres nunca me expusieron a la sal.

Mi ebrio acompañante, el señor Crescent City, se inclina hacia delante, contemplando la visión cada vez más próxima con sus ojos todos surcados de venas. Está completamente boquiabierto, lo cual exagera su expresión facial ya de por sí despistada mientras se le escapa una palabra maravillada:

—¡La Madilántida!

Por los dioses.

Contrariamente a lo que dice el viejo adagio, «Compra tierras porque ya no las fabrican», tenemos delante de nuestras narices la prueba de que sí que se están fabricando tierras. Por lo menos las están fabricando Camille y Antonio.

Mis padres habían mencionado a menudo que tenían un plan. Habían declarado su ambición de resolver muchos de los problemas más graves del planeta por medio de una única y dramática maniobra. Lo primero que querían solventar era ese mar de los Sargazos giratorio de plástico desechado por los consumidores que se conoce como la

gran isla de basura del Pacífico. Lo segundo era el cambio climático global. Lo tercero era la reducción gradual del hábitat de los osos salvajes de la variedad polar, y lo cuarto la carga onerosa de los impuestos sobre la renta que se veían obligados a pagar.

La verdad, amable tuitera, es que lo que más preocupaba a mis padres con diferencia eran sus impuestos sobre la renta, pero tú hazme caso de momento.

Como solución a todas estas molestias, Antonio y Camille Spencer propusieron un proyecto radical de obras públicas. Ya antes de mi defunción empezaron a presionar a los distintos líderes mundiales. Siendo los expertos titiriteros que eran, mis padres no pararon de manipular a la opinión pública a favor del que era su sueño: crear un continente nuevo, una enorme plataforma flotante de poliestireno gasificado y de polímeros encadenados, con una superficie que duplicara la de Texas. En aquella ubicación, el centro aproximado del Pacífico, sin dejar nunca de moverse ni tampoco de crecer, se encontraba la ya mencionada isla de basura del Pacífico, aquella gigantesca sopa de bolsas de plástico y botellas de agua de plástico y bloques de LEGO, junto con todas las demás formas bamboleantes y flotantes de desechos plásticos que habían quedado alguna vez atrapados en las corrientes circulares del giro del Pacífico.

En nombre de la restauración ecológica, mi padres encabezaron un fondo internacional para fundir esa masa cada vez mayor de plástico, y a base de batir ese caldo de espuma de poliestireno, esa ciénaga de jirones de celofán… por el mero hecho de fundirlo parcialmente con inyecciones de aire a altas temperaturas y de introducir agentes químicos fusionantes, reinventaron este horror ecológico líquido y lo convirtieron en fantasía blanca. Ahora este país de las maravillas sintético cubre millones de acres, llenos de montañas relucientes y cadenas de colinas donde el agua de lluvia forma lagos de agua dulce y mares interiores. Un paisaje flotante de nata montada, inmune a los terremotos, capaz de elevarse por encima del peor de los tsunamis. Y su cualidad más fascinante es su blancura prístina, una blancura de perla, iridiscente e inmaculada, con un ligerísimo matiz de plata.

Visto de lejos es un paraíso celestial. Tiene las barrocas torretas y cúpulas que te imaginas que hay entre los cúmulos mientras estás tumbado boca arriba en un prado de Tanzania durante unas vacaciones de Pascua. Aunque, claro, nosotros no celebrábamos la Pascua. Sí, yo buscaba los huevos escondidos de rigor, pero mis padres me decían que los había escondido Barney Frank, el mismo que me suministraba una enorme cesta anual de dulces de algarroba. No es que mamá dejara nunca a su gorda y cerdita hija comer esa algarroba. No es que a *nadie* le guste de verdad la algarroba.

En ese paisaje onírico de plástico inflado fabricado por mis padres se elevan altos chapiteles blancos por encima de pérgolas de rosas blancas, arcos y contrafuertes, patios y entradas tan relucientes como el azúcar hilado. El mismo color blanco que ve tu lengua cuando lames un helado de vainilla. A medida que nos acercamos a la costa

de la Madilántida, vamos distinguiendo desfiladeros y cúspides blancos. Delante tenemos plásticos reconstituidos, abrasados por ráfagas de aire a altas temperaturas hasta quedar perfectamente bruñidos. Glaseadas hasta adquirir la suavidad del cristal, estas cúspides y laderas no están sometidas a la física de la geología. En medio del paisaje onírico, de esa Arcadia digna de Maxfield Parrish, se elevan unas laderas imposiblemente abruptas y escarpadas de marfil reluciente, ascendiendo desde unas playas blancas y pulidas como espejos. Luminosas como lámparas de carbono.

Y sí, puede que sea una niñata muerta, rechoncha y gordezuela, adicta a la sacarosa y devoradora de algarrobas, pero conozco el término «Arcadia». Y también reconozco un sórdido refugio fiscal cuando lo veo.

En el reverso de los continentes anteriores, la Madilántida ya existía en forma de mapas antes de existir en forma de montañas y valles. Hasta la última loma y peñasco de este terreno inflado y blanqueado de polidesechos fue planeado y moldeado por artistas, trazado en planos y diagramas antes de ser creado. Preconcebido. Predestinado. Predeterminado hasta el último centímetro cuadrado.

Lo contrario de la tabla rasa.

Igual que antes creían en la convergencia armónica de los planetas y en el poder piramidal, Camille y Antonio promocionan ahora este nuevo continente como una Nueva Atlántida.

La Madilántida.

No es probable que uno pueda volar lo bastante alto como para verlo, pero la forma global del continente tampoco es un accidente de la naturaleza. Los tramos de costa y las bahías que se abren de vez en cuando no están conformados por los sistemas fluviales. No, desde el espacio exterior se aprecia que la nueva masa continental tiene forma de cabeza humana vista de perfil. El cuello seccionado está orientado hacia el sur y la coronilla hacia el norte. Ese perfil del color de la leche y del alabastro forma un gigantesco camafeo rodeado del azul celeste del océano Pacífico. Comparadas con esa silueta digna de Brobdingnag y provista de enorme papada, las cercanas islas del Japón se ven pequeñas. Su pescuezo gordezuelo prácticamente choca con el norte de California, mientras que sus mejillas redondas amenazan con bloquear los canales de navegación que hay por encima de Hawái. No hace falta decir que el recién creado continente de la Madilántida fue esculpido para ser idéntico a mí.

Vista desde el espacio, a lo que más se parece ahora la Tierra es a una moneda gigante donde está acuñada mi cara. Se trata de la imagen captada por satélite que vi en las pantallas de televisión y las portadas de revistas en el Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Y ahora tengo delante el Paraíso Terrenal de plástico blanco que lleva mi nombre.

En el lugar de mi ojo hay un mar redondeado y rodeado de tierra. En la costa opuesta, una serie de glaciares erráticos de plástico sugieren las hebras de mis cabellos alborotados. Y a pesar de que el conjunto no me deja demasiado guapa, sí

que resulta un retrato fiel. Soy yo, pero a una escala gigantesca. Aunque si le preguntaras a mi madre, claro, ella te diría que el retrato solamente es *un poco* más grande que el modelo. Mis desolados padres te dirían que habían concebido aquel experimento sin precedentes de reciclaje del plástico a modo de fabuloso tributo a mi recuerdo. A fin de financiar su proyecto con dinero público reunido de hasta el último gobierno del mundo, mi padre prometió que serviría para contener todos los desechos con base de petróleo que produjera la humanidad. Su blancura reflejaría el calor solar y lo mandaría bien lejos del planeta, contrarrestando el cambio climático. Y como flotaba, aquel continente se podría remolcar sin problema hasta el norte para funcionar como vivienda de protección oficial para los osos polares desplazados. Los políticos se agolparon para prestar su apoyo.

El señor Ketamina me informa de que en la actualidad, ahora que el continente está acabado, su puñado de residentes físicos ya ha interpuesto una demanda ante un tribunal internacional para obtener su independencia como nación soberana. No es ninguna coincidencia que esos patriotas fanáticos —conocidos como «madlantes» y entregados a la lucha por liberarse de los opresores coloniales— sean también la gente más rica del mundo, ni que bajo la Constitución recién redactada de Madlantis ninguno de ellos tenga que pagar impuestos por sus vertiginosos ingresos. Tampoco sus herencias serán gravadas. Además, todos sus escasos residentes van a ser nombrados embajadores de su país de plástico, y por consiguiente tendrán el privilegio de la inmunidad diplomática en todos sus desplazamientos internacionales. Ese, amable tuitera, es el noble sueño de mis padres: dinero infinito y libertad infinita. Todas las principales corporaciones del mundo ya están haciendo maniobras para trasladar sus sedes a este lugar.

Ya hemos entrado en el espacio aéreo madlante. Ahora volamos bajo sobre las montañas de plástico blanco. Carenamos por entre los valles de plástico blanco. Delante tenemos un punto de no blancura. Ubicada en el centro aproximado de mi enorme perfil de gorda planetaria hay una embarcación. Atrapada allí, en un foso espiral que sugiere la abertura de mi canal auditivo —mi orificio auditivo, que de acuerdo con los cristianos ortodoxos es el orificio por el que el Espíritu Santo dejó embarazada a la Virgen—, encerrada en aquel yermo de forma tan efectiva como un barco de exploración atrapado por el avance del hielo, o como Satanás atrapado por el lago de hielo de Dante, se encuentra el megayate de mis padres, el *Cruzado de Pangea*.

21 DE DICIEMBRE, 12.15 HORA DE HAWÁI

En casa de Camille Spencer

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

No te imagines ni por un momento que los paneles solares ni la energía de las olas alimentan ni una sola parte de este estruendoso helicóptero, y aproximadamente un millón de litros de jugo de dinosaurio más tarde, aterrizamos sobre el *Cruzado de Pangea*. Ah, menudo palacio imperial flotante está hecho el *Cruzado*… A pesar del hecho de que la embarcación es prácticamente una estación espacial sobre el mar, pintada de un blanco ártico y reluciente y solo un poco más pequeña que Long Island, el salón central del *Cruzado* está decorado a imitación del interior de una chabola típica sacada de las favelas de las megalópolis más tercermundistas. Si no fuera por el hecho de que estamos flotando suavemente, meciéndonos sobre las olas saladas del Pacífico, el interior del yate podría encontrarse en las afueras primitivas de Soweto o de Río de Janeiro.

Gracias a la magia de la fibra de vidrio y los trampantojos pictóricos, una de las mamparas del salón tiene aspecto de muro de bloques de hormigón ruinosos e infundidos con amianto. Y en ese muro los mejores artistas de graffiti del mundo han aplicado a mano capa tras capa de firmas pandilleras usando esprays de pintura con base de imitación de plomo. De esa manera se ha obtenido una atmósfera amenazadora, una unidad política que muestra empatía con las masas violentas del mundo, un poco al estilo del sórdido interior de unos servicios para hombres situados en una autopista densamente transitada en el tedioso norte del estado.

En respuesta a Leonard.empollon.del.Hades, sí, estoy dándole una ambientación demasiado larga a la escena, pero, por favor, tened paciencia. Nos estamos aproximando a un episodio de lo más conmovedor, el de la hija pródiga que regresa al seno semiamoroso de su madre. Por eso me concentro en la construcción de la escena, porque no estoy preparada para la intensidad de las emociones que estoy a punto de experimentar.

Por fin el señor Crescent City, el de la coleta bamboleante y sucia, se presenta ante mi madre en el espacioso salón principal del yate. Yo lo acompaño en esta audiencia, invisible.

Mientras yo escribo esta entrada de blog, mi madre tiene en las manos un vaso largo de jarabe para la tos de color cereza mezclado a partes iguales con ron oscuro, todo decorado con una barrita de piña ecológica fresca y tres cerezas marrasquino ensartadas con la brocheta de madera de balsa de una sombrillita de papel armada a cambio de un sueldo mínimo por manos morenas con apoyo microfinanciero del primer mundo.

Para ser alguien que protesta por la degradación del medio ambiente, resulta irónico que mi madre siempre esté tan degradada ella misma. Tampoco ayuda

precisamente el hecho de que me encuentre sentada a su lado. Mi yo fantasma está lo bastante cerca como para compartir foto con ella en la revista *People*, pero ella no me ve a mí para nada.

Sentada justo delante de los ojos de mi madre, hago crujir mis nudillos fantasma. Me muevo nerviosamente y me hurgo la nariz fantasma y me muerdo las uñas fantasma, confiando todo el tiempo en que ella solo esté fingiendo que no me ve; en que simplemente esté pasando de mí y en cualquier momento se ponga a hacerme caso y me suelte un grito: «¡Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer, PARA DE UNA VEZ!».

Pese a todo, borracha o sobria, ahí está ella: Camille Spencer, despatarrada en su diván con una copa en la mano y una revista sensacionalista en el regazo. Con esa maravillosa voz teatral que normalmente solo usa para hablar con las doncellas somalíes y el dalai lama, le pregunta en tono imperioso a su cazarrecompensas psíquico:

—Señor City, ¿puede usted decir siendo fiel a la verdad que ha encontrado el espíritu de Madison?

Su voz suena como una trampa. Como una cobra a punto de atacar.

Del señor Keta, de debajo de la espesura roñosa de su bigote de color labio, salen las palabras:

—Señora, he encontrado a su hija.

En la mirada de mi madre se ve ese dolor abrasador que ve tu lengua cuando muerdes una porción de pizza cuatro estaciones demasiado calentada en el microondas.

—¿Tiene alguna prueba, señor City? —le pregunta ella.

—Hace mucho tiempo —dice el señor Keta—, se comió usted una mierda de gato y su madre le sacó del culo un gusano tan largo como un espagueti.

Mi madre se atraganta con su copa. Tosiendo sangre de granadina roja sobre el dorso de su mano, tosiendo como si fuera su madre, es decir, mi abuela, se las apaña para graznar:

—¿Eso se lo ha dicho mi madre muerta?

Crescent niega con la cabeza.

—Me lo ha dicho su hija; lo juro.

—¿Y el espíritu asesinado de mi padre? —pregunta ella, ahogando su tos con otro sorbo—. Supongo que también lo habrá encontrado, ¿no?

Crescent asiente con la cabeza.

—¿Ha hablado usted con él?

Por los dioses. Mi acompañante enloquecido por las drogas está a punto de sacar a la luz mi condición de cortapichas aterrada de lavabo público.

Crescent City vuelve a asentir con la cabeza. Cuando se inclina hacia delante, las velas de la habitación le iluminan desde abajo la cara demacrada, como si fueran las candilejas de un escenario, y el resplandor le tiñe de dorado las arrugas y los pelos de

la barba de dos días.

—El padre de usted, el señor Benjamin, me ha contado que no lo asesinaron.

—¡Entonces, señor City —le dice mi madre en tono cortante—, es usted un charlatán!

¿Que no lo asesinaron?

—¡Usted, señor City! —grita mi madre.

Con un gesto ampuloso del brazo, lo señala con un dedo acusador, y este amplio y cinematográfico gesto desaloja la revista sensacionalista de su regazo.

—¡Es usted un farsante! —La revista cae revoloteando al suelo cercano y se queda tirada boca arriba—. ¡Porque mi hija *no está* muerta! ¡Y a mi padre lo asesinó un psicópata! ¡Y mi hija está *viva*!

Se ha vuelto loca. Ni estoy viva ni soy una psicópata.

A nuestros pies en el suelo, el titular de la revista dice: «Madison Spencer resucita». Y el subtítulo, impreso en tamaño de letra casi igual de grande, pregona: «¡Y ha perdido treinta kilos!».

—No tiene usted por qué creer nada —dice el señor Keta, e introduce una mano en ese rancio absceso de tela vaquera que es el bolsillo de sus pantalones. Saca una ampollita de familiares polvos blancos y dice—: Se lo puedo *enseñar*. —Le ofrece la ampolla y le dice—: Adelante, Santa Madre Camille. Hable usted misma con Madison.

21 DE DICIEMBRE, 12.18 HORA DE HAWÁI

Camille hace turismo en el más allá

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

En el salón del barco, mi madre acepta la ampolla de ketamina que le ofrece el señor Crescent City y hunde una uña pintada en las profundidades del polvo blanco. Repite la operación una, dos y tres veces, inhalando cada pellizco con una esnifada tan violenta que la cabeza meticulosamente peinada le sale disparada hacia atrás con un latigazo de su cuello de cisne. Solo cuando ya no es capaz de volver a meter la uña en la ampolla se deja caer por fin de costado sobre su diván, y las subidas y bajadas de su mundialmente famoso pecho se vuelven imperceptibles de tan débiles.

Para evitar que se le caiga de las manos químicamente hinchadas, el señor City corre a coger la ampolla con los restos de su preciado contenido. Y le pregunta:

—¿Santa Madre Suprema Spencer?

El espectáculo familiar arranca cuando a mi madre le empieza a relucir una mancha de luz azul en el centro del pecho. La luz azul resplandece más y más, estirándose hacia arriba hasta convertirse en una especie de zarcillo que se eleva en espiral y se retuerce casi hasta el techo. Y en su cúspide, la enredadera azul forma un capullo. A continuación el capullo asume la forma de un cuerpo, vago y aerodinámico, del mismo color azul que ve tu piel cuando te metes entre sábanas de Pratesi de seiscientos hilos almidonadas y planchadas. Del mismo azul que ve tu lengua cuando comes menta fresca.

Lo último que aparece son los rasgos de la cara azul, los anchos pómulos de mi madre, estrechándose en dirección a su delicada barbilla. Su mirada se posa en mí, en la imagen de mi fantasma sentado junto a ella, y de pronto sus labios florecen y su voz brota como un perfume:

—¡Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer, deja de morderte las uñas!

Oh, amable tuitera, por fin lo logré. La irrito, luego existo.

Después de salvar su alijo de keta, el señor City le apoya suavemente un par de dedos a mi madre en el cuello inerte, en busca de pulso. Le coloca una mano en la frente y le levanta un párpado, manchándose el pulgar de sombra de ojos cobriza mientras se asegura de que a ella se le dilata lentamente la pupila.

Mirándolo desde arriba, el espíritu azul de mi madre comenta en tono melancólico:

—Maddy nunca entendió por qué yo tomaba tantas drogas.

Sin morderme ya las uñas, le digo:

—Soy yo. Estoy aquí.

—No eres más que una triste proyección de mi mente intoxicada —insiste ella.

—Soy Madison.

El espectro flotante y reverberante de color azul niega con la cabeza.

—No —me dice—. He hecho suficientes viajes de LSD como para reconocer una alucinación. —Me dedica una sonrisa igual de lenta y hermosa que un amanecer tropical—. No eres más que un sueño. —Su fantasma me dice en tono despectivo—: Eres una simple proyección de mi conciencia culpable.

Soy un producto de su imaginación, afirma.

El espíritu de mi madre suspira.

—Tienes exactamente el aspecto que me dijo Leonard que tendrías.

Puedes entender lo frustrada que estaba yo, amable tuitera. El Diablo afirma que me ha creado él. Dios dice lo mismo. Si hay que hacer caso a Babette, formo parte de una gran conspiración urdida por mis supuestos amigos del Infierno. Y ahora mi madre va y me dice que no soy más que una visión provocada por las drogas. ¿Cuándo voy a poder ser por fin mi propia creación?

Flotando y haciendo cabriolas cerca del techo, mi madre me explica que desde que era una niña pequeña que arrancaba hierbas y azotaba alfombras en su granja del norte del estado, la ha estado llamando por teléfono un televendedor para hablarle del futuro. Al principio creyó haberse vuelto loca. La voz del tipo era nasal y aguda, como de adolescente. Y lo que era peor, él le decía sin cortarse un pelo que tenía más de dos mil años de edad y que había sido sacerdote en la ciudad de Sais, en el antiguo Egipto. Ella supuso que era joven y tonto, o que estaba loco.

Sonríe al acordarse y dice:

—La primera vez que me llamó, Leonard estaba haciendo un estudio de investigación de mercado sobre hábitos de visionado de televisión por cable… ya conoces a tu abuela. Nunca nos dejó tener cable, pero yo mentí y dije que sí teníamos. Ya *sabes* lo sola que se siente una en esa granja. Leonard me preguntó si me podía volver a llamar al día siguiente.

Aquel desconocido que la llamaba por teléfono conocía detalles de mi madre que nadie podría conocer. Y una de las primeras cosas que le dijo fue que comprara un billete de lotería. Le dijo qué números tenía que elegir, adónde tenía que ir a hacerse unas fotografías nada más ganar el sorteo y el productor de cine exacto a quien tenía que mandárselas. El tal Leonard la hizo famosa. Le vaticinó cómo conocería a su futuro marido. Y cada día telefoneaba a mi madre para darle más buenas noticias sobre su futuro. El billete de lotería ganó el premio. El productor la puso en una película antes de cumplir los diecisiete años, y cuando mi abuelo se negó a dejarla trabajar, Leonard la llamó y le explicó qué pasos legales tenía que dar para convertirse en menor de edad legalmente emancipada.

Aquel ángel de la guarda le dijo que recogiera flores y las prensara entre las páginas de un libro. Para honrar a su padre, le dijo Leonard, en caso de que ella no lo volviera a ver.

—Tu abuela pareció entenderlo —me explica el fantasma de mi madre—. Me compró el billete de lotería. Me contó que a ella la había estado llamando un

encuestador parecido desde que era niña. —Patterson, se llamaba el suyo. De aquello ya hacía décadas—. Al final, Patterson le había predicho la fecha exacta en que se quedaría embarazada de una niña y le había pedido que la llamara Camille.

Mi madre se marchó de aquella granja del norte del estado y nunca volvió la vista atrás.

Resumiendo, parecía que los televendedores llevaban al menos tres generaciones controlando el destino de mi familia.

Bajo la extraña tutela de aquel desconocido sin cara, la carrera cinematográfica de mi madre se disparó. Siguiendo los dictados de Leonard, conoció a mi padre y se casó con él, y gracias a los consejos de Leonard sus inversiones conjuntas no tardaron en multiplicarse. Daba igual adónde los llevaran sus dispares proyectos, a Bilbao, Berlín o Brisbane, Leonard siempre sabía adónde llamar. Telefoneaba todos los días para darle instrucciones, y ellos llegaron a confiar de forma implícita en él. Antes de cumplir los veinticinco ya eran la pareja más rica, encantadora y celebrada del mundo.

Después de varios años de orientar a mis padres para que obtuvieran riquezas y fama, un día Leonard llamó a mi madre a San Petersburgo, Santiago de Chile o San Diego y le predijo la fecha y la hora de mi nacimiento.

—Me susurró al oído —jura el fantasma errático de mi madre—. Me susurró la *idea* misma de ti.

Y así es como fui concebida.

Mirándome ahora desde las alturas, con una sonrisa en su hermoso semblante, con unos ojos fantasmagóricos rebosantes de lágrimas sinceras, me dice:

—Él me pidió que te pusiera de nombre Madison. Estábamos radiantes de felicidad. Nos dijo que serías una gran guerrera. Que derrotarías al mal en una terrible batalla. Pero entonces Leonard se pasó de la raya…

Momento a momento, me cuenta, mi vida transcurrió exactamente tal como Leonard había vaticinado.

—Y luego nos dijo exactamente cuándo y cómo te morirías.

A cierto nivel, reflexiona, todas las madres saben que sus hijos van a sufrir y a morir; es la horrible e innombrable maldición de dar a luz. Sin embargo, conocer el lugar y el momento exactos de la muerte de tu hija es insoportable.

—Yo sabía que estaba destinada a ser madre de una víctima de asesinato. Todos los papeles de mi carrera fueron un ensayo de aquella noche…

Camille Spencer. Camille Spencer. Enciendes la televisión por cable en cualquier momento del día y allí está: la monja sufriente que les arranca el arrepentimiento a los asesinos en serie en su lecho de muerte. La estoica camarera y madre soltera cuyo hijo muere tiroteado por bandas callejeras desde un coche en marcha. La Gran y Sabia Mujer Superviviente. La Veterana Radical que Tiene Todas las Respuestas.

Como no ve el fantasma de mi madre, el señor Crescent City se dirige al salón entero y pregunta:

—¿Ve usted al ángel Madison? ¿Ve que no soy ningún mentiroso?

Era el hecho de saber cómo me iba a morir lo que había atemperado su amor por mí. Mi madre cerró los ojos fantasmales y dijo:

—Sabíamos la agonía que ibas a sufrir, así que nos mantuvimos a cierta distancia de ti. Yo no soportaba presenciar el dolor que te ibas a ver obligada a soportar, de manera que usábamos las críticas para impedirnos a nosotros mismos quererte demasiado. Concentrándonos en tus defectos, lo que intentábamos era salvarnos de recibir de lleno el impacto de tu muerte cuando te asesinaran.

Y también bebiendo y tragando pastillas.

—¿Por qué crees que tu padre y yo tomábamos tantas drogas? Si no, ¿cómo puede vivir una con la certidumbre de la muerte inminente de su hija?

Con una sonrisa melancólica, me susurra:

—¿Te acuerdas de lo espantosa que fue la muerte de tu gatito? —Su respiración se vuelve entrecortada y la obliga a cerrar un momento los ojos fantasmales. Por fin recobra la calma—. Es por eso por lo que no te pudimos decir que tu Rayas de Tigre estaba condenado.

Leonard ya les había contado que las anotaciones obscenas que yo hacía en mi diario eran inventadas, inspiradas en mis animales de peluche. Si me mandaron al internado, a las colonias de medio ambiente y al norte del estado fue porque les resultaba demasiado doloroso verme a diario, sabiendo lo que sabían.

—Hasta mentí sobre tu edad —me dice mi madre—. Le dije a todo el mundo que tenías ocho años porque Leonard siempre había vaticinado que te morirías la noche antes de cumplir trece años.

Un televendedor le había contado de antemano hasta el último detalle de mi vida truncada.

La noche en que mi madre se subió al escenario de los premios de la Academia y me deseó feliz cumpleaños, ya sabía que iba a ser el último. Mientras su imagen televisada se elevaba por encima de la mía en la pantalla de alta definición de una suite de hotel de Beverly Hills, diciendo «Tu papá y yo te queremos mucho, mucho», ella ya era consciente de que me iban a estrangular. Mientras me deseaba «Buenas noches y que duermas bien, preciosa mía…», mi madre ya sabía que me iba a morir.

21 DE DICIEMBRE, 12.25 HORA DE HAWÁI

Camille sin cuerpo

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Has visto a mi madre interpretar esa escena miles de veces: la típica heroína dramática que emprende su monólogo para dar los antecedentes de la crisis que se está desarrollando en la trama. La has visto hacer ese papel tan a menudo que cuesta separar la ficción de esta nueva realidad, pero es que esa escena nunca se ha desarrollado de forma tan surrealista. Ahora su espectro azul reverberante flota en el salón del *Cruzado de Pangea*. Sus palabras… En este nuevo papel, mi madre no está hablando con la voz de ningún personaje. Su voz es comedida y sincera, una voz suave de narradora de documental.

Flotando como una cometa azul en las alturas del salón, me dice:

—Había que conseguir que todas las doctrinas religiosas preexistentes parecieran ridículas, anticuadas, opresivas o detestables. Esa fue la misión que decretó Leonard.

A fin de hacer sitio para la nueva religión, Leonard declaró que había que desacreditar todas las anteriores. Había que reducir todo lo que se consideraba santo y sagrado a un simple chiste. No se podía permitir que nadie hablara del bien y del mal sin ridiculizarlo, y toda mención de Dios o del Diablo tenía que recibir como respuesta una mueca universal con los ojos en blanco. Y lo más importante de todo, insistió Leonard: había que conseguir que la gente inteligente se avergonzara de su necesidad de un poder superior. Había que hacerlos pasar hambre de vida espiritual hasta que estuvieran ansiosos por aceptar cualquiera que se les ofreciera.

Desde la infancia de mi madre en el norte del estado, todas las promesas de Leonard se habían hecho realidad. Si ella había permitido mi muerte era solo porque él le había prometido que yo regresaría a mi familia en circunstancias mucho más felices. Leonard le había jurado hacía mucho tiempo que yo la telefonearía desde el más allá y les dictaría las reglas de una nueva religión. Les había ordenado a mis padres que recogieran la basura de los mares y construyeran un paraíso terrenal. Allí, en su cima más elevada, tenían que construir un templo. Tenían que abrazar las doctrinas decretadas por su hija muerta y solo cuando lo hubieran hecho, y el mundo hubiera sido conquistado por aquella nueva fe, solo entonces regresaría su hija de la tumba y lideraría al mundo entero hasta el verdadero reino del paraíso.

—Lo que había empezado Nietzsche lo completamos nosotros —dice mi madre, flotando—. Había que matar a Dios del todo antes de poder resucitarlo.

Leonard predicaba que la humanidad siempre anhelaría un sistema organizado de creencias religiosas, pero que la gente, igual que hacen los niños asustados e inseguros, escondía esa necesidad tras una máscara de sarcasmo y distanciamiento irónico. Sin embargo, afirmó, todo el mundo se acababa cansando de hacer de dioses de sí mismos. Al final querían formar parte de algo más grande, de una especie de

familia que los aceptara a pesar de lo mal que se portaban. Y esa familia serían los groseristas.

El groserismo, tal como lo había planeado Leonard, sería una hermandad que aceptara y celebrara los peores aspectos de sus adeptos. Hasta los detalles que ellos mismos despreciaban: sus prejuicios secretos, sus olores corporales y su mala educación de puercos.

Qué cautivadora resulta mi madre, una narradora consumada.

—Por medio del groserismo —me explica—, Leonard nos enseña que la salvación pasa por convertir tu vida en un continuo acto de perdón.

Da igual lo que digan o hagan los demás, jamás debes ofenderte. De acuerdo con las doctrinas groseristas, el mayor pecado que hay es hacer reproches a los demás, y si a los humanos se les concede la vida en la Tierra es para ponerse a prueba los unos a los otros por medio de pequeños y grandes desaires. Cualquiera puede escupir, decir una palabrota o tirarse un pedo, pero nadie puede interpretar esos actos como afrentas personales.

Hasta el último comentario poco amable o gesto cruel que nos hace otra persona es una bendición, una oportunidad para ejercer nuestra capacidad de perdón.

—Dicho así parece asqueroso —dice mi madre—, pero en la práctica es muy sencillo y encantador.

Ya desde sus primeras conversaciones telefónicas, Leonard había descrito a la hija de Camille como una Perséfone moderna.

Mientras el espíritu de mi madre revolotea por la habitación, contando su extravagante historia —según la cual un grupo de televendedores muertos mueve los hilos del destino de la humanidad entera—, el señor City inclina su ampolla de ketamina. Se echa un montoncito de polvo blanco en la uña del pulgar y lo esnifa con una sola inhalación. Luego esnifa otro.

A fin de conmover a toda la población mundial, esa niña destinada a morir de forma horrible y regresar a la vida tendría que ser famosa. Como versiones modernas de Abraham, obligado a sacrificar a su hijo Isaac, los padres de la niña tendrían que captar las miradas y los oídos de los medios de comunicación mundiales. Para tan elevado propósito, Leonard había convertido a Camille y Antonio en modelos mundiales. De esa forma la humanidad entera conocería a su hija y lloraría su muerte prematura. El mundo abrazaría el desdén que sentían mis padres por las religiones organizadas y en consecuencia se convertirían en masa cuando mis padres hicieran pública su prueba de que existía el más allá.

Igual que se habían pasado en manada a la soja y el cáñamo, la gente se acabaría pasando al groserismo.

Es por eso, amables tuiteras, por lo que la ecografía de mi feto salió publicada en periódicos y revistas del mundo entero, meses antes de que yo naciera. Es por eso por lo que pasaron el vídeo de mi parto en horario de máxima audiencia de la televisión y hasta le dieron un Emmy. Miles de millones de espectadores conocieron a aquella

recién nacida pringosa y chillona. Igual que a mi gatito, Rayas de Tigre, que apareció en una miríada de portadas de revistas. Cumpleaños a cumpleaños, el mundo entero me vio dejar de ser bebé para convertirme en niña pequeña y por fin en muchacha gordezuela.

El planeta entero presenció mi funeral. Mi ataúd biodegradable lo llevaron reyes y presidentes.

Por razones obvias, la persona que me matara tendría que ser un Judas despreciable. Mis padres pasaron mucho tiempo buscando. Adoptaron a los granujas y asesinos más viles con la esperanza de que se convirtieran en mis verdugos. Solo después de probar a Goran, el grosero Goran, supieron que habían encontrado a su villano. No, lo que sucedió en el EPCOT no fue ningún accidente, sino un experimento meticulosamente coreografiado. Cuando le dieron a Goran un cuchillo y le pusieron delante un inocente y adorable poni, y cuando él lo degolló sin vacilar, por fin mis padres supieron que habían encontrado al individuo que acabaría con mi vida.

21 DE DICIEMBRE, 12.31 HORA DE HAWÁI

Por qué funcionan las familias

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

En Atenas, Aspen o Adelaida, mis padres y yo siempre fuimos una familia. Siempre que estábamos juntos, nuestro amor permanecía intacto. No éramos como las familias normales, que viven atadas a una sola parcela de abono mohoso, plantando patatas y cardando lana. Teníamos tantas casas, en Dublín, Durban y Dubái, que ninguna de ellas nos parecía nuestro hogar. No éramos como esos pinzones genéticamente aislados que el señor Darwin encontró en las Galápagos. No, nosotros éramos más bien como aquellas tribus perdidas que deambulaban por las páginas de la Biblia. En Vancouver, Las Vegas o Van Nuys, lo único estable y coherente que teníamos éramos nosotros mismos.

Durante años, mis defectos fueron el pegamento que mantenía unidos a mis padres. Mi gordura y mi mala conducta misantrópica de ratón de biblioteca fueron los defectos que ellos intentaban corregir. Y cuando pareció que yo me arrojaba en brazos de Jesucristo, en fin, nada podría haber consolidado con mayor eficacia su unión marital. Por favor, perdonadme que me jacte, pero la verdad es que durante muchos años fui un genio a la hora de mantener a mis padres casados mientras los padres de mis compañeras del internado no paraban de casarse y divorciarse de sus nuevas parejas. En Miami, Milán y Missoula, a pesar de que nuestro entorno no paraba de cambiar, nos teníamos mutuamente.

Y así ha sido hasta ahora. Y es por eso por lo que Dios tiene levantado un cortafuegos entre los vivos y los muertos: porque los premuertos siempre *distorsionan* lo que les dicen los posvivos. Cada vez que alguna persona muerta, ya sea Jesús, Mahoma o Siddhartha, regresa para ofrecer algún consejo, por banal que sea, sus destinatarios vivos lo malinterpretan completamente. Y así vienen las guerras. Las quemas de brujas. Por ejemplo, cuando Bernadette Soubirous se metió en las aguas de Lourdes en el año 1858, la Virgen María solo se materializó para decirle:

—Eh, chavala, no juegues aquí. Es un vertedero de residuos médicos asquerosísimos.

Y lo que es peor, cuando en 1917 se apareció ante unos pastorcillos portugueses pobretones en Fátima, María solo les estaba intentando pasar de extranjis el número de la lotería que iba a ganar el sorteo. ¿De qué sirven las buenas intenciones? Aquella amable señora muerta solo estaba intentando echarles una mano y aquellos miserables niñitos premuertos reaccionaron de forma completamente Ctrl+Alt+Exagerada.

Resumiendo, los premuertos no entienden nada. Pero llegado este punto de la historia, no se los puede culpar por tener tanta hambre espiritual que estén dispuestos

a tragarse cualquier cosa. Sí, amable tuitera, puede que tengamos vacunas contra la polio y palomitas para el microondas, pero en realidad el humanismo secular solo sirve para los buenos tiempos. Nadie le ha rezado nunca una oración a Ted Kennedy desde una trinchera. Nadie que esté en su lecho de muerte ha juntado las manos con gesto de desesperación llorosa y ha pedido la ayuda de Hillary Clinton. Por tanto mis padres estaban en posición de hacer proselitismo. Yo les di primero una serie de malos consejos y ahora el titular: «¡Camille pide el divorcio!».

He fracasado en mi misión eterna de mantenerlos juntos.

21 DE DICIEMBRE, 12.35 HORA DE HAWÁI

Camille incrédula

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

—¿Quién es Persef…? —le pregunto a mi madre.

—Perséfone —dice ella.

Si hay que dar crédito a Leonard, Perséfone fue una chica tan extraordinaria que a un bruto llamado Hades solo le hizo falta echarle un vistazo para enamorarse locamente de ella. Ella vivía en la Tierra con sus padres, que la querían mucho, pero Hades la sedujo y los dos se escaparon al reino que tenía él en el submundo. En ausencia de Perséfone, el mundo se enfrió. Sin la presencia de su gracia, los árboles perdieron las hojas y las flores se marchitaron. Se puso a nevar. El agua se convirtió en hielo y los días se acortaron mientras las noches se alargaban.

Perséfone fue feliz durante una temporada con su nuevo marido. En su nuevo hogar del submundo, hizo amigos y aprendió las costumbres del lugar. Se hizo tan popular entre sus coetáneos como lo había sido en la Tierra. Hades la quería tanto como la habían querido sus padres, pero al cabo de un tiempo la chica se moría de ganas de visitar a su familia. Medio año más tarde, Hades cedió. Quería tanto a su mujer que era incapaz de negarle nada. Pero Hades solo la dejó marcharse a cambio de que ella le jurara que regresaría con él al submundo.

Cuando Perséfone regresó a la Tierra, la nieve que cubría su antigua casa se derritió. Los árboles florecieron y dieron frutos y los días se alargaron tanto que las noches que los separaban prácticamente desaparecieron. Los padres de Perséfone se quedaron entusiasmados de verla, y durante medio año los tres vivieron juntos igual que habían vivido antes de que ella se casara.

Según Leonard, al cabo de seis meses Perséfone se despidió de sus padres y regresó con su marido, Hades. En su ausencia, la Tierra hibernó. Y al cabo de otro medio año, ella regresó para traer el verano.

—¿Y eso es todo? —le pregunto a mi madre—. ¿No va a la universidad ni encuentra trabajo ni nada? ¿Lo único que hace es ir y venir todo el tiempo de casa de sus padres a la de su marido?

Con una sonrisa triste, tan tenue que sospecho que los efectos del botox se extienden al más allá, mi madre dice:

—Mi hija es Perséfone…

Mi reacción a su discurso es complicada. Sería incapaz de aceptar esa propuesta si me la hiciera Satanás, pero viniendo de mi madre ya me resulta más apetecible. Tampoco me resulta demasiado halagüeña la idea de que he nacido, he sido criada y engordada como el becerro de alguna clase de sacrificio. Mis padres guardaron las distancias conmigo porque sabían que mi vida acabaría en tragedia. Hasta eligieron a mi asesino y me abandonaron en sus letales manos.

Tal vez eso explique mi interés carnal por el maldito Goran. ¿Acaso no nos fascina a todos el vehículo de nuestra futura defunción?

La verdad es que tiene su encanto, la posibilidad de que yo ya naciera condenada y que todo el mundo a quien he querido supiera más que yo acerca de mí misma. Si ese es el caso, quedo absuelta de toda maldad. Puede que sea impotente e ignorante, pero también soy inocente.

Lo que me irrita es la imagen de Leonard moviendo los hilos, de ese empollón inadaptado, telefoneando a mi madre y controlando su vida. Leonard, sentado a su mesa de televendedor, con su teléfono de diadema, dictándole su filosofía desde el Infierno a mi madre cuando ella era una impresionable niña de once años… La imagen me hace decir:

—Lo conozco. Conozco a Leonard.

Y digo:

—Ha leído muchos libros, pero no lo sabe todo.

El espíritu de mi madre pone una cara Ctrl+Alt+Pasmada.

—Te ha engañado —le digo—. Leonard compró tu confianza con números que ganaban la lotería e informaciones reservadas del mercado de valores, para que tú permitieras mi asesinato. —Las palabras me salen en tromba, imparables—: ¡Leonard es un mentiroso, mamá! ¡El groserismo es una equivocación total!

Me acerco a ella para reconfortarla. Extiendo los brazos para darle un cariñoso abrazo y le digo:

—Todo se va a arreglar. No eras más que una niña idiota de once años. Qué me vas a contar *a mí*…

El bofetón me aterriza en toda la mejilla fantasmagórica. Sí, EmilySIDAenCanada, un fantasma puede abofetear a otro. Y parece que las madres fantasmas también pueden abofetear a sus hijitas fantasmas rechonchas. Y es más: duele.

Cierto, el fantasma de mi madre ya se está desvaneciendo. Veo agitarse el pecho de su cuerpo despatarrado en el diván. Le viene color a las mejillas. La mano fantasmagórica que me acaba de abofetear ya casi se ha esfumado. Tal vez lo que duele no sea más que la idea de la bofetada.

—¡La mentirosa eres tú! —me grita mi madre azul y a medio esfumarse—. ¡Eres una alucinación!

Tal vez no sea la reacción más sensible, pero yo le digo:

—No seas estúpida. —Le digo—: Estás llevando al mundo entero al Infierno.

Lo que queda de su fantasma ya es invisible. Solo sus palabras quedan flotando en el aire del salón, casi inaudibles:

—No sé qué eres, pero no eres mi hija. Eres una *pesadilla* malvada y con sobrepeso. Mi hija de verdad es hermosa y perfecta, y ha regresado hoy mismo para traer una luz eterna a toda la humanidad.

21 DE DICIEMBRE, 12.41 HORA DE HAWÁI

¡Otro ser amado en peligro!

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

—¿Y por qué Jesús? —me pregunta el fantasma azul y luminoso del señor Keta—. ¿Por qué te enamoraste de Jesús?

Meneando los pulgares sobre el teclado de mi agenda electrónica, me encojo de hombros. Por entonces yo estaba en la cúspide de la pubertad. Tenía once años y la menarquia se me echaba encima como si fuera un tren de sangre descarrilado. O sea: la primera regla. O sea: menarquia no es una señora del Antiguo Testamento. Cualquier mañana yo esperaba despertarme con la carga de unas glándulas mamarias pegadas al pecho. En todos mis sitios secretos me brotarían matas de pelo, y me convertiría en una zombi de mis hormonas. Yo lo había visto pasar una y otra vez en mi internado suizo. Había conocido a chicas que eran valientes superheroínas inteligentes y de pecho plano pero que de la noche a la mañana se convertían en afectadas señoritas Sexinas Sexorras.

—¿Por qué Jesús? —me pregunta el fantasma del señor Ketamina.

Somos dos fantasmas sentados en el salón principal del megayate, montando guardia junto al cuerpo inconsciente de mi madre. El color azul del espíritu del señor Keta es idéntico al azul que ve mi lengua cuando como hielo picado. Aunque, claro, yo ya no como. Pero tampoco pierdo peso.

Sin dejar de teclear, le explico que mis padres son poco más que sus apetitos físicos, sus drogas recreativas y su promiscuidad sexual. No son más que estómagos carnales hambrientos que nunca paran de consumir. Al salir con Jesús, yo intentaba evitar toda la sangre, saliva y esperma que parecía esperarme en mi futuro inmediato.

A EmilySIDAenCanada, gracias por el aviso. Cuando leo el mensaje de texto que me acabas de enviar, digo:

—¡Caray! ¡Córcholis!

—¿Qué pasa? —dice el fantasma azul del señor Keta.

—Es mi gato —le digo—. Es Rayas de Tigre.

EmilySIDAenCanada me cuenta que Satanás está haciendo pesquisas en el Infierno, preguntando a todo el mundo si ha visto a un gatito naranja a rayas. Ha ofrecido una recompensa de cien chocolatinas Mars tamaño grande a quien pueda capturar a Rayas de Tigre y entregárselo, sin duda para usarlo como rehén contra mí.

Sí, amable tuitera, es cierto que intenté arrojar a Rayitas por un retrete del Beverly Wilshire y tirar de la cadena, pero fue cuando ya estaba muerto. Y es distinto, porque yo lo quería.

El señor City contempla su propio cuerpo terrenal despachurrado en el suelo. Su cara de piel áspera y picada de viruelas. Sus orejas y su nariz maltrechas.

—Me gustaría estar muerto.

—No es verdad —le digo.

—Estar muerto y ser rico —me dice él.

Hasta su fantasma tiene los dientes torcidos, apelotonados en unas partes de la boca y ausentes de otras, unos dientes que parecen las ruinas de Stonehenge y vienen a ser del mismo color de liquen.

Mando un mensaje de texto preguntando si alguien ha visto a Rayas de Tigre y si alguien lo está escondiendo. Puede parecer un caso de prioridades equivocadas, pero no me preocupa tanto que Satanás ponga las zarpas sobre mis padres como que le arranque el precioso pellejo a mi gatito. La idea misma me pone Ctrl+Alt+Frenética.

—Quiero estar muerto y en el Cielo —dice el fantasma del señor Keta—. Y haciendo el amor con Sahara. ¿Te he hablado alguna vez de Sahara?

Se le debe de estar pasando el efecto de la ketamina, porque su fantasma azul ya pálido se está desvayendo.

Según dice EmilySIDAenCanada, Satanás ha liberado a mis prisioneros del Pantano de los Abortos de Fetos ya Desarrollados. Hitler, Idi Amin, Elizabeth Báthory y todos los demás ya están libres para aterrorizar una vez más a los ocupantes del Infierno. Tanto Calígula como Vlad el Empalador y Rin Tin Tin tienen todos órdenes especiales de encontrar a cierto gatito anaranjado especial.

Oigo hélices en el cielo, segando el aire del Pacífico. Es el ruido inconfundible del *Viento de Gaia* posándose sobre la cubierta que tenemos encima. Sin apartar la vista de la pantalla de mi agenda electrónica, hago una pausa. Sin mirar a los ojos del fantasma del señor Keta, intentando parecer Ctrl+Alt+Despreocupada, le pregunto:

—¿Y tú y mi abuelo hablasteis para algo… de mí?

La silueta azul parpadeante del señor Keta, ya casi desaparecida, asiente con la cabeza.

21 DE DICIEMBRE, 12.47 HORA DE HAWÁI

Satanás llama por teléfono para poner una trampa a nuestra heroína

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

A bordo del *Cruzado de Pangea*, me empieza a sonar la canción «Barbie Girl» en la agenda electrónica prestada, y en la pantalla retroiluminada me aparece el nombre de quien hace la llamada como «Tu autor». Me llevo con cautela el teléfono al oído fantasma:

—«… Madison sabía que no podría ocultar mucho tiempo su naturaleza verdadera —dice una voz. Una voz robusta y gutural, que sigue diciendo—: ¡Pronto Maddy tendría que aceptar el hecho de que personificaba el caos, y que su misma razón de ser era traer la miseria y el conflicto a todo el mundo cuya vida tocaba!».

Es Satanás. Por supuesto que es Satanás. Amable tuitera, el Señor de las Tinieblas afirma ser el autor de la historia de mi vida —viene a decir que existo porque él me ha escrito—, e insiste en que no soy más real que Jane Eyre o Huckleberry Finn. Y me telefonea con regularidad para leerme partes de su supuesta novela, como prueba de que él ha dictado hasta el último de los pensamientos y acciones que yo tengo y emprendo. En la versión de mi vida que escribe el Diablo, todas las frases llevan signos de exclamación audibles. Un par por lo menos. Me encantaría compartir el entusiasmo que siente Satanás por mí.

Y ahora sigue leyendo:

—«¡Madison ya había llevado a multitudes de almas a pasar la eternidad en el foso de llamas! —dice la voz del teléfono—. ¡Y era consciente de que si no luchaba por completar su misión infernal de condenación global, pronto los sabuesos del Diablo localizarían a su indefenso gatito y lo usarían para llevar a cabo pruebas de toxicidad cutánea de un nuevo espray higiénico femenino!».

El cuerpo inconsciente de mi madre se agita en su diván, gimiendo un poco. Gradualmente, el ruido de las aspas del helicóptero va remitiendo. Se oyen unos pasos que brincan por el helipuerto que tenemos encima, pisando con fuerza la misma cubierta que hace de techo de este salón. Y cada paso me acerca un poco más a una espantosa revelación.

—«… Madison sabía que, en aquellos mismos momentos, ¡su abuelo Ben estaba subiendo a bordo del ostentoso yate de sus padres! ¡Y la delataría! ¡El mundo entero sabría que era una asesina enemiga de los hombres y rebanadora de penes!»

21 DE DICIEMBRE, 12.56 HORA DE HAWÁI

Retrato a base de pringue

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

La ciencia deja poco sitio para los sentimientos personales. En calidad de sobrenaturalista, no me corresponde a mí juzgar ni censurar los acontecimientos que van teniendo lugar. No, como mucho mi papel es hacer de testigo que registra los eventos. Puede que sucedan cosas fantásticas, tristes y hasta escandalosas, pero yo tengo que mantener la cabeza serena y centrarme en documentarlas todas. Por frío que pueda parecer este edicto, yo lo agradezco; de otra forma, no podría soportar lo que sucede a continuación.

A bordo del *Cruzado de Pangea*, mi padre aparece en la puerta del salón de la embarcación. Se queda allí un momento plantado, entrecerrando los ojos en medio del humo de incienso y la penumbra.

—¿Camille? —dice, con voz queda y cargada de miedo—. ¿Amor mío? —Vacila, como si tuviera miedo de lo que va a encontrar. Por fin posa la mirada en la figura que hay tendida a lo largo del sofá (mi madre, aparentemente muerta), y se abalanza hacia ella, salvando la distancia que los separa en el tiempo que tarda en gritar—: ¡Camille!

Como un príncipe de cuento de hadas, se deja caer sobre una rodilla junto a mi madre adormilada. En la mano lleva cogido con cuidado un cojín azul. Un hatillo de tela azul.

En cuanto a mi madre, su respiración irregular es demasiado poco profunda para percibirse al instante. Además, su libación del jarabe para la tos le ha dejado una mancha de color carmesí alrededor de la boca que sugiere poderosamente la purga de fluidos: esa espuma de sangre y ácido estomacal que los cadáveres regurgitan en las primeras horas después de morir. Confía en mí, amable tuitera, puede que tenga trece años y sea una cascarrabias y una niña, pero me he pasado varias horas flotando junto a mi propio cuerpo en una suite de hotel, confiando en que llegara alguien para reanimarme. Después de observar la miríada de cambios repugnantes que experimentó mi propio cadáver fresco —lividez, rígor mortis, evacuación intestinal—, sé qué es la purga de fluidos.

Y os aconsejo de verdad a los futuros muertos que no os quedéis a mirar.

Mi padre pega la mejilla a la de mi madre y se pone a murmurar su nombre, como si lo estuviera invocando:

—Camille, Camille Spencer, Cammy, amor mío. —Le susurra al oído estas palabras mágicas. Me da vergüenza mirar, pero ya es demasiado tarde para evitarlo. Hace apenas un momento que el señor Ketamina ha huido de la habitación. En cuanto a mí, lo que estoy viendo me resulta más íntimo todavía que el sexo. A mi padre se le llenan los ojos de lágrimas y se pone a soltar gemidos de agonía—. Mi Camille, mi

Cammy, ¿cómo has podido acabar con tu vida? —Solloza estas palabras con la cara pegada a los pechos de ella, diciendo—: ¿Cómo has podido? Para mí Babette no significa nada… menos que nada… —Se estremece mientras se aprieta contra ella, diciendo—: Yo no quería este divorcio. Solo te he dejado porque lo mandaba Madison…

Cuando oigo esto, me quedo completamente Ctrl+Alt+Perpleja. Más sufrimiento humano asociado con Madison. Como si hasta el último acto de estupidez fuera culpa mía.

Apoyado en la rodilla, meciéndose contra mi madre, sigue teniendo en la mano el hatillo azul que ha traído a la habitación. Acurrucado entre su pecho y el de mi madre, el objeto azul me resulta ligeramente familiar. Y mientras mi padre llora y se lamenta, el cuerpo que tiene debajo empieza a moverse.

Mi madre parpadea. Acaricia con los dedos el pelo de mi padre. Mi padre está tan abrumado que no se da cuenta de que su mujer ha resucitado, hasta que ella le dice:

—¿Antonio? —Sus dedos encuentran el hatillo azul que hay metido entre sus cuerpos y pregunta—. ¿Qué me has traído?

Mi padre contiene un grito con la cara y con los ojos. Se queda igual de boquiabierto que si estuviera viendo el Cielo. Su boca se abalanza hacia delante en busca de la de ella y se besan. Se besan de la misma forma en que yo engullo tarta de queso con mantequilla de cacahuete. Se chupan la cara el uno al otro igual que mi abuela se fumaba el primer cigarrillo de la mañana.

Y sí, puede que esté muerta, pero tengo el tacto suficiente como para no quedarme mirando sus apasionados manoseos románticos. Lo que hago es observar con frialdad cómo los reflejos oceanográficos de la luz se filtran a través de los ojos de buey para quedarse reverberando en el techo del salón. Al cabo de un rato, mis padres se separan.

Jadeante, mi madre toca el bulto de tela azul y dice:

—Enséñame.

—¡Contempla, amada mía! —dice mi padre.

Se pone de pie y desenvuelve la cosa azul para revelar que es una prenda. Estira con las manos un cuello de tela azul tosca y descolorida. Yo diría que es cambray. Con botones blancos por la pechera. Es una camisa, y él la coge por los puños y estira los brazos para desplegarla toda.

Por los dioses, amable tuitera, es el peor de mis miedos. ¡Es mi camisa de cambray azul del norte del estado, la de las manchas!

—Contempla —dice mi padre, con una mueca extasiada en la cara, a medio camino entre la alegría y las lágrimas—. ¡Nuestra adorada Madison nos ha mandado otra señal! ¡La vendían en una tienda de ropa de segunda mano de Elmira, exactamente donde Leonard dijo que estaría!

Mi madre, con los ojos igualmente vidriosos, echa un vistazo a la tela, examinándola. Se queda boquiabierta de asombro.

—Es la imagen de Madison —exclama mi padre—. ¡Es su cara!

Allí delante, estropeando la tela azul, están las manchas de la repulsiva secreción del abuelo. Los horrendos fluidos que hicieron erupción entre las páginas del libro del *Beagle*, en aquel lejano retrete público del tedioso norte del estado, se han asentado creando un dibujo abstracto que ahora parece el mapa de la expedición del señor Darwin a algún lugar horrible. Han formado islas ridículas y continentes oscuros de un mundo que nadie querría explorar.

—¡Mira! —proclama mi padre mientras le enseña una mancha para que mi madre la examine más de cerca—. ¡Aquí está su ojo! —Le pone delante de las narices otro manchón putrefacto e insiste—: ¡Y aquí el otro ojo!

Y señala otra mancha que hay a una distancia enorme de la primera, como si yo tuviera los ojos en zonas horarias distintas. Además, las dos manchas son de tamaños completamente distintos, una no más grande que la huella de un pulgar y la otra del tamaño de un puño. Ni siquiera están las dos al mismo nivel. Son dos borrones asimétricos separados por un manchón repugnante que él interpreta como mi nariz.

Por favor, amable tuitera, te aseguro que esa no soy yo. Es una salpicadura de jugo de picha. Es la cara de un monstruo deforme.

—¡Ya lo veo! ¡*Sí* que es la preciosa nariz de Madison! —exclama mi madre—. ¡La *veo*! ¡Es una cara idéntica a la de Madison!

—¡Mírale la boca! —suelta mi padre, al borde del llanto—. ¡Oh, su dulce boca!

Usando la yema del dedo, resigue el contorno irregular de una mancha asquerosa, un goterón grotesco de eyaculación imborrable. Una costra horrenda.

—¡Pero si es idéntica! —exclama mi madre.

Créeme, amable tuitera, no lo es. ¡Esos depósitos residuales vomitivos de lefa aterradora no se parecen en nada a mí!

Mi padre pega la nariz a esa abundancia de mejunje rancio, respira hondo y exclama:

—¡Pero si hasta huele a Madison!

Y es ese asqueroso residuo de pringue seco lo que mis padres anuncian ahora como una visitación de su angélica hija. Los dos me ven representada en aquel medio completamente vomitivo, y la pasión compartida del momento lleva sus semblantes felices y beatíficos al borde de un segundo encuentro apasionado de labios. Sus bocas se acercan temblorosas la una a la otra. Sus caras se echan hacia delante.

Pero el momento se ve estropeado. Una voz nueva entra en la sala, una voz de mujer joven, diciendo:

—¿Antony? —Lo llama—: ¿Antony, dónde estás?

Y cuando oyen esto, mis padres se quedan paralizados. Abandonan a toda prisa su amoroso abrazo, separándose casi de un salto, mientras entra la nueva figura. Tiene el pelo rizado y rojo y la cara blanca como el papel. Es la señorita Tórrida von Torridski del ático del Rhinelander, la amante de mi padre. Mi ex mejor amiga. La infausta Babette. Y en las manos lleva otra prueba documental igualmente horrenda.

—¡Mira eso! —dice mi padre, llamando la atención de mi madre hacia el nuevo objeto. Extiende la odiosa camisa sobre el regazo de mi madre y se aleja corriendo en busca de la nueva curiosidad que le trae su asquerosa amante—. ¡Otra señal de Madison! —dice.

Es un libro. Sí, amable tuitera: es *el libro*, el libro que yo confiaba en que nadie volviera a encontrar.

Mientras Babette permite que mi padre le coja reverentemente el libro de sus manos blancas y arácnidas, se pone a declamar. Y dice:

—¡La virgen niña nos ha mandado nada menos que su menstruación no manifiesta! ¡La sangre de Madison ha manado para erradicar las palabras blasfemas del hereje Charles Darwin! —Con la voz ascendiendo a tonos vertiginosamente agudos, Babette dice—: ¡Un libro que sangra! —Mientras mi padre levanta bien alto el libro profano, lo carga por encima de su cabeza y se arrodilla una vez más para hacerle entrega de él a mi madre, Babette dice—: ¡Es un milagro!

Un asco es lo que es. Las páginas están todas pegadas entre sí por la sangre coagulada de cipote, prensadas hasta quedar igual de sólidas que un ladrillo bajo el peso de un colchón y una conciencia culpable. No es nada santificado ni notable. Pero para ellos, esos chiflados ex niños índigo, ex alquimistas y ex chamanes, es una reliquia sagrada. Un enorme Tampax encuadernado en cuero y mandado por el Cielo.

Enterrado en algún lugar de su interior, y escrito con la letra de mi madre, está el mensaje: «Ponte una meta tan difícil que hasta la muerte parezca un alivio en comparación».

Con qué facilidad podría acabar aquí esta escena, con este retablo, mi padre sosteniendo el libro, mi madre en su diván, levantando los brazos para aceptarlo… la sirvienta adúltera mirando… pero de pronto entra una persona más en la sala.

Al principio me llevo la impresión de que mi difunto señor Contoneos ha regresado a mí, porque la nueva presencia apenas es más grande que un pececillo sano. La presencia flota en el aire, resplandeciendo y revoloteando igual que los peces hacen oscilar las aletas amarillas y rosadas para desplazarse por el agua. Un ser feérico que reluce y flota. Y el encantamiento se acerca.

Nadie se gira para dirigirse a este recién llegado, pero su cara diminuta es igual de lisa que el pan recién horneado. El pelo amarillo se le ve igual de luminoso que la mantequilla sobre la frente. Es el pretendiente rústico que vino al funeral de mi abuelo. El evangelista primitivo, convertido ahora en espíritu resplandeciente. Mi ángel hecho en casa de la noche de Halloween. Nadie se da la vuelta para dirigirse a esta improbable importación del norte rural del estado, pero yo me quedo tan desconcertada que su nombre medio olvidado se me escapa sin querer de los labios.

21 DE DICIEMBRE, 13.01 HORA DE HAWÁI

El resultado inevitable de manejar maquinaria pesada en plena sobredosis de diazepán

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

En el salón del *Cruzado de Pangea*, exclamo:

—¡Festus!

Y el menudo visitante rubio se gira para contemplarme con sus luminosos ojos azules. Por fin me ve y me oye. Y para mi sorpresa, la amante Zorrupia Zorrington de mi padre también clava en mí su mirada de ojos color orina. A continuación sigue mi mirada hasta Festus. Por imposible que parezca, Babette nos mira a los dos y sus labios gomosos se doblan como si fueran perritos calientes de marca barata cortados a lo largo y fritos en manteca a modo de consistente *petit déjeuner* del norte del estado. Entrecierra los ojos hasta convertirlos en ranuras y arquea el lomo como si fuera un receloso gato de granja. Su exuberante pecho enfundado en un jersey sube con cada respiración. Y mientras yo me dedico a observarla con mirada escéptica de sobrenaturalista, a Babette le crecen las uñas, de zarpas de gato a zarpas de pantera.

Mi consorte del norte del estado estira un brazo infantil, extiende hacia Babette la palma de la mano en miniatura, no más grande que un azafrán rosa plenamente florecido, y se dirige a ella. La voz le sale más profunda de lo que uno esperaría, recia y resonante, y dice:

—Márchate, vil súcubo.

Mis padres, sin enterarse de nada, se apiñan para examinar el libro del *Beagle*, mancillado con sangre de verga que ellos creen que ha manado de mi coño angélico.

Y sí, puede que yo esté románticamente encaprichada de este rubio pillastre vestido con peto, pero también conozco la palabra «súcubo». Y de ser cierta esa acusación que está lanzando mi diminuto amorcito palurdo, eso explicaría que Babette pueda verme. También explicaría el poder asombroso que parece ejercer sobre mi padre, normalmente adicto a Camille. Mi agradecimiento a Leonard.empollon.del.Hades, que nos recuerda que los súcubos son demonios que asumen forma de mujer para seducir a los hombres y destruirlos.

Manteniendo a raya a Babette, el pequeño Festus me indica que vaya a su lado.

—Me aventuro a este lugar terrenal —me dice— de parte de tu abuelo.

—¿Del padre de mi padre? —pregunto, esperanzada.

Festus se me queda mirando, con una única arruga surcando su frente de mantequilla y traicionando su Ctrl+Alt+ Desconcierto.

—Me refiero a Benjamin, que reside en la felicidad perfecta durante toda la eternidad en el Reino de los Cielos.

Se refiere a mi abuelito Ben.

—¿Y está en el Cielo? —le pregunto, recelosa.

Aquí estamos los dos, mirando las salpicaduras que ha dejado el esputo del cipote de mi abuelo por toda la pechera de mi bonita camisa, ¿y resulta que está en el Cielo?

Festus asiente con la cabeza. Examina más de cerca mi expresión.

—¿Acaso conoces tú, doncella, alguna razón válida por la que Ben no debiera estar en presencia del Todopoderoso?

Ah, Festus, cómo había echado yo de menos ese altisonante lenguaje de padre peregrino.

—¿Cómo es que me puedes ver?

—Podemos hablar —dice Festus— porque ya no formo parte del mundo material.

Pobre Festus.

Le doy el pésame.

—¿Te mató algún beso con lengua?

—Accidente de máquina cosechadora —me dice con una torva sonrisa.

Perdona que me jacte, amable tuitera, pero ya lo sabía yo. Desde el momento en que nos conocimos en el funeral rural casero de mi abuelo, ya imaginé que sería así como acabara la vida de Festus. Una docena de años de arrancar malas hierbas y desplumar pollos y luego, paf, hecho pulpa por alguna pieza de maquinaria rural. ¡Oh, cómo envidiaba yo su dramático destino!

Y él sigue explicando:

—Ahora ejerzo de ángel para siempre. —Me ofrece su mano diminuta y dice—: Y tengo la misión de encontrarte a ti, a mi Grial. —Dice—: Me han mandado aquí, señorita Madison, porque Dios nuestro señor necesita urgentemente tu ayuda.

21 DE DICIEMBRE, 13.16 HORA DE HAWÁI

¡Se revela el propósito de mi espantosa vida!

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Existe el Cielo.

Existe Dios, y no solo Warren Beatty.

Existe el Cielo, amable tuitera, pero ese hecho nos ofrece poco consuelo a quienes nos corresponde pasar la eternidad en otra parte. Mi Festus del norte del estado se ha convertido en un ángel diminuto y resplandeciente, mientras que la rechoncha Maddy ha de sufrir los sulfúreos y ardientes lagos de mierda y *El paciente inglés*. En fin, me alegro por él. Estoy chachiencantada. En serio, lo estoy, lo que pasa es que la exhaustiva etiqueta que me inculcaron no cubría estos momentos de tanta desigualdad social. Por suerte, la difícil conversación queda truncada por los insistentes timbrazos del teléfono del salón. Babette lo contesta con un cortante: «¿Sí?».

Echándonos un vistazo a Festus y a mí, Babette escucha a la persona que llama. Al cabo de un momento contesta en tono malhumorado:

—No, no quiero hacer ninguna encuesta de consumo. —Dice—: Emily, ¿cómo has conseguido este número?

A mi madre le suena el teléfono y lo coge. Luego le suena a mi padre.

Os estoy eternamente agradecida, Leonard.empollon.del.Hades, PattersonNumero54 y EmilySIDAenCanada. Más oportunos, imposible.

—¿Preferencias en materia de chicles? —pregunta mi madre, incrédula—. Leonard, cielo, ¿eres tú?

—No —dice mi padre—. Nunca compro los de membrana natural.

En el caos de televenta que sigue a continuación, el joven Festus se me lleva del salón del yate. Nos escapamos por una serie de corredores y trampillas. En nuestra huida entre risitas, atravesamos incorpóreamente mamparas y a doncellas somalíes, notando el sabor de la pintura y del curry de plátanos machos a medio digerir, hasta que llegamos al camarote de lujo que yo ocupaba de niña y que lleva una eternidad cerrado. Allí nos encontramos las cortinas cerradas, las luces apagadas y un aire acondicionado que mantiene mis ositos Steiff y mis ediciones de bolsillo de Judy Blume a temperaturas glaciales propias de archivos. Hasta el último cabello caído y bote de brillo de labios ha sido preservado con tanta meticulosidad como si fuera un diorama del Smithsonian o del Museo de Historia Natural de Nueva York. Aun estando muertos, mi recio escudero y yo somos dos personas libres que buscan refugio en una habitación provista de cama y pestillo.

Mi corazón está demasiado impregnado de ilusiones románticas como para pasar por alto este giro de los acontecimientos. Me acuesto sobre la colcha de satén de la cama en una postura que confío en que resulte apetecible. De forma involuntaria y no deseada me viene a la mente fantasma la imagen de mi abuela sin peluca ni bragas,

fumando acostada en mi cama idéntica del ático del Rhinelander. A fin de desterrar esa imagen, doy unas palmaditas con mi mano posviva a mi lado en la cama y digo:

—Así pues… eres un ángel. Mola. —Si mi Festus no conoce mi historial de mutilar partes frágiles de la anatomía masculina, yo no estoy precisamente ansiosa por contárselo. Tampoco estoy segura de si sabe que mi alma fue condenada al Hades. Por fin me aventuro a decir—: En fin, el Cielo es genial, ¿no te parece?

Festus me sonríe con la misma expresión condescendiente de ojos tristes que usa mi madre para dirigirse a la Asamblea General de las Naciones Unidas. Con una marea de lágrimas de compasión, a punto de desbordar.

Impertérrita, le digo:

—Sí, el Cielo es muchísimo mejor de lo que yo me esperaba…

Festus sigue contemplándome en silencio, con los labios temblándole de compasión.

A la defensiva, y provocativamente, le pregunto:

—Oye, ¿te dolió cuando la máquina cosechadora te hizo pedacitos? O sea, ¿te arrancó primero las manos? ¿Cómo fue?

Al oír esto, Festus posa su cuerpo de ángel a mi lado en la cama.

—No sientas vergüenza, señorita Madison —me dice—. Ya sé que te han expulsado de la creación para pasar la eternidad en el ano hirviente del Hades. —Su cara plácida dice esto sin asomo de malicia—. Sé que sufres un hambre y una sed constantes sin nada para saciarlas más que un enorme banquete de orina y excrementos frescos…

Por los dioses. Amable tuitera, estoy sin habla. No tengo ni idea de dónde saca Festus su información, pero el Infierno no está tan mal. Ni como cagarrutas ni bebo pipí. No te creas ni una palabra de esto.

¡No soy Charles Darwin!

—También sé —me dice, clavando en mí una mirada de lástima suprema—… sé que te ves obligada a copular con demonios leprosos y que después tienes que parir a su inmunda prole en circunstancias de degradación completa.

Eh, EmilySIDAenCanada, échame un cable, por favor. Nadie está obligado a hacerlo con demonios, ¿verdad? Como *virgo intacta* que soy, tengo pruebas sólidas de lo contrario, y sin embargo ahora no tengo forma de presentar esas pruebas para que Festus las vea. O sea: si le intento enseñar ahora mi virginidad, el gesto va a quedar un poco de guarrilla.

—Sé que sufres el desprecio de todos los seres dignos. —Festus me mira con un parpadeo de sus bovinos ojos azules—. Que toda criatura con uso de razón te considera indigna de respeto. Que en tu presente estado eres más vil que…

—¡Calla! —lo interrumpo yo, acostada rígidamente sobre la colcha de la cama.

Respiro agitadamente. Me estoy sulfurando. Prefiero pasar la eternidad atracándome de caca pútrida antes que aguantar que un ángel petulante me hable en ese tono. Me da igual que tenga potencial de ser mi novio, yo me largo. Me pongo de

pie. Me enderezo las gafas. Me aliso la falda-pantalón.

—Si me perdonas —le digo—. Estoy segura de que ahora mismo debería estar fornicando con alguna gárgola enferma y corrupta.

—Espera —me suplica Festus.

Y espero. Ahí está, mi mayor debilidad: la esperanza.

—Dios te desterró al Averno no porque seas vil, sino porque sabe que eres fuerte —dice Festus—. Dios sabe que no eres débil sino brillante y valiente, y que por consiguiente no quedarás degradada por los mismos tormentos que destruyen almas más débiles… —Festus se incorpora y echa a flotar, revoloteando en el aire de las inmediaciones de mi cara—. Desde el principio de los tiempos, Dios ha tenido intención de que seas Su emisaria en la perdición.

Dios, me explica Festus, sabe que soy pura de corazón.

Dios es consciente de que soy excepcional. Está convencido de que soy dulce, lista y amable. Dios no me considera gorda. Quiere que sea su agente doble supersecreta.

Como si fuera una versión celestial de los incordiantes pinzones de Darwin, Festus aletea y se agita con emoción de hada dorada. Plantado en plan loro junto a mi oído, me dice:

—Dios te implora que evites una grave catástrofe inminente.

21 DE DICIEMBRE, 13.28 HORA DE HAWÁI

Mi cita con un ángel

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Se están amasando nubes de tormenta en el cielo de encima del *Cruzado de Pangea*. Unas nubes de color azul plomo, del mismo color que mi boca ve cada vez que mastico un lápiz de grafito, se acercan volando a la Madilántida desde todos los puntos cardinales, un dosel oscuro y tan bajo que el yate parece quedar encajonado entre esa bóveda negra y opresiva y el resplandeciente paisaje onírico de color de algodón y polímeros inflados. Y no, no se me escapa que mi situación se parece mucho a las aventuras marítimas del señor Darwin a bordo del *Beagle*. Los dos aguerridamente arrojados al cruel Pacífico para buscar nuestros destinos. En calidad de sucesora supernaturalista del señor Darwin, reúno coraje para ejercer de testigo mientras el señor Keta pasa andando por el pasillo donde está la puerta cerrada con pestillo de mi camarote de lujo. Y, entretanto, mi escudero del norte del estado me revela sus divinas verdades:

—No tengas miedo, señorita Madison —me dice. En mi camarote de lujo cerrado a cal y canto, lleno de animales de peluche, pelos de gato y pulgas muertas, el ángel Festus dice—: Tu existencia la ha decretado Dios y es Él quien dicta también hasta el último de tus pensamientos y acciones perfectos.

El ángel Festus emite un resplandor rosado y suave, como si fuera una farola de Park Avenue con la pantalla cubierta de seda azul celeste, y su luz embellece todo lo que ilumina: el ejemplar sin leer de *Nosotras y nuestros cuerpos* que tengo en la mesilla de noche, obviamente regalado, con el lomo intacto… un ejemplar ajado de *El placer de la cocina francesa*, mi lectura favorita de antes de irme a dormir… una fotografía con marco de plata de mis padres desnudos y sonrientes en un ecológico complejo turístico de playa de Camboya. Los rasgos de ángel del diminuto Festus, así como sus dedos, su nariz y su mentón hendido, parecen haber sido moldeados con una bolsa de masa de hojaldre llena de glaseado de crema de mantequilla.

Cuando habla, su expresión abierta recuerda la deliciosa tentación de un carrito de bollos, de un escaparate de pastelería, de una caja de bombones.

—Dios te ha otorgado una serie de sufrimientos, no para ponerte a prueba sino para demostrarte *a ti misma* la fuerza innata que tienes.

Tiene una voz suave y sin embargo rotunda como las mareas oceánicas; las palabras le suenan igual de débiles que el retumbar de los truenos oído a una gran lejanía.

—Dios coloca a todos los espíritus en cuerpos mortales para que puedan ponerse a sí mismos a prueba y comprender con mayor plenitud su poder —explica mi novio en miniatura, con el estiércol de vaca del norte del estado todavía adherido a sus apéndices calzados con botas.

Al otro lado de la puerta cerrada con pestillo del camarote, otra voz grita:

—¡Ángel Madison! ¿Dónde estás? —Le sigue una ráfaga trepidante de flatulencias, eso que los groseristas devotos llaman el «Salve, Maddy». A continuación la misma voz, el vibrato tembloroso del señor Keta, dice—: ¡De verdad que necesito hablar contigo!

Por lo que explica Festus, el rápido crecimiento del Infierno en los últimos tiempos está empezando a poner nervioso a Dios. Con los actuales niveles de mala educación y conducta zafia que se dan en la Tierra, casi no queda alma que no esté condenada.

—Hay almas preciosas de solo tres o cuatro años, criadas con los valores multiculturales erróneos de *Barrio Sésamo* —me asegura—, que ya están condenadas antes incluso de entrar en esa ciénaga de ateísmo que es la escuela pública.

En comparación, me cuenta, los ingresos por las Puertas del Cielo tienen lugar con cuentagotas, y a Dios le preocupa que pronto el Cielo acabe siendo irrelevante, un pintoresco gueto poblado por un puñado de productos limpitos y peinaditos de la educación en casa. Si en este preciso momento de la historia un cataclismo global aniquilara a la humanidad, todas las almas irían al Infierno. No quedaría nadie para reproducirse en la Tierra. Satanás ganaría y Dios quedaría humillado.

Y es por eso por lo que Dios me ha usado a mí para infiltrarse en el Infierno. Es decir: soy la agente secreta de Dios y ni siquiera estaba al corriente de mi propósito estratégico clandestino.

En el silencio tenso que sigue, le pregunto:

—¿Y a Dios por qué no le gusta *Barrio Sésamo*?

—Tu perfección, señorita Madison, es tan singular como la llama de una vela —insiste Festus—. Es por eso por lo que Dios te arrojó al Infierno. Y por eso te puso a batallar contra las peores almas de la historia de la humanidad, y por eso saliste victoriosa de todas esas pruebas.

Festus pronuncia su discurso con verdadera pasión. Con vehemencia. El cuerpo alimentado con maíz casi le baila dentro de su ropa de catequesis.

Al mismo tiempo, la marejada eleva la Madilántida y nos sumerge a nosotros. Por los ojos de buey entran destellos entrecortados de relámpagos, como señales de morse. Por los dioses. Todo es tumulto en el exterior.

—Dios Todopoderoso no se esfuerza en crear almas solo para que se las robe Satanás —dice Festus, con los ojos iluminados por el reflejo de las centellas.

El ángel me explica que mi propósito es derrotar a Satanás y reconstruir la iglesia de Dios en la Tierra. Retirar el acceso legal al aborto y a la anticoncepción seguros y bajo demanda… prohibir justamente el matrimonio entre sodomitas… y acabar con esa sangría financiera que son los programas de ampliación de la seguridad social.

—¡Tú serás la espada en llamas del castigo divino! —El recio ángel adolescente, con los puños levantados por encima de la cabeza rubia, centellea como un arco voltaico, como un chispazo, como una descarga achaparrada de fuego divino. Le

zumban las alas de colibrí. Con unos gritos que retruenan como campanas catedralicias, exclama—: ¡Únete a nosotros, señorita Madison! ¡Únete y goza!

Es decir: que tengo que darle una paliza a Satanás *y también* quitarle la financiación a la televisión pública. Es decir: tengo cierto conflicto.

Y no, amable tuitera, puede que esté un poco enamorada de mi angélico pretendiente y de su halagador mensaje, pero no soy sorda a los draconianos objetivos que me describe. Resulta atractiva la idea de convertirme en figura mesiánica, en la mano de un salvador omnisciente, pero no a cambio de ser una capulla. A modo de protesta razonable, le insisto:

—¡No puedo! ¡No puedo vencer a Satanás! ¡Es demasiado poderoso!

—¡En absoluto! —me dice mi Romeo de la granja—. ¡Pero si ya lo has hecho!

—¿Qué? —le digo yo.

—¡Que ya has derrotado una vez al Príncipe de las Tinieblas!

No tengo ni la menor idea de qué me está hablando mi amigo posvivo y posgranjero.

—Ángel Madison —vocifera la voz procedente del pasillo—. ¡Se nos está acabando el tiempo!

—El fin del mundo está programado para las tres de esta misma tarde —dice Festus.

Según mi Rolex no de imitación, ya es la una y media.

21 DE DICIEMBRE, 13.30 HORA DE HAWÁI

Dictar un edicto desesperado

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Desde los ojos de buey del camarote de lujo que tengo en el *Cruzado de Pangea*, lo único que se ve en todas direcciones es una cortina de lluvia que aporrea las superficies blancas y bruñidas. Todo son estallidos de centellas azules parecidos a fogonazos de color enrarecido, como letreros altísimos de neón destinados a anunciar la cólera de Dios. Y estos destellos iluminan las colinas y llanuras de poliestireno que se extienden hacia todos los puntos cardinales. Bajo el azote de unos vientos desatados.

La puerta del camarote sigue cerrada con pestillo, pero aun así ahora empieza a atravesarla lentamente una figura azul y luminosa. Al principio no hay más que un resplandor azul claro que se forma en el centro de la puerta y se filtra a través de la madera; luego una panza azul recorrida de arriba abajo por una hilera vertical de botones de camisa. A continuación, en una parte muy superior de la puerta, aparecen primero las puntas de una barbilla y una nariz azules y luego una familiar silueta azul. Lo último que fluye a través de la puerta cerrada con pestillo es una fea coleta hecha con porquería azul trenzada. Y así es como se planta entre nosotros el señor Crescent City.

Tras dejar atrás una vez más su cuerpo postrado por la sobredosis, ahora parpadea y echa un vistazo a mis animales de peluche Gund y mis ositos Steiff. Sus ojos legañosos se posan en la figura dorada y radiante de Festus.

Según el ángel Festus, Dios elige a un mensajero cada varios siglos para que les entregue una hoja de ruta actualizada a los justos de la Tierra. Llámese Moisés, Jesús o Mahoma, esta persona disemina la última generación de la Palabra de Dios 2.0. Llámese Noé, Buda o Juana de Arco, el mensajero nos actualiza el software moral, le quita los virus a nuestra ética y nos moderniza los valores para que encajen con las necesidades espirituales modernas. Si damos crédito al ángel Festus, no soy más que la última versión del portavoz terrenal de Dios.

—Cuando termines de evitar el cataclismo de hoy —declara el sonriente Festus—, tienes que detener todas las incursiones de la humanidad en el maligno terreno de la investigación con células madre.

—¿Cómo dices? —le pregunto.

—En calidad de voz de Dios —clama Festus—, tienes que restringir los desmadrados derechos civiles de las mujeres.

Por mucho que me halague el haber sido elegida, no me emocionan precisamente las noticias que me han dado para que transmita.

Levantando los bracitos y agitando las manos, en plan predicador, mi novio del norte del estado despotrica:

—¡Es la voluntad de Dios que todas las mujeres se abstengan de votar, usar anticonceptivos y conducir automóviles!

Mientras mi paradigma de ario en miniatura sigue desgranando el resto de las exigencias de Dios —que la gente negra deje de casarse con los blancos, que ningún hombre se case jamás con otro hombre, circuncisión absolutamente obligatoria para ambos sexos, velos y burkas a patadas—, me giro hacia el señor Keta y hago las debidas presentaciones. Ni siquiera la muerte me hace olvidar mis años de decorosa formación en los terrenos de la etiqueta y el protocolo suizos.

—Señor Crescent City, le presento al ángel Festus. —Con una inclinación apropiada de la cabeza, le digo con cortesía—: Ángel Festus, este es el señor Keta. Es un «pagafantas psíquico».

—El ángel Madison quiere decir «cazarrecompensas psíquico» —dice el señor Keta. Se queda mirando a Festus, con su resplandor dorado, como si a mi pretendiente del norte del estado le circulara luz del sol por las venas. Soltando un suspiro azul y profundo, el señor Keta dice—: Ya me gustaría a mí ser un ángel.

Y es entonces, amable tuitera, cuando la idea me cae encima como si fuera un relámpago de color azul. Y le digo al señor Keta:

—Conque de verdad quieres ser un ángel, ¿eh?

—Solo quiero morirme —dice el señor Keta—, y encontrar una felicidad total y nada de dolor. Para siempre.

—Encuentre a Dios —dice Festus— y encontrará usted la paz.

—Cállate, ángel Festus —le replico yo, sin ánimo de ofensa—. Al menos por ahora, ¿vale? —Veo que el azul del señor Keta ya está pasando del celeste al turquesa, del azur al azul francés. El hígado enfermo le está cribando la ketamina de la sangre y eso quiere decir que se nos está acabando el tiempo. Mientras él pasa del turquesa al azul cielo, le ofrezco un trato—: Llévales un mensaje a mis padres y te prometo que te convertiré en ángel.

—¿Un mensaje? —me pregunta.

—Diles que paren el rollo ese del cataclismo, ¿vale? —le digo.

El señor Keta me devuelve una mirada de ojos desconcertados de drogata.

—¿Y seré un ángel?

—Diles —le digo— que son unos hipócritas estúpidos y que no deberían haberme *ocultado* que Rayas de Tigre tenía una enfermedad renal espantosa.

El señor Keta se pone a asentir con la cabeza, con los ojos cerrados, como si comprendiera el sentido profundo de mis palabras. Con los ojos cerrados, sonríe.

—Y diles —añado— que yo maté accidentalmente al abuelo al semidesprenderle el nabo, porque pensaba que era un mojón de perro que se estaba inflando. ¿Se entiende?

Con los ojos cerrados, el señor Keta asiente sabiamente. La coleta se le mece a modo de confirmación.

—Diles también —le digo— que lo de hablar con Jesús por el móvil me lo

inventé, pero que resulta que Jesús sí que existe… —Me giro hacia Festus en busca de confirmación y le pregunto—: ¿Verdad?

—Correcto —afirma Festus.

Y le digo al señor Keta:

—Lo más importante de todo es que les digas a mis padres que los quiero *muchísimo*. —Acercándome más a mi confidente de color azul, le susurro—: Y, por favor, diles que no le chupé la picha a ningún mono araña y que tampoco hice cochinadas con ningún búfalo de agua, ¿de acuerdo?

La mirada inexpresiva que pone el señor Keta sugiere que he sobrecargado a mi mensajero. Mientras su alma se desvanece, filtrándose de regreso al lugar donde ha dejado su cuerpo físico, su luz pasa del azul claro al gris. Y del gris al blanco.

Las paredes del camarote de lujo se ponen a vibrar, y un zumbido no del todo desagradable baña mi cama. Han arrancado los motores de megayate del *Cruzado de Pangea*. Fuera, una galerna cada vez más fuerte barre las cubiertas y sacude las jarcias.

—Y sobre todo, por favor —le suplico a mi mensajero ya casi desvanecido, juntando las manos rechonchas en gesto de rezo—, diles que se mueran con todas las chocolatinas de tamaño grande que puedan llevar encima.

21 DE DICIEMBRE, 13.45 HORA DE HAWÁI

La abominación desencadena un cataclismo

Colgado por Leonard.empollon.del.Hades@masalla.inf

Si comparamos los códices de la Antigüedad escritos por los eruditos desde tiempos de Solón, en todos ellos encontramos descripciones casi idénticas del fin de los tiempos. El llamado mito global del Día del Juicio describe a una hermosa niña-cosa que lidera a una procesión de discípulos en su ascenso por las laderas de una montaña resplandeciente. La montaña se eleva en el centro del océano Pacífico, y esta ceremonia tiene lugar bajo la luz crepuscular del día más corto del año.

Por primera vez, Perséfone no regresará. Llegará el amanecer pero no quedará nadie vivo para presenciar la siguiente salida del sol.

En lugar de plásticos, ahora la niña-cosa es llevada en volandas por un séquito de seres humanos. En lugar de bolsas de la lavandería y botellas de refresco, quienes le hacen de comitiva son potentados terrenales y ricos gobernantes, todos vestidos con caros atuendos carmesíes. Y la enorme multitud sube desfilando por la yerma arquitectura de las nubes artificiales. Sus pasos siguen caminos tortuosos y zigzagueantes. La procesión asciende y asciende, meciendo incensarios de olor dulzón y llevando velas encendidas.

En el horizonte de los cuatro puntos cardinales se elevan enormes penachos de humo negro hacia el cielo de la tarde, como tornados. El suelo tiembla bajo los pies de la procesión. La montaña que escalan es la más alta de este lugar. Su altísima cima es plana, una meseta, y en el punto más elevado los espera un templo gigantesco y resplandeciente. El luminoso palacio parece un pastiche de formas góticas, barrocas y áticas, de cúpulas, pináculos y columnatas, con las cariátides y las cartujas hechas a base de fluoropolímeros relucientes. Parte catedral y parte rascacielos, el edificio corona la cima.

Es en este glorioso y estéril santuario, que domina el mundo entero, donde los eruditos de dos milenios enteros dicen que terminará la historia de la humanidad.

21 DE DICIEMBRE, 14.05 HORA DE HAWÁI

Frustrada por la deriva continental

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Estamos corriendo. Mis piernas rechonchas corretean. Levantando mucho las rodillas gordezuelas, voy a toda velocidad, empapada de sudor. Mis pies enfundados en mocasines patean el suelo, escalan, coronan los peldaños de una escalinata moldeada en el abrupto flanco de una montaña de color de nada. Un precipicio blanco y de tono indescifrable. Sin apenas pausa, voy dando brincos en pos del cadavérico señor Keta, que sube las escaleras a toda velocidad delante de mí.

Hace un momento que hemos salido de mi camarote para encontrarnos el yate desierto. Un auténtico *Marie Celeste*. Un *Holandés errante* desprovisto de tripulación. El salón estaba vacío. Las cubiertas desocupadas. La agenda electrónica prestada ha emitido su tono de llamada en clave de europop y Archer me ha dicho:

—Mira fuera. —Me ha dicho—: Asómate por un ojo de buey o algo.

No cuesta verlos en medio del paisaje: una procesión de gente caminando en fila india, subiendo la ladera de una montaña en la media distancia. Hasta el último de ellos va ataviado con túnica roja y capucha. Y por culpa de sus atuendos, la fila de uno que forman se parece a un riachuelo de sangre que fluye colina arriba, siguiendo un estrecho canal de peldaños que sube zigzagueando desde el pie de la blanca montaña hasta su cima. Es imposible saber si entre ellos se encuentran mis padres, dado que todos llevan las mismas vestiduras de color escarlata.

La montaña en sí se eleva majestuosa, estrechándose hasta la cúspide, donde se erige un templo profusamente adornado del color de la cera. Una recargada cúpula, rodeada de columnas y coronada por torretas. Un templo colosal engalana la alta cima, aunque desde tan lejos no parece más grande que un pastel de bodas de muchos pisos y copiosamente decorado.

Mientras contemplo maravillada este espectáculo, acierto a ver al señor Keta bajando a la carrera la pasarela del yate en pos de la comitiva escarlata de peregrinos. Su figura de marioneta zancuda y tambaleante alcanza la escalinata que sube por la ladera de la montaña mientras yo echo a correr detrás de él. Tiene la cara pálida. La respiración trabajosa. Padeciendo claramente del corazón, grita:

—¡Han zarpado los barcos! ¡Están poniendo los barcos a zarpar!

Con unas palabras que se pierden entre jadeos agotados, el señor Ketamina grita:

—Tienes que entenderlo, niña muerta, la Madilántida está zarpando —dice, lanzando sus palabras a los cuatro vientos.

Animado, sonriente, se pone a parlotear, agitando las manos sobre la cabeza:

—Vas a ver tsunamis, terremotos y volcanes —dice en tono de júbilo. Intercalando sus palabras con risas jadeantes—. Pero como todos vamos a ir al Cielo, no pasa nada. Todo el mundo va a sufrir una muerte horrible… ¿no es genial?

A mi alrededor, mientras seguimos escalando, el continente onírico se extiende en todas direcciones, un resplandeciente yermo de prados blancos inmaculados y mansiones del color de los dientes. A los pies de esta escalinata alpina está atrapado el *Cruzado de Pangea*, encallado entre las tierras bajas de plástico. A juzgar por el humo abundante de sus tubos de escape, sus motores de megayate están funcionando a toda potencia, como si su tripulación estuviera intentando escapar de todos estos millones y millones de acres de polibasura continua y procesada por el calor. De su chimenea asciende una columna de humo negro. En la línea de flotación, la basura reciclada, inflada y espumosa, chirría contra su casco de acero atrapado. La proa aerodinámica sube y baja como un rompehielos.

De diversos puntos del horizonte se elevan columnas idénticas de humo negro, cada una de ellas revelando el lugar donde hay encallada y bamboleándose una embarcación semejante.

—El plan —continúa el señor Keta, casi cantando de alegría— es simplemente empujar a Madlantis hasta la corriente dominante. Al cabo de un par de millas, las corrientes ya nos arrastrarán.

Me duele admitir esto, pero se han invertido fortunas enormes en ejercitar mi cuerpo perpetuamente no esbelto. Como si yo fuera una aspirante a las olimpiadas o un potro de doma de exhibición, me han hecho correr por toda clase de pistas cubiertas. Una legión de entrenadores de fitness me ha obligado a hacer innumerables largos de piscina, y aun así da la impresión de que no tengo ninguna capacidad aeróbica. Pero ninguna.

El señor Keta tartamudea y trata de coger aire.

—Vamos a usar el continente para cambiar el alineamiento del planeta. Cuando la mole gigantesca de la Madilántida se estrelle contra Norteamérica, lo destruirá todo.

Amable tuitera, soy consciente de la irritante metáfora que va cobrando forma. En la muerte, igual que en vida, mi cuerpo seboso se va a estrellar contra las Américas, las islas de Hawái, las Galápagos, Japón, Rusia y Alaska. Mi gigantesco cuerpo grasiento y mantecoso va a sembrar el caos igual que el elefante en la cacharrería del refrán.

Y para empeorar las cosas, mientras subo, los peldaños son blancos y esponjosos y se comprimen un poco bajo mi peso. Como si fueran de gomaespuma. Como espuma de poliestireno. Y como están empapados de lluvia, resultan traicioneros, y amenazan con arrojarme de espaldas a algún abismo sin fondo de color perla.

A pesar de que nos llevaban ventaja, ya estamos alcanzando a los más lentos de los peregrinos de túnicas rojas. Entre el paisaje onírico, las túnicas y las columnas de humo de diesel, todo es blanco luminoso, rojo y negro. Algunos de los integrantes de la procesión llevan pabilos encendidos. Otros balancean incensarios sujetos con cadenas y van dejando tras de sí volutas de humo de incienso. Y todos al unísono van repitiendo el estribillo de su cántico:

—Puta… mierda… maricón…

El crepúsculo de principios de invierno tiñe hasta el último peñasco de un dorado de anticuario. La luz de esta hora mágica es del mismo color dorado que ve mi lengua cuando como *fondue au Gruyère*.

Vamos alcanzando a más peregrinos, esquivándolos por las escaleras y abriéndonos paso a empujones entre ellos. La mayoría ha aminorado el paso, porque ahora da la impresión de que la montaña se está moviendo, desplazándose de forma casi imperceptible, mientras el rollizo y mofletudo continente es empujado hacia el norte. Mil millones de caballos de potencia de motores navales pugnan por desalojarnos del centro en calma del giro del Pacífico, y su éxito gradual hace temblar como un flan la placa tectónica de poli-imitación en la que nos mantenemos a flote. Las montañas circundantes se tambalean como si fueran altísimas cordilleras de gelatina de vainilla. Los peregrinos con menos sentido del equilibrio trastabillan y se caen, soltando gritos dramáticos. Tal vez debido a su dilatada experiencia con la falta de equilibrio que provoca la droga, el señor Keta no pierde pie. Sigue subiendo con paso ligero, abarcando dos, tres y hasta cuatro peldaños con cada zancada.

—Tenemos que darnos prisa —dice Festus, revoloteando a nuestro lado—. ¡En menos tiempo del que tardó el Todopoderoso en poblar este mundo maravilloso, los groseristas lo tienen que destruir!

Yo dejo de correr poco a poco. Mis zancadas se relajan mientras me planteo dejar que el groserismo haga su trabajo y complete su impía guerra contra la humanidad, esa plaga que no para de reproducirse, comer carne de ternera y emitir CO2. En calidad de hija de unos padres defensores de Gaia que se sentaban en las ramas de los árboles y organizaban sabotajes, no puedo negar el atractivo de un planeta libre de gente. Y todavía me resulta más atractiva la idea de tener la Tierra entera para mí sola, por lo menos hasta el próximo Halloween. En medio de una feliz soledad total, me dedicaré a zamparme libros enteros de una sentada. Aprenderé a tocar el laúd.

—¡Daos prisa! —nos apremia Festus, colocándose a mi lado—. ¡O tus padres sufrirán condenación eterna y les obligarán a tragar excrementos calientes!

Tampoco puedo negar el atractivo malvado de *esa* perspectiva, sobre todo después de toda la porquería macrobiótica que ellos me han hecho tragar a mí.

Cuesta aceptar la idea de que todo el mundo está a punto de morir y de que todo está a punto de ser destruido, porque todo el mundo parece muy feliz. Sonriente. Con los ojos centelleantes y extasiados. Los negros y los orientales, los judíos y los gays, los quebequeses, los palestinos y los amerindios, los supremacistas blancos, los proabortistas y los antiabortistas, todos cogidos de la mano. Ya no hay pretensiones sociales ni indicadores de estatus ni jerarquías de poder que los separen. La multitud se dedica a cantar mi nombre, agradecida por la salvación que ellos creen inminente. Son felices de esa forma en que la gente es feliz quemando libros o decapitando a reyes; lo son porque creen que tienen *la justicia de su lado*.

Y todo este tiempo, el señor Ketamina se lo pasa murmurando para mantener mi mensaje fresco en la mente. Con la cara iluminada por el sol, hundida y demacrada,

con manchas del color de las llamas, no para de repetir con ferocidad:

—¡No a las células madre!

Las tripas grises y pensativas de mi cerebro están todas mareadas por el movimiento del suelo. Les provoca náuseas el recuerdo imposible de digerir de mi padre en Nueva York, diciendo: «Madison era una pequeña cobarde».

Frente a nosotros, la procesión ha llegado a un embotellamiento. Los penitentes ataviados con túnicas esperan su turno para pasar por debajo de un arco enorme que sirve de entrada al templo de la cima. Entre nosotros, un cuarteto de gigantes lleva a hombros las cuatro esquinas de una silla de manos cerrada y acortinada, cuyos ocupantes permanecen ocultos tras sus colgaduras de terciopelo rojo. Lo más seguro, pienso, es que sus pasajeros sean Camille y Antonio, y estiro el cuello para verlos mejor. Entretanto, la multitud va accediendo a una reproducción bastante fiel históricamente del patio de un palazzo veneciano del Renacimiento, con sus frisos y ménsulas reproducidos con abundancia de esculturas de espuma de celulosa endurecida de color insípido.

En medio de la muchedumbre de figuras encapuchadas, el señor Keta se pone de puntillas y grita:

—¡Escuchad! ¡Que todo el mundo me escuche!

Alguien le ha dado una vela encendida y él sostiene en alto el pabilo llameante como si fuera una estrella luminosa y parpadeante.

Amable tuitera, por favor, entiende que para mí es crucial que la comunicación sea eficaz. Mis padres son tan ricos porque la gente ha delegado a terceras personas las habilidades que antaño les permitían transmitir sus emociones. El público ha subcontratado lo que antes expresaban de sí mismos. Hoy día todo el amor tiene que ser mediatizado a través de tarjetas de felicitación, de joyería de diamantes de producción industrial o bien de ramos de rosas cultivadas en granjas y diseñados por profesionales. Todas las epifanías han de tener por modelo a mi madre. La gente únicamente siente las emociones que ella les dice que sientan. Para ellos, mi madre es Afrodita. Mi padre, por su parte, es el Zeitgeist.

Yo, en cambio, le he confiado todas mis mayores preocupaciones a este despojo humano de adicto a la ketamina que ahora está dando brincos, agitando su vela y gritando para atraer la atención de todo el mundo. Imaginaos mi horror cuando el señor Keta grita:

—¡Deteneos!

Suelta un silbido para hacer callar a los presentes y luego grita:

—¡Dice Madison que vais a ir todos al Infierno a menos que me escuchéis! —La multitud reunida empieza a girarse para mirarlo—. El ángel Madison —grita— quiere que paréis todos de soltar palabrotas y eructos…

Le he encomendado a una sola persona que transmita todo el amor que yo no podía transmitir. Le he encargado que comunique todo mi arrepentimiento y que enmiende todas mis mentiras. Noto que empieza a cambiar lentamente el curso de la

situación.

Con las caras enmarcadas por la abertura de sus capuchas rojas, los confusos espectadores contemplan al señor Keta. Se quedan esperando, inquietos, parpadeando con expresiones de perplejidad.

—Madison —grita el señor Keta. Hace una pausa y se hace un momento de silencio total—. ¡Madison Spencer dice que el único camino verdadero que lleva a la salvación pasa por chupar pollas de burro!

Por los dioses.

Es en ese momento cuando veo a mis padres. Se echan las capuchas hacia atrás y se quedan mirando, con la cara contorsionada en expresiones de horror afligido.

Y sin pronunciar ni una sola palabra más, el señor Crescent City, el señor Keta, mi cazarrecompensas psíquico, cae muerto.

21 DE DICIEMBRE, 14.22 HORA DE HAWÁI

Esa paliza que tanto me merezco

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Nadie lo entiende. Todo el mundo lo malinterpreta.

En el templo celestial de plástico reciclado, el ya familiar fantasma azul sale flotando del cuerpo desplomado del señor Ketamina.

—Esta vez ya no vuelvo —dice el ectoplasma azul con las facciones del señor Keta, negando con la cabeza.

Nadie puede vernos. Todas las figuras encapuchadas están contemplando sus restos posvivos y tirados en el centro del patio. Ese espantajo con marcas de viruela y coleta. De pronto un equipo de paramédicos se abre paso entre la multitud y se pone a buscarle las constantes vitales.

—Ha sido mi corazón, por fin —me dice el fantasma del señor Keta—. Aleluya. Esta vez me largo para siempre.

Bajo nuestros pies, la topografía de la Madilántida da un tironcito en sentido lateral.

Ya a cara descubierta, mis padres observan cómo los médicos le inyectan diversos agentes para salvarle la vida al señor Keta. Los portadores de la silla de manos con cortinas de terciopelo han depositado su carga a pocos metros de aquí, pero sigue siendo un misterio quién hay dentro.

Con su ceremonia momentáneamente interrumpida, los celebrantes congregados se echan hacia atrás las capuchas de color escarlata. Sin soltar sus cirios parpadeantes, siguen mascullando obscenidades genitales y excretorias. Cuando los médicos que están atendiendo al señor Keta le arrancan la sucia camisola del pecho enfermo y se preparan para pegarle los cables del desfibrilador cardíaco, yo veo mi oportunidad.

El fantasma del señor Keta me ve y me dice:

—No lo hagas, ángel Madison.

Tengo que hacerlo. Tengo mucho que decirles a mis padres. Por ejemplo, lo mucho que los quiero y les echo de menos. Y también lo estúpidos que están siendo.

—Si vas a usar mi viejo cuerpo —dice el señor Keta—, que sepas que estaba atravesando una erupción horrible de herpes.

Yo miro su fantasma. Y después su cadáver encogido.

—Solo para que sepas dónde te estás metiendo —me avisa.

Me siento totalmente Ctrl+Alt+Asqueada.

Los paramédicos gritan:

—¡Listos!

Pero no soy capaz de hacerlo. No soy capaz de dar el salto, amable tuitera, ni de meterme en ese cadáver asqueroso, inflamado y destruido por las drogas. Los

médicos emiten su descarga de amperios para reanimar el corazón, pero no pasa nada. Todas las constantes vitales permanecen planas.

Mis padres se morirán sin saber que yo los quería. Se irán al Infierno y serán hechos pedacitos por demonios armados con cuchillas impregnadas de sal de coctelería. Les harán tajos en los globos oculares y les practicarán lavativas con líquido desatascador de cañerías.

Los paramédicos vuelven a vociferar:

—¡Listos!

Pero yo no aprovecho la oportunidad.

La humanidad entera quedará borrada de la faz de la Tierra. Satanás reclamará a todos los hijos de Dios. Satanás vencerá. Y todo porque soy incapaz de mezclar mi alma inteligente y virginal con los despojos ictéricos y esqueléticos de un perdedor repugnante y predescompuesto.

—No te culpo —dice el fantasma del señor Keta—. A mí tampoco me gustaba mucho estar ahí dentro.

En un tercer y último intento, los paramédicos gritan:

—¡Listos!

El cerebro me gruñe una advertencia: Satanás encontrará a mi gato.

Y entonces es cuando salto.

No me sentía tan degradada desde que me vi sepultada en el horrorosamente sucio entorno de un lavabo público del norte del estado. ¡Estas manos leprosas! ¡Estos brazos y piernas flacos y marchitos! Los solícitos médicos me han despojado de la mayor parte de mi ropa inmunda y ahora me encuentro desnudo salvo por un calzoncillo maloliente que oculta el asqueroso colgajo de mi *membrum virilis*. Mi incómodo *membrum puerile*. Pese a que los decorosos médicos me recomiendan que me quede tumbado en el pavimento del patio, yo elevo mi cuerpo renqueante hasta una postura más o menos erguida. Varias manos enfundadas en látex intentan placarme para detener mi avance, pero yo doy un paso tambaleante hacia mis horrorizados padres.

Mis padres están de pie junto a la silla de manos cerrada con cortinas. Los dos boquiabiertos. Mientras arrastro mi monstruoso nuevo cuerpo hacia ellos, con los brazos muy abiertos para darles un amoroso abrazo de oso, ellos se estremecen de repulsión no disimulada.

Estoy tan débil que me caigo… amable tuitera, no paro de caerme… y me quedo despatarrado sobre los adoquines de plástico.

Con lo nerviosa que me había puesto siempre la perspectiva de tener acné adolescente, ahora me arrastro ante mi padre cubierta de los cráteres escocidos del virulento virus del herpes. Yo que había intentado casarme con Jesucristo para ahorrarme los síntomas físicos de la adolescencia que se avecinaba, ahora me retuerzo sobre unas rodillas agonizantes y le suplico con voz temblorosa y moribunda a mi madre que me preste su cariñosa atención. Tumbado boca abajo, cubierto de

llagas, me acerco a mis progenitores arrastrándome sobre mi panza irremediablemente pestilente. Pese a que ahora mi forma está modelada con podredumbre, hubo un momento en que constituí el luminoso futuro de mis padres, la confirmación viviente de que habían llevado a cabo las decisiones políticamente más progresistas. Ahora me deslizo sobre el vientre desnudo, dejando al descubierto mi espalda huesuda y demacrada y llevando a rastras la aparatosa vergüenza de mi sucísima coleta. Esa trenza que tanto se parece a un bulbo raquídeo prerreptiliano y desnudo. Yo, Madison Spencer, la emisaria que había de llevarlos a un futuro mejor y más iluminado, me veo ahora reducida a este lagarto rastrero.

Con la voz cazallosa que le he cogido prestada a un muerto, declaro:

—¡Mamá! ¡Papá! —Arrastrando hacia ellos mi nuevo cuerpo cuasi desnudo, huesudo y lubricado por el sudor, exclamo—: ¡Os quiero! —Frunzo los labios agrietados y cubiertos de lesiones para lanzarles un cariñoso besito, y les pregunto en tono suplicante—: ¿Es que no me conocéis? ¡Soy Madison! —Gimo—: ¡Soy vuestro bomboncito!

Mi nuevo aliento tiene un sabor que recuerda al olor de las tiendas de animales.

La seductora cara de mi padre está haciendo una mueca de repulsión, con todos los dientes al descubierto, asqueada por esa criatura a la que se ve obligado a asestar un puñetazo. A abatirla con todas sus fuerzas. Mi padre, oh, mi amado padre, a fin de defenderse a sí mismo y a mi madre, ha asumido la engorrosa tarea de aporrearme con los puños apretados. La sangre caliente e infecciosa me mana a chorros. Y pese a que lo repele tener mi pelo y mis fluidos corporales en los nudillos, él sigue severamente decidido a detener mi avance.

Con los dedos rotos, le suplico.

—Le arranqué la minga turgente al abuelito —confieso—, y lo abandoné para que se muriera en medio de un charco de sangre.

Les cuento a mis padres que jamás he lamido el elevado ano de ninguna exótica jirafa. Les cuento que mi idilio amoroso con Jesucristo era inventado. Se lo cuento todo. Ya casi sin fuerzas, araño el aire y mis súplicas reciben como respuesta las duras suelas de los mocasines de Prada de mi padre. Esta atrocidad de sangre y pus en la que me veo atrapada les sigue provocando. Retándolos. Desafiándolos a que me quieran. Les estoy poniendo a prueba a ver si reconocen, dentro de este cuerpo grotesco y torturado, alguna señal de su afligida niñita.

Me postro ante esa pareja de resplandecientes modelos de conducta. Les muestro la monstruosidad en que me he convertido y les suplico que me acepten.

—¡Perdóname por atacarte en el baño del Beverly Wilshire! —le suplico a mi padre. Y a mi madre le digo—: Te prometo que perderé peso.

Nos está mirando Babette, soltando risitas en secreto. Esa jamelga, ese súcubo exuberante. Nos están mirando el fantasma azul del señor Keta y el espíritu dorado de Festus, que revolotea como un colibrí. Me arrastro alrededor de los pies de mi horrorizada familia. Con movimientos pesadillescos a cámara lenta, extiendo los

finos y extraños dedos para acariciar el tobillo aterrado de mi madre.

—Mamá, he venido a rescatarte —le digo.

A modo de respuesta al amor que le profeso, mi padre me sigue aporreando con los puños y los pies. El dolor me florece dentro de la maltrecha caja torácica. El corazón prestado se me para. Y el sufrimiento es indescriptible cuando se me detiene el flujo sanguíneo.

La verdad, amable tuitera, es que siempre estoy poniendo a prueba el amor de mis padres.

Una voz me llama:

—¡La vela! ¡Madison, coge la vela!

La voz viene del fantasma del señor Keta. Su mano fantasmagórica dirige mi mirada a un punto de los adoquines de plástico. Es allí donde ha aterrizado la vela encendida que llevaba en la mano en el momento de morir. Ahora la mecha ha encendido los adoquines falsos de espuma de poliestireno, y un fuego burbujeante se eleva y amenaza con propagarse al resto del templo, de la montaña y del continente. Aun sufriendo un paro cardíaco, me veo obligada a elegir entre besar a mis aterrados padres con mis labios enfermos y agusanados… o bien desviar mi avance para apagar un incendio de proporciones potencialmente épicas que se está propagando rápidamente.

Mientras estoy vacilando, presa de la indecisión, una grácil mano emerge de una abertura en las cortinas de terciopelo de la silla de manos. Y una voz melodiosa dice:

—¡No temáis!

La mano, ese ideal perfecto de mano, elegante y de otro mundo, aparta el terciopelo rojo con los dedos para revelar a la ocupante de la silla: una hermosa doncella. Una diosa adolescente.

Mientras el incendio burbujeante crece alimentándose de más peldaños de plástico, de un pedestal de poliestireno, de la base de un obelisco de poliuretano… la doncella perfecta que hay entronizada en el centro de la populosa muchedumbre, esa chica esbelta, baja sus gráciles piernas y se apea de la silla de manos. Tiene un pelo lustroso y rematado por una corona dorada de hojas de olivo. Unos brazos y piernas suaves. Una cara no estropeada por gafas. Su cuerpo de sílfide está engalanado con una sencilla camisola de campesina hecha con una familiar tela de cambray azul.

La doncella ideal me señala con un dedo perfecto y me ordena:

—¡Retrocede, abominación horrible! ¡Aléjate de aquí, impostora con sobrepeso! —Cuadra la espalda y anuncia con orgullo—: Contempladme, pues soy Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer, regresada de la tumba para traer la vida eterna a la humanidad.

21 DE DICIEMBRE, 14.31 HORA DE HAWÁI

¡Delatada!

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

La hermosa desconocida se baja de un salto. Mientras yo yazgo despatarrada, muriéndome en el suelo de plástico, ella apea su adorable figura de la silla de manos y aterriza justo encima de mi espinazo desnudo y tembloroso.

Me revuelvo debajo de ella. Intento escapar gateando. Con sus nalgas tonificadas plantadas en mi rabadilla, se pone a aporrearme la cabeza con los puños. Agarrándome el pelo desaliñado, me aplasta la cara contra el fuego iniciado por la vela y cada vez más grande, hasta que me salen ampollas. El calor me infla los labios como si fuera una sobredosis de colágeno, tensándome la piel hasta que se me hacen grietas.

Tan cerca están las llamas que se me quema la punta en forma de borla de la coleta grasienta. Los mechones trenzados empiezan a arder como una mecha apestosa a cámara lenta.

Con los huesos rotos… con el corazón enfermo… estoy indefensa, incapaz de incorporarme. Nadie viene en mi ayuda. El fantasma del señor Keta se ha hecho a un lado y está sollozando. El súcubo, Babette, está al otro lado, aullando con jovialidad demoníaca, mientras los groseristas congregados lloran y rechinan los dientes.

Está claro: mis padres no me quieren. Mis padres ni siquiera me reconocen. A quien quieren es a *esa* versión flaca de mí con pinta de muñeca Barbie.

Que lo sepáis, seguidores míos premuertos. Como poseáis un cuerpo físico, tendréis que quedaros dentro de él hasta el momento mismo de su defunción. Os tocará sufrir hasta que los ataques acumulados a la vida acaben con la funcionalidad del cuerpo. En otras palabras, mi espíritu no puede huir. Estoy obligada a soportar esta dolorosa paliza.

Me estremezco bajo su sorprendente peso. Me retuerzo para mirarla. A modo de uniforme, la Barbie-Madison lleva la infausta camisa de cambray manchada de lefa, con los faldones ondeando por encima de sus piernas desnudas. A modo de garrote, está usando el *El viaje del Beagle*, con todas sus anotaciones en sangre seca. Y blandiendo esa misiva tan poco liviana, se dedica ahora a golpear mi cara prestada. La cabeza me va de un lado para otro, soltando espumarajos y maullando protestas incoherentes. De los ojos prestados me manan géiseres hirvientes de lágrimas.

A pesar de todos sus esfuerzos, la impostora Madison, sentada encima de mí, no suda ni una gota. Su respiración tampoco es laboriosa como resultado de su extenuante ejercicio físico. A modo de tímida defensa, yo le aporreo el torso con los codos y las rodillas huesudos, pero es como liarse a puñetazos con los neumáticos de caucho negro de un camión de dieciocho ruedas del norte del estado.

La encuadernación de cuero del libro me aplasta la nariz, planchándola a un lado,

y me deja sin poder respirar. Las orejas me quedan machacadas y pitando. El campo de visión se me llena de luminosas estrellas.

Desesperada, agarro con los dedos un puñado de tela de la ropa de ella. Y tiro de él con obstinación, intentando arrancarle la camisa azul de su cuerpo esbelto, dejarla desnuda, pero sin éxito. El pudor no detiene sus esfuerzos. A ojos de todos los groseristas debemos de parecer un pervertido desnudo y depravado, un esqueleto libidinoso y de complexión raquítica, intentando meterle mano a una chavala desnuda.

Cada vez voy ofreciendo menos resistencia. Después de medio centenar de leñazos, una castaña más en todos mis morros ya casi no se nota. Me viene un letargo inducido por el trauma. Ni siquiera el dolor es capaz de captar mi atención, y la mente se me va. Elisabeth Kübler-Ross no la menciona para nada, pero la muerte tiene otra fase. Además de la rabia, la denegación y la negociación, está el aburrimiento. Sí, el aburrimiento. Uno se abandona.

Me sobreviene una rara sensación de paz. Mientras el tomo de tapa dura me atiza hasta dejarme sin sentido, mis forcejeos son reemplazados por una resignación más adormecedora que el Rohipnol. Si tengo que morirme… pues me muero. Si ella les gusta más, pues que mis padres adopten a esa muñeca Maddy. Alejándome cada vez más, huelo a pelo quemado. Oigo un ruido muy débil de puños que golpean carne hecha pulpa, ese cuerpo mío que ya salpica sangre en todas direcciones.

Nada de esto me viene de nuevo. Ya me he rendido. Con palabras amortiguadas por el agotamiento, me pongo a rezar en voz baja para que se me pare el corazón.

Vosotros, los premuertos, debéis de odiar que os diga esto. Ya sé que odiáis a los reincidentes, pero es que yo lo soy. Renuncio a mi vida. Como no puedo estar a la altura de todo mi potencial, lo dejo.

Si existe un gran plan, me rindo a él. Me entrego a mi destino.

Sometido a tan violenta escaramuza, hasta el libro del *Beagle* se empieza a desintegrar. Las páginas se desprenden y se deshacen frase a frase. Me cae encima una lluvia de papeles revoloteando. Palabras escritas a lápiz. Y de todos estos jirones que caen, hay uno que parece estar en llamas. En un borde de la página rota en cuestión parpadea una luz intensa de color anaranjado. Es Festus, el pequeño Festus, quien tiene cogido el pedazo de papel. Sus alas doradas de colibrí parpadean frenéticas, manteniéndolo suspendido ahí, sosteniendo la página para que yo la vea.

Y en ella, garabateado con tinta azul y caligrafía infantil, hay escrito: «Ponte una meta tan difícil que hasta la muerte parezca un alivio en comparación…».

Y en este momento, amable tuitera, mi cerebro en pleno colapso emite un último eructo inspirado. Tal vez esta… esta violenta rencilla sea la batalla contra el mal para la cual me han estado preparando mi familia y varias generaciones de televendedores.

He aquí la prueba que Leonard vaticinó hace tanto tiempo.

La supervivencia de los mejor adaptados frente a la supervivencia de los que mejor se portan.

A fin de atajar el diluvio de golpes, levanto las manos retorcidas para coger el volumen. Mis dedos destrozados se aferran con fuerza y mis brazos temblorosos forcejean para arrebatarle el cruel diario de viaje del señor Darwin. Por favor, fijaos. Acaba de tener lugar una inversión mágica: nuevamente un cadáver agonizante está enzarzado en un oscuro tira y afloja con una núbil muchacha.

Con una gran exclamación de dolor me hago con el control del libro. El arma es mía.

Blandiendo una vez más las memorias saturadas de sangre y esperma de C. Darwin, el desilusionado teólogo, invierto las escasas fuerzas que me quedan en un tremendo mamporro que impacta en toda la coronilla de la atractiva cabeza de mi adversaria. Y el impresionante castañazo la manda despedida hacia atrás y la deja momentáneamente aturdida. El mismo impacto libera una lluvia final de violetas y pensamientos secos de entre las páginas empapadas del libro.

Y también se desprenden más fragmentos del papel, que se adhieren a mi atacante. El castillo de la mente del señor Darwin se hunde ladrillo a ladrillo. Un inventario en disolución del mundo natural. Mi enemiga sucumbe a las salvas de memes: bifurcación… crustáceos… floculento… y Diodón. La cubren capa a capa como si fuera una piñata de cartón piedra. Wollaston… comunicación por señales… Fueguinos y escorbuto. Entre todos ahogan a mi adversaria. Una hiriente arenilla de datos y detalles le invade los ojos perfectos y no miopes. Hasta el último lagarto y cardo del señor Darwin. Todos los especímenes florales largo tiempo archivados de mi madre y de mi abuela.

La hermosa no-Madison suelta un chillido frustrado de rabia, con los ojazos cubiertos de papeles adheridos. Está cegada.

Un instante más tarde la punta en llamas de mi coleta le azota la capa altamente combustible de papel que la cubre. Se inflama al instante y la horda de palabras y flores desprendidas la ataca con su calor inmolador. Deja de hostigarme a mí y se pone a golpearse los costados, a darse manotazos para apagarse las llamas del regazo. Y mientras lucha por sofocar el fuego se empieza a arrancar puñados reblandecidos del cuerpo con las manos. Haciéndose pedazos a sí misma.

Y al mismo tiempo, grita. Hace cabriolas. Sus chillidos demoníacos le distorsionan los rasgos mientras la temperatura del papel en llamas le derrite y le deforma los pies, las rodillas y los muslos irritantemente esbeltos.

Sin dejar de aferrar la camisa de cambray impregnada de lefa y el libro a medio desintegrar, yo me encojo en el suelo cercano. Farfullando descabelladamente, igual de ensangrentado y desnudo que la recién nacida del vídeo de parto, digo entre sollozos:

—Siento haber sido una cobarde petulante…

Y cuando llevo a cabo esta humillante admisión, sucede lo imposible.

Pasa en contadas ocasiones que se producen fenómenos sobrenaturales para los que carecemos de explicación. Un par de manos se acerca para cogerme de los

costados de la cabeza deformada. Las manos suaves y perfumadas de mi madre y sus dedos cargados de joyas me levantan la cara maltrecha hasta que estoy mirando hacia arriba, mirándola a los ojos. Me acuna con los brazos el cuerpo destrozado, creando una *pietà* no exenta de sentimentalismo, y me pregunta:

—¿Maddy? Cielito, ¿eres tú?

Y mi padre se inclina para abrazarnos a las dos.

Me han visto. Por fin me han reconocido.

Mis padres y yo, nuestra pequeña familia, queda por fin reunida.

Y es justo entonces cuando esa muñeca imposible e inhumana levanta los ojos derretidos hacia el cielo. Con voz líquida y gorgoteante, la no-Madison grazna:

—Oíd mis palabras… —Y mientras se desploma para convertirse en un charco humeante y burbujeante, ordena—: Honradme, seguidores míos, con un enorme «Salve, Maddy» colectivo.

21 DE DICIEMBRE, 14.38 HORA DE HAWÁI

¡Detonada!

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Como ya te puedes imaginar, una densa multitud de gente expulsando gases intestinales acumulados en presencia de las llamas, y rodeados de una arquitectura ostensiblemente muy inflamable, no constituye un giro feliz de los acontecimientos. En un abrir y cerrar de ojos, la catedral de la cima de la montaña sucumbe ante el violento incendio. Enfundados en togas y calzados con sandalias, los groseristas corren desordenadamente en todas direcciones con sus extremidades en llamas. El calor reblandece la cúspide que tenemos bajo los pies y por los flancos del precipicio empiezan a descender ominosas avalanchas burbujeantes de plástico derretido.

El humo eclipsa el sol poniente, sumiendo este mundo antes prístino en unas tinieblas iluminadas únicamente por el furioso infierno anaranjado. En los llanos que hay más abajo se empiezan a abrir fisuras irregulares y el océano empieza a engullirlos. Mientras arde, el continente entero de la Madilántida se hunde lentamente. Es la caída de Pompeya. Es la destrucción de Sodoma. Las ráfagas ascendentes y abrasadoras de viento transportan grumos de ceniza ardiente y los depositan entre los lejanos bosques artificiales y los palacios combustibles, hasta que el mundo entero parece estar inflamándose en todas direcciones.

Cegados y aterrados, los groseristas salen en estampida, pisándose los unos a los otros. Se tropiezan y se desploman en estanques de limo hirviente. Sus gritos solo quedan silenciados cuando los gases supercalentados les abrasan los pulmones.

El cuerpo demacrado del señor Keta está totalmente muerto, completamente cubierto de llamas, y yo me veo desahuciada. Vuelvo a ser una burbuja de ectoplasma azul que tiene mi forma. La camisa de cambray inmunda y el raído libro del *Beagle* no deben de pertenecer plenamente al mundo físico, porque me encuentro con que los sigo teniendo en mis manos fantasmales.

Observando este Ctrl+Alt+Caos, el ángel Festus viene a mi lado. Me coge el borde de la oreja fantasma con los dedos dorados y me dice en tono sarcástico:

—Un trabajo excelente.

Por mi parte, amable tuitera, yo me dedico a registrar esta escena frenética, intentando localizar a mis padres. Me aterra que puedan morir, y a pesar de que son progresistas no violentos y amantes de la paz de los que hacen levitar el Pentágono, me van a imponer un castigo que durará varios siglos. Vamos a estar peleados para siempre.

Esos castigos teóricos están asfixiando mi mente de fantasma cuando una voz familiar me dice:

—Cielos, pastelillo, menudo marrón se ha montado, ¿no?

Me giro y veo a… mi yaya Minnie. Sosteniendo un cigarrillo fantasma en la

mano fantasma, se inclina para encendérselo con la coleta en llamas del cadáver incendiado del señor Keta. Y como si este Armagedón de fuego no pudiera ser peor, a su lado, por los dioses, está mi abuelito Ben.

21 DE DICIEMBRE, 14.41 HORA DE HAWÁI

Un episodio oscuro revisitado… por fin

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

La última vez que vi a mi abuelito Ben fue la noche de Halloween, la misma en que murió mi yaya Minnie. Su fantasma se acercó caminando con andares de espantapájaros a nuestro porche en el tedioso norte del estado. Y ahora lo tengo aquí plantado. A mi yaya Minnie y a él. Sin duda mis clases de etiqueta suiza me dictarían que preguntara de forma informal y natural por la salud de su verga semidesprendida y machacada a librazos, y sin embargo, cosa rara en mí, me he quedado sin palabras.

Resulta curioso que este volcán de espuma de poliestireno que arde a nuestro alrededor reproduzca las infelices circunstancias de nuestro último encuentro. Las furiosas emisiones de gases policarbónicos recuerdan al hedor de aquella lejana estación de servicio del norte del estado. El calor de este abrasador cataclismo de plástico recuerda a la temperatura tórrida de aquella tarde de verano.

Sin habla, adopto esa actitud distante que tan a menudo me ha servido últimamente, la de la sobrenaturalista que observa. En calidad de hija de unos padres ex alumnos de Eton, ex practicantes de la Gestalt y ex desarrollados humanamente, reconozco que si alguien debería sentirse incómoda en la situación presente, no soy yo. Mi abuelo se comportó como un degenerado depredador de esos que enseñan la minga. Reprimiendo una vida entera de condicionamiento social, decido no hacer ningún comentario sobre el tiempo que hace. Lo que hago es quedarme callada y limitarme a observar a mi sujeto en busca de muestras de incomodidad.

Mi terrible secreto no es solo mío. También es de mi abuelo. Igual que yo esperé aquel día «a ciegas» en mi cubículo de los retretes, lista para sufrir lo peor, que ahora él sufra mi mirada inquisitiva. A la manera discreta del señor Darwin o del señor Audubon, hago un frío inventario del espécimen que tengo delante. Me imagino el dedo rechoncho y sin hueso que me amenazó aquel día. Las arruguitas minúsculas e infinitas que cubrían la superficie esponjosa del dedo, y los pelitos cortos y rizados que tenía pegados. Rememoro el olor amargo y poco higiénico del dedo.

La primera en hablar es mi abuela:

—Hemos venido en el carrusel. ¡Vaya viajecito!

Mi abuela insiste:

—Tu abuelito lleva deseando verte desde el día en que murió, amorcito.

No hago ningún esfuerzo por contestar. Que sean ellos quienes le pongan nombre al horror. Que se disculpen ellos.

—Fue un día terrible —dice la yaya Minnie, dándose golpecitos en el corazón con una mano abundantemente tatuada. Se lleva una uña de porcelana al ceño y se rasca por debajo del borde de la peluca rubia—. El día en que murió… Déjame pensar… —La mirada le va a un lado y al otro—. Los dos adivinamos que te ibas a la

isla peatonal de la carretera.

Y mi abuelo, el pervertido del retrete, interviene:

—Preguntaste por ella a la hora del desayuno, así que decidí ir hasta allí con el coche a buscarte.

Yo permanezco impávida. A juzgar por el ángulo del cigarrillo de mi abuela, se la ve de buen humor, hasta feliz.

—Qué sitio tan asqueroso —dice mi abuela, y hace una mueca—. Tu abuelito estaba yendo allí a recogerte cuando tuvo el ataque al corazón.

Me entretengo mirándome ociosamente el reloj de pulsera. Finjo que me caliento las manos fantasmales con la fogata chisporroteante y borboteante que consume los restos mortales del señor Ketamina.

—Me morí delante mismo del porche de mi casa —dice mi abuelo.

—En los mismos escalones —añade mi abuela—. Se agarró el pecho y se cayó redondo. —Da una palmada para hacer énfasis—. Llevaba veinte minutos ya sin respirar cuando aparecieron los paramédicos y lo reanimaron.

El abuelito se encoge de hombros.

—¿Qué más puedo decir? No es por fardar, pero me fui directo al Cielo. Estaba muerto.

—No es verdad —le replica la yaya Minnie.

—Ya lo creo que sí —insiste mi abuelo.

Sin inmutarse, la yaya dice:

—Después de que le dieran las descargas en el corazón a Ben, los tipos de la ambulancia se lo quisieron llevar al hospital, pero él no quiso ni oír hablar de ir.

Cruzándose de brazos, mi abuelo dice:

—Esta parte se la está inventando entera. No es eso lo que pasó.

—Yo estaba presente, ¿sabes? —dice la yaya.

—Vaya —dice el abuelo—, pues yo también.

—Llevábamos cuarenta y cuatro años casados —dice Minnie—, y él nunca me había hablado así. —Dice—: Tal vez lo pasó mal, pero eso no es excusa.

—¿Cómo podía hablar? —dice Ben—. Pero si estaba muerto.

Mi yaya Minnie continúa:

—No, estaba completamente decidido a ir a buscarte, bomboncito.

Y de pronto, amable tuitera, se me empieza a formar lentamente una teoría en el vientre pensante de sobrenaturalista.

—Después de aquello —dice la yaya—, ya no volvió a ser el mismo.

—Claro —dice él—, porque estaba muerto.

Solo para aclarar las cosas, les pregunto:

—¿Me estáis diciendo que el equipo de rescate usó un desfibrilador cardíaco con el abuelo?

—Él te quería ir a buscar a aquel terrible lavabo público —dice mi abuela—. Estaba pálido y renqueante. Los paramédicos se temían que se fuera a morir en

cualquier momento.

El abuelo usa la yema del índice para trazarse una cruz en el pecho.

—Te lo juro —dice—. Me morí en aquel porche, en brazos de tu abuela.

Yaya me cuenta que los paramédicos lo revivieron y le hicieron firmar un impreso de alta médica. Él esperó a que se marcharan y en cuanto se fueron se subió de un salto a su camioneta.

Mi abuela se me acerca y me confía en un susurro teatral:

—¡Me insultó con esa palabra que empieza con P!

—Ya hemos hablado de esto mil veces —dice el abuelo, aplacándola—. No lo hice.

Ella carraspea.

—Me insultaste con la palabra esa que empieza con P y luego te fuiste a buscar a Maddy a aquella isla peatonal asquerosa.

Mis abuelos se ponen a Ctrl+Alt+Discutir. Se ponen huraños. La sobrenaturalista paciente y observadora que llevo dentro está bastante agobiada. Por fin, en busca de alguna clase de solución, le pregunto:

—¿Abuelito? Escucha. ¿Por casualidad fuiste a los lavabos de la isla peatonal y allí alguien te arrancó tu verga de anciano?

Él se me queda mirando horrorizado.

—¡Cielito! ¿Cómo puedes preguntarme eso?

—¡Porque es lo que pasó! —grita Minnie—. ¡Algún monstruo te arrancó las partes íntimas y tú te desangraste como un cerdo!

—No es verdad.

—¡Yo vi tu cadáver! —dice mi abuela—. ¿Es que en el Cielo no veis las noticias? —Sus manos nudosas trazan unas palabras enormes e imaginarias en el aire—. Todos los titulares anunciaban a los cuatro vientos: «Encuentran al padre de una estrella de cine muerto tras ser torturado en un retrete».

Llegado este punto muerto de lo que son obviamente unas tablas muy ensayadas, mientras el continente de la Madilántida se hunde en la profundidad de los mares y los groseristas cubiertos de llamas pasan corriendo a nuestro alrededor como si fueran cometas humanos, me doy cuenta por fin de que yo estaba equivocada. Es obvio: el alma del abuelito Ben se alejó flotando y otro espíritu poseyó su cuerpo. Algún fantasma o fuerza demoníaca aprovechó las descargas de las palas del desfibrilador de los paramédicos, igual que los delincuentes juveniles les hacen un puente a los coches y se los llevan para dar una vuelta. Igual que yo acababa de usar el cadáver del señor Ketamina. Y fue aquel extraño ladrón de cadáveres exhibicionista el que me asaltó en el retrete del norte del estado. No mi amado abuelito.

Pensando a toda prisa, aplaco cautelosamente las iras de mis abuelos preguntando:

—Yaya, ¿sabes qué es lo que más echo de menos de estar viva? —Y en lugar de esperar su respuesta, le suelto—: ¡Tu deliciosa tarta de queso con mantequilla de

cacahuete!

Y a mi abuelo le digo:

—Siento que no nos pudiéramos despedir cuando te moriste. —Escogiendo mis palabras con sinceridad marcadamente infantil, le digo—: Gracias por enseñarme a construir una pajarera.

Estoy extendiendo hacia ellos mis fantasmagóricos brazos regordetes para darles un incómodo abrazo cuando vemos aparecer dos faros tintados de rojo. Un extraño automóvil —salpicado de sangre y con churretones de sangre coagulada en los costados— se nos acerca mágicamente, ascendiendo en silencio la abrupta ladera de la montaña en erupción. Y en pleno momento de máxima dulzura de nuestra reunión, un Lincoln Town Car negro y reluciente se nos detiene al lado.

21 DE DICIEMBRE, 14.45 HORA DE HAWÁI

Esgrimir ante el Diablo la espantosa verdad sobre su picha rebanada

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Señalando con la cabeza el Lincoln Town Car, el fantasma del señor Keta dice:

—Me viene a buscar a mí, ¿verdad? Voy a ir al Cielo, tal como prometiste, ¿verdad?

Se abre la puerta del conductor y sale un chófer uniformado. Primero emergen sus botas relucientes y parecidas a pezuñas, luego las manos enfundadas en guantes resplandecientes de cuero, seguidas por la gorra de visera que debe de esconder las dos protuberancias de hueso que asoman por entre el pelo alborotado. Por fin se planta ante nosotros y se ajusta unas gafas de sol de espejo que le esconden los ojos. Lleva un fajo de páginas encuadernadas como si fueran un guión de cine. Lo sostiene delante de los ojos se pone a leerlo en voz alta:

—«Madison sintió que se desmayaba de terror y de confusión».

Y así es, amable tuitera. Estoy que me desmayo de terror.

—«Le temblaron las enormes y carnosas rodillas, debilitadas por el espanto» —lee, como si estuviera dictando mi vida.

Y es verdad que me tiemblan las rodillas.

—«Madison había servido bien a su creador —lee el chófer—. Había entregado miles de millones de almas de los hijos de Dios a las garras del Diablo. —Pasa una página de su manuscrito y continúa—: ¡Madison había traicionado incluso a sus propios padres y los había condenado para toda la eternidad!»

Y parece ser que lo he hecho.

Hasta Babette se acerca con sigilo para saborear mi humillación. Suelta una sonrisita al verme derrotada y me pregunta:

—¿Qué tal va la soriasis?

—«Pronto la pequeña Madison —lee el chófer— le entregaría a Satanás hasta la última alma viviente que el Todopoderoso se había esforzado por crear. Todo lo que Dios había amado Madison se había asegurado de que le fuera entregado a Lucifer para que este lo torturara hasta el fin de los tiempos…»

El chófer hace una pausa en su discurso. Abre la portezuela trasera del Town Car y el señor K se apresura a entrar. El conductor deja la portezuela abierta y un enjambre de fantasmas azules se pone a hacer cola para meterse en el asiento trasero del coche. Una rápida acumulación de fantasmas de groseristas quemados, asfixiados por los humos tóxicos o bien ahogados en el océano circundante, formando un rebaño de almas recién difuntas, entra por la portezuela que el conductor sostiene abierta. Y se agolpan en el interior. Hay tantos y entran tan deprisa que cuesta verlos, mientras se apelotonan en este vehículo que ellos piensan que les va a hacer el transbordo al más allá celestial.

—«Madison se creía muy inteligente —lee el chófer—, pero no lo era. La verdad es que era una tonta. La muy mema había provocado la caída de la humanidad entera…»

Lentamente, para no llamar su atención, me quito mi chaqueta de punto. Con sigilo, me pongo la camisa inmunda, abrochando los botones con cuidado a fin de no tocar con los dedos la porquería acartonada que tantas manchas forma por la rígida pechera.

—«La pequeña Maddy —lee el conductor, sin prestar atención a mis acciones— ya no tenía más remedio que entregarse a los repetidos placeres carnales de Satanás…»

Posicionándome para proteger a mis ancianos abuelos de la cólera del Diablo, abro a la fuerza el libro pringoso del señor Darwin por el maltrecho capítulo que habla de la Tierra del Fuego. Justo por donde el sonoro diario de viaje está ilegible bajo una gruesa capa de horrores. Lo más prominente de esas dos páginas opuestas es el contorno de una picha aplastada, trazado en rojo.

—«¡La pobre y gorda Madison Desert… lo que sea… Trickster Spencer —lee el Diablo— pronto se convertiría en la concubina del Señor de las Tinieblas!»

Y aunque el satánico chófer todavía no se ha fijado en el libro abierto y ensangrentado y en su vil ilustración, muchos de los presentes sí que se han fijado en él. Mis abuelitos se quedan mirando el contorno de la verga y sueltan una risita. También el ángel dorado Festus echa un vistazo y abre mucho los ojos con gesto de risueño reconocimiento. Otras almas, las de los individuos quemados vivos que ahora van hacia el Lincoln Town Car, también se aventuran a echar una mirada a la sangrienta prueba que les estoy enseñando, y también ellos prorrumpen en risitas.

Sin prestarles atención, el chófer pasa otra página de su documento:

—«Madison servirá a Satanás en el Hades, y le dará muchos hijos odiosos…».

Reuniendo valor, le pongo delante el libro inmundo para que lo vea.

—¿Cómo? —le grito—. ¿Cómo podrá el poderoso Satanás consumar esa impía unión?

Viendo su discurso interrumpido, el Diablo levanta la vista de su guión. Las páginas del libro del *Beagle* se reflejan en ambas lentes de sus gafas de sol.

—Poderoso Satanás —le pregunto—. ¿Acaso no te hicieron correrte las sangrientas observaciones que hizo Darwin sobre el cabo de Buena Esperanza?

El conductor se baja lentamente las gafas de sol, revelando unos ojos amarillos de cabra, con los iris horizontales.

Escrito en el margen exterior con la caligrafía de mi abuela, pone: «La Atlántida no es ningún mito, es una predicción».

—¿Acaso no quedaste —insisto yo— literalmente *castrado* por el único encuentro que tuviste con la diminuta Madison Spencer? —Llegado este punto, amable tuitera, a pesar de mi decorosa educación, y desafiando todos esos convencionalismos sociales que siempre me hacen censurarme, me pongo a gritar—:

¡Satanás, oh, Señor Oscuro! ¿Acaso no te duele la polla al ver esta prueba de que la pequeña Madison te castró? ¿Acaso no rechazó ella tus malignos avances en el nada estéril escenario de un retrete público del norte del estado?

Cohibido por mi revelación, el Diablo con librea solo es capaz de tartamudear.

Amable tuitera, he hecho honor al juramento que hice el pasado Halloween de darle para el pelo a Satanás. El daño infligido por mis manos gordezuelas ha sobrepasado de largo cualquier sueño que yo pudiera tener de mis propias capacidades. Esta es la prueba de que existo más allá de las sudorosas fantasías pedófilas que Belcebú pueda tener de mí. ¿Qué simple personaje de ficción podría lisiar de esa forma a su autor?

El pellejo escarlata del conductor se ruboriza hasta ponerse todavía más rojo, un detalle todavía más elocuente que ninguna respuesta verbal. Los cuernos se le alargan y le levantan la gorra. Las garras se le extienden y le sacan los guantes.

Sin prestar atención alguna al cataclismo que está teniendo lugar a mi alrededor, continúo con mi arenga. Las montañas de plástico en plena inmolación crean un horizonte de llamas. La creación entera ya es esta mezcla de tragedia y farsa cuando veo acercarse a tres personas. El súcubo, Babette, mi ex mejor amiga, va empujando a mis padres, amenazándolos con la punta asesina de un cuchillo largo y profusamente decorado. Se trata del mismo puñal de anticuario con el que Goran ejecutó al bonito poni de las Shetland.

La visión de mis padres, traídos a la presencia del Diablo, claramente para ser usados como rehenes, me saca de quicio. Pese a todo, le pongo valientemente el libro inmundo delante de las narices y afirmo:

—Enséñanos, amo de las tinieblas, si queda algo de tu picha cercenada. —Sacando pecho para que se vea la pegajosa camisa de cambray, le pregunto en tono imperioso—: ¿Acaso no es esta tu *semilla demoníaca*?

Lívido y tembloroso, Satanás arroja su guión al suelo. Se da la vuelta, mete la mano en el Town Car y saca algo de color claro. Del puño le cuelga un trapo de color naranja. Cuando lo zarandea con su brazo iracundo, la cosa suelta un «miau» lastimero.

Por los dioses. Es Rayas de Tigre.

Antes de que yo lo pueda impedir, Festus secunda mi desafío:

—Sí, Príncipe de las Mentiras, enséñanos tu pilila cortada.

Mi abuela se suma al coro, gritando:

—¡Enséñanosla! ¡Déjanos ver tu pequeña y retorcida varita!

Y a modo de respuesta, el maligno Satanás se gira tranquilamente hacia el demonio que tiene rehenes a mis padres y le dice:

—Mátalos. Mata a los dos ya.

21 DE DICIEMBRE, 14.48 HORA DE HAWÁI

Satanás, enfurecido

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Puede parecer que es un paseo ver cómo asesinan a tu madre, pero no lo es. Yo he presenciado cómo a mi madre la linchaban unos sheriffs palurdos de un pueblo perdido, he visto cómo la apaleaban los secuaces de la industria tabacalera, cómo se la tragaban las excavadoras de la industria carbonera y la estrangulaban unos asesinos a sueldo del negocio agrícola.

Una vez a mi madre la partió en dos el mordisco de un manatí rebelde. Le salió sangre de los ojos. Le salió sangre de los oídos. Las tripas le subieron hasta salirle por la boca. Así es como supe que estaba muerta. Tardaron días en filmarlo. Hizo falta un equipo entero de empollones de los efectos especiales para que quedara bien la sangre. Debía de haber fácilmente cien personas en el plató. Estilistas, maquilladoras, operadores de cámara y apuntadores. Gente de catering. Lo que quieras. Todos allí de pie, bostezando, comiendo patatas fritas y viendo cómo mi madre intentaba respirar y se ahogaba con sus propias vísceras.

Cuando las niñas normales tienen recuerdos felices de infancia, lo que recuerdan es a sus madres amas de casa llamando a Bulgari para les dejen revisar sus diademas enjoyadas, o bien reprendiendo con descargas eléctricas a las doncellas somalíes. En cambio, lo que yo recuerdo con más cariño es cómo a mi madre la quemaba en la estaca una camarilla de grandes empresas farmacéuticas.

Yo me sentaba en una silla plegable y atisbaba entre mis dedos gordezuelos cómo la dilapidaban unos puritanos furiosos. Me subía al regazo de mi padre y contenía la respiración mientras la preciosa cara de mi padre desaparecía en un barrizal rancio de arenas movedizas.

Y ella no movía ni un músculo. Mi madre jamás se inmutaba.

El director gritaba: «¡Acción!».

Y mi encantadora madre moría hecha una hermosura todas las veces.

Moría con valentía. Moría con limpieza. Moría delgada, noble y tranquila. Cada vez que se lo dictaba el guión, moría perfectamente. Sus últimas palabras siempre eran de lo más elocuente.

Jamás le hizo falta repetir una toma.

A mi padre lo he oído expirar ruidosa y húmedamente a través de un centenar de puertas de dormitorio cerradas con pestillo.

No sé qué me esperaba, pero en la vida real la cosa es distinta. En la cúspide en llamas del volcán de plástico, mientras el continente de la Madilántida se hunde en el océano Pacífico, Babette levanta el enorme cuchillo y se lo clava en el corazón a mi padre. Al cabo de un segundo, obedeciendo la orden de Satanás, blande el recargado cuchillo de mampostería y da una vasta estocada para degollar a mi madre.

21 DE DICIEMBRE, 14.53 HORA DE HAWÁI

El resultado inevitable de intelectualizar demasiado las cosas y reprimir las que deberían ser las expresiones apropiadas y naturales de dolor de una adolescente precoz pero insegura, que, francamente, acaba de pasar por las olimpiadas del trauma, entre la muerte de sus abuelos, la de su pececito y su dulce gatito, por no mencionar su propia defunción prematura y cruel, pero aun así sigue adelante con la valerosa cabecita bien alta y no sucumbe a los lloriqueos, sino que lucha resueltamente por elevarse sobre sus circunstancias, por duras que se hayan vuelto, y que por un momento se siente incapaz de soportar otro giro desgraciado de los acontecimientos

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Ahora se inflan sendos globos de ectoplasma azul con las formas de Camille y Antonio. Ante mis ojos flotan el magnate internacional y la superestrella mediática. Sus miradas fantasmagóricas se encuentran con la mía.

Tal y como ya me temí en el ático del hotel Rhinelander, ahora el corazón fantasmal se me hincha como si fuera un aneurisma lleno de lágrimas calientes. Se me dilata como si fuera un gatito muerto en el asiento de atrás de una limusina. Resulta asombroso, pero el corazón me aumenta de tamaño igual que una verga inhiesta y turgente en un fétido retrete. Y de la misma manera que todas esas cosas, poco después me explota.

Perdóname, amable tuitera, pero lo que tiene lugar llegado este punto no es algo que se pueda teclear. Los emoticonos tienen límites. Cuando entro en contacto con los fantasmas de mis padres, sufro todas las emociones que no consiguieron manifestarse en mi vida. Y por primera vez desde Los Ángeles, Lisboa y Leipzig, soy feliz.

21 DE DICIEMBRE, 14.54 HORA DE HAWÁI

Abandonar este valle de lágrimas

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

Mi madre contempla el paisaje en llamas y medio derretido que nos rodea. Sobre el fondo del cielo teñido de ámbar se ven ruinas barrocas recortándose entre el humo. Las olas hirvientes del océano barren el interior del continente a medida que este se va hundiendo. Los vientos de convección supercalentados transportan toda clase de humos venenosos que lo matan todo y a todo el mundo.

Examinando esta escena de aniquilación planetaria total, el fantasma de mi dulce madre ahoga una exclamación y dice:

—¡Qué encantador! —Dice—: Es exactamente como Leonard predijo…

En la época de la antigua Grecia, me explica, un sabio profesor llamado Platón escribió la crónica de la destrucción de una enorme nación insular llamada la Atlántida. Platón, me cuenta ella, estaba citando a un estadista ateniense que había viajado a Egipto y se había enterado de la historia del desastre de la Atlántida por unos sacerdotes del templo de Neith. Bla, bla, bla.

Aquellos egipcios no eran historiadores verdaderos, añade mi padre recién sacrificado. Eran oráculos. No estaban registrando el pasado; estaba prediciendo el futuro. Y la gran tierra que según Platón quedó destruida «en un solo día y con su noche de infortunio…» no se llamaba la Atlántida.

Me lo explica mi madre en un tono no del todo exento de petulancia:

—Aquella gran nación condenada se llamaría la Madilántida.

Con una sonrisita, mi padre dice:

—La Biblia también se confundió con los nombres. Lo que señalaría la llegada del Armagedón no era la reconstrucción del Templo de Salomón… sino la construcción del Templo de Madison.

Mirándonos, y moviéndose con una lentitud que traiciona su altivez suprema, el Diablo se inclina para depositar en el suelo a Rayas de Tigre, recoger una vez más su manuscrito y seguir deleitándome.

—«El terror invadió a la joven Maddy —lee—. Su madre le acababa de confirmar lo peor. Toda ella estaba igual de calculada y predeterminada que las cúspides y los valles de la Madilántida. Madison Spencer no era más que una historia que una gente le contaba a otra gente, un rumor, una fábula boba…»

Mi madre fantasmal me suplica:

—Perdónanos, Maddy, cariño, por no haberte contado toda la verdad sobre tu gatito.

El fantasma de mi padre me pone una mano azul y tenue en el hombro.

—Solo queríamos que conocieras el amor. ¿Y cómo ibas a conseguir quererlo tanto si eras consciente de lo breve que puede ser la vida?

—Leonard —añade mi madre— ordenó de antemano que quisieras con locura a tu gatito y que la muerte te lo quitara. Dijo que ese dolor te infundiría valentía…

Satanás da unos golpecitos impacientes con el pie, sosteniendo la portezuela del coche abierta. Tan tremendo es el desprecio que está acumulando que el manuscrito que tiene en las manos empieza a soltar humo y a inflamarse.

—¡El Cielo espera! —grita.

Con un gesto galante del brazo, mi padre nos indica la dirección del Town Car que aguarda.

Mi madre contempla el paisaje sumido en llamas danzarinas. Se mete una mano fantasmagórica de color azul en un bolsillo de la túnica fantasmagórica, saca un frasco tamaño extragrande de diazepanes fantasmagóricos y lo arroja a lo lejos, en dirección a las llamas. Y mientras hace este sacrificio, chilla:

—¡Adiós, desigualdad salarial por géneros y razas! ¡Hasta nunca, degradación medioambiental poscolonial!

Imitándola, mi padre hace bocina con las manos y grita:

—¡Sayonara, simulacros culturales populares y opresores! ¡Hasta luego, sometimiento panóptico y falocrático!

—¡Nos vamos al Cielo! —exclama mi madre.

—¡Al Cielo! —la secunda mi padre.

Los dos echan a andar hacia el coche pero reparan en que yo no los acompaño. Se giran, titubeantes, y miran hacia el sitio donde yo me he quedado plantada.

—Vamos, Maddy —me llama mi padre en tono jovial—. ¡Vamos a ser felices juntos para siempre!

Oh, demonios. Oh, amable tuitera. No tengo valor para contarles la verdad. Sigo siendo una cobarde. En menos que canta un gallo, una horda de demonios hurraños les estará dando un baño de ácido clorhídrico. Una legión de arpías cascarrabias les estará vaciando cazos enteros de pipí tibio por las gargantas. Y lo peor de todo es que estará allí hasta el último maldito groserista, sufriendo torturas y odiando a mis padres.

Llegado este punto, las entrañas grises de mi cerebro vomitan un último plan desesperado. Un gesto final para demostrar mi valentía.

21 DE DICIEMBRE, 15.00 HORA DE HAWÁI

Perséfone lleva a cabo un intento de liberarse

Colgado por Madisonspencer@masalla.inf

Amable tuitera:

¿Cómo puede alguien dar todo su amor, siendo consciente de lo breve que puede ser la vida?

No todos los grandes mitos están en el pasado. La gloria no se limita a los días de antaño, y no todas las gestas heroicas se han llevado a cabo ya. A modo de prueba cojo a mi gato. Le doy un buen bofetón a Satanás en la boca. Sí, EmilySIDAenCanada, una irritante chica fantasma puede arrearle un revés al Príncipe de las Tinieblas, darle un buen cachete en todos los Ctrl+Alt+Morros. Le arrebato a Rayas de Tigre y me alejo a la carrera. No me apetece regresar al Infierno y verme humillada. Tampoco me muero de ganas de defender los dictados de Dios en contra de la planificación familiar y el matrimonio gay.

Lo que voy a hacer es demostrar mi propia existencia. Voy a demostrar que mi destino lo controlo yo.

Igual que mis padres ex wiccanos, ex militantes del Partido Verde y ex vivos y coleantes lucharon antaño por salvar a los osos polares y a los tigres blancos, yo también actúo con valentía. Y me adentro en ese escenario en llamas que tanto recuerda a las cartillas militares que quemaba mi padre y a los sujetadores que incendiaba mi madre.

Detrás de mí, mis padres condenados me gritan desde las ventanillas del Town Car.

—¡Déjalo correr, Maddy! —me dice mi madre—. Esta vieja y triste Tierra ya es *cosa del pasado*.

Las almas extasiadas de los groseristas quemados vivos siguen agolpándose en el interior del Lincoln, todos petulantemente convencidos de que los aguarda una merecida recompensa celestial.

Mi ex reciclador, ex usuario de biodiésel y ex ecologista padre me grita:

—¡Que se quemen esos memos de cachalotes y gorilas de montaña, cariño! ¡Entra en el coche!

Después de tantos años de intentar rescatar a inmigrantes ilegales y nutrias marinas embadurnadas de petróleo, por fin tengo la oportunidad de intentar salvar a mis padres. Tal vez de salvar a todo el mundo. Ataviada con mi camisa embadurnada de pringue, llevando en volandas a mi gato y mi libro del *Beagle*, bajo la montaña corriendo frenéticamente. Cargando en brazos con mi gato, igual que un día cargué con el frágil frasco de té chapoteante, huyo adentrándome en los cañones en llamas coronados por pináculos artesanos. Y por este paisaje insulso, lívido y del color de las cataratas oculares me adentro, rescatando a la única criatura que puedo.

Oh, el amor de mi vida… Siento su ritmo cardíaco fantasmagórico por debajo de

la melodía de su ronroneo. Oh, mi Rayas de Tigre, inhalo el dulce aroma fantasmal de su pelo. El mismo perfume que huele tu corazón cuando sientes amor.

A lo lejos centellea algo azul. Del mismo tono azul eléctrico que ve mi nariz cuando huelo a ozono durante una tormenta eléctrica. Del mismo azul que ven mis dedos cuando toco la punta afilada de un imperdible de bebé. Se trata de algo no tan identificable como inevitable, y elijo un rumbo para alcanzarlo.

El ángel Festus revolotea en pos de mí, con las alitas zumbando. No para de cantar que si Dios esto y Dios aquello. Su voz de ángel va cantando todas las cosas que el Señor me ordena. A las que el poder de Cristo me exhorta.

—¡Regresa con Dios! —me canta—. ¡El Todopoderoso es tu verdadero creador!

Satanás me sigue los pasos al volante de su Lincoln enorme. Haciendo sonar la bocina y encendiendo y apagando las luces como un vil camionero de larga distancia que conduce a toda pastilla por una autopista del norte del estado.

—¡Abandónate! —me dice Satanás, aullando con furia—. No fue ningún accidente que el mecanismo de marcado automático del Infierno te conectara telefónicamente con tu afligida familia. ¡Yo controlaba hasta la última de tus maniobras! ¡Yo soy tu verdadero creador!

No estoy segura de si me está persiguiendo o me está guiando.

Mis piernas gordezuelas corren por el terreno de plástico blanco mientras este tiembla igual que el río Ohio bajo los pies de Eliza cuando escapaba en *La cabaña del tío Tom*. Mis padres y mis abuelos persiguen mi gordo trasero, vociferando. También me va gritando detrás el alma del señor Keta. Y hasta el súcubo, Babette, exigiendo mi captura inmediata.

Y, sin embargo, amable tuitera, no estoy indefensa. Soy una esclava fugada por un mundo en llamas.

Soy Perséfone reinventada, decidida a ser algo más que una hija o una esposa. Y tampoco me conformaré con un simple acuerdo celestial de custodia compartida, que me haga ir y venir continuamente entre mis residencias del Cielo y del Infierno igual que de niña siempre estaba yendo en jet privado entre Manila, Milán y Milwaukee. Mi nueva meta es la reunión de todos los contrarios. Lucharé por reconciliar a Satanás y a Dios. Y cuando lo haga, cuando resuelva ese conflicto central, habré resuelto todos los conflictos. La perdición y el paraíso dejarán de ser cosas distintas.

Mientras la creación entera se va a pique a mi alrededor, solo mi gatito ronroneante, acurrucado en mis brazos, solo Rayas de Tigre confía en que yo sepa adónde me dirijo.

¿Fin?